

Precio: \$ 2.50

Aprobación
Exp. N° 14.298
Letra C
—
Año 1933



HOGAR Y PATRIA

Lecturas Graduadas

Libro Quinto

Por H.M.E

l A 8
54



00078821

CIÓN H. M. E.

L OS libros de la colección H. M. E. han sido redactados por maestros experimentados en el arte de enseñar y conocedores de los adelantos pedagógicos actuales.

Llevados de su espíritu investigador, los autores no han omitido diligencia para emplear con método los procedimientos didácticos más modernos para que resulte la enseñanza sumamente objetiva, fácil y eficaz.

Todos los textos están cuidadosamente impresos en excelente papel y llevan mucha ilustración en negro y en colores.

Los libros que van precedidos de un asterisco (*) tienen su correspondiente **clave** o libro para el maestro, a fin de facilitar la preparación de las lecciones y la corrección de las tareas escritas de los alumnos.

LECTURA

Carteles (12): método racional y práctico para aprender a leer.

Ecléctico. — Muy ilustrado, para primer grado inferior.

Lecturas Graduadas. — Libro 1° para primer grado superior.

» » — Libro 2° para 2° grado.

» » — Libro 3° para 3er grado.





LECTURA

- Lecturas Graduadas. — Libro 4° para 4° grado.
» » — Libro 5° **Hogar y Patria.**
» » — Libro 6° para 6° grado.

ARITMÉTICA

- Nociones de Aritmética. — Libro primero.
* » » » — Libro segundo.
* Lecciones de Aritmética. — Libro tercero.
* » » » — Libro cuarto.

CIENCIAS

- Ciencias Naturales. — Libro primero.
» » — Libro segundo.

GEOGRAFÍA

- Geografía y Atlas. — Libro primero.
» » » — Libro segundo.
» » » — Libro tercero.

RELIGIÓN

- Compendio de la Doctrina Cristiana. — Libro 1°.
» » » » — Libro 2°.

Devocionario del joven piadoso. — Impreso a una y dos tintas, con diversos tipos de encuadernación.



HOGAR Y PATRIA

LECTURAS GRADUADAS

LIBRO QUINTO

HOGAR Y PATRIA

QUEDA HECHO EL
DEPÓSITO QUE
MARCA LA LEY

LECTURAS PARA NIÑOS

1900

30.574

HOGAR Y PATRIA

POR

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ

O. R.
B. N. de C.

CON UNA CARTA EPÍLOGO
DEL DR. ERNESTO E. PADILLA

LIBRO QUINTO

DE LA SERIE

“LECTURAS GRADUADAS”

POR H. M. E.



EDITORIAL H. M. E.

BUENOS AIRES

1327 194



PRÓLOGO

POR lo general — y casi en absoluto — los libros de lectura dedicados a los grados superiores de la escuela, son Antologías.

Si se considera que una Antología es una selección — para un objeto determinado — de las mejores páginas escritas en un país, o en una lengua, o en el mundo, si se quiere, parece que nada puede sobrepasar en excelencia a una obra de esta especie.

Pero el valor de las cosas no puede juzgarse sino en relación con el fin a que van destinadas. ¿Para qué sirven las piedras preciosas, cuando se precisa, por ejemplo, pan?

A juzgar por cuanto a mi alrededor he observado, yo diría que una Antología es el libro más ineficaz que puede ponerse en manos de un niño.

Jamás he visto a un niño hacer de una Antología su libro predilecto. El niño se interesa infinitamente más por un mediocre libro con unidad, que por la más bella colección de "trozos escogidos".

Se me objetará que la utilidad de un libro, o de una enseñanza, no está en relación directa con la atracción que ejerza sobre el alumno. Puede esto ser verdad en cuanto a las nociones que es obligatorio adquirir; en cuanto a las materias que han de **estudiarse**, aprenderse de memoria. Pero para que una simple **lectura** resulte provechosa, está de más decir que ella debe ante todo **interesar**.

Para que el niño asimile las enseñanzas del libro de lectura — principalmente morales — éste tiene que ser un compañero, un amigo. ¿Y cómo ha de ser compañero y amigo del niño un libro que no fué escrito para él, y en el que sólo figuran cosas que le son absolutamente ajenas? (Aun cuando se tratara de una Anto-

logía de literatura infantil — cosa que no sé que exista en nuestro idioma — siempre quedarían los otros inconvenientes de este género de obras.)

Para leer con placer una Antología, es necesario haber adquirido, **en otros libros**, el gusto por la lectura. Y se comprende: un capítulo de Antología, por mucho que nos agrade, no incita a leer el siguiente, que nada tendrá que ver con el que gustó. Una Antología puede y debe completar una educación; pero no puede ser fundamento, ni constituir, en los grados elementales, el libro de lectura único.

Sé que los libros de lectura escolar más de acuerdo con el gusto moderno, suelen también estar compuestos de breves ejemplos, de pequeños párrafos — con mucha página en blanco — de sentencias morales, destinadas a quedar grabadas en la memoria del alumno. No desconozco la utilidad de estos libros. Pero puedo afirmar, sin temor a equivocarme — y sería interesante una encuesta sobre el asunto — que el interés que esta literatura en parcelas despierta en los chicos, es muy mediocre. Y que es mucho más probable que ellos recuerden la idea que va envuelta o que se deduce de un cuento relativamente largo, de un relato interesante, que la que se le presenta aislada y escueta.

Son de gran enseñanza moral los ejemplos de los héroes. Pero no ha de descuidarse por eso lo que se relaciona con la vida común y diaria del niño. En esta vida suya hay que buscarle también ejemplos; y no sólo en los héroes; que el niño ve como seres lejanos y fantásticos.

Con estas convicciones personales, al aceptar la delicada tarea que la Editorial H. M. E. me hizo el honor de confiarme, no he querido limitarme a un trabajo de selección sino que he querido componer yo misma todo este libro destinado al quinto y al sexto grado escolar. No porque pretenda yo superar el valor literario de las Antologías, sino persiguiendo lo que creo de mayor eficacia educativa.

He querido que en este libro sean los mismos niños quienes se muevan, hablen, piensen. Y que todas las cosas de que en él se trata, aparezcan a través de sus propios ojos. Con tal fin, los niños

son, en **HOGAR Y PATRIA**, los principales protagonistas. Y la mayoría de sus capítulos se escribieron en forma del **diario** de un niño, de cartas también de adolescentes, de diálogos en que los chicos hablan. En suma: la autora ha tratado de desaparecer, dejando que, en lo posible, los mismos niños la reemplacen.

A pesar de la forzosa diversidad de los temas a desarrollar, se ha mantenido en este libro la unidad. En él se desenvuelve, sino una historia, por lo menos una faz o una época en la vida de una familia. Por lo tanto — dicho sea de paso — es preciso que la lectura de los capítulos se haga en el mismo orden en que están colocados.

Si en esta obra se introdujeron párrafos o poesías de otros autores, confieso que ha sido a mi pesar. Lo he hecho en dosis insignificantes, tratando de que concuerden con el texto original, y con el solo propósito de que los niños se interesen por los autores argentinos, y recuerden algunos nombres, cosa imprescindible en el curso escolar. Pero aun esto, lo hice como si los mismos niños hubieran intervenido en la elección.

Así, este libro no impide el auxilio de las Antologías. Por el contrario, prepara al alumno para apreciarlas. Una vez acostumbrado a constituirse el personaje central de la lectura, el niño está dispuesto a recoger, y a aplicar a su vida práctica, las enseñanzas de una recopilación.

La autora de este volumen tuvo gran satisfacción, a raíz de otros libros escolares escritos en colaboración con su hermana, al oír repetidas veces esta exclamación en boca de sus pequeños lectores: "¡Qué gracia! Libros tan fáciles como éstos, también nosotros podemos escribirlos..." Y se vió a muchos de ellos, estimulados a escribir, tomarse gran trabajo en una imitación — repetición casi textual — de las páginas leídas.

Podían en esto una aplicación que jamás tuvieron para "un deber".

Los niños habían asimilado tan completamente los capítulos de aquellos libritos, que terminaban creyéndolos obra suya.

Fácil hubiera sido sacarles de su ilusión, demostrándoles la copia, y poniéndolos en la obligación de una obra original. Pues aquellos libros "tan fáciles", habían costado largo esfuerzo y esmerado trabajo a sus autoras.

¿De dónde provenía la ilusión de los niños? De que había tal conformidad entre ellos y los libros, que los niños creían verse en sus páginas como en un espejo. Encontraban allí sus juegos, sus conversaciones, sus pensamientos... La necesaria corrección gramatical, el arte empleado, no habían matado en aquellos volúmenes la naturalidad, la sencillez.

Los niños tenían razón: aquéllas eran sus frases, aquéllos eran sus actos. Eran sus frases; pero correctamente formadas y un poco enriquecidas; eran sus actos... algo mejorados tal vez. Al leer los libros, los niños **creían hablar así** y obrar así. De modo que, sin afectación ni esfuerzo, asimilaban la lección gramatical, literaria, moral; y sin darse cuenta corregían sus palabras y sus actos. La lección se bebía, sin que ellos notaran su presencia, como se bebe con el agua, el azúcar disuelta en ella, sin verla.

Otro tanto he tratado de hacer en **HOGAR Y PATRIA**. Ya se sabe que un niño no escribe con la corrección con que aquí se redacta el diario de Miguel Angel, por ejemplo. (Después de una docena de libros, yo no he sabido hacerlo mejor.) Pero no hay en él nada que un chico de su edad no pudiera pensar o decir; nada de una inverosímil sabiduría o virtud. Sólo que se le presenta en la forma correcta que pueda servirle de modelo. Y sin la afectación — a mi entender — que impediría a cualquier alumno del grado, decir a su vez: "Yo podría escribir un diario como éste". Lo mismo digo respecto a las cartas y los diálogos.

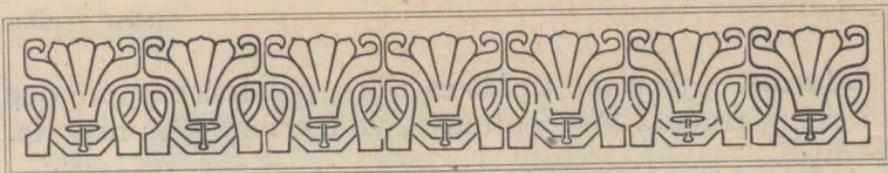
LA AUTORA.

ÍNDICE

	PÁG.		PÁG.
PRÓLOGO.....	1	Versos para la memoria.....	56
¿Cuento o Historia?.....	1	Los reseros.....	59
Villa Serena.....	4	Bajo la lluvia.....	61
Los chicos de Villa Serena..	5	El campo y las letras.....	65
<i>Cocinerita</i> (Poesía).....	8	La guitarra.....	67
Lo que no se tolera en Villa		La leyenda de Santos Vega..	68
Serena.....	9	Payadores improvisados.....	71
El desorden.....	9	La alfalfa.....	74
La ociosidad.....	10	El rancho.....	75
La inquietud.....	12	El ombú.....	77
Las quejas inútiles.....	13	Ya soy un buen criollo.....	79
Los descontentos.....	14	El arte de escribir.....	80
El nido.....	15	El buen estilo.....	81
La pampa.....	18	El cuarto de estudio.....	82
<i>Crepúsculo argentino</i> (Poesía)	22	Unidad de las ciencias.....	84
El alba.....	23	Los hermanos.....	86
LÁMINA I: EL ALBA.....	27	La libertad y el derecho....	87
Los trabajos del campo.....	29	El carácter.....	89
Frases del tío Eduardo..	29	Los recuerdos.....	91
El ganado.....	31	Hoy, mañana, ayer.....	93
La sequía.....	33	Cuento de la chicharra-charra	95
El agricultor.....	33	Conversación sobre los anima-	
La doma de terneros.....	34	les.....	100
La yerra.....	37	La inteligencia y el instinto..	104
Un naturalista.....	39	<i>El colegial</i> (Poesía).....	107
Algunos aspectos del campo..	41	Una buena amistad.....	108
Pájaros.....	42	La mejor fruta del mundo..	110
Otros seres vistosos de la		Una excursión emocionante..	113
pampa.....	44	El monumento del Libertador	116
El gaucho.....	46	<i>El Cerro de la Gloria</i> (Poesía)	118
El payador.....	48	Recuerdos de San Martín...	120
El baqueano.....	49	El último sacrificio.....	121
El rastreador.....	52	Las viñas y el vino.....	123
Martín Fierro.....	54	<i>El Sol</i> (Poesía).....	126
		El campeón.....	127

PÁG.	PÁG.
Otros diversos campeonatos. 130	Los sindicatos..... 207
LÁMINA II: EL DEPORTE. 135	Las corporaciones..... 208
La ciudad de los álamos.... 137	<i>Balada de Doña Rata</i> (Poesía) 209
A través de la Cordillera... 139	El héroe preferido..... 210
Volcanes..... 139	La fantasía humana..... 215
En pos del héroe..... 140	En viaje..... 217
Termas..... 141	Tucumán..... 220
El túnel..... 143	La casa solariega..... 220
<i>Caballito criollo</i> (Poesía).... 144	Por las calles..... 221
Lluvia de cenizas..... 145	Las plazas..... 222
<i>Insomnio</i> (Poesía)..... 148	La Casa de la Independencia..... 223
Un día luminoso..... 149	Junto al menhir..... 226
Puerto Nuevo..... 152	Los aerolitos..... 229
<i>Oro y blanco</i> (Poesía)..... 154	<i>Los naranjales</i> (Poesía).... 232
La ciudad iluminada..... 155	El Edén americano..... 233
<i>La Patria</i> (Poesía)..... 157	¿Cóndores o cotorras?.. 236
Una firma y un brindis.... 158	<i>Los loros</i> (Poesía)..... 237
Un monumento a la paz.... 160	La biblioteca de Manolo.... 239
LÁMINA III: EL CRISTO	Los libros, el cine, la radio.. 242
REDENTOR..... 161	El catálogo..... 244
<i>El que quiera la paz</i> (Poesía) 163	La lectura..... 246
Aguas, aguas y más aguas.. 164	Aprender a pensar..... 248
La Mesopotamia Argentina.. 166	Estadistas y escritores argen-
La maravilla de América.... 170	tinos..... 250
Misiones..... 173	Amor al estudio..... 254
<i>El camalote</i> (Poesía)..... 176	Los ingenios..... 256
El Jardín del Litoral..... 178	Cosas que nadie debe ignorar 259
Una joya que no se vende.. 181	La aguja, el cuchillo y la es-
Un hogar a orillas del Paraná 183	coba..... 262
La aviación..... 184	Rosario de la Frontera..... 266
A través de la atmósfera 187	Las fuentes termales.... 268
El derecho de propiedad.... 189	La selva..... 271
Comunismo..... 192	Historia y leyenda..... 272
La solución..... 193	Catamarca y su fiesta..... 274
El buen y el mal propietario 194	La Rioja..... 278
<i>Al rey que está...</i> (Poesía)... 197	Jujuy..... 282
La igualdad..... 198	La quebrada de Humahuaca 284
<i>Ronda nocturna</i> (Poesía).... 201	Un poco de geología y un poco
Un poco de sociología..... 203	de historia..... 289
Trabajo y Capital..... 205	La selva santiagueña..... 293

	PÁG.		PÁG.
La caída del quebracho.....	296	Avenida Costanera.....	341
Leyenda indígena.....	298	Palermo.....	341
Córdoba.....	302	El Rosedal.....	342
El parque.....	302	<i>A un horticultor</i> (Poesía)....	344
La ciudad.....	303	Otros monumentos.....	345
El estilo colonial.....	306	Un escultor argentino... ..	345
La ciudad colonial.....	307	La gloria.....	346
<i>Letras para cantar</i> (Poesía)..	309	<i>En la pampa</i> (Poesía).....	347
Las sierras.....	310	El Jardín Zoológico.....	348
Estrellas y «tucos».....	312	El Jardín Botánico.....	351
<i>Baño serrano</i> (Poesía).....	312	La planta del Irupé.....	352
Hacia el dique San Roque..	314		
La Sierra Chica.....	314	LÁMINA VI: LA LAGUNA	
El dique.....	315	IBERÁ.....	355
		Otros paseos por Buenos Aires	357
LÁMINA IV: EL DIQUE SAN		El cementerio.....	357
ROQUE.....	317	<i>El llanto de los muertos</i> (Poe-	
<i>Las florecillas del campo</i> (Poe-		sía).....	358
sía).....	319	Las banderas.....	359
Los más bellos paisajes del		Las iglesias.....	360
mundo.....	320	El correo.....	360
Hacia el Sur.....	320	<i>Cívicos</i> (Poesía).....	361
Tierra del Fuego.....	321	La Boca. — La Isla Maciel..	363
<i>La leyenda blanca</i> (Poesía)..	322	Un artista argentino... ..	365
La región de los lagos.....	323	Caminos diversos e idéntico	
El camino.....	323	fin.....	367
San Carlos de Bariloche	324	Una mujer fuerte.....	374
Hacia Chile.....	326	<i>El salmo de la vida</i> (Poesía).	376
		Buenos Aires en tiempo de	
LÁMINA V: EN EL SUR... ..	327	Navidad.....	378
El mapa animado.....	329	Calles y vidrieras.....	378
<i>Auto</i> (Poesía).....	335	Los regalos.....	380
Aprendamos a ver.....	336	<i>Canto a mi casa</i> (Poesía)... ..	383
Al pie de un monumento... ..	338	La fiesta de Navidad.....	384
<i>Mitre</i> (Poesía).....	340	El arte de Cecilia.....	384
Paseos por Buenos Aires... ..	341	<i>Canción de Navidad</i> (Poesía).	391



¿CUENTO O HISTORIA?

CECILIA. — ¿Qué escribes, Miguel Ángel, con tanto afán? Este no parece ser un cuaderno de deberes...

Miguel Ángel. — Son deberes que yo mismo me doy.

Cecilia. — ¡Oh! Miguel Ángel se ha vuelto escritor. ¡Como lee tanto! Debe estar componiendo un cuento.

Miguel Ángel. — Esto es mucho más interesante que un cuento. Porque los cuentos son inventados; mientras que yo no escribo más que la verdad.

Marcos. — ¡Cómo! ¿Estás haciendo un libro de historia?

Miguel Ángel. — Justamente.

Luisito. — ¿De Historia Argentina?

Miguel Ángel. — No es *la* Historia Argentina. Pero sí una historia muy argentina. ¿No somos argentinos nosotros? Bueno; yo estoy escribiendo nuestra historia.

Luisito. — Me parece que no somos generales, ni hemos peleado en batallas, para que nos saquen en los libros, ni para que escriban nuestra historia...

Miguel Ángel. — ¡Y eso qué importa? Por lo mismo, será una historia más linda; una historia sin guerras...

Marcos. — ¿Sin guerras? Entonces tampoco es nuestra historia...

Miguel Ángel. — Bueno; habrá algunas peleas; algunas batallas, si quieren..., aunque sin derramamiento de sangre, lo espero.

Marcos. — Y como tú las escribes, pondrás siempre que tú tienes razón... Pero entonces, yo escribiré otra historia, y diré...

Miguel Ángel. — Yo escribo siempre la verdad. Si escribo para mí ¿acaso voy a querer engañarme a mí mismo?

Marcos. — ¿Quiere decir que, si escribieras para otros, los engañarías?

Miguel Ángel. — No; yo no miento nunca. Además ¿qué interés tendrían los libros de Historia, si supiéramos que, en ellos, todo era mentira?

Cecilia. — Tiene razón Miguel. A más de ser más noble, la verdad es siempre más interesante que la mentira.

Luisito. — ¿Por qué no escribes la historia de mi gatito? ¿Te acuerdas cuando la gata mamá nos lo trajo? Se acercó a la puerta, y hasta que nosotros no abrimos y entró su hijito, ella no se fué. Y después vino muchas veces a visitarlo; parecía preguntarle si lo tratábamos bien.

Marcos. — ¡Bah! ¿Qué interés puede tener la *biografía* de un minino que ni siquiera ha sido capaz de cazar, hasta ahora, una triste laucha? Si fuera la de un tigre ¡todavía!

Cecilia. — Sin embargo, acuérdate cuánto nos gustó la historia de aquella plantita que cuidaba el prisionero. Y una plantita es menos que un gato.

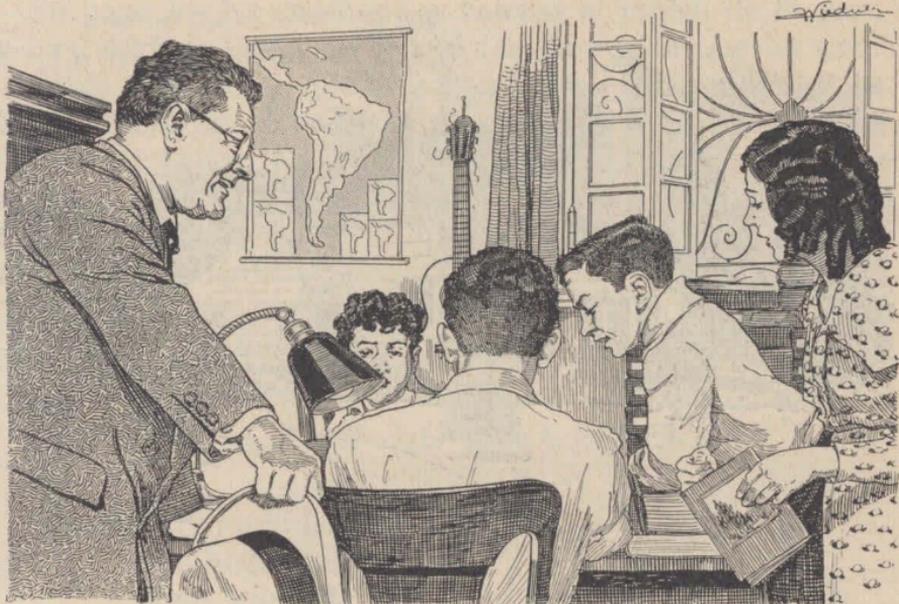
El papá (que al oír las últimas palabras de Cecilia, interrumpe su lectura). — Todos los seres, mirados de cerca, son interesantes. Las hormigas son chiquitas; y la historia de un hormiguero resulta interesantísima.

Marcos. — Es lo que hace Miguel Ángel; está escribiendo la historia de nuestro hormiguero...

Cecilia. — Con la ayuda de otro hormiguero... ¿A que no adivinan cuál es? El tintero, de donde va saliendo la fila de hormiguitas que caminan sobre el papel.

Marcos. — ¿A las letras te refieres? Son hormiguitas que van a veces bastante despatarradas ¿eh?

Miguel Ángel. — Con tal de que la carga que lleven sea buena...



Marcos. — Yo quisiera ver la carga de las tuyas.

Miguel Ángel. — Mis hormiguitas van cargadas de... ideas, descripciones...

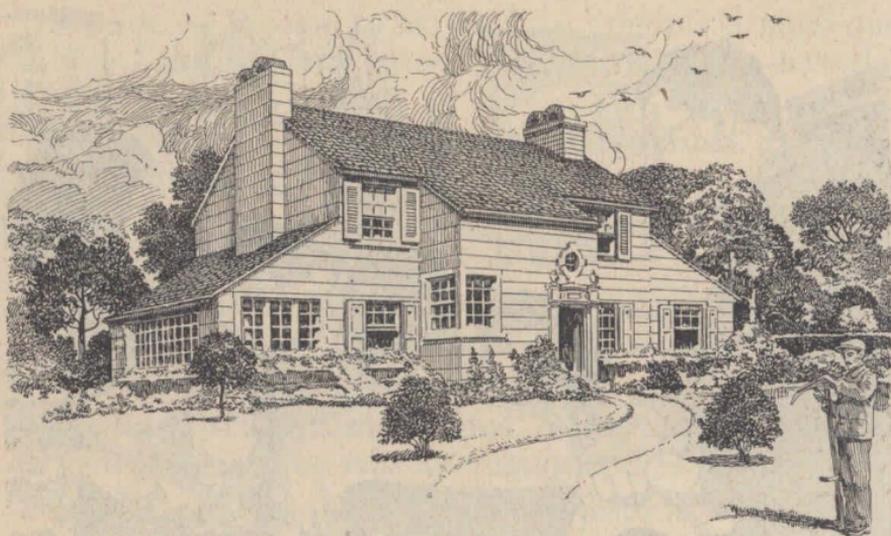
Cecilia. — Y todo lo van dejando en tu cuaderno... Es un *diario* ¿verdad?.. Si las hormigas supieran leer ¡cómo les interesaría el diario de su hormiguero!

Marcos. — Y a nosotros que lo sabemos ¿nos vas a dejar con las ganas? ¡Léenos algo, Miguel Ángel! Si nos lees, te regalo mi lapicera-fuente...

Miguel Ángel. — Bueno; les leeré lo que escribí en la estancia de tío Eduardo. Pero yo no escribo esto para recibir una recompensa. Puedes quedarte con tu lapicera, Marcos. Lo escribo por, por...

Cecilia (riéndose). — Miguel Ángel es muy modesto. No ambiciona tanto como una lapicera. ¡Se contenta con la gloria!

Miguel Ángel. — Por ahora, me contento con el placer que esto me procura. Escribo por mi gusto. Cuando sea grande... ¡Oh! Entonces... ¡ya veremos!



VILLA SERENA

ESTA escena que acabamos de leer, tiene lugar en una encantadora casa del barrio de Belgrano. La calle en que está situada tiene una doble fila de frondosos árboles, cuyas copas se tocan, en el verano, formando una fresca techumbre. De modo que esa calle, de escaso tráfico, es como una prolongación del pequeño jardín de «Villa Serena».

Porque así se llama la casa. El señor Juan y la señora Angélica han querido que este nombre sea como un lema para la familia.

— Cada casa tiene su espíritu — dicen — y nosotros deseamos que el de la nuestra sea un espíritu de serenidad y de paz.

Es cierto que Miguel Ángel y Marcos han hablado ya de «batallas». Pero estas palabras no resultan alarmantes en chicos de tan noble carácter como ellos lo son. Ya se sabe que, entre hermanos, las pequeñas escaramuzas son casi inevitables.

Las que tienen lugar en Villa Serena no revisten ninguna gravedad. No se mezcla en los pequeños altercados de los chicos, ni amargura, ni envidias, ni acritud.

Su papá les ha enseñado a valorar el precio de la paz; y bien seguros están de la amistad profunda que les une.

Otras cosas han querido insinuar el señor Juan y la señora Angélica al bautizar así su casa. Y es que en ella se han de evitar, en lo posible, no sólo las reyertas, enemigas directas de la paz, sino también sus enemigos indirectos: el *desorden*, la *ociosidad*, los *descontentos*, las *quejas inútiles*, la *inquietud*.

LOS CHICOS DE VILLA SERENA

A LA tranquilidad de este hogar contribuye muchísimo, sin duda, el amable carácter de la hija mayor del señor Juan y de la señora Angélica. **Cecilia** podría muy bien llevar el mismo nombre de la casa; y no falta quien la llame Serenita.

Tiene diez y seis años y ya no va al colegio. Pero asiste a varios cursos: de francés, de dibujo y de cocina.

Estudia siempre cuanto puede, y ayuda a su mamá en los quehaceres domésticos.

No se sabría decir a quién le gusta más el canto, si a Cecilia a o sus canarios. No se podría decir quién alegra más la casa, si ella o las flores que con cariño cuida en el jardín.



Miguel Ángel es también un chico excelente. Tiene catorce años y estudia su segundo año del *bachillerato*.



Demuestra gran amor por la lectura; y pocas cosas le gustan tanto como conversar largamente con su papá o con su mamá.

Promete, además, ser un buen guitarrero. Y como tiene bastante buena voz,

suele cantar dúos con su hermana, acompañándose en la guitarra.

Marcos es dos años menor, y está en quinto grado. Su gran afición es la mecánica, en la que revela una precoz habilidad. A cada rato cree descubrir cosas extraordinarias, que luego le fracasan... por algún pequeñísimo detalle que le es imposible subsanar. Así lo dice él, por lo menos.

Lo cierto es que ha armado un aparato de *radiotelefonía*, por el que se oye bastante bien. Ahora está ocupadísimo en construir un pequeño telégrafo, por medio del



cual espera comunicarse, desde su dormitorio, con los que están en el jardín.

Y con el tiempo... ¡Ah, todo lo que hará con el tiempo! Construirá unas alitas que le permitirán volar. Pero su ideal, sería, ante todo, un aparatito que le soplara las lecciones, una especie de *radio* de bolsillo, que nadie oyera sino él.

Quien con mayor ansiedad espera la realización del telégrafo es **Luisito**, gracioso chiquillo de seis años que ha comenzado a ir al colegio, y a quien Cecilia ha enseñado ya a leer.

Luisito está ahora afanado en componerse una indumentaria de *telegrafista*, tal como él se la imagina, para atender en la «Estación Jardín». Está orgulloso de este cargo con que Marcos lo ha honrado anticipadamente.

Gracias a este futuro telegrafista, Marcos no es «un genio incomprendido». Tiene en Luisito un firme creyente en sus hazañas venideras, y un ferviente admirador de las proezas presentes.

Para recompensarle de esta incondicional admiración, Marcos suele condescender hasta jugar con el chiquillo a su juego favorito: las bolitas. Luisito es entonces feliz, aunque el partido no concluye siempre sin que en su transcurso haya ocurrido algún bélico incidente.



Para decir verdad, no es sólo a Marcos a quien Luisito admira entre sus hermanos. Admira ante todo a Cecilia que es tan buena, le cuenta cuentos tan bonitos

y le hace dibujos muy graciosos. Luisito se desvive por ayudar a su hermana mayor en sus tareas.

También admira a Miguel Ángel en quien ve casi un señor, y a quien le pide le enseñe a tocar la guitarra. Y ya va aprendiendo algún poquito...

Miguel Ángel ha pasado dos meses del verano en «Los Paraísos», estancia de su tío Eduardo, situada en la provincia de Buenos Aires. Y allí es donde comenzó a escribir el *Diario* que más adelante se leerá.

COCINERITA

¡Vengo de la cocina, vengo de la cocina!
Traía en grandes manchas en el traje, la harina.

En las pálidas manos, entre los dedos finos,
olor agudo a especias, canelas y cominos.

Al fondo de los ojos en grueso punto de oro
traía de las ascuas el alegre tesoro.

De ollas y cacerolas el sonoro ludir,
traíalo en los labios al hablar y al reír.

Por besarle la frente, le aparté los cabellos,
lo más sutil de todo, el humo, estaba en ellos. (*)

A Cecilia, que viene de la cocina, donde ha hecho unos bizcochos para el té, lee la señora Angélica estos bonitos versos, sin dejar, por cierto, de darle el beso en la frente.

— Pero yo soy más precavida que la cocinerita aquella — dice Cecilia, riendo. — Yo no traigo las manchas de harina en el traje; para eso me puse un delantal...

(*) Versos de Fernández Moreno: Ver pág. 22.

LO QUE NO SE TOLERA EN VILLA SERENA

I

EL DESORDEN

HAY chicos, y hasta grandes, que de sólo oír la palabra **orden**, sienten deseos de bostezar. Sin embargo ¿hay algo más aburrido que *buscar* lo que no se encuentra?, ¿que tener que hurgar en todos los rincones, como perrito que olfatea su presa?

La perdiz o la liebre, a ratos aparecen. Pero ¡andar a la caza de un objeto que ni chista desde su escondite! Ni siquiera tenemos, como en el juego, quien nos diga «caliente» o «frío» cuando nos acercamos o nos alejamos del objeto extraviado. Pues, aunque el desordenado fatigue a preguntas a la casa entera, nadie sabe adónde está lo que él perdió.

Lo aburrido no es, pues, el orden, sino el desorden que obliga a *buscar*; a andar como un tonto rastreando los libros por la cocina, la gorra por el jardín, o poniéndose en cuatro pies para mirar debajo de los muebles... El desorden, que obliga a *esperar* en la estación... «el tren siguiente».

¡Y encima de todo, suele hacerse el bonito papel de ponerse rabioso! Pues el desordenado sólo atina a echar la culpa a los demás: «¡No me avisaste la hora! ¡Me hiciste llegar tarde! ¿Por qué dejaron mi sobretodo a la lluvia?»

Sí; hay chicos que tienen siempre estas palabras en la boca: «¿Dónde han puesto mi cuaderno? Yo lo había dejado sobre la carbonera... Me han perdido la pelota que saltó detrás de este cuadro...»

En Villa Serena, cada uno es responsable de los objetos que le pertenecen; y es al mismo tiempo obligatorio el respeto por los ajenos.

A Marcos, algo desordenado y distraído, viósele un día abriendo, sin ton ni son, todos los cajones de la casa: los del aparador, los de las mesas de luz.

— ¿Qué buscas? — le preguntaron.

— Mi bicicleta — refunfuñó.

¡Cómo se rieron de él! Después de eso, si Marcos preguntaba por el rastrillo, le decían: «Mira si está dentro de tu cajita de plumas.» O si buscaba sus botines: «Creo que los he visto dentro del costurero de mamá...» Y así, el chico escarmentó.

La señora Angélica no tolera el desorden. Desde muy pequeños, quien más quien menos, los chicos han aprendido prácticamente esta palabra: *Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.*

¡Cuántos desagradados y cuánta pérdida de tiempo evita la observancia de esta conocida sentencia!

II

LA OCIOSIDAD

LA señora Angélica añade: «Así como hay, *en el espacio*, un lugar para cada cosa, debe haberlo igualmente *en el tiempo*. Es decir: debe haber una hora para cada ocupación, y una ocupación para cada hora.»

También esto de tener reglamentadas las horas, parece «aburrido», a primera vista. Pero lo aburrido es *no saber qué hacer...* Tener que andar buscando en qué pasar el tiempo; es decir, andar a la pesca de una ocupación, exactamente como el que busca un objeto perdido.

¿Escribiré esa carta? ¿Jugaré al dominó? ¡Me olvidaba que tenía que hacer el deber! Todo se propone, todo se empieza, y nada se hace. Mientras que el que sabe: «ésta es la hora del trabajo; ésta la del recreo», no vacila: juega y goza su juego; estudia y aprovecha su estudio. Pues, mientras juega, no está pensando que debía estudiar; ni mientras estudia que sería mejor jugar. Y nada se le olvida, porque cada hora le recuerda su ocupación.

No hay para qué añadir que aburre por sobre todo, a

muchos, la sola idea de **trabajo** y de **estudio**. Pero el que no sabe trabajar ni estudiar es el que se aburre de veras. ¡Lo realmente aburrido es *no tener nada que hacer!*

No es posible estar jugando siempre; también las diversiones cansan. Éstas sólo resultan del todo agradables, cuando son alternadas con horas de trabajo.

Un chico que no tiene o no sabe qué hacer, anda como mosca atontada en día de verano, incomoda a todo el mundo. Porque es probable que los demás tengan su tarea. Y él es «como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer al amo». Ni trabaja, ni deja trabajar...

No siempre es con la diversión o el juego con lo que más se goza. ¡Hay estudios y trabajos tan interesantes! El estudio es aburrido para el que lo toma de mala gana y no entiende lo que estudia. Pero, el que sabe aplicarse, le encuentra siempre interés.

La señora Angélica no tolera, pues, el desorden, ni en los objetos ni en las ocupaciones. En Villa Serena, las horas de las comidas, de acostarse, de levantarse, son puntualmente observadas. Y puede asegurarse que esto no quita alegría a nadie.

Los chicos saben que estas costumbres, a más de serles beneficiosas a sí mismos, constituyen *un acto de justicia*, un acto de caridad. Porque manteniéndose el orden en una casa, se aligeran las tareas de quienes las tienen a su cargo. Mientras que el desorden las vuelve a veces muy pesadas.



¡Es hora de levantarse!

La **ociosidad** y el **desorden** unidos, son en una casa, como un animal dañino, que anda suelto; que todo lo estropea, todo lo esconde, todo lo ensucia, y a todos incomoda.

III

LA INQUIETUD

SI el desorden es como un animal dañino, **la inquietud** es como un fantasma que vaga por la casa. No se le ve; no se sabe bien en qué consiste; pero toma tan pronto una forma como otra, afligiendo los espíritus.

En Villa Serena no se abre la puerta a este fantasma; no se provoca la inquietud cuando ésta puede evitarse.

Sabido es que una madre sufre siempre inquietudes por sus hijos. Cecilia, Marcos, Miguel Ángel han visto a su mamá desvelarse cuando ellos tuvieron tos convulsa, sarampión y alguna otra enfermedad. Y la quieren demasiado para añadirle inútiles zozobras.

El mismo Luisito está bien enseñado en este sentido. Y su corazón le dice cómo ha de contribuir a la **tranquilidad** de sus padres... los cuales se desviven para que no falten a los chicos alegrías.

Así, los cuatro tratan de ser prudentes en sus juegos y ejercicios. Y jamás se alejan de la casa sin permiso.

¿Ha de ser *diversión* para un niño, lo que es *angustia* para su madre?



IV

LAS QUEJAS INÚTILES

EN una casa, el descontento de una sola persona repercute en todas las demás. ¡Es triste, entonces, hacer el papel de «turba-fiestas», el papel del rezongón! Parece que éste esparce neblina por la casa entera.

En Villa Serena, ya todos saben que no han de insistir sobre los asuntos penosos; pues éstos se agravan con las palabras.

Especialmente en la mesa, el señor Juan quiere que se traten temas amables. Si alguno tiene un motivo de queja, lo dirá en el momento oportuno y a quien pueda remediar el mal; pero no fastidiará a todos con sus rezongos, ni perturbará la hora de reunión familiar.

No será en Villa Serena donde, en los días tórridos, por ejemplo, se oiga incensantemente este estribillo:

— ¡Qué calor insoportable!

Si alguno tiene esta exclamación, la mamá o el papá le replicarán:

— ¡Qué agradable es estar bajo techo cuando el sol quema! ¡Qué delicia es la frescura del agua cuando hace calor!

Y el quejoso comprenderá la lección.

En Villa Serena se sabe que, al insistir sobre una incomodidad, se la aumenta. ¿Por qué? Porque se lleva hacia ella toda nuestra atención, en lugar de distraerla con algo más ameno.



V

LOS DESCONTENTOS

Como se ha visto, el señor Juan y la señora Angélica inclinan siempre a sus hijos a buscar el mejor lado de las cosas.

Hay tantas personas muy linceas, de ojos muy abiertos para todo lo malo, lo que duele, lo que fastidia; ¡para todos los inconvenientes! Y los tienen, en cambio, completamente cerrados para las cosas buenas. No se detienen a pensar en los beneficios de que gozan.

Si por una lluvia u otro contratiempo, les fracasa algún proyecto ¡hay que oír a **los descontentos!**

Los chicos de Villa Serena saben que, en tales casos, no han de perder el tiempo en lamentaciones. Buscarán inmediatamente otro programa con que llenar las horas destinadas al irrealizable paseo.

El señor Juan tiene siempre en los labios este sabio consejo:

«Si no puedes lo que quieres, quiere lo que puedes.»

Gracias a todas estas cosas, si sobre la casa del señor Juan se cierne alguna vez una nube, lo cual es inevitable; si alguna tormenta estalla, es una «tormenta de verano». Y puede muy bien decirse que, por lo general, en Villa Serena, las horas transcurren... serenamente.



EL NIDO

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

“Los Paraísos”. — *En el nido. Enero 10.*

ESTAMOS, mi primo Ignacio y yo, instalados en nuestro nido. ¿Nos hemos vuelto pájaros? Casi, casi...

Veo el cielo, a través de las hojas de este paraíso que habitamos, el más lindo de la estancia. Y con el calor que hace, cuando algún airecito mueve las ramas, es un gusto cómo nos abanicen. Lo que no podemos es volar.

Pero... tiene sus ventajas el no ser del todo pájaro. Si yo lo fuera, no podría escribir, ni contar lo lindo que es cruzar los aires, como puedo contar lo lindo que es pasarse las horas aquí, suspendido entre el cielo y la tierra.

Nuestro «nido» nos ha costado una semana de trabajo. Creo que lo hemos hecho algo más sólido que los pájaros.

Habíamos leído, mi primo y yo, la preciosa historia de Robinson Crusoe, y queríamos hacer algo semejante a lo que él hizo. Ver si éramos capaces de «buscarnos la vida», en el caso de encontrarnos solos, en una isla. Si llegáramos a ser *aviadores*, por ejemplo, y cayéramos a un lugar desierto... O si fuésemos *náufragos*.

Como ensayo, nos íbamos lejos por el campo, figurándonos ser, o *aviadores perdidos*, o *exploradores*. Encendíamos fogatas, y asábamos en ellas papas y choclos (que comíamos casi crudos, tengo que decirlo en honor a la verdad; por falta de paciencia para esperar que se cocieran del todo). Y hasta llegamos a freír, llevando para el caso un sartencito y aceite, algunas mojarritas pescadas en el arroyo. También aprendimos a *cebar mates*, calentando el agua en una pavita.

Por cierto que, cuando los pescados, nos habíamos olvidado de llevar sal. Y cuando los mates, olvidamos el azúcar. Pero, mojarritas sin sal, y mates amargos, todo



lo tragamos; pues sabemos que para ser exploradores o aviadores extraviados, hay que dejar a un lado las delicadezas.

Un día, en una de estas excursiones, pensábamos ya en construir una cabaña — es decir, un ranchito — de ramas y barro, cuando tuvimos una idea mejor: la de hacernos un nido en un árbol. Esto tendría la ventaja de ponernos más al abrigo del ataque de las bestias feroces, o de las víboras. ¿Y saben cómo se nos ocurrió? Mirando un enorme nido de urracas, de paja toda enmarañada.

— ¡Qué desprolijas! — dijimos.

Y creo que no era demasiado grande nuestra pretensión al añadir: «Nosotros lo haríamos mejor.»

Algunos troncos de árbol que encontramos ya cortados, plantándolos nosotros en el suelo, nos sirvieron de pilares. Sobre ellos clavamos unas tablas, pasándolas por entre las ramas de este paraíso, y formamos así una plataforma donde los dos tenemos espacio hasta para acostarnos. Y esto es lo que llamamos «nuestro nido».

Enero 11 (Siempre en el nido).

Al principio, nos fastidiaba el tener que bajar a cada rato, porque algo se nos caía o se nos olvidaba. Ahora, hemos perfeccionado mucho nuestra vivienda. Hemos puesto una roldana con una soga; y a la soga, atada una canastita. Así, si alguno anda por abajo, puede colocar en la canasta lo que quiera alcanzar al que está arriba.



Además, hemos sujetado entre las ramas, unos cajoncitos que nos sirven de armarios, de escritorio, de despensa. En fin, son nuestro mueblaje de lujo. En ellos nos hemos provisto de lápices, de lapicera-fuente, de libros, y de algunos comestibles: galletitas, frutas, refrescos... aunque éstos pasen presto a tibios. De todos modos, tenemos cómo pasar en «el nido», muy agradablemente, las horas de la siesta.

Más que simple «nido», nuestro alojamiento nos va resultando un palacio. Es tan grande, que hemos tenido que hacer la salida por un árbol vecino, al cual nos comunicamos por un puente... levadizo, por cierto.

Este puente aéreo — propio de los aviadores extraviados que somos — lo forma una tabla; y hemos añadido una gruesa sogá, atada desde un árbol al otro, como pasamanos, para ayudarnos a guardar el equilibrio.

Cuando hemos invitado a la gente grande de la casa a visitar nuestra construcción, todos nos han felicitado, encontrándola muy ingeniosa. Pero se han contentado con mirarla desde tierra. Nadie ha querido subir, a pesar de los almohadones que les habíamos preparado para asientos. Me parece que tenían un poco de miedo al puente, al que habíamos aplicado una escalera.

Aunque la cosa tiene sus inconvenientes, no deja de ser una suerte el ser chicos; es decir, un poco ardillas, un poco pájaros y un poco monos. Es mucho más divertido que quedarse mirando el nido desde abajo.

Me da lástima que no esté aquí Marcos. ¡Cómo gozaría con este edificio, él, que aspira a ser arquitecto! Arquitecto y aviador... La aviación a todos nos tienta. Y... ¡por algo se empieza! Hemos comenzado por ser aviadores *en panne*; es decir, detenidos por alguna falla de nuestra supuesta máquina; puede ser que llegemos a ser aviadores volando... y hasta haciendo piruetas en el aire.

Para que esto no nos halle mal preparados, nos entregamos desde ahora, en las dependencias de nuestro aéreo palacio, a ejercicios también aéreos. A dialogar, por ejemplo, colgados de una rama, cabeza abajo, tan tranquilos

como cabeza arriba. Y a soltarnos desde las ramas más bajas del árbol, como quien cae de un avión... Y sin *paracaídas* ¿eh?

LA PAMPA

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Enero 14.

SABEN cómo me vino la idea de escribir este *diario*? En este mismo «nido» he pasado horas muy entretenidas leyendo *Corazón o El diario de un niño*, libro bastante famoso, escrito por un autor italiano.

Cuando lo terminé, me quedé pensando: ¿Acaso no podría yo también escribir un *diario*? Claro que el mío no podría parecerse a aquél. El chico, ése, vivía en otros tiempos y lugares, con otras costumbres muy diferentes a las nuestras. Pero ¿por qué no habrían de ser interesantes las cosas que me rodean? Hasta podría ser que, a chicos de otros lugares, les resultara muy curioso lo que a nosotros nos es tan familiar.

Por ejemplo: nosotros creemos que lo más curioso que hay son las montañas; porque, no habiendo salido de Buenos Aires, nunca las hemos visto. Y en cambio, los que vienen de lugares montañosos se asombran al llegar a nuestras planicies, viendo que aquí, ciudades y campo, todo es llano.

Me acuerdo de la sorpresa de mi amigo Norberto que venía de la Rioja, al encontrarse con el río de la Plata. ¡Nunca había visto tanta agua, por cierto!

Parece que nuestras *pampas* son algo bastante raro en el mundo, y por eso tienen tanta fama. Es cierto que la fama les viene, además, de la abundancia con que producen el trigo, el maíz, y otros cereales (aparte de sus buenos pastos para el ganado).

Claro; siendo tan liso, resulta un suelo fácil de sembrar. No es lo mismo que tener que andar con el arado,

de abajo para arriba, de arriba para abajo; como en algunos pueblos europeos, donde, según me han dicho, se ven montañas cubiertas de sembrados... hasta la punta. ¡Cómo trabaja esa gente!

Dicen, además, que la clase de tierra en nuestras llanuras, lo mismo que nuestro clima templado, son muy favorables a aquellos cultivos de cereales. Pero dejo estas cosas a Ignacio que, en vista de que su porvenir es ser estanciero como su papá, va a estudiar *Agronomía*.

Enero 15.

Yo quería hablar de la impresión que me ha hecho a mí la pampa. Porque, aunque estaba yo acostumbrado a Buenos Aires y sus alrededores, donde no hay sino algunas barrancas, allí por todos lados se ven calles y casas, o se ve el río.

¡Es muy distinta cosa ver el campo liso — «mondo y lirondo» — sin que los ojos tropiecen ni con una lomita, ni con un río, ni con una casa, ni siquiera con un árbol!

Eso es lo que he visto por primera vez en mi vida, en esta estancia, y creo que no olvidaré nunca la impresión que me causó.

No fué en la mañana de nuestra llegada en que, además de venir cansados, el sol estaba fuerte y no nos dejaba mirar lejos.

Además, a poco andar, después de la estación y el pequeño caserío, entramos ya por una gran calle de paraísos, que son los que dan su nombre a la estancia.

Pero a la tarde, cuando mi tío Eduardo nos llevó a recorrer el campo en su automóvil... ¡entonces fué mi sorpresa! Pues no hay comparación entre aprender las cosas en libros y verlas con sus ojos. Yo no venía de ver montañas, por cierto; pero mi asombro fué tan grande como el de Norberto cuando vió nuestro gran río.

Me pareció que, por primera vez en mi vida, tenía una idea de la extensión del mundo y de su redondez. Casi me sentí mareado al verme dentro de ese inmenso círculo de tierra verde.

No se veía sino campo y campo, «color esmeralda», como dicen los poetas. Delante de mí y detrás de mí. Mi tío detuvo el automóvil para que yo pudiese medir con los ojos, y admirar, esa especie de mar de pasto. Por cierto que en él la gente herbívora (entiéndase vacas, caballos y corderos) debe encontrarse... como el pez en el agua.

Esto me lo demostró en seguida una pequeña tropilla de caballos semisalvajes, que pasaron a todo correr, junto a nosotros, saltando y relinchando con alegría.

— ¡Qué felices, los caballos! — exclamé.

Porque aquí, de lo que más ganas da, es de trotar, de galopar, de relinchar y de comer pasto. (Ciertamente que, comparados con los relinchos, mis exclamaciones resultaban demasiado débiles para decir mi entusiasmo.)

Mi tío y mi primo se rieron de mí, y me dijeron que no necesitaba volverme caballo. Que, al día siguiente, me darían una de estas felices bestias, ensillada, para que pudiera yo correr montado sobre sus lomos.



Enero 16.

Y he llegado a lo mejor de mis impresiones sobre la pampa. A la tarde siguiente, tuve, como me lo ofrecieron, mi caballo ensillado. E Ignacio ensilló él mismo el suyo, pues no quiere que nadie lo toque sino él.

El caballo que me han designado es un bonito *tobiano*, de grandes manchones irregulares, marrón oscuro y blanco. Ignacio, en cambio, presume con su *rosillo*, que, según dice, enseñado por él mismo, le entiende por sólo palabras, sin necesidad del lenguaje elocuente del látigo.

En cuanto al ropaje, creo que no hay comparación posible. El de dos colores de mi caballito, parece un traje de gala. Mi tobiano es como un rey entre los demás caballos. Y es bueno que así lo parezca; porque yo, sobre el caballo, sí que me siento... ¡Rey de la Pampa!

¡Qué alegría ante ese campo abierto! Me ha parecido que, por primera vez en la vida, tengo una idea de lo que es el goce de la libertad. Como mi caballo, muy blando de boca, me obedece instantáneamente, es como si fuese mía la facultad de correr así por los campos, cruzándolos en todas direcciones, sin cansancio.

Veo entonces, a mi alrededor, la línea del horizonte, donde el cielo se junta con la tierra, formando una inmensa curva. Y me dan unas ganas locas de lanzarme a la carrera delante de mí; de llegar hasta esa línea, y asomarme a ver lo que hay *del otro lado*.

Pero bien sé que esto no es posible. Que podría dar la vuelta entera de la tierra sin darme cuenta de que había pasado la línea aquella, ni de que estaba *del otro lado*. Como que esa línea, en realidad, no existe; y por más que avancemos, la vamos viendo siempre... más allá. ¡Es una lástima! ¡Pero también es una alegría, tenerla siempre ante los ojos... como un ideal!



CREPÚSCULO ARGENTINO

Crepúsculo argentino, sin campanas.
¡Qué ganas sin embargo de rezar,
de juntar nuestras voces humanas
al místico mugido y al balar!

A estas horas marea la pampa como un mar...

Fernández Moreno, el autor de estos versos, y de los que antes se leyeron con el título de «Cocinerita» (*) es un poeta argentino contemporáneo, muy *sintético*. Es decir, que en pocas líneas da una impresión, pinta un cuadro, describe una escena.

Con muy breves composiciones, ha llenado muchos libros, en los que canta todas las cosas de nuestros campos bonaerenses.

Ha dedicado también una parte de su obra a distintos pueblos y ciudades argentinas, principalmente a Buenos Aires.

(*) Véase página 8.



EL ALBA

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Enero 18.

Si el primer día de mi llegada al campo comprendí a los caballos, hoy creo haber comprendido mejor que nunca a los pájaros. Un poco más, y hubiera imaginado entender su idioma y enterarme de todo lo que decían.

Nos propusimos, mi primo y yo, ver amanecer desde «el nido», justamente para saber qué es lo que alborota a los pájaros cada mañana. Porque suelen armar tal algarrabía que nos despiertan a la madrugada... de lo cual no les estamos muy agradecidos.

— ¡Estos pájaros, que no me dejan dormir! — exclamó ayer, Ignacio, malhumorado. — ¡Qué estúpidos! Ven salir el sol todos los días, y todos los días se alborotan como si fuera la primera vez: ¡Ah, oh, hi! ¡Qué tontos!

— ¡Qué sabes tú por qué gritan? — le contesté. — ¡Quién sabe cuántas cosas están viendo, que nosotros no vemos, por dormilones!

— ¡Sabes, Miguel — me dijo Ignacio, — que de tanto leer parece que te estás mareando? ¡Mira que imaginarte que los pájaros están viendo... duendecillos, no?

Yo, por divertirme, le contesté que podía ser muy bien que a esa hora estuviera visible «el genio de los vientos», o «el hada del rocío», o cualquier cosa así.

— Mañana — me contestó Ignacio — nos levantaremos a las cuatro de la mañana; y vamos a ver lo que se ve. Llevaré mi escopeta de aire comprimido y las municiones; y te aseguro que si no veo algo prodigioso... a ti te perdonaré la vida; pero no a los pájaros que gritan como tontos, como si nunca hubieran visto el sol.

Y esta madrugada nos despertó... un pájaro adiestrado por nosotros, que también es *bípedo*, aunque no tiene plumas. Tiene un solo ojo, grandote y redondo, y un pico,

a veces muy abierto en dos, como para tragarse... las horas.

Por si alguno de mis apreciados lectores no adivina cuál es este avechucho, seré con él tan complaciente que me decidiré a gastar un poco más de tinta para decírselo aquí: es el reloj-despertador. No hay gallo cuyo canto sea más puntual... siempre que no nos olvidemos de darle cuerda por la noche.

Bueno; nos despertó el reloj, cuando estaba oscuro todavía. Saltamos de la cama, nos abrigamos, y salimos en puntas de pie, como ladrones, a asaltar nuestro propio nido. Los pájaros, esta vez, no se reirían de nosotros, pues habíamos madrugado más que ellos.

No sé si era a causa del sueño, o de esa obscuridad que no resultaba ni noche ni día, sino algo como una noche que se fuera destiñendo... No sé si era por eso, o por el silencio que reinaba... (Ya no se oían las aves nocturnas ni se despertaban aún las del día.) El caso es que ninguno de los dos hablaba; nos hallábamos como sobrecogidos por esa pausa de la naturaleza, que parecía en la espera de algo...

Comenzó a clarear un poco más. Apareció como una niebla blanquecina. Por un lado, el cielo comenzó luego a ponerse rosa; pero era un rosado tan vago, que se adivinaba más que se veía. Y se oyeron algunas vocecitas de pájaros, todavía muy débiles, y muy aisladas. Los árboles, que un rato antes parecían sin color, se iban como pintando apenas. Se diría que los colores, lo mismo que los pájaros, se fueran despertando poco a poco. Como si también ellos hablaran aún en voz baja.

Pronto, todo se cubrió de aquel color rosa. Cecilia, que hace comparaciones tan poéticas, diría que la tierra se iba poniendo, sobre los tules oscuros y grises que antes la cubrían, otros tules más claros; primero blancos, luego rosados, y por fin celestes. Es decir, que de Cenicienta, se iba convirtiendo en Princesa, con el vestido de aurora que el Hada le regalara. (¡Cómo le va gustar esto a Cecilia, si lo lee! Como que lo escribí pensando en ella.)

Por fin, el sol comenzó a mostrar en el horizonte la copa de su sombrero rojo. Y se armó la gritería de los pájaros, ya en todo su apogeo.

— ¿Tenían o no razón los pájaros en decir: «*¡ah, oh, hi!*»? — pregunté yo entonces a Ignacio.

— Sí; es lindo ver esto — me contestó Ignacio; — pero todavía mejor es dormir. Y en todo caso, los pajarracos estos, podrían admirarlo en voz baja.

— Lo que es a mí — dije yo — cuando algo me entusiasma, me dan ganas de gritarlo a todos. Los pájaros se asombran de que alguien siga durmiendo, y le dan la noticia: «¡Ha salido el sol! ¡Ha salido el sol!» Tal vez hasta tuvieron miedo, por la noche, de que el sol no saliera ya nunca más...

— ¡Cuando te digo, Miguel Ángel, que de tanto leer se te está dando vuelta la cabeza! Te veo a punto de inventar un cuento de hadas...

Así me habló mi primo, y luego siguió:

— Mira: yo perdono a los pájaros, y no cargo ahora mismo mi escopeta en consideración a lo salvajes que son. Los pobres bichos no conocen la luz eléctrica, ni la radio; por eso hacen tantos aspavientos por tan poca cosa. Pero tú... tú que has visto el cinematógrafo, y que aspiras a ser, por lo menos, *pasajero* en un avión, no mereces que te perdone, si te quedas embobado porque sale el sol... Yo, en estos días de calor, hasta preferiría que se quedara detrás de las nubes, aunque no viéramos hasta la noche otro color que el de un cielo gris.

Sé que mi primo no habla del todo en serio. Y en cuanto a mí, en este cuaderno (que no pienso mostrarle) puedo decir que el amanecer de hoy es una de las cosas más lindas que he visto en mi vida. Más linda, por cierto, que cualquier vista del cinematógrafo.

Cuando los pájaros cantaban con tanto entusiasmo, me parecía asistir a una gran fiesta. Hubiera querido imitar sus cantos, por ver si alguno se me acercaba. (¡Cómo se hubiera burlado, entonces, Ignacio!)

De pronto me vinieron a la memoria unas invocaciones que sé son muy antiguas, en las que nunca me había fijado mayormente. He buscado el libro donde las tengo y son así:

Todas las obras del Señor ¡benedicid al Señor!
 Luz y tinieblas ¡benedicid al Señor!
 Aves todas del cielo ¡benedicid al Señor!
 Todos los animales salvajes y domésticos ¡benedicid al Señor!
 Hijos de los hombres ¡benedicid al Señor!
 ¡Que todo lo que respira alabe al Señor!

Los pájaros saludan con sus cantos al sol, pensé yo, porque, como dice Ignacio, no saben que existe nada más allá. Pero lo que hay de superior a los astros, no es precisamente la radio, o la luz eléctrica, como mi primo asegura. Lo que hay más allá del sol es su Creador. Y si los pájaros alaban su obra, yo puedo alabarle a Él mismo.

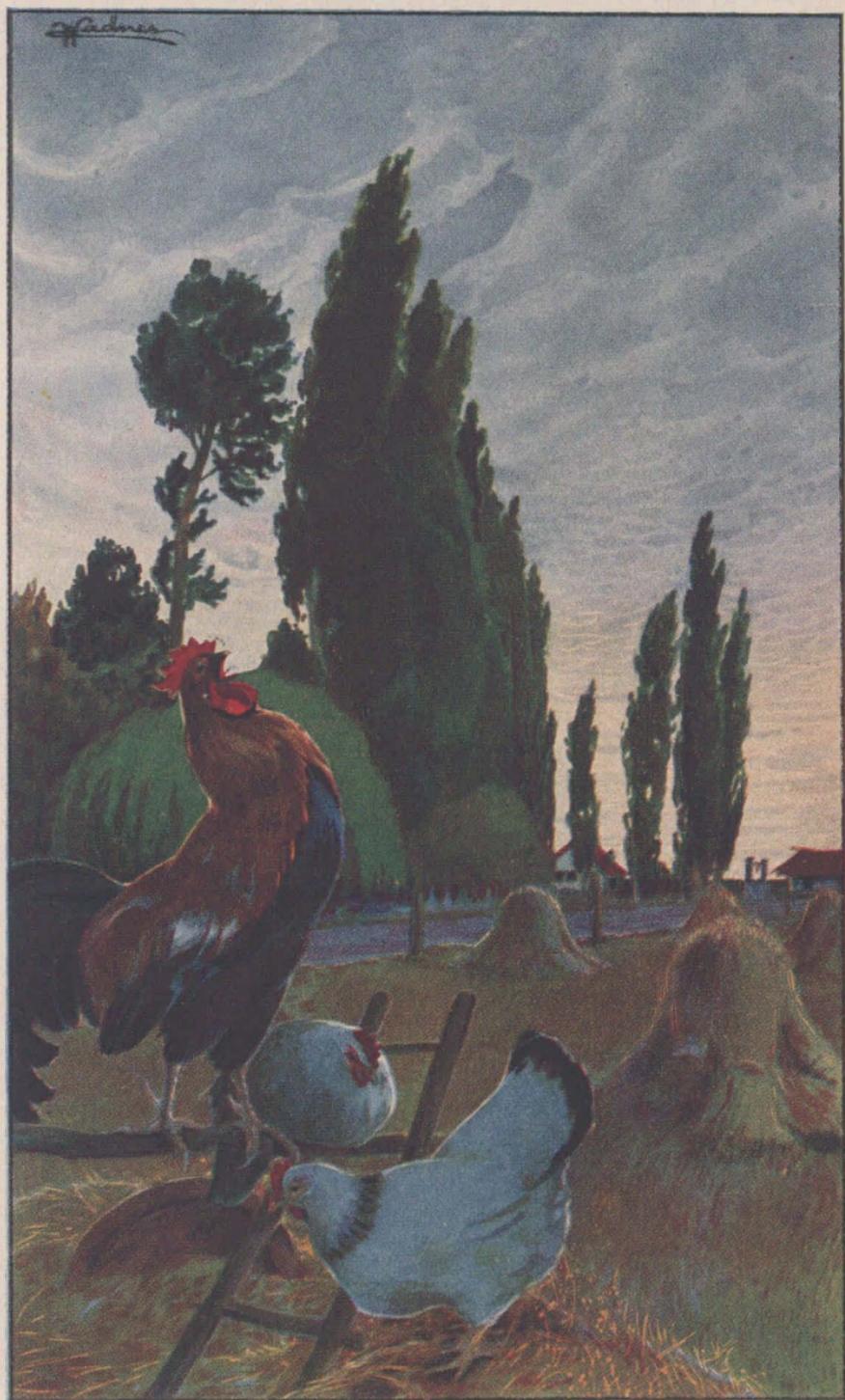
Me sentí entonces contento de poder completar yo los cantos de los pajaritos y hacer lo que ellos no sabían. Con la idea de Dios, la naturaleza se volvió a mis ojos más linda de lo que ya me había parecido.

Esto que acabo de escribir, también le gustaría mucho a Cecilia. Y más todavía a mamá que, sabiendo lo olvidadizo que soy en este punto, en cada carta me recomienda que no olvide la oración de la mañana. La de hoy se la debo a «los pajarracos», como dice Ignacio. Prueba de que algo bueno tienen.

Enero 22.

Se entiende que todo lo anterior, aunque lleva una sola fecha, no lo he escrito de un tirón. Y más, habiéndome tomado esta vez el trabajo de hacer primero un borrador. Estoy contento de cómo me ha resultado la descripción de la aurora. ¿Verdad que está bien?

Me esmeré en ella, pensando que, probablemente, alguna vez en el año, nos propondrán ese tema para una composición en el colegio. O si no lo dan, yo lo puedo elegir, cuando nos encarguen escribir sobre un «tema libre». Tenía que «sacarle el jugo» al madrugón, que bastante nos costó. Así, a causa de haber vencido esta vez el sueño, me comprometo a vencer en un concurso literario sobre «la salida del sol».



Se diría que los colores, lo mismo que los pájaros,
se fueran despertando.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MEXICO

LOS TRABAJOS DEL CAMPO

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Enero 23.

QUÉ interesantes son las tareas del campo! Cada día me alegro más de que me hayan dejado venir a «Los Paraísos». Y cada día aprendo una cosa nueva.

Sí; es muchísimo lo que he aprendido viendo y oyendo a mi tío que tanto se dedica a estas cuestiones «rurales». Aparte de lo que yo mismo observo, y lo que nos explican los peones, a quienes también nos gusta interrogar.

— Me parece que no se es bastante argentino hasta que no se ha conocido bien una estancia — dije yo hoy.

— Ni bastante hombre tampoco — me respondió mi tío, que no sólo es entendido en los trabajos, sino que tiene un gran amor por la vida de campo. Dice que, de cuando en cuando, le es muy necesaria, y pasa aquí largas temporadas. Como ve que yo escribo, mi tío añadió: — ¿Quieres que te dicte una página para tu *diario*? Toma la pluma...

Y aquí tengo la página dictada, que voy a copiar.

FRASES DEL TÍO EDUARDO

«¿Qué es un hombre en la ciudad? Vive en un mundo artificial, que le da ideas falsas sobre la vida y hasta sobre sí mismo.

»En el supuesto de que un pájaro pudiera tener ideas, ¿podría tenerlas muy exactas de lo que él es, ni de sus alas, si, naciendo en una jaula, no hubiera jamás traspasado esos barrotes?

»El hombre que no salió de la ciudad es como el pájaro nacido en la jaula. Come el pan que le ponen en la mesa, sin saber lo que es el trigo; ni lo que tuvieron que trabajar, para dárselo, esos magníficos obreros que son el sol y la

tierra... y los pobres obreros que nosotros somos. Viste ropas de lana, sin saber lo que es una oveja.

»Hasta el cielo, el sol y las estrellas, los recibe en trocitos, puestos en la abertura de su ventana como en una bandeja. Él no sabe lo que son el cielo y la tierra... en libertad, y no enjaulados entre calles y paredes.

»Es necesario haber vivido alguna vez en pleno campo, en contacto directo con la naturaleza, para darse realmente cuenta de lo que es la vida: la de las plantas, la de los animales, y la de los hombres. Para darse cuenta de la lucha que cuesta al hombre arrancar a la tierra sus riquezas. Para comprender, en fin, lo que significan los trabajos de *agricultura* y de *ganadería*, sin los cuales no podríamos vivir.

»¿De qué serviría al hombre haber inventado los aeroplanos y otras máquinas admirables, si algún día olvidara el arte de sembrar? ¿Si le faltaran el trigo y el pan?

»Hay hombres que se creen muy sabios porque conocen el mecanismo de su automóvil. ¡E ignoran en absoluto cómo se maneja, para que dé sus frutos, esta gran máquina del mundo en que vivimos!

»¿Qué digo? ¡Si hay quien no sabe lo que es el día ni la noche! Porque mal pueden saberlo los que nunca vieron reinar al sol o a la luna, en la amplitud inmensa y serena de los campos. Ni saben lo que es una tormenta los que sólo la vieron actuar en la ciudad. Es como juzgar de la imponencia de un toro viéndolo únicamente encerrado en un corral.»

¿Verdad que es lindo, esto que me ha dictado mi tío? Aquí se ve el entusiasmo que él tiene por las cosas de la naturaleza.



EL GANADO

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Enero 24.

ESTA estancia está principalmente dedicada a la ganadería. Ayer hubo un «rodeo». No lo hemos tan sólo presenciado, sino que hemos tomado parte en él. Ignacio y yo, a caballo, ayudamos a los peones a juntar los animales. O por lo menos, a no



dejarlos desparramarse, después que los peones los habían ya arreado, desde toda la extensión del campo, hasta el lugar elegido.

Mi tío había ordenado una separación, para trasladar a otro sitio parte del ganado «vacuno».

Jamás había yo visto tantos animales juntos, ni imaginé que los hubiera en las estancias. Hay que ver lo que son esos millares de lomos redondos, apretados unos contra otros, todas aquellas cabezas juntas, de las que sobresalen apenas los cuernos, pues las llevan completamente gachas. Y el todo, mugiendo y marchando a la vez.

Si creí comprender a los caballos, y luego a los pájaros, aseguro que a estas vacas y toritos no los entiendo. Bestias tan fuertes y en tal cantidad; armadas, cada una, con un par de cimitarras — dagas curvas de los moros — como parecen sus astas, y que se dejan, sin embargo, amontonar y acorralar por unos pocos hombres y hasta chicos a caballo.

Pienso lo que sería si, de pronto, un ejército de estas bestias se lanzara con furia contra los hombres. Creo que no habría infantería capaz de resistirles.

Felizmente, nosotros no éramos *infantería* sino *caballería*. Porque no faltaba, a veces, algún novillo que nos hiciera frente. Nos sentíamos, entonces, casi *toreros*. Pero la bravura de aquellos aspirantes a la *plaza de toros* española, duraba poco. Si hacíamos ademán de atropellarlos, daban pronto la vuelta.

Enero 25.

Una mañana llevaron una buena partida de terneros a la estación, para ser transportados no sé adónde. El día transcurrió sin que nos acordáramos más de esto. Pero ¡qué noche pasamos!

En cuanto obscureció, comenzaron a oírse los mugidos de las vacas. Como me lo explicaron, llamaban a sus terneros, que a esa hora se les reúnen siempre. Y los terneros, claro, no aparecían. ¿Estarían, los pobres, mugiendo por su lado, llamando a sus madres?

Los mugidos de las vacas eran cada vez más fuertes, más prolongados, más lastimeros, y duraron la noche íntegra. Impresionaban en medio de la obscuridad. A mí me daba una lástima tremenda. Y creo que el mismo Ignacio hubiera preferido el alboroto de sus enemigos, los pájaros madrugadores.

Mi tío y mi primo, que ya están acostumbrados a estas cosas, me dijeron que eso no era nada; que al día siguiente ya ninguna vaca mugiría más, ni se acordaría de su cría. Y así fué.

LA SEQUÍA

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Enero 26.

— Has tenido suerte — me dijo Ignacio — de haber venido después de las lluvias. El mes anterior, cuando hubo aquella feroz sequía, sí que eran impresionantes los mugidos de los animales, desesperados de hambre y de sed.

Según me contaron, las pobres bestias se lo pasaban caminando y caminando — noche y día — a lo largo de los alambrados, como en busca de una salida, en la espera de algo mejor... que de ninguna manera hubieran encontrado, porque todo el campo estaba igual.

El pasto estaba reseco, el sol quemaba. ¡Era desolador!

Caminaban, pues, los animales, con unos gemidos que hacían estremecer, hasta que caían extenuados. Durante las horas más calurosas, sucumbían, cada día, algunas vacas y terneros.

— Así cayó un día, a las tres de la tarde, aquel enorme toro negro, espléndido ejemplar de raza fina — dijo Ignacio. — Su muerte fué para papá un gran disgusto, una gran pérdida.

— Sí — dijo mi tío; — no todo es, en el campo, cantos de pájaros, noches de luna y doradas cosechas. Hay que tener fortaleza de espíritu para esta clase de vida, para esta brega con la naturaleza, frente a frente. Pero, voy a dictarte otra frase para tu diario.

— ¿Por qué no me la escribe usted mismo? — pregunté a mi tío. — Así me llevo ese recuerdo suyo.

Y mi tío escribió lo que abajo se leerá:

EL AGRICULTOR

«El agricultor tiene que ser *fuerte y confiado*. *Fuerte*, para no descorazonarse en los tiempos malos, y no abandonar por eso su tarea. Pues ha de tener *confianza* en la

tierra, que entre un año de escasez y otro de abundancia, es decir, en el transcurso de varios años, equilibra siempre sus productos.

»Y justamente, una de las bellas cosas de la vida y trabajos del ganadero o del agricultor es que, lo quiera o no, tiene que mirar siempre hacia el cielo... para ver si llueve. Al mismo tiempo que ha de contar con la ayuda de la Providencia, se hace su colaborador, en la obra de hacer germinar el grano y de alimentar a los hombres y a las bestias.

»El agricultor no puede, pues, nunca, ser el gusano que no levanta la vista del suelo en que se arrastra.»

LA DOMA DE TERNEROS

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Enero 28.

USTEDES habrán oído hablar de *la doma* de potros. Yo he presenciado una, el otro día, y por cierto que es emocionante. Hay que ver al potro agachando la cabeza, hasta meterla, casi, entre sus patas delanteras. Parece espiar el momento de tomar desprevenido al domador, para sus bruscas alzadas y sus corcovos. ¡Y el modo con que pateo, como queriendo prenderse al suelo con sus cascos, para arquear más duramente el lomo! ¡Y los relinchos del *bagual*!

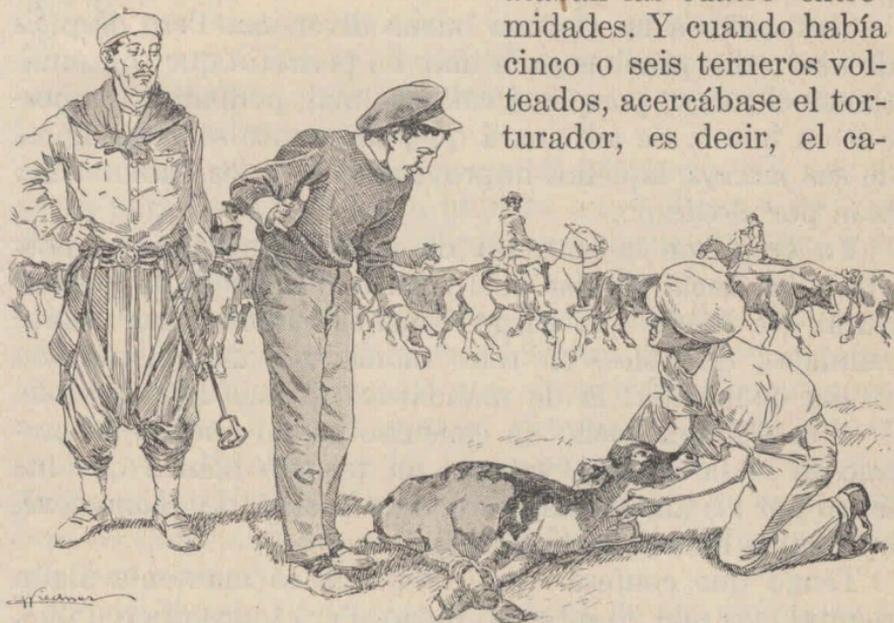
Pero, hay que ver también al gaucho que lo doma, serio y tranquilo como una estatua, con aire concentrado; pegado sobre el animal. Parece adivinar sus intenciones, prevenir sus movimientos, antes que el bruto tenga tiempo de ejecutarlos.

Pero no era esto lo que yo iba a contar ahora, sino algo mucho más original. ¡Como que fué idea nuestra! Se nos

ocurió llevar a cabo ni más ni menos que una doma de terneros. ¡Cómo nos hemos divertido! Aunque sospecho que los terneros han quedado tan chúcaros como antes...

Fué ayer, durante la tarea de marcar parte del ganado encerrada previamente en un corral. Un hombre enlazaba por el pescuezo a un ternero y lo sacaba del corral a la rastra. Una vez afuera, el animal daba vueltas para todos lados, describiendo curvas tan amplias como se lo permitía el largo del lazo. (Hablando en el idioma escolar, tendría que decir: el lazo era la medida del radio, en la circunferencia trazada por el indómito cuadrúpedo.)

Luego otro peón, con otro lazo, enlazaba al ternero por las patas y éste caía al suelo como un plomo. Allí se le atañan las cuatro extremidades. Y cuando había cinco o seis terneros volteados, acercábase el torturador, es decir, el ca-



pataz, con el hierro calentado al rojo. Entonces, mi primo, yo y otro muchacho peón, sujetábamos la cabeza del animal, y el capataz le aplicaba el hierro en el anca, dejándole la marca de la estancia, mientras el pobre bicho berreaba dolorosamente.

Antes que se le desataran las patas, uno de nosotros tres se colocaba sobre él, a horcajadas, de manera que

cuando el rumiante, despavorido, se levantaba, hallábase con un jinete sobre el lomo. Nosotros nos agarrábamos fuertemente, con una mano, del testuz, y con la otra, de la cola. Un nuevo modo de montar, como ven... sin rienda, ni bozal, ni montura.

¡Los saltos que daba entonces el ternero! Parecía haberse vuelto loco y demostraba a las claras que no se sentía con vocación para ser montado... No hay para qué decir que, después de levantar varias veces sus patas traseras y de hacer unas disparatadas cabriolas, arqueándose como si pretendiera hacerse un ovillo, terminaba por largarnos a una buena distancia. Nos parecía volar por el aire... Y a pesar de no tener paracaídas, caíamos ilesos sobre el pasto.

Costeamos a mi tío una buena diversión. Pero después de una o dos pruebas cada uno, no permitió que continuáramos el juego; porque si caíamos mal, podíamos rompernos un hueso. Se adivinará que, en cuanto se veían libres de sus *jockeys*, aquellos improvisados corceles salían como bala por el campo.

Yo creo que la sorpresa de verse montados por nosotros, les hacía olvidar más pronto el dolor de la quemadura. De modo que juzgo beneficiábamos a los pobres animales, dándoles, en tales momentos, una distracción y una ocupación: la de mandarnos lo más lejos posible.

Si se hubiera hecho un concurso en tal sentido, el premio se lo llevaba, de seguro, un ternero blanco que me lanzó por los aires, como corcho de botella de *champagne*, apenas se hubo puesto de pie.

Tengo que confesar que mi primo se mantenía algún tiempo más que yo sobre su pingo. Pero todos dijeron que, no estando acostumbrado a estas hazañas, yo me había mostrado muy valiente.

Y mi tío nos reservaba una gran sorpresa. Había comprado, hacía poco, una maquinita para tomar vistas cinematográficas, y la estrenó con nuestra sesión de domadores. ¡Qué divertido va a ser cuando pasemos la vista en Buenos Aires! Y así no podrán poner allí en duda nuestras hazañas.

Ahora me pregunto: ¿por qué no se podría enseñar a un ternero, lo mismo que a un potrillo? ¿Ponerle freno y riendas, y todo lo demás? Hay que confesar que el caballo es más elegante... Pero no dejaría de ser graciosa una carrera de terneros ensillados y montados...

LA YERRA

Enero 29.

Nos ha contado tío Eduardo cómo, en otras estancias, se emplea un sistema más moderno para *la yerra*. Así se llama el acto de marcar los animales, en el que tomamos parte ayer... como toman parte los payasos en las comedias.

Nos contó mi tío la yerra que él presencié, sin que se usara para nada el lazo, ni hubiera que voltear a los animales. Felizmente, dice, porque era hacienda algo más brava que la de aquí.

Se iba arreando a los animales hasta hacerlos entrar en un corral en forma de embudo. Al llegar a la parte angosta, ellos no tenían más remedio que «formar fila», como sumisos colegiales. Y luego, por un sistema de barras que se subían y se bajaban, se les hacía pasar, de a uno solo; y de a uno, quedaban encerrados, cada cual a su turno, en otro corralito casi del mismo tamaño del animal, de modo que éste no podía moverse.

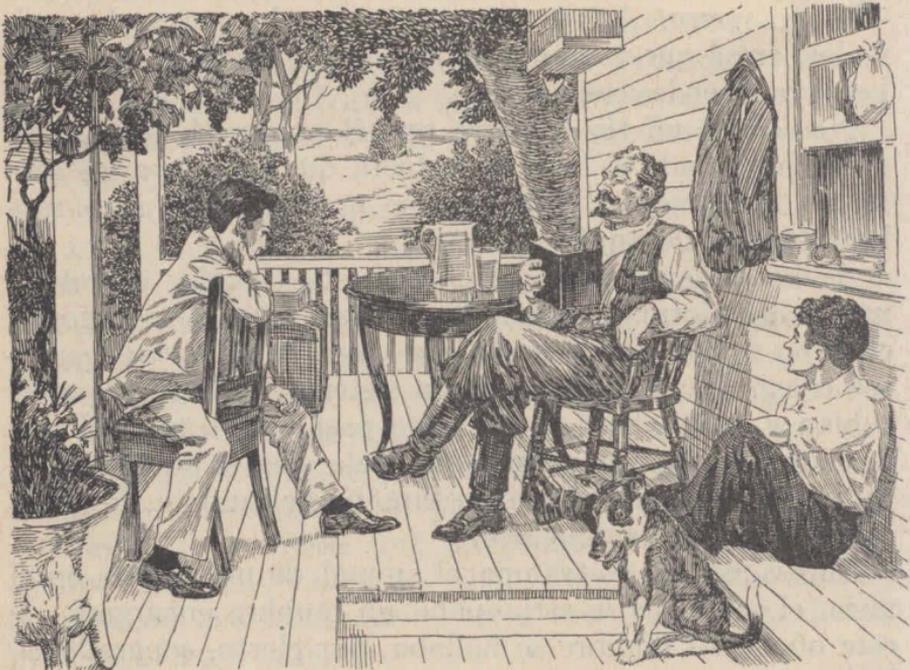
En esa especie de trampa, el animal, de pie, recibía en el anca, el sello que le estampaba un hombre encargado de este oficio. El hombre se hallaba, por cierto, separado de la bestia por uno de los lados del corralito, y allí tenía preparado su hierro, y el fuego para calentarlo de nuevo, vez por vez.

Cada novillo quedaba encerrado en la trampa sólo el tiempo necesario para que se le marcara, lo cual se hacía muy rápidamente. Y con gran rapidez también, se levantan-

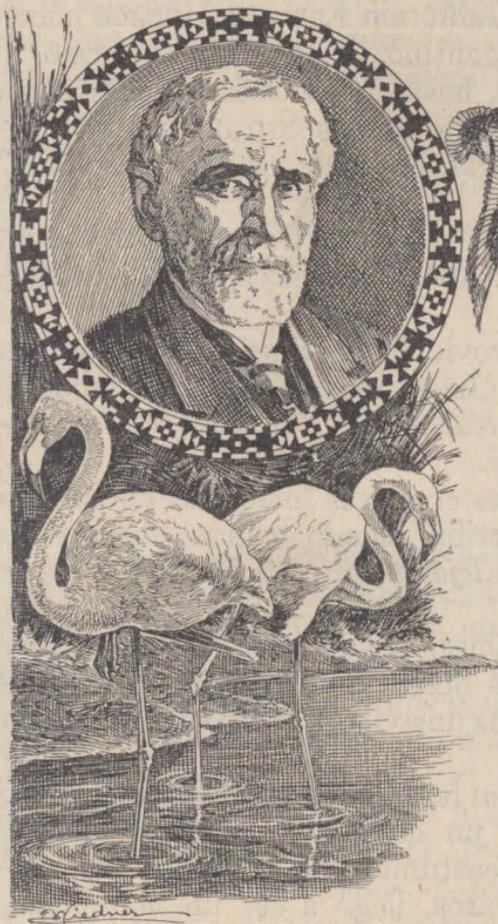
taban y bajaban las barreras, dejando en libertad al animal marcado y encerrando al que venía detrás.

— Parecía — explicó mi tío — cosa de máquina, por la precisión con que se ejecutaba todo. Pero los espectadores debían permanecer en riguroso silencio, para no perturbar a los operarios, pues una distracción cualquiera podía resultarles peligrosa.

¡Qué diferencia con nuestra yerra de ayer, en que todo era algazara, risas, aplausos a los más diestros en enlazar, y a nuestra doma! Será muy práctica esa yerra tan civilizada, pero nosotros hemos salido ganando con que aun esté en auge, aquí, el sistema más primitivo. Si no, hubiéramos perdido una gran diversión.



En "Los Paraísos", mientras llueve...



UN NATURALISTA

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 2.

DESDE hace varios días llueve incessantemente.

— Ya que ustedes no pueden salir al campo — nos dijo tío Eduardo — el campo puede venir a ustedes.

— ¿Cómo? — preguntamos, imaginando alguna broma. — El cam-

po no desborda como los ríos, para entrarse hasta los cuartos...

— Pues aquí lo tienen — contestó mi tío, entregándonos un libro. — Lejos de desbordar, se ha reducido hasta caber en este corralito donde lo hallarán de cuerpo entero...

»Pueden abrir sin miedo su tranquera roja y dorada — añadió, abriendo las tapas del libro. Y luego dijo: — Nadie ha descrito mejor nuestros campos de hace algún tiempo que este escritor inglés.»

— ¡Qué lástima que sea inglés! — exclamamos, a dúo, Ignacio y yo.

— Dije escritor inglés — nos explicó mi tío — porque escribió en ese idioma. Esta es una traducción. Pero, aun-

que de padres ingleses, **Guillermo Enrique Hudson** puede ser considerado como argentino, ya que nació, creció y se educó en nuestro país, hasta pasado^s los treinta años. Más aún: fué casi un gaucho en sus costumbres...

— ¿Por qué no escribiría, entonces, en nuestro idioma? — insistimos.

— Casi es una ventaja — dijo mi tío — que lo hiciera en inglés; así habrá despertado el interés de muchos extranjeros por nuestras cosas.

Hudson nació en la provincia de Buenos Aires, en un establecimiento llamado «La estancia de los 25 ombúes». Allí, y en otros puntos cercanos, pasó su niñez y su juventud, en tiempos de Rosas.

Este libro que leemos es el de sus memorias de cuando era chico; y como lo escribió siendo ya casi viejo y en Inglaterra, lo tituló: *Allá lejos y hace mucho*.

¡Qué preciosas narraciones! Desde muy chico pasábase Hudson las horas enteras observando la naturaleza: una vez era una planta, otra vez una víbora. Pero su gran pasión fueron los pájaros.

Así, aunque vivía, con su familia, en un gran aislamiento — puede decirse que en un desierto — él no se aburría jamás. Y a causa de su costumbre de observar, especialmente a sus queridos pájaros, llegó a ser un *naturalista*, además de ser un gran escritor.

Hudson conoció también la ciudad porteña y cuenta algunas cosas de cómo era entonces. Lo que más me gusta es cuando habla de la reunión que vió un domingo, junto a una iglesia, como de cuatrocientos hombres; todos con sombrero de seda negra, casaca oscura y el consabido chaleco punzó, a más de la divisa también roja en el ojal.

Dice Hudson que los argentinos eran de linda figura y cara. Y por cierto que el naturalista no puede con su genio, y compara a aquellos hombres con una bandada de unos pajaritos que le gustaban mucho, de cabecita como de terciopelo negro, cuerpo obscuro y pecho punzó.

En fin, yo creía que para ser *naturalista* había que «matarse estudiando» y metiéndose millares de nombres

en la cabeza. Pero leyendo este libro, me doy cuenta de que, aun más que el estudio en los textos, lo que hace al naturalista es *la observación* directa de la tierra y los animales.

¡Es un lindo oficio, el de pasarse así las horas, echado sobre el pasto, mira que te mira! Casi me dan ganas de dedicarme a naturalista... ¡Nunca imaginé que, sólo mirando, pudieran aprenderse tantas cosas lindas!

ALGUNOS ASPECTOS DEL CAMPO

Febrero 3.

PARA no olvidarme las cosas de que habla Hudson, voy a apuntar aquí algunas. Me ha impresionado su descripción de los inmensos *cardales*. En algunos años, las plantas de cardo invadían de tal modo los campos, que resultaban una plaga feroz. Y como solían incendiarse, eran, además, un gran peligro.

Hudson podía perdonarles el mal que hacían, porque le procuraban un espectáculo muy bonito: el de las grandes nubes que, flotando en el aire, formaban sus semillas; esas que nosotros llamamos «panaderos».

¿Panaderos? ¿Por qué? Ya sé que la planta de cardo es como una panadería en la que se abastecen muchos animales bípedos y cuadrúpedos. Pero a esas semillas con patitas, podríamos más bien llamarlas arañas. (A veces suelen verse arañas en el aire, como los panaderos, porque el hilo de que cuelgan es tan finito que resulta invisible.)

En fin, cuenta este señor — que entonces debía ser sólo Guillermito, pues era un chico como cualquier otro — cómo, echado de espaldas sobre el pasto, se entretenía en mirar pasar aquellas nubes de *panaderos*, brillando a la luz del día. Y ahora se me ocurre que aquello sería como una especie de vía láctea, formada por millares de soles. Pues cada *panadero* ¿no es también como un pequeño sol, con esa cantidad de rayos plateados que tiene?

Se entusiasma, en otra parte, el autor de *Allá lejos y hace mucho*, con los montes inacabables de árboles de durazno, con su precioso aspecto en primavera, cuando se cubrían de florecitas color rosa y revoloteaban entre ellos millares de pajaritos.

Y me parece ver las numerosísimas tropillas de caballos de que habla. Los argentinos han tenido siempre un gran amor al caballo. Y en aquellos tiempos, cada estanciero se complacía en que toda su tropilla fuese del mismo pelaje. ¡Qué lindo efecto debía hacer! Una tropilla entera de caballos blancos (*tordillos*), otra de *alazanes*, otra de *overos*, otra de *gatunos* (color vicuña con crines negras), etc. ¡Qué trabajo debía dar el *seleccionarlos* así!

PÁJAROS

Febrero 4.

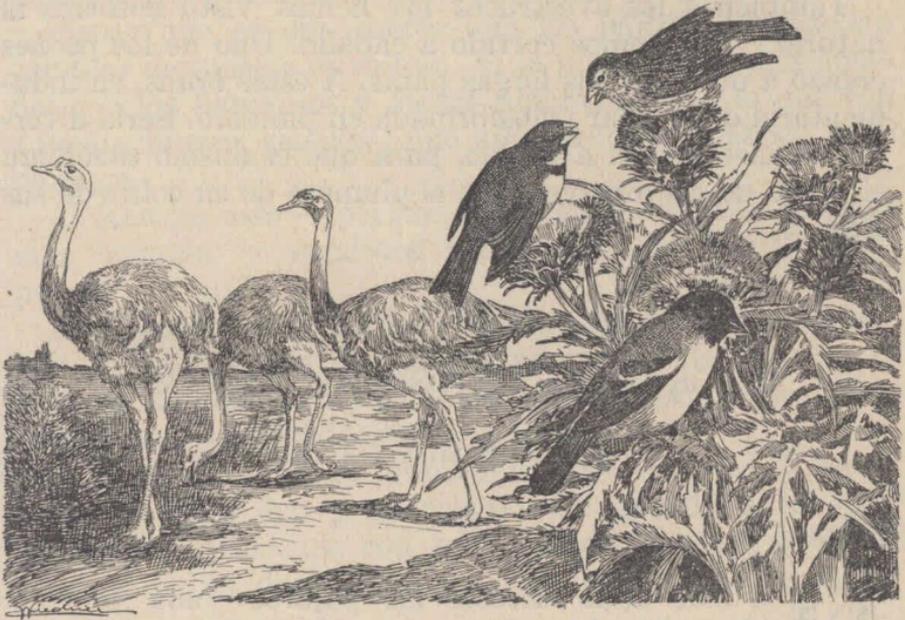
EN lo que más se detiene este naturalista es en los pájaros, sus preferidos. (Y, en esto, no se parece a Ignacio.) Todo bicho con plumas le interesa de un modo extraordinario: desde las grandes aves, hasta los más pequeños pajaritos.

Siendo un chicuelo de siete u ocho años, conocía ya todas las variedades del lugar; y si aparecía en la vecindad algún pájaro nuevo, lo advertía en seguida. Parece que, en aquellos tiempos, los pájaros abundaban en nuestros campos muchísimo más que ahora.

Hudson describe, pues, las bandadas de aves de todas clases: de pajaritos cantores, de palomas torcazas, de patos silvestres, y hasta de loros, que él veía aterrizar, según los lugares y las épocas.

Cuando ve por primera vez los flamencos, sin haber tenido nunca noticia de que semejante ave existiera, se queda deslumbrado. ¡Y no es para menos!

Yo también he visto algunos en una laguna de estos alrededores. Más que laguna es un bañado. Allí, entre extensos juncales y otras plantas acuáticas, se reúnen infinidad de patos salvajes que el capataz suele cazar... y nosotros saborear (en la mesa, se entiende). Y en el medio del bañado hemos visto, parados en una sola pata, algunos flamencos.



Cuando desplegaron sus alas color rosa, me parecieron escapados de algún cuadro. Pues los había visto muchas veces pintados, en vidrieras o en biombos. Y me parecía que nunca pasarían de ser así: pájaros *pintados*, pájaros inventados... y hasta estudiados, si se quiere. Pero jamás imaginé que los iba a ver reales y volando. Son magníficos. Y lo que mucho me sorprendió es que sus alas son todavía más lindas por el revés que por el derecho. Extendidas, en el aire, y miradas desde abajo, se ven rojas, casi como una llamarada.

Sí; sin duda Hudson era un Guillermito como cualquier otro, o como cualquier Luisito... Pues él nos refiere cómo, a los siete años, jugaba con otro chico a la caza de los avestruces.

Uno de los chicos hacía de cazador, mientras el otro, imitando los movimientos bruscos y desairados del pájaro-jirafa, corriendo en zig zag, y escondiéndose entre los cardales, hacía de avestruz. (Los avestruces no son, pues, tan zonzos como parece; tratan de disimularse entre las plantas de cardo, que tienen el mismo color y hasta una cierta semejanza de forma con su plumaje.)

También a los avestruces los hemos visto nosotros al natural, y los hemos corrido a caballo. Uno de los peones enlazó a uno, por sus largas patas. A estas horas, su indumentaria debe estar transformada en plumero. Sería divertido amaestrar un avestruz, para que él mismo sacudiera el polvo de los muebles, con el plumero de su cola o de sus alas.

OTROS SERES VISTOSOS DE LA PAMPA

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 6.

No sólo eran vistosos los pájaros «allá lejos y hace mucho». Lo eran también algunos gauchos ricos; es decir, dueños de un pedazo de tierra y de algunos animales. Claro, no querían ser menos que sus caballos. Y si a éstos los engalanaban con arneses de plata, no era extraño que adornasen también sus personas con el mismo metal.

Esto sí que no puedo decir que lo haya yo visto al natural, como a los avestruces y a los flamencos. Gauchos como los de Hudson, no los conozco ni siquiera pintados, como conocía a los flamencos antes de venir aquí. ¡Como que por aquellos campos y en aquellos tiempos, no habría ni quien los retratara!

Pero este libro describe tan detalladamente aquellos lindos trajes, que sería fácil mandarlos hacer exactamente iguales... para Carnaval, por ejemplo.

Yo elegiría el de aquel gaucho tan refinado, que usaba una blusa o camisa negra, con borlas, con bordados verdes y rojos, y llena de adornos y botones de plata. Su *chiripá* era amarillo, de la mejor vicuña; dejando ver, por supuesto, los anchos calzoncillos de hilo blanco «con más franjas y encajes de lo que era habitual en esa prenda». Sus botas brillaban, y llevaba un lindísimo poncho azul ribeteado de rojo. ¿Es posible *ave* más pintoresca?

Pienso que es una suerte que los pájaros no puedan cambiar de ropas a su antojo. Si lo pudieran, podría suceder con los flamencos y demás señores alados, lo que con aquellos lujosos gauchos: que no usaran ya más su bello plumaje.

Al decir yo esto — porque, como sigue lloviendo, seguimos leyendo y seguimos conversando, — mi tío respondió:

— El gaucho ha cambiado de plumaje, pero no de corazón. Aunque ya no los veamos adornados de plata, y ni siquiera de chiripá, nuestros paisanos conservan los principales caracteres del antiguo gaucho.

— ¡Eso no es muy tranquilizador! — dije yo, recordando la fama de «pendenciero» del gaucho a lo Juan Moreira y otros, que con tal facilidad sacaban a relucir el «facón», es decir, el cuchillo, matando por cualquier tontería.

Mi tío nos dijo que, felizmente, en eso el gaucho había cambiado. Que ya no era tan «matón»; que había ahora en nuestros campos más respeto por la vida propia y por la ajena. Pero que, en cambio, nuestros paisanos, los actuales gauchos, conservaban las más nobles cualidades de antaño.

— Menos el gusto para vestirse. ¡Es una lástima! — dije yo.





EL GAUCHO

ESA noche de febrero, los dos primos y don Eduardo, hablaron mucho del gaucho. Por cierto que el tema es interesante. Hablaron, ante todo, de su valor.

El gaucho de nuestras pampas se vió siempre obligado, para vivir, a luchar con estos dos animales bravos y salvajes: el potro y el toro.

Para cruzar las grandes extensiones — para llegar desde un poblado hasta otro — les fué preciso domar al potro. Y, para comer, derribar al toro. En estas dos empresas el gaucho conserva su primitiva y extraordinaria valentía. Sigue domando potros y haciendo frente al toro. De ello se puede dar fe en *Los Paraísos*.

A su valor, se agregó en toda época, en el gaucho, el ser *sufrido* como pocos hombres de otras razas lo son: para soportar el cansancio, el hambre, la sed, la rudeza del sol o de la lluvia.

También es cualidad suya cierta generosidad nativa. Siempre tuvo el gaucho su código de honor, respetado aun en los trances más apurados.

Y no es posible hablar del gaucho *legendario*, sin poner, junto a su valentía, estas otras cosas:

Primero, su pasión por la libertad y por los grandes horizontes; lo que le hizo siempre rebelde a las autoridades y un poco *nómada*. Así dicen los versos:

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo.

Segundo: su amor por la guitarra, a la que solían llamar «vihuela»:

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vihuela.

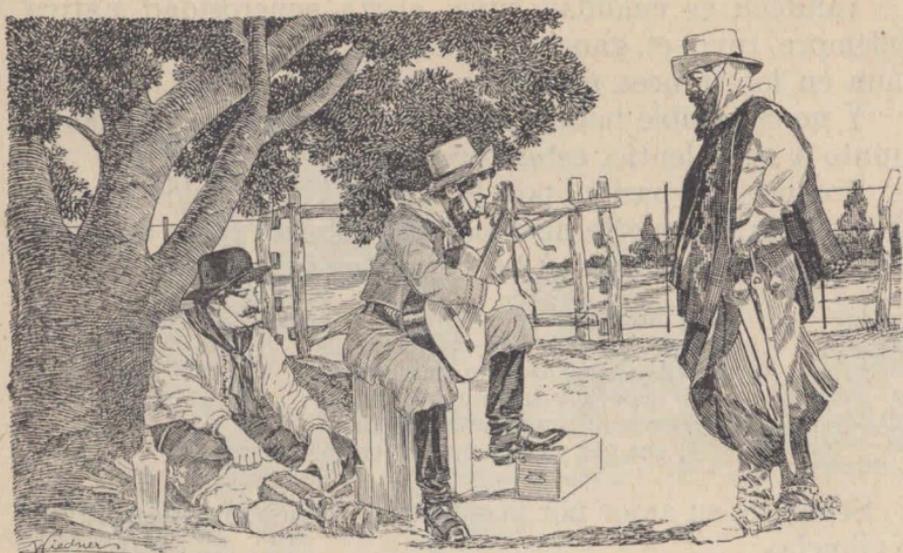
Ser valiente y ser buen cantor en la guitarra fueron las dos cosas más admiradas entre ellos. Y cuando estas dos cosas se hallaban reunidas en un solo hombre, éste venía a ser el héroe de las pampas.

Si el antiguo *trovador* europeo visitaba pueblos y castillos, cantando los hechos guerreros, este héroe admirado en nuestras tierras recorría los ranchos y las *pulperías* cantando sus propias hazañas.

Las pulperías, galpones en que se vendía al gaucho todo lo necesario a su vida primitiva, eran, a la vez, sitios de reunión.

Desgraciadamente, las hazañas del gaucho no eran siempre potros domados o toros vencidos, sino que figuraba a menudo entre ellas, alguna pelea en que el cantor «se había *desgraciado*», cometiendo una muerte.

Pero, como lo dijo don Eduardo, la civilización, irradiando hasta los campos, ha moderado ya las costumbres. Y, siendo en la actualidad más pacífico, no ha perdido el descendiente del antiguo gaucho ni su valentía, ni su aguante en la vida dura, ni sus dos amores: el espacio abierto y la guitarra.



EL PAYADOR

LAMÁBASE «payadores» a los gauchos que cantaban, acompañándose con la guitarra. Los versos cantados solían ser composición de los mismos payadores; y eran a menudo improvisados.

El que sobresalía en este arte, adquiriría una gran fama; especialmente si los versos eran de su propia inspiración.

El payador de fama andaba de un lado al otro. Era solicitado en todas partes en donde algo se celebraba; donde había algún casamiento, o algún baile; donde se lloraba a un muerto, o donde se imploraba a algún santo, pidiendo lluvias, por ejemplo. El cantor tenía que adaptarse a todas las circunstancias.

Debía, por cierto, ser alegre en las fiestas, donde canto y guitarra unidos solían acompañar los bailes. Debía expresar felicitaciones y buenos augurios en las bodas; y hacer las alabanzas del difunto en los «velorios».

A veces, varios payadores rivalizaban entre sí. Si dos de ellos se encontraban, realizábase una especie de torneo

o de desafío, en que los cantores alternaban sus cantos, dirigiéndose preguntas y respondiéndose. Esta era *la payada de contrapunto*, la cual se continuaba hasta que uno de los dos era considerado el vencedor.

A esto se refiere la siguiente estrofa:

A un cantor le llaman bueno
cuando es mejor que los piores,
y sin ser de los mejores,
encontrándose dos juntos
es deber de los cantores
el cantar de contrapunto.

Estas expansiones musicales, no siempre terminaban pacíficamente. A veces los cantores se dirigían palabras agresivas, haciendo, veladamente, alusión a algo que al otro le desagradaba... Entonces venía un nuevo desafío en que los cuchillos reemplazaban a las guitarras.

Si nuestros gauchos no son ahora tan peleadores, tampoco son tan improvisadores. Les han llegado los versos que, a imitación de las *payadas*, pero más correctamente y con más arte, han compuesto algunos poetas argentinos de las ciudades. Y son los que ellos aprenden de memoria y se transmiten, unos a otros, con ligeras variantes.

EL BAQUEANO

UNA gran ciencia del gaucho fué siempre la de saber *orientarse*. Lo sabía aun en las llanuras, cuando éstas eran inmensos desiertos, carentes, al parecer, de toda señal para guiar al explorador o al viajero. Así lo dicen los viejos versos gauchescos:

Todo es cielo y horizonte
en inmenso campo verde.
¡Pobre de aquel que se pierde
o que su rumbo estravea!

Pero también dicen los versos de la misma fuente:

El que es gaucho va ande apunta
aunque inore ande se encuentra.
Pa el lao en que el sol se dentra
dueblan los pastos la punta.

— ¿Entienden lo que esto significa? — pregunta don Eduardo a los chicos. — Que aun en la obscuridad esta guía tiene el gaucho. Se agacha, toca el pasto, y reconoce, por la dirección hacia la cual se inclinan las hojas, adónde queda el Oeste.



Ignacio y Miguel Ángel hicieron la prueba, vendándose los ojos, y dando previamente algunas vueltas. ¡Y no era tan fácil acertar, por el tacto, en la dirección de los pastos!

Al que sobresale en este difícil arte de orientarse en pleno campo, se le llama *baqueano*.

Antiguamente el baqueano era un gaucho «que se conocía, palmo a palmo, veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas» (*). Porque el baqueano no era, por cierto, un exclusivo producto de las pampas, sino que existía en todo el país.

(*) Sarmiento.

De día bastábale, a veces, escudriñar el horizonte, para dirigirse sin vacilación hacia algún lugar determinado, aun a través de enormes distancias. Y de noche, en medio de los bosques, observando los árboles — y donde no había árboles, examinando la tierra y los matorrales — podía precisar la distancia a que se hallaba de cualquier lugar conocido.

Dicen los versos del gaucho:

Para mí el campo son flores
dende que libre me veo;
donde me lleva el deseo
allí mis pasos dirijo;
y hasta en las sombras, de fijo
que adonde quiera rumbo.

En la pampa, cuando en las noches nubladas, de poco le servía el sentido de la vista, bastábanle al baqueano los sentidos del gusto y del olfato. Arrancaba pastos de varios puntos, los mascaba; tomaba el olor de las raíces y de la tierra. Por el olor y por el gusto, reconocía la proximidad de algún lago o arroyo, y si era de aguas dulces o saladas; e iba luego en su busca para orientarse fijamente.

Pero, ¿qué es lo que no servía de señal al gaucho observador y experimentado? También lo dicen los versos:

Dios les dió instintos sutiles
a toditos los mortales.
El hombre es uno de tales,
y en las llanuras aquellas,
lo gufan el sol, las estrellas,
el viento y los animales.

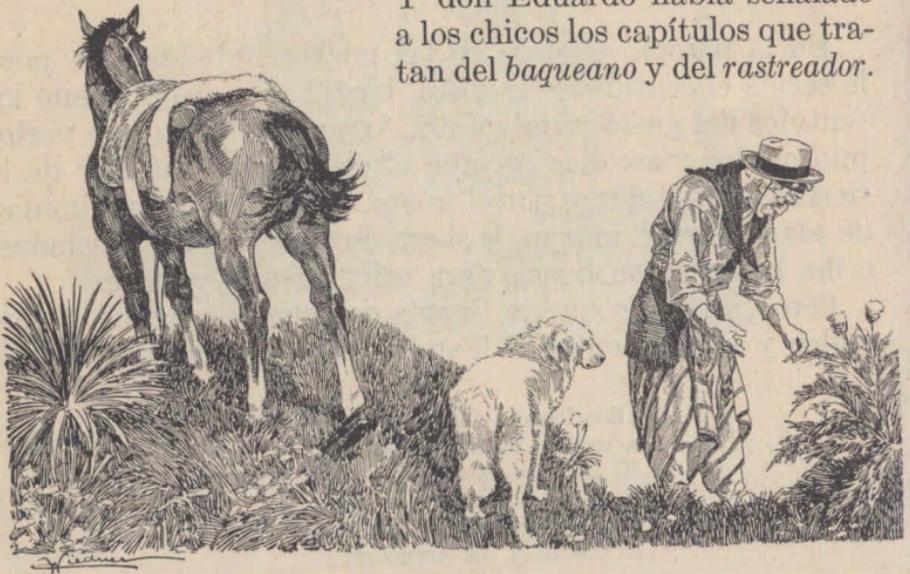
Actualmente, siendo nuestras tierras más conocidas y pobladas, no es ya tan indispensable aquella vasta ciencia del baqueano. Pero éste no ha perdido su papel; hay, todavía, grandes extensiones donde un buen guía es necesario. Y, al gaucho que recorre las estancias, le es siempre útil aquel viejo sentido de orientación.

Todos los versos citados en estas páginas pertenecen a *Martín Fierro*, libro del que luego se hablará.

EL RASTREADOR

QUIEN cuenta cosas sumamente interesantes de los gauchos de su tiempo es **Domingo Faustino Sarmiento**. Por sus estudios, los chicos conocían ya a Sarmiento como presidente de la República, como fundador de escuelas y educador. Ahora iban a conocerlo como escritor.

Su libro *Facundo* — episodios de la vida de Juan Facundo Quiroga — escrito hacia el año 1845, figuraba con honor en la biblioteca de *Los Paraísos*. Y don Eduardo había señalado a los chicos los capítulos que tratan del *baqueano* y del *rastreador*.



Si era notable la ciencia del primero, mucho más extraordinaria era la del *rastreador*. Éste, descubría, en una simple huella dejada en la tierra por un hombre o por un animal, muchísimas particularidades que ningún otro hombre sería capaz de percibir. Se le empleaba con éxito en las pesquisas policiales.

Sarmiento narra de este tipo argentino, cosas que nadie que no esté en el secreto podrá explicar. Los chicos, llenos de asombro, leyeron hechos como los que siguen:

«Todos los gauchos del interior son *rastreadores*. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o vacío. Esta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. «Aquí va — dijo luego — una mulita mora, muy buena... Esta es la tropa de don N. Zapata... Es de muy buena silla.. Va ensillada... Ha pasado ayer...» Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa, en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es con todo la ciencia vulgar; este era un peón de arria, y no un rastreador de profesión.»

«Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón y, encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y, señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: ¡Este es!»

«¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!»



MARTÍN FIERRO

DON Eduardo. — ¿Saben ustedes lo que es *Martín Fierro*?

Ignacio. — Martín Fierro es un gaucho.

Miguel Ángel. — Martín Fierro es un payador.

Don Eduardo. — Y Martín Fierro es un libro. Es el libro del cual un gaucho payador de ese nombre es el principal protagonista.

Ignacio. — De oídas, todos lo conocemos.

Don Eduardo. — Y hay que conocerlo también de lectura. *Martín Fierro* es el título de nuestro mejor poema gauchesco. Está escrito imitando el modo de hablar de nuestros gauchos.

Ignacio. — ¿Es todo un libro en verso?

Don Eduardo. — Sí. Componen el *poema* una serie de *cantos*. Y componen los cantos, una serie de *estrofas*. Las estrofas están formadas, claro está, de una serie de *versos*: seis versos *octosílabos* para cada una.

Ignacio. — Son compañías de soldados: seis filas, marchando de a ocho en fondo...

Miguel Ángel. — Cada *canto* es entonces un batallón; y el poema entero...

Ignacio. — Un regimiento... ¡Un regimiento de versos!

Don Eduardo. — Sí; para todo se necesita ordenación: para un regimiento de versos como para uno de soldados. Sin orden, nada bueno se hace. Pero no lo reconocían así los gauchos de aquellas épocas, rebeldes a toda autoridad.

Ignacio. — ¿De qué época eran, papá?

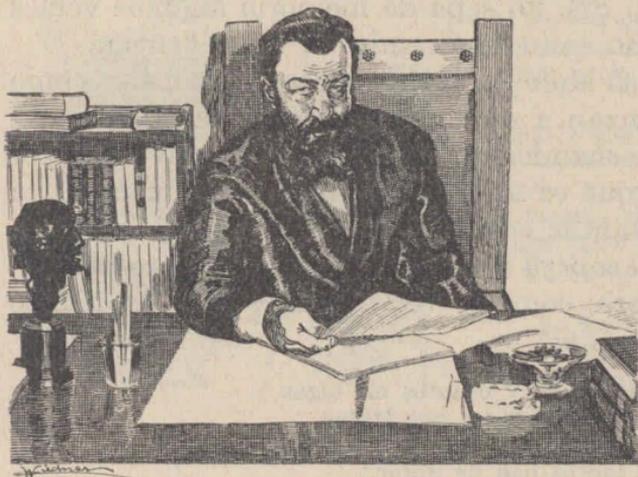
Don Eduardo. — El *Martín Fierro* se publicó entre los años 1872 y 1878. Es la época del gaucho que ya puede llamarse *clásico*.

Después de este diálogo en *Los Paraísos*, don Eduardo había entregado a los chicos el libro en cuestión.

José Hernández, su autor, vivió en la campaña bonaerense, en vecindad de estancias y de *fortines*, hasta la caída de Rosas. Conocía, pues, los asuntos que trataba. *Fortines* eran los puntos en que se organizaban algunas fuerzas, reclutando gauchos, para defender las poblaciones de los ataques de los indios acampados tierra adentro.

En *Martín Fierro* se narra el horrible salvajismo de aquellos indios. Las atrocidades que cometían al invadir algún poblado.

Es decir, cuando hacían *un malón*. Atacaban una estancia o una pulpería; saqueaban, incendiaban, robaban. Y huían llevándose ganado y cuantos objetos podían. Y lo que era aun peor, llevában-



se, a veces, a algunos cristianos *cautivos*, los cuales en sus *tolderías*, sufrían luego lo indecible.

Pero lo más interesante del poema es el mismo Fierro, gran payador. Cuenta allí, él mismo, su vida de gaucho *matrero*; es decir, la del gaucho que, por haber matado a su adversario, en una pelea, veíase obligado a vivir errante, huyendo de la justa persecución de la policía. Esto hace cantar a Martín Fierro:

Vive el águila en su nido,
el tigre vive en la selva,
el zorro en la cueva ajena,
y en su destino inconstante,
sólo el gaucho vive errante
donde la suerte lo lleva.

La obra de José Hernández tuvo un éxito enorme. Se vulgarizó en seguida. Era leído en las ciudades. Y en el

campo, no faltaba en las pulperías algún lector que la hiciera oír a los concurrentes.

Las estrofas de Martín Fierro parecían tener alas. O mejor dicho, eran como los «panaderos» que se desparrraman a todos los vientos y en todas partes se pegan. Volaban, desde las orillas del Plata y del Paraná, hasta las más lejanas provincias, donde los campesinos se las transmitían unos a otros, oralmente.

Así se explica que no haya hoy argentino, de cualquier edad y condición, que no sepa de memoria algunos versos del poema gaucho, aun ignorando su procedencia.

Ahora que todas aquellas cosas: tanto los gauchos como los indios, comienzan a ser del dominio de la Historia, el poema de José Hernández va adquiriendo cada vez mayor importancia. Porque es un documento — obra maestra en su género — de tantas cosas y tipos que ya desaparecen. Es la verdadera *epopeya* del gaucho. Su autor presintió la duración de la obra, como se ve en esta estrofa del mismo Martín Fierro:

Más que yo y cuantos me oigan,
 más que las cosas que tratan,
 más que lo que ellos relatan,
 mis cantos han de durar.
 Mucho ha habido que mascar
 para echar esta bravata.

VERSOS PARA LA MEMORIA

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 9.

ESTAMOS entusiasmados, Ignacio y yo, leyendo *Martín Fierro*. Resulta que sabíamos de memoria muchas estrofas, sin saber que fueran de allí. Nos sorprende, sobre todo, encontrar tantos refranes en verso, y tantos dichos oídos, aquí y allá, desde que nacimos.

¿Serían ya conocidos antes de que el autor los aprovechara para su libro, o los inventaría él mismo? Parece que

no es fácil averiguarlo. Lo pregunté a mi tío, y éste dice que, en parte, debían ser dichos y refranes ya populares; y en parte, inventados por Hernández. En fin, lo mismo da.

Lo que a mí más me gusta es la payada de contrapunto entre Martín Fierro y el negro. Martín Fierro dice al principio del libro:



Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar,
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

(Supongo que mis lectores saben que *prima* es la cuerda más finita de la guitarra, y *bordona* la más gruesa.)

«Naides me pone el pie encima.» Y sin embargo... si me dieran a elegir entre él y el negro, yo no sabría con cuál quedarme. El negro dice cosas muy lindas...

Parece que no eran pocos los que tenían esa facilidad para *payar*, porque hay otro gaucho, Cruz, que también dice:

A otros les brotan las coplas
como agua de manantial;
pues a mí me pasa igual:
aunque las mías nada valen,
de la boca se me salen
como ovejas del corral.

De ovejas de esta especie quisiera yo tener un gran rebaño, encerradas... en el corral de la memoria. Los versos que he puesto aquí, los he escrito sin mirar el libro. Los aprendí para cantarlos. Me gusta saber muchos. ¡A veces vienen tan bien para lo que uno quiere decir!

Y estos... batallones de Martín Fierro, se nos entran muy fácilmente en la cabeza, sin rompérnosla.

Ahora voy a copiar, para que Cecilia las cante en la guitarra, otras estrofas que me parecen especiales para ella. Le van a gustar mucho. Aquí van:

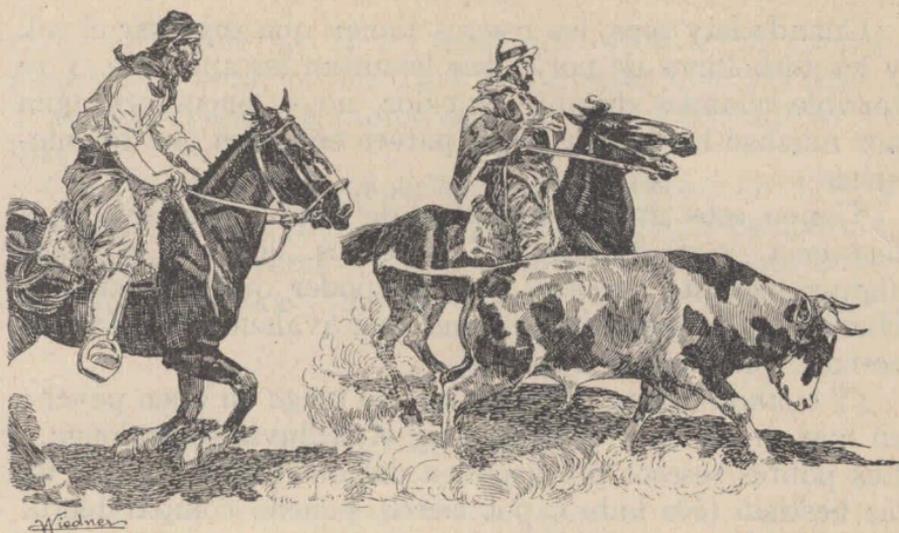
*Dios formó lindas las flores
Delicadas como son;
Les dió toda perfección
Y cuanto Él era capaz;
Pero al hombre le dió más
Cuando le dió el corazón.*

*Le dió claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida, y movimiento
Dende el águila al gusano;
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento.*

*Y aunque a las aves les dió,
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dió al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.*

*Y dende que dió a las fieras
Esa juria tan inmensa,
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre,
¿Qué menos daría al hombre
Que el valor pa su defensa?*





LOS RESEROS

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 11.

PARA que conozcamos bien el gaucho actual, mi tío nos leyó él mismo unos capítulos elegidos, de un autor argentino contemporáneo: **Ricardo Güiraldes**.

¡Cómo se comprende, leyendo esas páginas, la vida de nuestros campos! No precisamente la que hacemos nosotros, sino la de los verdaderos campesinos, la de los que nacen, viven y mueren en las estancias y sus alrededores.

Ahí vemos lo que son estos largos y monótonos caminos, cuando aquellos hombres tienen que trasladar tropas de animales hasta un punto muy distante, arreándolas ellos mismos. Lo que es marchar a través de estas pampas, que no ofrecen ni el amparo de un árbol; y donde sólo de tarde en tarde aparece algún poblado.

Como tienen que andar, a veces, las horas y las horas al paso, los *reseros* — es decir, arreadores de *reses* — suelen dormirse sobre su caballo. (Y esto de cabalgar durmiendo en las largas andanzas, es habilidad de todos nuestros viejos paisanos.)

Cuando hay seca, los reseros tienen que soportar el sol, y los torbellinos de polvo que levantan los animales. Y es terrible cuando, durante el calor, no se encuentra agua por muchas horas. La tropa parece entonces que se enloquece.

Tienen esos animales el don de olfatear el agua a la distancia; y si, estando así sedientos, llegan a adivinar alguna lagunita cercana, no hay poder que los detenga. Hacia ella se precipitan, como una avalancha, volteando cercos, si los hallan a su paso.

¿Y cuando llueve? ¡Ay, del que no tenga un buen poncho en que envolverse! Y asimismo, si la lluvia se prolonga... Los pobres reseros no disponen del buen impermeable de las bestias. (No habrá, por cierto, poncho comparable al que lleva la vaca... ni tan bien puesto.)

Además, aun sin aquel inconveniente de la sed que exaspera a hombres y animales, los reseros se ven, a veces, obligados a luchar con una que otra «res» brava.

— Son «toreros» sin saberlo, ¿verdad? — pregunté yo.

— Y sin «traje de luces» ni aplausos — me contestó Ignacio.

Me río de imaginarme a uno de estos peones vestido con casaca de terciopelo y lentejuelas de oro. A la verdad, el poncho del gaucho debe haber hecho, más de una vez, el papel de la capa del torero español, en la famosa «plaza de toros». ¡Buena plaza es nuestra pampa!

Y con todo... ¿por qué será? A pesar de las penurias que esos hombres tienen que soportar, a Ignacio y a mí nos daban ganas de hacer otro tanto. Envidiábamos un poco al «reserito» de catorce años, que cuenta sus impresiones. Y por cierto que no eran envidiables sus torturas de principiante.

Yo pienso que eso nos atrae, por lo lindo que es sentirse fuerte; más fuerte que el sol y que la lluvia...

— ¿Y más inteligente que los toros? — me interrumpió mi primo, a quien yo decía mi pensamiento.

— Por supuesto — repliqué; — ver que ni los toros ni la lluvia nos arredran.

— Lo que a mí me parece lindo en esa vida — dijo Igna-

cio — es la libertad. El no tener que estudiar, ni preocuparse de la hora, ni del traje, ni de estar bien peinado... Y además el andar a campo abierto, como buscando aventuras...

Claro; cada cosa tiene su lado bueno. Pero... en serio, y pensándolo bien... prefiero ser Miguel Ángel, el estudiante, a ser resero «de veras». Ahora, serlo durante un solo arreo, no demasiado largo, ¡me gustaría!

BAJO LA LLUVIA

(IMPRESIONES DE UN PEQUEÑO RESERO, LEÍDAS EN «LOS PARAÍDOS»)

.....

ENTRETANTO, los nubarrones amontonados en el horizonte habían recubierto el cielo, y cuando el arreo en marcha volvía a la angostura del callejón, las primeras gotas sonaron de un modo opaco y precipitado.

Como a pesar de la hora temprana sintiéramos calor, fué más bien un goce aquel tamborineo fresco. Algunos empezaron a acomodar sus ponchos; yo esperé.

Mirando al cielo colegimos que aquello era preludeo de algo más serio.

La tierra se había puesto a despedir perfumes intensamente. El pasto y los cardos esperaban con pasión segura. El campo entero escuchaba.

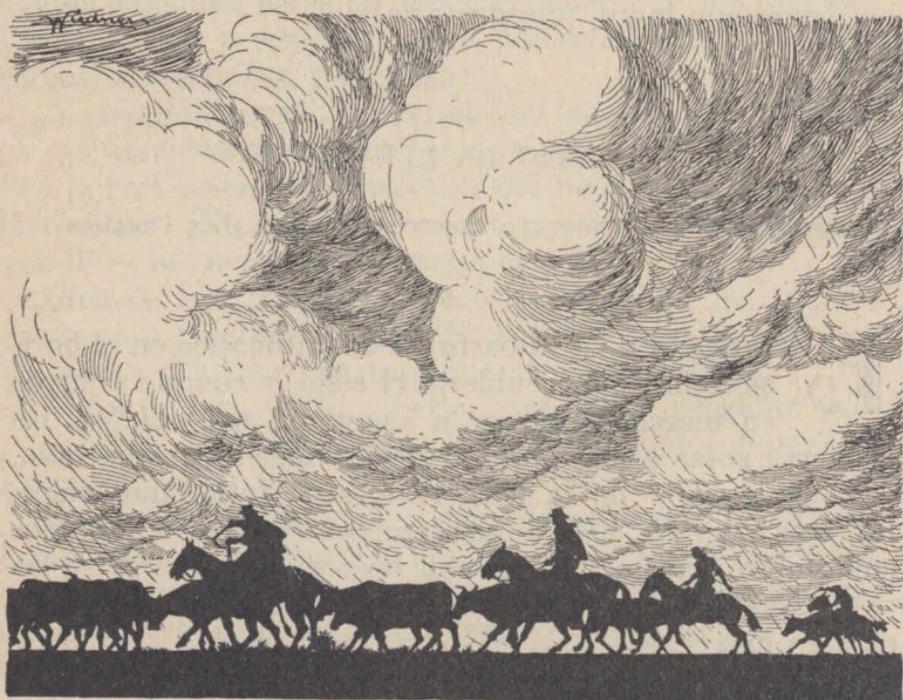
Pronto, un nuevo crepitar de gotas alzó al ras del callejón una sutil polvareda. Parecía que nuestro camino se hubiese iluminado de un tenue resplandor.

Esa vez me acomodé el «calamaco» preparándome a resistir el chubasco.

La lluvia se precipitó interceptándonos el horizonte, los campos y hasta las cosas más cercanas. Los troperos se distribuyeron a lo largo de la novillada para cerrar de más cerca la marcha.

— ¡Agua! — gritó Valerio, entreverándose a pechadas entre los brutos.

Por mi parte me entretuve en sentir en mi cuerpo el cerrado martilleo de las gotas, preguntándome si el poncho me defendería de ellas. Mi chambergo sonaba a hueco y pronto de sus bordes empezaron a formarse goteras. Para que éstas no me cayeran en el pescuezo, requinté sobre la frente el ala, bajándola de atrás a fin de que el chorrillo se escurriese por la espalda.



La primera reacción ante la lluvia, según más tarde pudo argumentar mi experiencia, es reír, aunque muchas veces nada bueno traiga consigo la perspectiva de una mojadura. Riendo, pues, aguanté aquel primer ataque. Pero tuve muy pronto que dejar de pensar en mí, porque la tropa, disgustada por aquel aguacero que la cegaba de frente, quería darle el anca y se hacía rebelde a la marcha.

Como los demás, tuve que meterme entre ellos distribuyendo sopapos y rebencazos. A cada grito llenábase me la boca de agua, obligándome esto a escupir sin descanso. Con los movimientos me di cuenta de que mi ponchito era corto, lo cual me proporcionó el primer disgusto.

A la media hora, tenía las rodillas empapadas y las botas como aljibe.

Empecé a sentir frío, aunque luchara aún ventajosamente con él. El pañuelo que llevaba al cuello ya no hacía de esponja y, tanto por el pecho como por el espinazo, sentí que me corrían dos huellitas de frío.

Así, pronto estuve hecho sopa.

El viento que traíamos de cara arreció, haciendo más duro el castigo, y a pesar de que a su impulso el aire se volviese más despejado, no fué tanto el alivio como para que no deseáramos un próximo fin.

Acobardado miré a mis compañeros, pensando encontrar en ellos un eco de mis tribulaciones. ¿Sufrirían? En sus rostros indiferentes el agua resbalaba como sobre el ñandubay de los postes, y no parecían más heridos que el campo mismo.

El callejón, que había sido una nota clara con relación a los prados, estaba lóbrego. Por delante de la tropa, la huella rebrillaba acerada; atrás todo iba quedando trillado por dos mil patas, cuyas pisadas sonaban en el barrial como masticación de rumiante. Los vasos de mi petiso resbalaban dando más molicie a su tranco. Por trechos la tierra dura parecía tan barnizada, que reflejaba el cielo como un arroyo.

Dos horas pasé así, mirando en torno mío el campo hostil y bruñado.

Las ropas, pegadas al cuerpo, eran como fiebre en período álgido sobre mi pecho, mi vientre, mis muslos. Tiritaba continuamente, sacudido por violentos tirones musculares, y me decía que si fuera mujer lloraría desconsoladamente.

De pronto, una abertura se hizo en el cielo. La lluvia se desmenuzó en un sutil polvillo de agua y, como cediendo a mi angustioso deseo, un rayo de sol cayó sobre el campo, corrió quebrándose en los montes, perdiéndose en las hondonadas, encaramándose en las lomas.

Aquello fué el primer anuncio de mejora que, al cabo de una breve duda, vino a caer en benéfico derroche solar.

Los postes, los alambrados, los cardos, lloraron de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano.

Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas, como nuestros caballos, y nosotros mismos habíamos perdido las arrugas, creadas por el calor y la fatiga, para ostentar una piel tirante y lustrada.

El sol pronto creó un vaho de evaporación sobre nuestras ropas. Me saqué el poncho, abrí mi blusa y mi camiseta, me eché en la nuca el chambergo.

La tropa olfateando el campo se hizo más difícil de cuidar. Iniciamos algunas corridas arriesgando la costalada.

Una vida poderosa vibraba en todo y me sentí nuevo, fresco, capaz de sobrellevar todas las penurias que me impusiera la suerte.

Entretanto, la vitalidad sobrante quedó agazapada en nuestros cuerpos, pues de ella tendríamos necesidad para sobrellevar los próximos inconvenientes, y sin despararmarnos en inútiles bullangas, volvimos a caer en nuestro ritmo contenido y voluntarioso:

Caminar, caminar, caminar.

(Fragmento de «DON SEGUNDO SOMBRA», por Ricardo Güiraldes.)





EL CAMPO Y LAS LETRAS

¿HAS visto, Ignacio, que el amor al campo no está reñido con la buena literatura?

Esto dijo Miguel Ángel, aquel día, a su primo. Porque Ignacio imaginaba que escribir era un oficio propio del hombre débil e incapaz de comprender la vida de estancia.

Y por los libros que estaban leyendo, veían ahora los chicos que sus autores, hombres dedicados a las letras, habían sabido compenetrarse admirablemente con las tareas del campo, con los gauchos, con la naturaleza. Y que sus obras les ayudaban a apreciar la nobleza de todas esas cosas.

Muchos, yendo más lejos que Ignacio, imaginan que para comprender el campo, no sólo hay que dejar los libros, sino también los buenos modales. En una palabra: que hay que vivir como un bárbaro.

Y en sus lecturas estaban igualmente viendo, los chicos, cómo muchos que dedicaron sus principales energías a las tareas agrícolas, no descuidaron por eso su inteligencia y la cultivaron por medio del estudio.

— Además — les había dicho don Eduardo, — no es fácil pasarlo bien en una estancia, sin tener el gusto de la lectura.

Y así lo estaban experimentando Ignacio y Miguel Ángel en aquellos días lluviosos.

— Quien se va al campo sin libros — continuaba diciendo el estanciero — corre el riesgo, no sólo de aburrirse en las forzosas soledades, sino también el de «embrutecerse».

Y por último aseguró que la mejor vida era aquella en que pudiera combinarse nuestro trabajo, con el goce de la naturaleza y el de los libros.

— Debe ser así — pensó Miguel Ángel para sus adentros; — pues no he visto hombre de mejor humor, ni más tranquilo que mi tío, a quien le gustan por igual el campo y la literatura.

— **La inteligencia** nunca estorba — solía repetir el señor Eduardo. — Hay que cultivarla siempre, pues ella es tan útil en el campo como en las ciudades, y en cualquier oficio en que uno se emplee. Porque, en todas las cosas, la inteligencia puede introducir alguna mejora.

Esto es tan cierto que casi no necesita comentario.

De la fortaleza del gaucho para soportar la vida dura, de su invencible coraje, de las humildes tareas del campo, han nacido nuestras riquezas, es cierto. Y aun residen en esto las mejores promesas para el porvenir del país.

Pero se ha necesitado también del estudio y de la inteligencia, para que los nuevos inventos, las nuevas máquinas, faciliten la producción de la tierra. Y muy especialmente, para organizar el trabajo y proteger la vida del obrero.



LA GUITARRA

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 12.

OTRO recurso para amenizar la vida en el campo, a más de la lectura, es la música, claro está. Si yo soy más aficionado a los libros que mi primo, debo confesar que Ignacio es mucho mejor guitarreo y cantor que yo. Me sirve de maestro.

El otro día, en un puesto, hemos oído, junto con un grupo de paisanos que escuchaban encantados, un concierto de orquesta, transmitido por radio, desde la ciudad. ¡Pensar que lo que en la ciudad se está escuchando, desde los palcos de un lujoso teatro, se escucha al mismo tiempo aquí, sentado en el suelo, y entre pajonales!

¿Y qué idea podrán hacerse estos paisanos de una orquesta de violines, no habiendo visto nunca la cosa?

Con todo, en medio del campo, bajo los árboles, o bajo un cielo estrellado, nada queda mejor que un *triste*, o cualquier otro aire criollo, cantado por algún gaucho acompañándose con la guitarra.

Sólo ahora, he comprendido yo bien este instrumento. Pues, aunque he rasgueado ya sus cuerdas en la ciudad, es completamente otra cosa oírlo aquí. En medio de esta vastedad y este gran silencio de la estancia, la guitarra tiene otro sonido... Como que es muy distinto oír cantar a un jilguero en una jaula a oírlo en un bosque. La guitarra es ave de soledad, y de sombras nocturnas, me parece.





LA LEYENDA DE SANTOS VEGA

A PROPÓSITO de sus recientes lecturas, conversaban, una de aquellas noches, los chicos con el señor Eduardo. Éste les decía:

— Martín Fierro fué desafiado a cantar de contrapunto por el negro que le buscaba pelea. Pero algo mucho más terrible le sucedió a otro famoso payador. Ningún cantor de la pampa había podido jamás vencer a **Santos Vega**, hasta que fué por fin desafiado, no por un negro, sino por el diablo mismo...

Ignacio. — ¡No sabía que el diablo fuese cantor!

Don Eduardo. — Venció el diablo, dice la leyenda. Santos Vega no pudo soportar la derrota. Y cuentan que desapareció. Pero que aún ahora, después de muchos años, reaparece, de cuando en cuando, su sombra. Que se le ve sobre un caballo, con la guitarra terciada en la espalda, perdiéndose en la lejanía; huyendo no se sabe adónde...

Miguel Ángel. — Huyendo del diablo, será...

Don Eduardo. — Hay sobre este asunto unos bellos versos...

Ignacio. — Yo sé de memoria esta estrofa:

«Dicen que, en noche nublada,
si la guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada,
y, al envolverla en su manto,
suenan el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.» (*)

Don Eduardo. — Quien hace sonar así en la guitarra «el preludio de un canto», dicen que es...

Ignacio. — ¡El alma de Santos Vega!

Don Eduardo. — Y las notas parece que lloran, según los versos. No sin razón. Lloran la derrota del más famoso de los viejos payadores. Todos los gauchos se entristecen pensando en la desaparición de Santos Vega. Y esta leyenda es quizá un símbolo; porque en realidad, el tipo del antiguo payador va desapareciendo. Y desaparecerá cada día más, con la divulgación de la radio.

Miguel Ángel. — ¿La radio hace entonces el papel del diablo, que vence al payador?

Don Eduardo. — Posiblemente... ¡Es una lástima!

Esa misma noche, antes de ir a acostarse, propuso Miguel Ángel a su primo:

— Ya que ésta es «noche nublada», dejemos nosotros la guitarra...

Ignacio. — «¿De intento colgada?»... Pero cerca de la casa no hay pozo, ni por lo tanto «crucero del pozo» como dicen los versos.

Miguel Ángel. — La colgaremos del sauce... y será todavía mejor...

(*) Versos de Rafael Obligado.

Ignacio. — Se van a humedecer las cuerdas; no vale la pena. Y, por escuchar, nos vamos a quedar sin dormir... Sin dormir... y sin oír nada. ¿O crees tú en sombras de guitarristas y en diablos payadores?

Su primo no contestó.

A medianoche, Miguel Ángel despertó a su compañero de cuarto:

— ¡Escucha!

— ¿Qué hay? — preguntó Ignacio sobresaltado, tomando su escopeta de aire comprimido. — ¿Ladrones?

Miguel Ángel. — No... ¡El alma de Santos Vega!

Los dos escucharon en la obscuridad. Oíanse leves murmullos...

Ignacio. — ¿Dejaste la guitarra colgada?

Miguel Ángel. — Sí..., ¿ves qué lindo, cómo suena?

Ignacio. — Me parece, Miguel Ángel, que igual hubiera sido sin guitarra. Yo creo que el payador... es el viento; y las cuerdas son las ramas del sauce. Como es un «sauce llorón», no es extraño que «llore» como las cuerdas aquellas.

Miguel Ángel. — A mí me parece que algo de guitarra se siente...

Ignacio. — A mí también... Pero debe ser idea nuestra.

Miguel Ángel. — ¿Quieres que vayamos a ver?

Quizá Ignacio no estaba del todo seguro de no encontrarse... con «la sombra callada». Sólo dijo:

— ¡No vale la pena! Tengo mucho sueño... Mañana estarán inservibles las cuerdas de tu «vihuela».

Miguel Ángel. — Sonarán mejor que nunca... ¡Templadas por Santos Vega!



PAYADORES IMPROVISADOS

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 14.

QUÉ emoción anoche, cuando me pareció que el alma del payador hacía sonar mi guitarra! ¡Pero no fué menor mi emoción esta mañana!

En cuanto me desperté fuí a ver. Mi guitarra tenía una cuerda rota. Aunque Ignacio me había asegurado que con la humedad de la noche, esto sucedería, yo no estaba del todo seguro de que fuese la humedad... Me acerqué con recelo. Al descolgarla del sauce ¡qué susto! Algo sonó dentro de ella que me la hizo soltar, estremeciéndome. Suerte que, enredándose en las ramas, no cayó...

Entonces me dí cuenta de lo que era. ¡Un pobre pajarito había caído dentro de la guitarra, como en una trampa, y no acertaba a salir; tropezaba con las cuerdas que quedaban sanas como contra los barrotes de una jaula. Tapé con la mano la abertura, y llevando conmigo la guitarra, corrí al cuarto donde Ignacio dormía todavía.

De nuevo, se despertó sobresaltado:

— ¿Qué pasa? — me preguntó. Y añadió en tono burlón: — «Cuando menos... ¿habrás cazado «el alma del viejo Santos?»

— Justamente — le dije. — Ahora la oirás cantar. Escucha si no...

Oíase un piar muy débil...

— Y ahora la verás volar — añadí.

Saqué la mano, quité dos cuerdas más, y salió volando el pajarito. Era casi un pichón, una pobre «ratoncita» que parecía haber estrenado hacía muy poco sus alas.

— ¡Mira si «no valía la pena» el dejar la guitarra pernoctar bajo el rocío! — dije, gozando con el asombro de Ignacio.

— ¡Pero se te ha roto la *prima!* — insistió él, no queriendo darse por vencido. — ¡Vaya un modo de cazar a «las inocentes avecillas»!

Lo que es yo, no sé qué pensar. Me parece que quiero más a mi guitarra, desde esta aventura nocturna. Y no podré ya olvidar la leyenda del gaucho cantor...

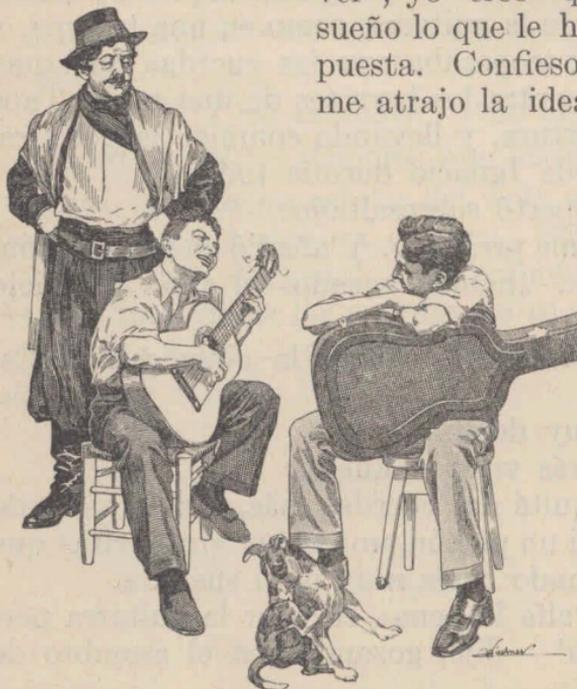
El caso es que me sentí con tales bríos, que, reponiendo en seguida las cuerdas, desafié a Ignacio para una payada de contrapunto, «en forma». Según convinimos, el que resultara vencido tendría que acceder, durante todo el día, a las proposiciones que el vencedor le hiciera.

Instalados bajo el sauce, tomamos el desayuno, y comenzamos... No es tan fácil como parece el improvisar así. ¡Había que ver los disparates que nos salían de pronto, con tal de poner una rima! Naturalmente que el asunto de la noche fué el tema de nuestra payada. Lo contábamos, claro, cada uno a nuestro modo.

Ignacio pretendía reírse de mí. Pero lo que es anoche no se reía. Cuando lo invité a «ir a ver», yo creo que no fué sólo el sueño lo que le hizo rechazar la propuesta. Confieso que a mí tampoco me atrajo la idea de ir yo solo... al

encuentro de sombras que hacen llorar la guitarra, en mitad de la noche.

En fin, nos embromábamos, el uno al otro, en nuestra improvisación. Y como ninguno de los dos éramos el negro ni el diablo — y hay que confesar que tampoco éramos Santos Vega ni Martín Fierro, en



aquel arte — no había miedo de que las cosas acabaran trágicamente...

Después de tanto disparatar, me vino a mí el deseo de poner la cosa en verso, en serio... No me quedaría tan bien como los versos que citó Ignacio; pero haría lo que pudiera. Mi tío vino en mi ayuda, y la composición resultó así:

Por ver si a cantar venía
el alma del payador,
de un sauce, anoche, colgada,
dejé la guitarra mía.
A medianoche las cuerdas
vibraron... ¿No será el viento?
Eso será, me decía.
Ansioso corrí hasta el sauce,
en cuanto se mostró el día.
Ninguna brisa soplabá...
Y en mi guitarra ¿qué había?
Algo en su caja aleteaba...
Un pajarito sus alas
de pronto, a mi vista, abría,
y volando hacia las ramas,
de mi guitarra salía.
¿Qué tiene ahora, en sus cuerdas,
que mucho más dulcemente
suena la guitarra mía?

— Ahora sí que te proclamo vencedor — me dijo Ignacio, leyendo los versos. — Pero vencedor de pluma, no de cuerdas...

— Tengo que reconocer que en la guitarra me ganas — contesté.

— Pues, como en la guitarra era el trato, has de aceptar lo que yo proponga.



LA ALFALFA

Febrero 15.

SABEN lo que me propuso mi primo? Salir al día siguiente en carro; y trabajar con los peones en recoger la alfalfa; «el alfa», como dicen aquí.

Al principio... muy divertido. Pero, ¡cómo sacude el carro hasta la última fibra del cuerpo! ¡Y cómo cansa levantar el pasto con la horquilla!

La alfalfa estaba ya cortada y juntada en pequeños montoncitos, sobre el campo. Había que trasladarla al carro, y en él llevarla adonde está la máquina *enfardadora*, que la aprieta y forma los *fardos*. Así se preparan, sin latas ni otro envase, *las conservas*, para cuando los animales no tienen pasto fresco.

Los peones nos miraban con risitas significativas.

— ¡Esta noche los quiero ver! — decía uno.

Ellos saben lo que estas cosas cansan cuando se hacen por primera vez. Yo no puedo más. Quisiera dormir tres días seguidos... ¡He aquí el resultado de tanta poesía!





EL RANCHO

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 17.

ESTA mañana, aceptando la invitación de un paisano que vive a media legua de aquí, fuimos Ignacio y yo a comer con él y su familia, un cordero al asador.

El rancho de don Cipriano es como todos: barro y paja. No puede darse vivienda más pobre que ésta del criollo: poco más que un nido de horneros. Dos cuartos, uno de los cuales con su fogón, y un pequeño alero.

Delante de él, un patio de tierra bien apisonada y bien barrida. A un lado, un pozo de donde se saca el agua a baldes, y dos sauces. Y del otro lado, un poco más apartado del rancho, un enorme ombú, «solemne, aislado».

— Este es nuestro salón de fiestas — nos dijo don Cipriano, señalándonos el ombú. En realidad, el ombú me pareció más hospitalario que el rancho. Era aquél toda una casa, y todo un juego de muebles. Sus raíces, asientos y mesas; su ramaje era techo, perchas, de todo.

Nos instalamos, pues, en las raíces del coloso, y allí nos preparamos a saborear el cordero ensartado en un hierro, sobre un pequeño fuego, a un paso de nosotros.

Los dos muchachitos de Cipriano, descalzos y color barro — por lo que no se sabía si tenían la cara lavada o no — llevaron nuestros caballos, para que hicieran también su almuerzo, en un pequeño pastizal, detrás del rancho.

No miente la fama de aquel paisano para este oficio de cocinero al aire libre. El cordero estaba exquisito. Quien no lo ha comido así, cortando su trozo del asador mismo, y sirviéndose de una galleta como de plato, no sabe lo que es. (En platos de loza, y en una mesa, el cordero se come frío... Es tan *fiambre* como la guitarra oída en una sala, en la ciudad.)

Los chicos de que hablé, completaban nuestra diversión. Levantábanse apenas del suelo, y eran ya dos gauchitos bravos: sacaban agua del pozo, juntaban cardos secos para el fuego, y hacían cuanto se les mandaba, con mucha gravedad. ¡Había que ver la destreza con que manejaban el cuchillo, al cortar su ración del asador! Por cierto que nos sirvieron de maestros, cuando Ignacio y yo quisimos estaquear la piel del cordero. Hasta se empeñaron, al fin, en cinchar nuestros caballos.

La madre, orgullosa de sus hijos, nos contaba la gran ayuda que le eran en sus tareas. Daba gusto ver aquella familia en que todos parecían sanos y contentos.

Después del almuerzo, nos quedamos un buen rato, conversando y tocando la guitarra, debajo del ombú.



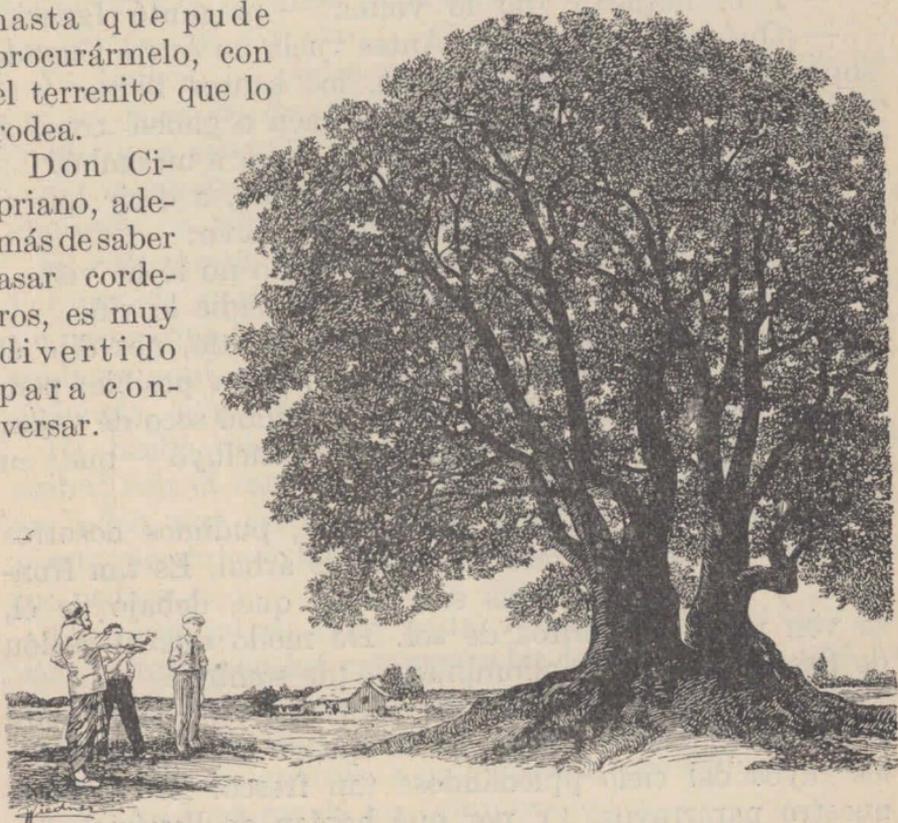
EL OMBÚ

Febrero 18.

DE nada parecía don Cipriano tan orgulloso como de su ombú.

— Lo elegí — nos dijo — antes de hacer la casa y antes de casarme. Me enamoré del árbol, y no descansé hasta que pude procurármelo, con el terrenito que lo rodea.

Don Cipriano, además de saber asar cordeiros, es muy divertido para conversar.



— No hay árbol más gaucho que el ombú — nos dijo. Quería con esto decir que es el árbol más sufrido.

— Aguantador de tormentas — siguió — y de sequías. Como que guarda en los aparadores de sus raíces (más cerrados que con muchos candados) una buena provisión de licores, para cuando el líquido escasea.

— Entonces — dije yo, — es como el camello, que puede atravesar el desierto, porque lleva en su buche un depósito de agua.

— No sé *de qué laya* será ese bicho — me contestó don Cipriano — pero es verdad que el ombú es árbol del desierto. Y lo que puedo decirles, si lo quieren comparar a un animal, es que el ombú es un toro al cual no hay lazo que lo voltee. He visto caerle encima el lazo de fuego de un rayo... ¡Y el ombú, como si nada! Apenas si se le rompió un asta...

— Y el huracán ¿no lo voltea? — preguntó Ignacio.

— ¡Qué lo ha de voltear! Antes vuela un cerro. Cuando sopla un pampero muy fuerte, los sauces lloran y se quiebran. También los álamos se caen o gimen como si los apuñalasen. Pero, ¿quién ha visto caer a un ombú?

Don Cipriano llegó, en su entusiasmo, a decir que el ombú no moría jamás. Y preguntó de nuevo:

— ¿Quién ha visto un ombú seco? Yo no lo he visto... ¡Y mire que he recorrido campos! Ni nadie lo vió...

Cuando interrogamos sobre esto a mi tío, nos dijo él que eso de que no muriese nunca, no era posible; pero que, en verdad, nadie había visto un ombú seco de vejez.

— Puede, entonces asegurarse — concluyó — que su *longevidad* es extraordinaria.

Cuando el sol se puso más fuerte, pudimos nosotros apreciar la especial frescura de aquel árbol. Es tan frondoso, y son tan carnosas sus hojas, que, debajo de él, se ven pocos agujeritos de sol. De modo que el «salón de fiestas» resultaba alfombrado... ¡de sombra!

— El ombú — terminó don Cipriano — no sirve para el infierno, pues el fuego no lo quema... ya que recibe los rayos del cielo ¡quedándose tan fresco! Él es, pues, nuestro pararrayos. ¿Y por qué habían de llevárselo los diablos? ¡Si es un árbol santo, que a nadie niega su sombra! No hay hombre ni animal de la pampa que no la busque alguna vez.

Comprendí entonces aquello de que «la pampa tiene el ombú». Y cómo el ombú es el amparo del gaucho.

YA SOY UN BUEN CRIOLLO

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Febrero 20.

ADIÓS, vida de estancia! Mañana me voy a la ciudad. Si no fuera porque empiezo ya a extrañar a los de casa, sentiría muchísimo irme. Pero me voy contento; me parece que he aprovechado bien el tiempo pasado en *Los Paraísos*. ¡Cuántas cosas he aprendido! Casi me parece que soy otro...

Ya Ignacio no podrá reírse de mí, ni decirme que no soy *un buen criollo*. Sé ya las cosas principales que un criollo debe saber. Si no sé domar potros, sé por lo menos andar a caballo *en recado*; y a falta de enlazar toros, he jineteado en terneros.

Sé rasguear en la guitarra, aunque sea en la obscuridad, y sacar de oído los acompañamientos. Sé tomar mate sin quemarme la lengua, y hasta tomarlo amargo (aunque confieso aquí que no me gusta: lo prefiero con azúcar quemada, y puesta sin tacañería).

He hecho relaciones íntimas con la pampa y con su ombú; con el rancho, con el gaucho y su lazo. He visto un rodeo, una yerra; hemos comido un cordero al asador y estaqueado con Ignacio su cuero. Hemos trabajado con los peones.

Creo que no me falta nada. Pues también he visto, al caer la tarde, en los caminos, a las lechuzas, cada una en su poste como sobre un pedestal, con las dos linternas redondas de sus ojos bien encendidas. Parece que hubieran puesto allí, de guardia, a aquellos gatos con plumas, para cuidar los linderos de los campos.

Y para remate, hasta me llevo en la cabeza una buena colección de versos gauchos, de estrofas de Martín Fierro. Creo, repito, que no me falta nada. ¡Adiós, vida de estancia! Dejo la estancia; pero mucho de ella me llevo dentro.

Y me voy muy agradecido a mi querido tío y a mi primo que me trajeron, y tan buenos fueron conmigo.



EL ARTE DE ESCRIBIR

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Villa Serena, mayo 10.

ESTOY orgulloso del efecto causado entre mis hermanos por la lectura de lo que escribí en la estancia. Desde mi vuelta de *Los Paraísos* no lo había sacado, hasta el día en que quise releerlo y corregirlo, y en que me hicieron tantas preguntas.

No me gustaba mucho leerles mi cuaderno. Como siempre hablamos en broma, temía que se riesen de mí al ver que escribía yo tan en serio. Pero, desde las primeras líneas, Cecilia, Marcos y hasta Luisito se mostraron tan interesados, que no tuve más remedio que seguir.

Cuando llegamos a la última página, los tres dijeron en coro: «¡Qué lástima! ¿Por qué no has escrito más?» Y se empeñaron en que lo mostrara también a papá y mamá.

En cuanto me vieron pronto a ceder, Cecilia salió corriendo con el cuaderno. Mamá y papá lo leyeron. Luego me dijeron que les había gustado mucho; y que esto de escribir sobre lo que veía y hacía era una costumbre excelente. Que, sin darme cuenta, aprendería, gracias a ella, muchas cosas. Que aprendería a observar y al mismo tiempo a pensar y a escribir con claridad.

— ¡Esto se llama aprender divirtiéndose! — dije. Pues no hay para qué decir que me divierte mucho más llenar estas páginas que las destinadas a las composiciones para el colegio. ¡Y si igualmente me ejercito así en *el arte de escribir!*...

¿Por qué, entonces, en lugar de hacernos romper la cabeza escribiendo sobre temas difíciles, sobre cosas que apenas sabemos, no se nos ordena, en clase, la redacción de nuestro *diario*? ¡Sería tan divertido leer el *diario* de los otros chicos; saber sus paseos, conocer los gustos de cada uno!

Pero nuestros maestros saben, sin duda, lo que hacen cuando nos proponen otros temas de composición. Así nos obligan a pensar sobre algunos asuntos interesantes, y a aprender, de paso, cosas distintas de las que vemos todos los días.

Dicen papá y mamá que, en cualquier carrera que se siga, es muy necesario saber escribir correctamente.

EL BUEN ESTILO

MUY acertada es la palabra de los padres de Miguel Ángel. **Escribir correctamente** es necesario en cualquier carrera que se siga. Escribir correctamente es sumamente útil en todas las circunstancias de la vida.

No sólo podremos así comunicarnos mejor con los ausentes, sino que mil otras cosas se nos facilitarán por medio de una discreta redacción.

Cuando hayamos de solicitar algo por escrito, es mucho más probable que lo obtengamos si nuestro pedido o nuestro reclamo han sido debidamente formulados.

Todo esto aparte del placer de poder expresar con exactitud lo que pensamos y sentimos. ¿Por qué goza Miguel Ángel escribiendo su *diario*? Porque ha logrado expresar en él claramente lo que piensa. Y es un gusto leerle.

¿Cómo se logra escribir bien? Hay un autor español, *estilista* de primer orden, que dice:

«Haced lo siguiente y habréis alcanzado un gran estilo: *Colocad una cosa después de la otra*. Nada más. Esto es todo.»

¿Quién no puede seguir un consejo tan sencillo? Dice aquel autor (Azorín) que el defecto de algunos escritores consiste en el hecho contrario. Es decir: en que colocan «unas cosas adentro de las otras», por medio de paréntesis o de consideraciones incidentales.

EL CUARTO DE ESTUDIO

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Junio 12.

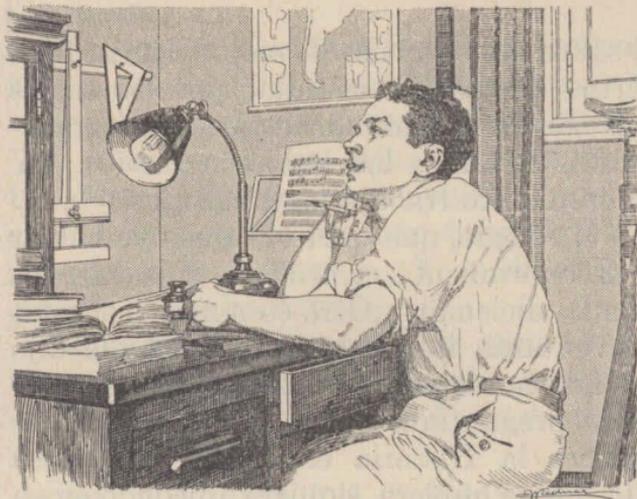
¡Qué lejos estoy de «el nido»! Hoy lo recuerdo con un poco de nostalgia. No escribo ya, por cierto, bajo el decorado de las ramas. Pero puedo, sin embargo, decir que escribo... sobre un roble. ¿No es de roble barnizado esta mesa de nuestro «cuarto de estudio»?

Cuarto de estudio, que no siempre es de estudio. Mesa de escribir en la que no siempre se escribe seriamente y en la que mucho se garabatea. Este cuadrúpedo de roble — que, a pesar de sus cuatro patas, sólo camina o corcovea cuando Marcos se le acerca — soporta sobre sus lomos toda clase de juegos. No he visto burro más paciente...

En fin, tengo que confesar que se escribe aquí más cómodamente que entre el ramaje aquel... Pero tengo la nostalgia del ramaje. Desde esta silla — que no es, por cierto, «de montar» — sólo veo el pedacito de cielo que los vi-

drios de la puerta disponen que yo vea. Y cuando oscurece, las bombitas de luz eléctrica están lejos de ser tan lindas como las estrellas.

En lugar de árboles que explorar, en busca de nidos con sus huevos o pichones, hoy sólo tengo a mi alcance



los estantes cargados de libros... Se me dirá que ellos son también como ramas que me ofrecieran su fruta. Y ciertamente, algunos libros son... bastante sabrosos.

Pero hay días en que, en lugar de bajar libros de un

estante, se quisiera cortar peras de un peral... Me consuelo pensando que en invierno los perales no tienen peras; ni los nidos pichones.

Es una suerte que no siempre sea primavera o verano; pues costaría demasiado encerrarse a estudiar. Mientras que en días como hoy, de llovizna y frío ¿dónde lo pasaríamos mejor que en un cuartito como éste?

En días así se comprenden las ventajas del amor al estudio y a la música. Ellas llenan, muy provechosamente, las horas que no pueden gozarse al aire libre, como decía tío Eduardo.



UNIDAD DE LAS CIENCIAS

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Junio 13.

HAY libros sabrosos, sí, como la mejor fruta. Pero hay ciertos textos de estudio, por los cuales todos los chicos del mundo estaríamos agradecidos a sus autores... si nunca los hubiesen escrito. (¡Y pensar que se tomaron tanto trabajo para hacerlos!)

Hay un chico en el colegio, que cada vez que oye hablar de algún «nuevo descubrimiento científico», deja caer los brazos descorazonado, diciendo: «¡Otra cosa más que estudiar! ¿Para qué inventarán tantas cosas?» Y un día dijo que le hubiera gustado nacer en tiempos de Noé.

— ¿Por qué? — le preguntaron.

— ¡Porque entonces la Historia era muy cortita! — contestó. — Y si Colón se hubiera siquiera quedado en su casa..., ¡qué ganga!, ¡ni una línea de Historia de América que estudiar! ¡Y la mitad de la Geografía!

Lo que es por mí, me gustaría que se hiciese un descubrimiento científico por día. ¡Son tan interesantes! Uno se siente orgulloso de que los hombres de nuestro mismo tiempo descubran tantas cosas, inventen tantas maravillas.

Y lejos de querer haber vivido en tiempos de Noé, me gusta vivir ahora, y conocer tantas cosas como han pasado desde entonces. Me encantan la Historia y la Geografía. Lo que quisiera es que no hubiera habido nunca ningún gramático. O por lo menos después del diluvio.

Dicen que «hay gustos para todo». ¿Habría algún chico a quien le guste la Gramática? Yo creo que podrían mostrarlo, a veinte centavos la entrada... Sin embargo, reconozco que la Gramática con su Sintaxis y demás dependencias, es necesaria. Y si quiero escribir bien, tengo que someterme a sus leyes. No he de ser como los gauchos aquellos, que a ninguna ley se sometían. ¡Así les fué! No puedo ser yo un escritor *matrero*...

Ni sé ya lo que digo. En fin, comprendo que hay que estudiar un poco de todo. Además: «una ciencia ayuda a la otra», como nos lo repite siempre uno de nuestros profesores... justamente el de Lengua Castellana. «Tan es así — dice — que difícilmente se sobresale en una materia, en el colegio, sin ser al mismo tiempo buen alumno en las demás.»

No se puede saber bien Historia sin Geografía, claro está; ni se podría estudiar Astronomía sin saber Matemáticas, etc.

Aquel profesor nos dice, en defensa de su materia:

— ¿Qué es lo que más nos distingue de los animales? La palabra. Luego, de la palabra, del lenguaje, es decir, del más noble don que hemos recibido, es de lo que más debemos de cuidar. ¿Y quién es el médico del lenguaje?... La Gramática.

Esto dice nuestro profesor para convencernos de que debemos estudiar su Analogía, su Prosodia y todo lo demás, con mucho amor..., de lo cual nos convence sólo a medias.

Si le objetamos que es más interesante la Historia o la Zoología, por ejemplo, nos contesta:

— ¿Pero qué es lo que las hace interesantes? La Gramática. Sin ella, las ciencias estarían, en los libros, tan embrolladas, que ustedes nada entenderían y todo les aburriría.

»Sin Gramática no hay idioma — añade. — Y sin idioma no hay ninguna ciencia. Si fueran más grandes, les diría muchas cosas muy lindas sobre «la unidad de las ciencias». Pero, por ahora, sólo les diré que, sea a lo que sea que más adelante se dediquen, nada de lo que ahora estudian les será inútil. Pues *una ciencia ayuda a la otra*. Y la Gramática es el sostén de todas.»



LOS HERMANOS

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Junio 15.

No estando en «el nido», tampoco estoy ya rodeado de inocentes pajaritos. Quienes en este momento me rodean son mis hermanos..., no siempre tan inofensivos como los alados amigos del naturalista Hudson.

Marcos y Luisito suelen incomodarme bastante. Cuando estoy sacando algún problema difícil, o haciendo un prolijo dibujo, no me faltan ganas de encerrarlos en una bonita jaula, como la de los canarios de Cecilia.

Si yo no tuviera hermanos, estaría como un señor, muy cómodo en este cuarto de estudio. Pero, ¡qué aburrido sería! Prefiero tener quien me incomode. Y hasta me parece, a veces, que somos demasiado pocos. ¡Es tan lindo ser muchos, como en la casa de nuestra tía Isabel, donde hay ocho chicos!

Además, como soy el mayor de los varones, me gusta mucho asombrar a los otros dos, con las cosas que ellos no saben y yo sí. Por ejemplo: yo gozaba al ver la atención con que escuchaban todos, cuando les leía este cuaderno. Hasta el propio Marcos me confesó su admiración. Y Luisito salió corriendo a decirle a mamá: «¡Miguel Ángel ha escrito un libro más lindo que mi libro de lectura!»



En cuanto a Cecilia, claro es que ella escribe mejor que yo, y así me ha hecho corregir muchas frases que no estaban bien, y me seguirá corrigiendo. Pero era justamente ella la más entusiasmada. Y como es tan hábil para el dibujo y la pintura, hasta me ha ofrecido ilustrar mi «libro», como le llamó Luisito. De modo que este *diario* lo haremos un poco entre los dos.

Luisito me incomoda, a veces, de veras; pero es al mismo tiempo el que más me divierte. Desde la lectura que les hice, en cuanto lo amenazo diciéndole: «Voy a escribir en mi cuaderno que te estás portando mal», él me suplica: «No pongas eso, Miguel Ángel... Así, cuando yo sea grande y escriba también mi historia, pondré que tú eres el más bueno de todos.»

LA LIBERTAD Y EL DERECHO

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Junio 16.

COMO el mal tiempo continúa, pasamos muchas horas en este cuarto de estudio. ¡Y dentro de él parece que hubiera también estallado una tormenta! Un rato antes de comer, vendrá mamá y nos dirá que cada uno recoja los papeles que tiró y ponga sus cosas en orden. ¡Buen trabajo tendremos!

Por el momento, todo el piso está sembrado de papeles y recortes. Luisito se propone hacer «un teatro». Para esto, recorta figuras de personas en las revistas y las pega sobre un cartón. Luego recorta también el cartón, en la misma forma que la figura, dejándole, bajo los pies, un trozo sobrante que, doblado, será la base sobre la que pueda mantenerse de pie. Así fabrica los personajes que ejecutarán la representación, movidos por un hilo que les ata.

Cecilia le ayuda en esta tarea no del todo fácil. Mientras tanto, el gato se permite enredar el ovillo de lana que Ceci-

lia dejó con su tejido. Marcos no sé qué estará maquinando con un rollo de alambre, unas maderitas, clavos y tornillos. De cuando en cuando nos aturde con sus martillazos. Como para lo que aquí escribo, no tengo mucho que pensar, yo no protesto. Pero si estuviera estudiando, le diría que se fuera «con la música a otra parte».

Tenemos que buscar, claro, el modo de entendernos, soportando las incomodidades que unos a otros nos causamos. Lo que más nos ha ayudado a aclarar los embrollos sobre «quién tiene razón» y quién no la tiene, es una frase que nos enseñó papá, la cual, según creo, constituye uno de los principios del *Derecho*.

Muy a menudo la tenemos ahora en los labios; es ésta:

La libertad termina donde empieza el derecho ajeno.

Así, aunque este cuarto sea de todos, y Marcos puede tomarse la libertad de martillar en él, si yo tuviera que preparar una lección difícil, *la libertad* de Marcos terminaría. Pues habría comenzado a regir *mi derecho* de estudiar, ya que este lugar es, principalmente, un «cuarto de estudio». No sería lo mismo si yo pretendiera exigir silencio en el jardín.

Tenemos todo un código establecido. Cada uno de nosotros goza, por ejemplo, de la *libertad* de abrir la puerta o la ventana... mientras no haya alguno que tenga frío y, por lo tanto, el *derecho* de cerrarlas. Yo puedo tener la luz encendida en nuestro dormitorio, si quiero, antes de dormirme, repasar una lección o leer alguna cosa; pero si Marcos siente sueño, con su sueño comienza el derecho que él tiene de apagar la luz.

Y es así cómo, respetando el derecho de los otros, se conserva la paz.

80.— No basta con respetar el derecho ajeno — me corrige Cecilia. — Hay que hacerse, además, mutuas concesiones. Es decir: hay veces en que debemos sacrificar nuestro propio derecho en favor de otro. ¿Saben cuál es el *derecho* que más me quiero yo reservar? ¿El que no permitiré que nadie me quite?

— ¿Cuál? — le preguntamos con curiosidad.

— Pues... — responde Cecilia — el derecho de hacer felices a los demás.

Esta contestación es muy propia de Cecilia. En verdad, no conozco chica más buena.

EL CARÁCTER

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Junio 18.

HE pensado que Marcos es para mí una especie de *pararrayos*. Cuando estoy de mal humor, ¿sobre quién lo descargaría, si no tuviera su cabeza..., bastante cargada de electricidad, por cierto?

¡No me he de mostrar malhumorado con mamá ni con papá! Con Cecilia tampoco, porque además de ser mujer, es demasiado buena. Y no me voy a pelear con Luisito ni con su gato.

Los «libros de lectura» o de «Moral» me aconsejarían vencer mi mal humor y mostrarme, en tales casos, tan amable con todos como siempre. Claro que esto sería lo mejor; pero no es tan fácil. Y además, «reñir» con Marcos es casi divertido... cuando no me embroma por demás.

El motivo del altercado no se hace nunca desear mucho, porque Marcos «estalla» fácilmente. Desde chicos, yo le decía que era «como una bomba». Y en cuanto le repetía esta frase de mi invención: «Basta apretarle un botón para que estalle», Marcos «estallaba» de veras.

Reconozco que hacía mal en «hacerlo rabiar»; pero entonces también yo era chico y no comprendía algunas cosas.

Dice mamá que es una malísima acción el provocar el enojo de un muchachito que tenga tendencia a «rabiar». Porque, multiplicándosele las ocasiones, en una edad en que todavía es incapaz de dominarse, el chico *se acostumbra a ser rabioso*. Y la pobre criatura adquirirá, así, un carácter violento que le será luego difícil vencer.

Pero ahora tenemos ya edad de dominarnos. Y yo no siento muchos escrúpulos respecto a Marcos, porque les aseguro que, aunque es dos años menor que yo, a él no le falta viveza para defenderse. No siempre soy yo quien resulta haciendo el mejor papel.

Y de postre ¿quién recibe el ingrediente más picante de los que componen el reto de mamá o de papá? También yo, por aquello de que «siendo el mayor, debo dar buen ejemplo».

Cuando éramos más chicos, nuestras reyertas no paraban en sólo palabras; solíamos irnos a las manos. (¡También en esos casos sabía Marcos defenderse!) Ahora somos grandes y esto no sucede jamás. Nos contentamos con dirigirnos algunas galanterías... de las que un catálogo muy completo del Jardín Zoológico podría dar una idea aproximada.

Marcos tiene tales ocurrencias que, en lo mejor (o sea, en lo peor) de una disputa, yo no puedo menos de reírme de las extravagancias que me dice. Así, a veces nos olvidamos de que nos estábamos peleando; luego queremos ponernos serios de nuevo, pero ya no podemos. En casa recuerdan que, teniendo yo tres o cuatro años, alguna vez decía: «¿Para qué me han hecho reír? ¿No ven que yo tenía que estar enojado?»

Me guardaré muy bien de dejarle leer a Marcos estas páginas. Él me diría que me vaya a la azotea a buscar «otro pararrayos»... Y que aquí se ve que soy yo quien siempre busca las discusiones... cosa que no es verdad.

Y no vaya a creerse que seamos con Marcos poco amigos. ¡Al contrario! Es una suerte tener un hermano casi de la misma edad, que es un buen compañero para todo, hasta para discutir. ¡Cómo nos entenderemos de bien con mi hermano, si hasta para pelearnos nos entendemos!





LOS RECUERDOS

(DIARIO DE MIGUEL ÁNGEL)

Junio 20.

Nos gusta mucho, con Marcos y Cecilia, recordar nuestras aventuras de cuando éramos chicos. Y Luisito no se cansa de escucharlas: «Cuéntenme otra vez aquello de cuando los corrió la vaca...» «Cuéntame...» Hasta que nosotros nos cansamos de contarle.

Vale la pena haber pasado algunos sustos, por lo que nos divierte después recordar los apurados trances en que nos vimos, y todo lo que hicimos para salir de ellos sanos y salvos.

Cecilia es la que más memoria tiene: se acuerda de cosas de sus cuatro y hasta de sus tres años. Y a las épocas de

nuestra vida adonde nuestros recuerdos no alcanzan, la memoria de mamá reemplaza la nuestra.

¡Cómo se acuerda ella, hasta en los menores detalles, de los episodios de nuestra infancia! En esto vemos cómo vivía mamá dedicada a nosotros, atenta a todos nuestros gestos. Nos cuenta las hazañas de cuando éramos bebitos, algunas bastante graciosas. Las de Luisito, todos podemos recordarlas.

Recordamos muy bien, por ejemplo, el día en que dió sus primeros pasitos. ¡Qué alboroto armamos! Y cuando estrenó sus primeros pantalones y se paseaba, creyéndose un hombre, con las manos en la espalda.

Según parece, yo era tremendamente preguntón. Imaginaba que mis mayores debían saberlo todo; y que, a fuerza de preguntar, llegaría yo igualmente a obtener toda la ciencia. Así, cuando alguien me respondía «no sé», yo le replicaba con asombro: «¿Cómo? ¿No lo has preguntado nunca? Habiendo vivido tantos años ¿no lo has preguntado todavía?»

Preguntaba desde «por qué no vuelan las rosas», hasta «por qué yo no tenía tantas piernas como el burro». Si subía a un tren, preguntaba al boleterero que cómo hacían para que la máquina anduviera; y si veía algún militar le interrogaba sobre las guerras. Grande era mi decepción cuando me sonreían, o me contestaban con una broma, en lugar de responder seriamente a mis preguntas.

Ahora me he convencido de que, más que preguntando, se aprende en los buenos libros. Primero, porque las personas mayores, aun las que saben mucho, no pueden ser como enciclopedias ambulantes y saberlo todo. Y segundo, porque no es fácil recordar de memoria y repetir las cosas con tanta exactitud como podemos hallarlas en los libros.

En cuanto a Cecilia, todos convienen en que era muy graciosa cuando era chiquita; y Marcos era sumamente travieso.

Yo pienso que, lo mismo que nos gusta ahora recordar las cosas de nuestra primera infancia, nos gustará, cuando seamos mayores, recordar estas cosas de ahora. Debemos, pues, tratar de no dejar en los demás, ni en nosotros mis-

mos, recuerdos de episodios en los que hayamos hecho un mal papel, que más adelante nos hagan poner colorados.

A recordar cómo somos y lo que hacemos en estos momentos, nos ayudará mucho este *diario* que ahora escribo. ¿Tendré suficiente constancia para continuarlo?

¡Ojalá que, aunque lo siguiera toda la vida, y retratara en él todos mis actos, mi diario no contuviera jamás una página de la que hubiere de avergonzarme! ¡Sería tan hermoso, al final de la vida, no tener sino buenos recuerdos en la conciencia!

HOY, MAÑANA, AYER

Lo que ha escrito Miguel Ángel merece meditar. Hay muchos chicos que creen que lo que hacen **hoy** no tiene importancia. Sólo dan importancia a lo que no han hecho todavía; a lo que *harán* cuando sean grandes. Y esto quizá no llegue jamás.

Importa, ante todo, lo que hacemos *hoy*. Es lo único seguro. Y si es verdad que el *hoy* pasa muy rápidamente, también es verdad que *queda*. Pues ese *hoy* se convierte para nosotros en *ayer*, y como tal, *queda en nuestra memoria*.

Cada día, cada acto nuestro, además de sus consecuencias inherentes, suele dejarnos *un recuerdo*.

Sumada a muchas otras consideraciones, basta para dar importancia a cualquier día de nuestra vida, a cualquiera de nuestros actos *presentes*, esta simple reflexión:

¡Quizá lo recordemos durante toda nuestra vida!

Con esta idea, aun el día que nos parezca menos digno de tomarse en cuenta — aunque se trate de un día de lluvia, de «un día aburrido» — se revestirá a nuestros ojos de importancia.

La verdad es que vivir con un mal recuerdo, es como viajar con un compañero desagradable.

Una moralista inglesa ha dicho, con gran acierto, que para que una cosa sea realmente deseable y buena, debe contener: *alegría en su espera, alegría en su realización y alegría en el recuerdo* que nos deje.

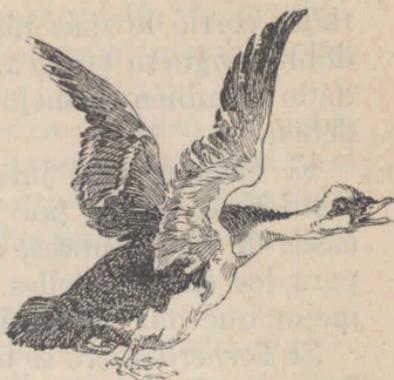
En efecto, ¿qué *diversión* sería aquella que en el recuerdo se nos convirtiera en amargura?

¡Ojalá que, en todo el viaje de nuestra vida, nos veamos siempre acompañados por recuerdos que nos resulten gratos!

Muchos son los que juntan monedas para encontrarse luego con un pequeño capital. Si, con nuestra conducta de todos los momentos, vamos echando, en la alcancía de nuestra memoria, la preciosa moneda de los buenos recuerdos, nos hallaremos algún día dueños de un envidiable tesoro.

Y hay un solo día en que podemos fabricar esa preciosa moneda que nos deleitará **mañana**: ese día es *hoy*. Este *hoy*, que *mañana* — ¡y hasta la muerte! — será nuestro **ayer**; *nuestro recuerdo*.





Wiedman

CUENTO DE LA CHICHARRA-CHARRA

(LECTURA HECHA EN CLASE)

EN una calurosa tarde de verano, la Chicharra-charra, que vivía en un olivo, sintió deseos de mirar el suelo, al que, desde que tenía alas, no bajaba jamás. Instalóse, para esto, en la rama más baja del árbol, y comenzó a cantar como era su costumbre.

La Gallina-fina, que no estaba lejos, creyó oír en esta sinfonía, la invitación a un banquete, demostrándose así que cada cual interpreta la música a su modo. Acudió, pues, la gallina al convite, y probó el alto aprecio en que tenía a la cantora, saltando a la rama en que ella estaba y asiéndola en su pico.

En eso, salió de su madriguera el Zorro-corro; y aprovechando lo que a la Gallina-fina absorbían sus aficiones filarmónicas, dió fácilmente caza al animal de pluma. Entretanto, la chicharra, creyendo llegadas sus postimerías, despedíase de la vida redoblando la fuerza de su canto. Y con tal fuerza cantó, que el Pato-chato se asomó a ver qué pasaba.

Cuando vió que el Zorro-corro llevaba en sus fauces a la Gallina-fina, el pato, previendo su turno de ser devo-

rado, corrió lo más rápidamente que se lo permitiera su doble renguera crónica, a contárselo al Conejo-viejo, apodado también Conejo-consejo, por su reconocida prudencia.

El Conejo-viejo juzgó conveniente poner al tanto al Gato-ñato, quien, por su afición a los interiores de las casas de los hombres, debía conocer especiales artimañas para los casos difíciles. Pero el Gato-ñato no halló nada mejor que dar aviso al Ternero-overo.

El Ternero-overo se lo contó al Caballo-rayo, y el Caballo-rayo al Avestruz-luz.

El Avestruz-luz puso unos ojos espantados, y abriendo para mayor velocidad sus alas, como quien pone velas a un barco, emprendió la disparada. Así, a pesar de alargar considerablemente el trayecto, por hacerlo todo en zigzag, en pocos minutos llegó al bosque, donde su respetable amigo, el Elefante-errante, hacía ejercicios de clavos, con árboles que arrancaba de raíz.

Aunque frisaba ya en los cincuenta años, el elefante poseía aún toda su agilidad. Y hay que advertir que esta agilidad había sido siempre extraordinaria, a pesar del volumen de su cuerpo, que le valía, en muchas leguas a la redonda, el título de «campeón de peso pesado».

Con gran asombro del avestruz que, incapaz de comprender nada, estiraba en vano su pescuezo, como queriendo dar caza a alguna idea, el Elefante-errante se metió en una laguna. Aspiró allí, con su trompa, toda el agua que pudo contener, y partió hacia el pueblo a la carrera.

Alcanzó al Zorro-corro con su presa, y sirviéndose de su trompa como de una manga de regar, descargó el paquidermo tal ducha sobre el merodeador de gallineros, que éste, para no ahogarse, tuvo que dejar escapar el precioso manjar que para él era la Gallina-fina. Idéntica cosa ocurrió a la gallina, que soltó, a su vez, al bombón sonoro de la Chicharra-charra.

Corrido, corrió por fin el Zorro-corro a esconderse en su cueva, mientras volaba nuevamente la chicharra al olivo, para continuar su canto.

En cuanto a la Gallina-fina, apenas vuelta de su estu-
por, quiso dar gracias al Elefante-errante, que la había
salvado.

— A quien tienes que agradecer — le contestó el amable
campeón de peso pesado — es al Avestruz-luz. Que si el
Avestruz-luz no me avisa, el Zorro-corro te hubiera comido,
Gallina-fina. Si quieres darle a él las gracias, te acompa-
ñaré.

Y fueron adonde anidaba el avestruz.

— Antes que a mí, hay que agradecer al Caballo-rayo —
dijo el avestruz. — Que si el Caballo-rayo no me lo dice,
yo no hubiera podido avisar al Elefante-errante, y el
Zorro-corro te hubiera comido, Gallina-fina. Si quieren,
los acompañaré.

Y se fueron a ver al Caballo-rayo que pastaba en un
campo de alfalfa.

— Antes que a mí — dijo el caballo, — hay que agradecer
al Ternero-overo. Que si el Ternero-overo nada me dice,
yo no hubiera podido llamar al Avestruz-luz, ni el Avestruz-
luz al Elefante-errante, y el Zorro-corro te hubiera comido,
Gallina-fina. Si quieren, los acompañaré.

Y se fueron a ver al Ternero-overo.

— Antes que a mí — dijo el ternero, — hay que agra-
decer al Gato-ñato. Que si el Gato-ñato no me lo dice, yo
no hubiera podido decirlo al Caballo-rayo, ni el Caballo-
rayo al Avestruz-luz, ni el Avestruz-luz al Elefante-errante,
y el Zorro-corro te hubiera comido, Gallina-fina.

Y se fueron a agradecer al Gato-ñato.

— Antes que a mí — dijo el Gato-ñato, — hay que
agradecer al Conejo-viejo. Que si el Conejo-viejo no me
lo dice...

— Sí, sí; ya sabemos lo que hubiera sucedido — interrumpió
la gallina cansada de oír siempre lo mismo y de que,
con tan largo cuento, no se le diera tiempo para mur-
murar a su gusto.

En cambio, alegróse el Conejo-viejo, que se hallaba
cerca, al verse eximido de dar explicaciones; pues era más
amigo de roer que de charlar. Así, sin soltar la hoja de
lechuga que colgaba de su boca, se contentó con hacer

un gesto elocuente, moviendo una oreja y señalando con ella al Pato-chato, que parpaba y rengueaba por ahí.

— Tampoco es a mí — apresuróse a tartamudear el pato, — sino a la Chicharra-charra, a quien se debe el agradecimiento. Pues si ella no cantara con tal fuerza, yo no me hubiera asomado a ver lo que ocurría.

Y se fueron todos hacia el olivo en cuya copa la chicharra, del todo olvidada de la aventura, había reanudado la única canción de su repertorio, exactamente en el compás y en la nota en que la dejara.

— ¡Eh, eh! ¡Chicharra-charra! — cacareó la gallina, llamó el conejo, maulló el gato, parpó el pato, mugió el ternero, relinchó el caballo, chilló el avestruz y bramó el elefante.

Todo fué inútil; la chicharra parecía querer recuperar el tiempo perdido, y cantaba con más entusiasmo que un *tenor* napolitano. Ni por aludida se daba, en medio de aquel concierto, capaz de ensordecer a cualquiera... que no fuera una chicharra.

Entonces el Elefante-errante, que no había perdido su buen humor, juzgó oportuno repetir su broma. Abasteciése esta vez en el tonel que había junto al pozo, y sin decir «agua va», soltó el chorro, haciendo caer aturdida a la *contralto*.

Y fué éste el único modo que hallaron todos para gritarle al oído, o mejor dicho en el sitio donde juzgaron debía tener las orejas: «La Gallina-fina te agradece...» Pero... ¿tenía orejas, tenía oídos la chicharra? Sacudiéndose el chaparrón, viósele de nuevo en su rama, canta que canta... La pobrecita parecía más sorda que Beethoven.

¡Escuchen, Elefante-errante, Avestruz-luz, y todos los demás! Son ustedes los que no saben oír. Si fueran más perspicaces, sabrían lo que dice, con su redoble, la chicharra:

«¡Cuatro largos años he trabajado, debajo del suelo y en las tinieblas, antes de ser lo que soy! Al mismo tiempo que, con mis picos y rastrillos, cavaba la tierra, perfeccionaba mi caja musical. Nunca fuí una perezosa, a pesar de la fama que me han hecho. ¡Era pesada mi labor durante todo aquel tiempo en que fuí solamente una larva!

»Así, al salir por fin del subterráneo, me dí prisa en deshacerme de mi traje de trabajo, duro saco, como de pergamino, bajo el cual se ocultaban mis alas nacieses. ¡Qué feliz fuí, cuando pude gozar del sol, y me vi como barnizada con este hermoso color negro, y dueña de estas alas diáfanas! ¡Suponed mi alegría al ensayar el vuelo y poner en juego esta caja sonora que tanto había tardado en afinarse!

»¿Reconoceréis ahora mi derecho a cantar, sin que nadie me interrumpa? Pues bien: sabed que sólo un mes me será concedido este placer. ¿No lo tengo bien ganado?

»Y me queda aún algo por deciros. Se ha corrido la voz de que los artistas somos holgazanes... Pues yo, ni siquiera mientras canto estoy ociosa. Con los fuertes instrumentos que me concedió la naturaleza, taladro la corteza de esta rama, y extraigo de ella mi alimento.

»Como verdadera artista, soy también generosa. Permito a las hormigas y otros insectos débiles y pequeñitos, beber al borde de este pozo que yo cavo. Si me molestan demasiado, conténtome con huir, abandonándoles la fuente.»

Todo esto hubieran podido aquellos animales oír en el canto de la chicharra. Todo esto pudiera ella decir. Pero, en realidad, no se ocupaba la cantora de hacer su panegírico. Como quien tiene conciencia de ejercer debidamente los dones de Dios, sólo había en la chicharra esta preocupación:

Hacer vibrar lo más intensamente posible su caja sonora, mientras gozaba, agradecida del sol que, a la vez que inspira las canciones, endulza el néctar en las ramas.



CONVERSACIÓN SOBRE LOS ANIMALES

(EN CLASE)

EL maestro. — ¿Podría algunos de ustedes, de memoria y sin que se le trabe la lengua, repetir entero el cuento de la Chicharra-charra?

Marcos. — Me parece que yo lo podría; pero como no me gusta hacer el papel del loro que no entiende lo que dice, quisiera antes saber qué quiere decir *charra*.

Maestro. — Te felicito, Marcos. Ojalá todos ustedes se acostumbraran a averiguar el significado de las palabras antes de emplearlas a tontas y a locas. *Charro*, quiere decir, recargado, chillón.

Antonio. — Y yo quisiera saber cómo no le perturbaban a la chicharra los gritos de tantos animales...

Maestro. — También haces bien en preguntarlo; pues, aunque se trate de un cuento, todo lo que en él se dice de esta bestezuela es cierto. Un naturalista francés, que ha escrito sus observaciones sobre los insectos y otros animales, **Emilio Fabre**, cuenta que una vez hizo esta experiencia:

Hizo disponer, debajo de un árbol en que cantaba cierto número de chicharras, dos cañones municipales, de los que se usan para anunciar las fiestas. Se hicieron repetidas descargas de pólvora; y las cantoras, ni interrumpieron su canto, ni parecieron turbarse en lo más mínimo.

«Lejos estoy, concluye el naturalista, de aventurarme a afirmar que las chicharras son sordas; pero debo conceder que son algo duras de oído.»

Lucas. — Serán duras de oído; pero doy testimonio de que no han de ser cortas de vista. Si lo fueran, me costaría menos cazarlas...

Maestro. — Su vista es, en efecto, excelente; alcanza largas distancias.

Tito. — Y al avestruz ¿se le llama así, en el cuento, porque es... «rápido como la luz»?

Maestro. — Sin duda; aunque es exagerar un poco. No hay quien iguale en su carrera a un rayo estelar; pero el avestruz gana, por lo menos, al caballo más veloz.

Lucas. — Y al elefante... ¿por qué lo de errante?

Maestro. — Porque ese animal es, en verdad, un poco nómade; emigra a través de distancias considerables.

Marcos. — ¡Como que no le faltarán fuerzas para llevar su linyera a cuestras!

Carlos. — Aunque tuviera un palacio amueblado, podría cargar con todos los muebles... hasta con el piano de cola.

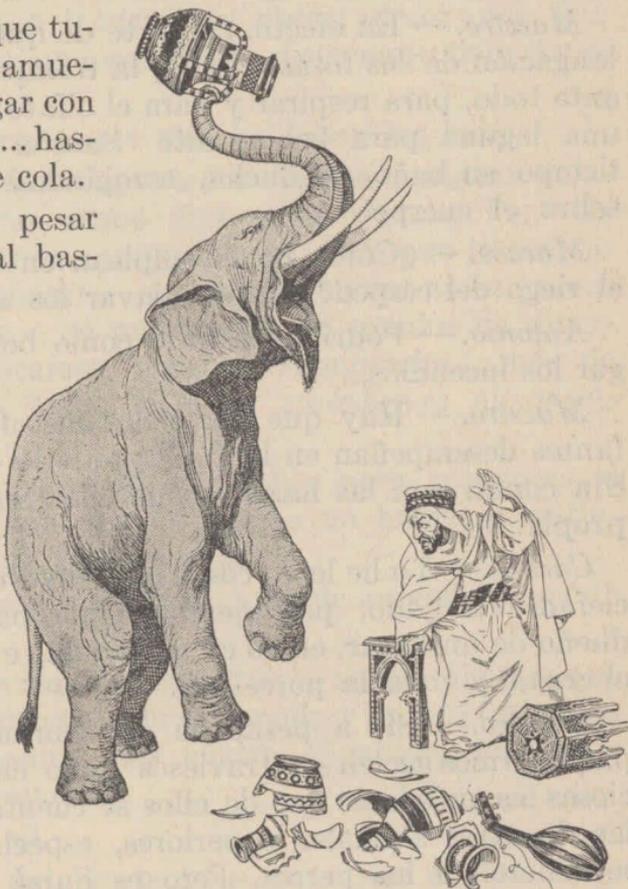
Maestro. — A pesar de ser un animal bastante diestro, no conozco ningún elefante pianista... Sin embargo, alguna relación hay entre un piano y un elefante. ¿Saben cuál es?

Carlos. — Yo sé. El marfil de las teclas del piano no es otra cosa que colmillo de elefante.

Tito. — ¡Carlos todo lo sabe!

Antonio. — ¿El héroe del cuento, a los cincuenta años, era un mocito...?

Maestro. — Lo era en proporción; los elefantes viven hasta doscientos años.



Carlos. — ¡Lástima que no sepan contarnos todo lo que en ese rato han presenciado!

Marcos. — ¡Lo que a mí me asombra es para cuántas cosas les sirve la trompa! Les sirve de brazo, de mano...

Antonio. — Yo he visto a un elefante recoger del suelo una monedita, con esa especie de dedos que tienen en el extremo de la trompa.

Marcos. — ¡Y resulta que la trompa les sirve también de manguera para regar!

Maestro. — En efecto... Aparte de que, siendo una prolongación de sus fosas nasales, la trompa sirve al elefante, ante todo, para respirar y para el olfato. Cuando entra en una laguna para beber, este Sansón toma al mismo tiempo su baño de ducha, arrojándose chorros de agua sobre el cuerpo.

Marcos. — ¿Cómo no lo emplean en los jardines, para el riego del césped? ¿O para lavar los automóviles?

Antonio. — Podrían alistarlo como bombero, para apagar los incendios...

Maestro. — Hay que ver todos los oficios que los elefantes desempeñan en la India; todo lo que les enseñan... Sin contar con las hazañas que ellos realizan por cuenta propia.

Carlos. — Yo he leído cosas muy divertidas. La de aquel elefante enojado, por ejemplo, que para vengarse del dueño de un bazar, entró en su tienda, e hizo añicos todo el cristal y toda la porcelana.

Maestro. — Sí; a pesar de su enorme tamaño, estos paquidermos suelen ser traviosos como chicuelos. Son graciosas las anécdotas que de ellos se cuentan, lo mismo que las de otros animales superiores, especialmente las que se refieren a los perros. Pero es quizá más interesante aún, cuanto se sabe de la vida de los animalitos más ínfimos: de los insectos.

Lucas. — En cuanto comprenda bien el francés, yo voy a leer los libros de aquel naturalista que usted nombró.

Maestro. — Y no te pesará. Los libros de Fabre son una lectura encantadora, que a todos recomiendo. Posiblemente se hallan traducidos... Y, para quien no sepa francés, no faltarán libros de esta índole en nuestra lengua. De todas maneras, tampoco les pesará aprender francés, o inglés, o alemán....

Marcos. — ¡Yo quisiera saber el idioma de los animales!

Maestro. — Eso es ya un poco más difícil que el francés; y... hasta más difícil que el alemán. Sin embargo, ha habido sabios tan tenazmente observadores, que han llegado a componer una especie de diccionario del idioma de las gallinas.

Antonio. — Yo creía que sólo hablaban los loros.

Maestro. — Los loros enseñados repiten nuestras palabras sin entenderlas, como dijo antes Marcos. Pero las gallinas, al emplear su propio idioma, bien que lo entienden. En ese diccionario — que naturalmente no se parece al de la Academia — se registraron los sonidos de diversos cloqueos o cacareos, con sus significados... más no habría peligro de hallar en ellos *sinécdoques* ni *metáforas*, me imagino.

Carlos. — No se necesita ser sabio para reconocer el cacareo de la gallina que ha puesto un huevo y distinguirlo de aquel que pide socorro...

Lucas. — O para distinguir el clarín de los gallos, cuando tocan *la diana*.

Maestro. — Volviendo al cuento que comentábamos ¿no les da curiosidad de saber de qué modo y en qué trabajaba la chicharra, durante esos cuatro años que pasó bajo tierra, como un minero?

Todos. — ¡Oh, sí!

Maestro. — El detalle de todo eso se lee en los libros que les he recomendado. La vida de algunos insectos nos revela cosas aun más misteriosas y más extraordinarias, a mi parecer, que las de los animales más grandes y más fuertes.

LA INTELIGENCIA Y EL INSTINTO

(EN CLASE)

MAESTRO. — Hay algunos insectos, cuyas obras de previsión parecen requerir, no sólo una habilidad extraordinaria, sino también una ciencia prodigiosa, un conocimiento de la naturaleza muy superior al nuestro.

Carlos. — Yo he leído algo sobre las hormigas y las abejas; parece realmente que supieran cosas que nosotros ignoramos.

Maestro. — Si esos insectos, y algunos otros, obraran por *inteligencia*, no habría entre los hombres genios que pudieran comparárseles. Pero claro está que sus obras no son producto de su pensamiento...

Antonio. — ¡No tienen colegios ni bibliotecas!

Maestro. — La mejor prueba de que no obran por *inteligencia* es que *no progresan*. Vienen haciendo lo mismo y exactamente del mismo modo, desde que el mundo es mundo. Y aunque los hombres, u otros seres dañinos, les destruyan sus nidos o sus crías, nada nuevo se les ocurre para evitar el peligro, para combatir el mal.

Lucas. — La araña que tiende su tela ¿no tiene astucia?, ¿no tiene *inteligencia*?

Maestro. — Las arañas no han introducido nunca el más insignificante progreso en su sistema de caza...

Carlos. — ¡Algo nuevo podían haber inventado en tanto tiempo como hace que están ejerciendo el mismo oficio!

Maestro. — Los animales *no inventan* nada, pues; porque no tienen *inteligencia*. Lo que tienen es **instinto**. Un instinto ciego, que los impulsa y que les impide equivocarse jamás.

Marcos. — ¡Quién me diera ese instinto el día de los exámenes!

Maestro. — Si tuvieras un instinto ciego, no podría decirse que eras inteligente. El instinto nada tiene que ver con el pensamiento. El pensamiento no es ciego. Podemos pensar erradamente; pero esto mismo prueba nuestra capacidad de pensar.

Lucas. — Sin embargo, del que menos se equivoca en la clase, se dice que es el más inteligente. De Carlos, por ejemplo.

Maestro. — Naturalmente; el más inteligente es el que razona mejor. Pero, menos que Carlos se equivoca una máquina. Y no diremos, por eso, que una máquina es más inteligente que Carlitos...

Marcos. — La máquina... ¿tiene instinto, entonces?

Lucas. — ¡Qué ocurrencia! Ya se sabe que la máquina no tiene movimiento propio...

Maestro. — La máquina se mueve gracias a la inteligencia del hombre...

Lucas. — ...que le dió cuerda.

Tito. — Y a los bichos ¿quién les da cuerda?

Carlos. — Los bichos se mueven gracias a la inteligencia del Creador.

Maestro. — Esta vez Carlos no se ha equivocado, y ha dado prueba de su inteligencia. Pero es también una prueba de inteligencia nuestra capacidad de equivocarnos.

Marcos. — ¡Ya no me afligiré cuando cometa faltas de ortografía! Desde hoy me alegraré de equivocarme...

Maestro. — Mientras no abuses de tu capacidad de errar... Nosotros somos *libres de elegir* entre dos cosas. Corremos así el riesgo de elegir lo peor. Pero asimismo, creo que ninguno de ustedes cambiaría esa libertad — aunque los ponga en peligro de ser aplazados en los exámenes — por el instinto infalible de las bestias ¿no es cierto?

Tito. — ¡Quién lo va a querer!

Maestro. — Un burro con hambre, por ejemplo, delante de una planta de cardo, no puede elegir entre comer y no comer: infaliblemente come. Mientras que muchos hom-

bres, aun sintiendo hambre, suelen abstenerse, por un motivo u otro, de comer.

Lucas. — Su voluntad es libre.

Maestro. — Justamente. Es nuestro gran privilegio de hombres: el de la **inteligencia** para discernir el bien, y la **libertad** espiritual, para optar por lo mejor. Esto nos permite lo que no es accesible a los animales: **el perfeccionamiento**. ¿Hay alguno de ustedes que no quiera aprovechar de esta capacidad?

Antonio. — El que hace bien las cosas ¿para qué quiere adelantar?

Maestro. — Las cosas humanas no alcanzan nunca la perfección; de modo que, por buenas que parezcan, siempre pueden *mejorar*. No hay quien no pueda adelantar en sabiduría y en bondad. Y quien no tenga ese deseo de adelanto, aunque parezca hacerlo todo muy bien, puede parangonarse con la hormiga que no ha perfeccionado ni embellecido jamás la arquitectura de su hormiguero. La hormiga se construye una casa de varios pisos — y esto es admirable — pero jamás ha pensado en poner un ascensor.



EL COLEGIAL

Con entusiasmo voy a la escuela
y llevo siempre listo el deber,
porque comprendo que el tiempo vuela;
corta es la vida, largo el saber.
Antes las clases todas perdía,
charla que charla, sin atender;
ahora veo lo mal que hacía,
tengo vergüenza, quiero aprender.

Ya no me oculto detrás del banco,
que no me vayan a preguntar;
tomo mi puesto, sencillo y franco;
voy preparado, sé contestar.
Ya no hago burla de los maestros;
su misión alta sé respetar...
Era en diabluras de los más diestros,
hoy en conducta soy ejemplar.

Amo el estudio, porque ennoblece;
busco anheloso toda verdad;
así el talento se nutre y crece
y se mejora la humanidad.
Amo la escuela, santuario hermoso
de la opulencia, de la orfandad;
es su enseñanza, foco radioso,
de amor, de ciencia y de igualdad.

ÁNGEL MENCHACA.



UNA BUENA AMISTAD

La mejor amiga de Cecilia es Sofía. Juntas aprendieron las primeras letras y juntas avanzaron en los años escolares. Ya se sabe que las amistades de la escuela difícilmente se olvidan. ¡Y menos una amistad como la de Cecilia y Sofía!

Cuando, en sus deberes escolares, tropezaban con alguna dificultad, consultábanse y ayudábanse mutuamente. Si

la una había faltado a clase, la otra, poníala al corriente de lo aprendido. Cuando Cecilia triunfaba en las composiciones literarias, nadie se alegraba más que Sofía. Y Cecilia, a su vez, sentíase orgullosa de la inteligencia que su amiga demostraba para las matemáticas.

Las cosas no han cambiado desde que dejaron el colegio. También ahora, las dos antiguas condiscípulas se consultan en

[sus estudios y en sus labores manuales; también ahora se alegra cada una de los triunfos de la otra. Y, más que nunca, comparten todas sus diversiones.

Sofía y Cecilia saben que una alegría nunca es completa para quien no puede compartirla con un amigo. Y que, cuando sufrimos una pena, nada la alivia o la consuela como la compañía de un amigo que nos comprenda.



Cuando se tiene una misma edad y las mismas ocupaciones ¡es tan fácil y agradable entenderse unos con otros! Y sin embargo, hay muchos chicos que, en lugar de tratar de comprenderse entre sí, no buscan sino reírse de sus compañeros, o darles bromas más o menos pesadas. De esta manera es muy difícil hacerse verdaderos amigos.

Sofía y Cecilia, poniendo en ello su buena voluntad, y siendo entre el las del todo leales y sinceras, se han entendido siempre admirablemente. Y así, han podido estimularse, no sólo en los estudios, sino en cuanto hay de bueno y de noble en la vida. Son, pues, la una para la otra, un gran apoyo, y sus padres miran complacidos esta amistad.

Sí, ¡dichosas Sofía y Cecilia, que tal amistad cultivan! Quien halla **un buen amigo** ha hallado un tesoro inapreciable. Y no es este tesoro, de las cosas que se gastan con el tiempo; sino que, por el contrario, el tiempo, a medida que corre, va añadiendo valor y atractivos a la amistad que persevera.

En cambio ¡qué peligro el tener por amigo a alguno que no es bueno, que no es digno de nuestra amistad!

No por viejo deja de ser menos cierto aquel conocido refrán: *Dime con quién andas y te diré quién eres*. Los amigos ejercen entre sí una enorme influencia. Los modales, los pensamientos, y hasta los caracteres de las personas que frecuentamos se nos contagian casi inevitablemente. ¡Qué no será si, a la frecuencia del trato, se añade nuestra simpatía!

Si un buen amigo nos alienta en el bien, un mal amigo nos arrastra fácilmente al mal. Así ¡cuánto cuidado hemos de tener en la elección de los amigos!

Sofía y Cecilia se visitan a menudo; y cuando se encuentran en pueblos distantes, mantienen entre sí una activa correspondencia. Les gusta mucho escribirse; pues, por carta, los amigos suelen decirse muchas cosas que no sabrían expresar en una conversación. Y por esta costumbre de escribirse, cuando alguna de las dos tiene ocasión de efectuar un viajecito, la otra participa de todo lo que su amiga ve.

Cecilia y Sofía, aunque no son parientes, tienen tíos y primos comunes que viven en Mendoza. A casa de estos tíos fué llevada en el verano Sofía, por haberle sido recetado un cambio de aire, después de una enfermedad. Y desde Mendoza, escribió a Cecilia — entre otras cartas que sólo a ellas interesan — las interesantes páginas que van a continuación.

LA MEJOR FRUTA DEL MUNDO

(CARTAS DE LA PROVINCIA DE MENDOZA)

«Los Nogales», Chacras de Coria, Marzo 1°.

Querida Cecilia:

Todo el mundo duerme la siesta. Tía Isabel no me deja salir afuera por el solazo; me dice que duerma yo también; pero no tengo sueño, y aprovecho para escribirte como te prometí.

¡Qué lástima que no hayas venido tú conmigo! Yo casi me alegro de haber sufrido una enfermedad tan grave; pues, si no fuera porque necesitaba aire de montaña, tal vez no me dejan venir. ¡Y me divierto tanto aquí!

Esto de vivir de visita tiene muchas ventajas. Mis primos

y primas me hacen el gusto en todo... lo cual no les impide reírse de mis asombros y de mis gustos «porteños».

Todos los domingos vienen amigos y amigas de la casa a pasar el día en «Los Nogales». Como no cabemos en la



mesa de los grandes, nos ponen a los chicos otra mesa en el corredor. Hoy éramos en ella diez y seis y se armó un gran bochinche. Querían hacerme declarar que la fruta de Mendoza es la mejor del mundo. ¿Y dónde dejan la de Río Negro?

Ya se sabe que no hay uvas como las mendocinas. También son aquí especiales los melones, las brevas y las ciruelas. Pero los chicos no se contentaban con que yo reconociera todo esto, añadiendo que las peras y damascos son tan buenos como los de Buenos Aires. Al hablar de los duraznos, poco faltó para que los usáramos como proyectiles...

Los de Mendoza son grandísimos y preciosos de vista. Me mostraron uno que pesaba cuatrocientos gramos. Y me dijeron que «tenían que ser más ricos» que los nuestros, a causa de ciertas propiedades de esta tierra, a la que, además, riegan cuando quieren, sin tener que esperar las lluvias.

Pero yo, contra los otros quince, me mantuve en que, por lo sabrosos, no hay duraznos comparables a los del Tigre, Dolores y toda nuestra provincia... (Y, de paso, me armaron también chicanas, diciendo que «la provincia» no es «nuestra»; que ella no tiene nada que ver con la «Capital Federal» de la que somos ciudadanos.)

Me trataron de «porteña porfiada», imaginando que yo hablaba «por amor propio». «¿Acaso soy yo la que he hecho los duraznos de Buenos Aires?», les contestaba. Y por fin convinimos en que era una suerte que cada uno prefiriera los de su... huerta. (Ya no me animaba a decir «mi provincia».)

A mí no me importa nada del tamaño de la fruta o las legumbres, sino de su gusto. Pero resulta que los productos grandes se venden mucho más caros que los chicos; especialmente para los hoteles y la *exportación*.

Y aquí, no sólo los duraznos; todo lo que da esta tierra (berenjenas, zanahorias, tomates, choclos, espárragos), es enorme. Hay zapallos que, por sus dimensiones, parecen artificiales. A Emita, la chiquita de tía Isabel, la retrataron, a los ocho meses, sentada sobre un zapallo que parece

un enorme almohadón. Mi tía no se resigna a que no me guste el zapallo; pues, según dicen, el mendocino, de carne muy seca, es una especialidad.

También son dignas de mención las exquisitas aceitunas negras, grandotas. Pero prefiero dedicar un párrafo al mejor «fruto» de Mendoza. ¿A que no adivinas cuál es? ¡La empanada!

Me dirás que no es sólo de aquí; que ese sabroso fruto se cultiva en toda cocina provinciana. Y yo he oído mentar las empanadas tucumanas como muy especiales; pero como estoy en Mendoza, de las de Mendoza te hablo. Quien descubra un mendocino a quien no le gusten las empanadas, buen descubridor será.

Pero ¿qué dirás, Cecilia?, ¿que no pienso más que en comer? Vine muy flaca y desganada; y la verdad es que esta «Tierra de Promisión» me va despertando el apetito... Por cierto que hay aquí otras cosas de que hablar, empezando por los cerros que están al fondo de la propiedad y que trepamos cada tarde.

Pero ya que en toda mi carta ha reinado el sentido del gusto, en el lugarcito que queda le pondremos, como paje, el sentido del olfato. ¡Hay que tomarles el olor a estos cerros sembrados de tomillo, y a cuyos pies, junto a la acequia, crecen la menta y el timol!

Una plantita curiosa que me han mostrado es la *jarilla*. Tiene unas hojitas chatas, en forma de abanico, con una de sus caras muy lustrosa. La llaman «la brújula de los cerros», porque el lado lustroso de las hojas mira siempre hacia el Este. Y así, esta plantita orienta a los hombres en los cerros, donde es tan fácil perderse. ¿Lo advertirían los españoles que pasaron de Chile para fundar Mendoza?

Te abraza

Sofía.



UNA EXCURSIÓN EMOCIONANTE

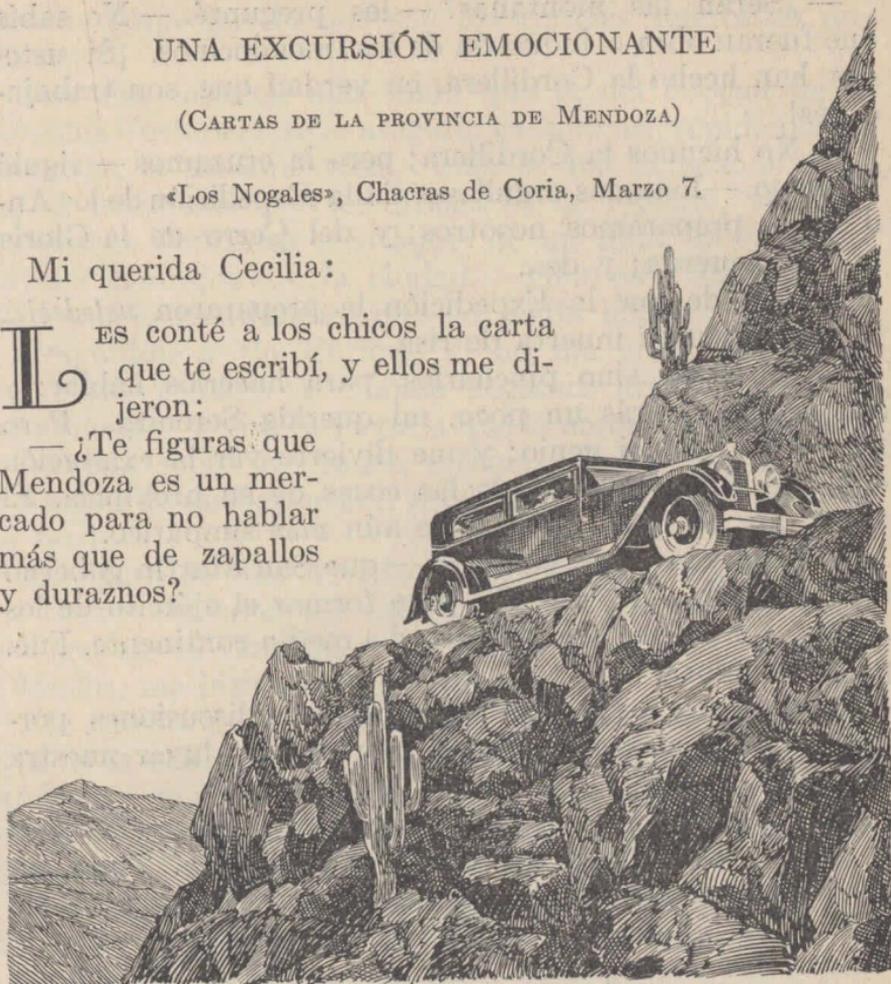
(CARTAS DE LA PROVINCIA DE MENDOZA)

«Los Nogales», Chacras de Coria, Marzo 7.

Mi querida Cecilia:

LES conté a los chicos la carta que te escribí, y ellos me dijeron:

— ¿Te figuras que Mendoza es un mercado para no hablar más que de zapallos y duraznos?



— ¿Cómo? — repliqué riéndome — ¿no son éstos sus *grandes* orgullos: los *grandes* zapallos, los *grandes* duraznos?

— Claro que son una maravilla y parte de «los recursos de nuestra provincia tan rica», como diría papá — dijo Susana. — Pero ¿qué dirán de ti si sólo en eso te fijas?

Y Federico saltó:

— Nos enorgullecen, sí, los productos de nuestra tierra; porque ellos se deben a la industria de los mendocinos. ¡No hay un mendocino haragán! Pero nos enorgullecen más aún otras cosas... ¡algo más *grandes* que nuestras frutas y hortalizas!

— ¿Serán las montañas? — les pregunté. — No sabía que fueran obra o industria de los mendocinos. ¡Si ustedes han hecho la Cordillera, en verdad que son trabajadores!

— No hicimos la Cordillera; pero la cruzamos — siguió Federico. — Estamos orgullosos de la Expedición de los Andes que preparamos nosotros; y del Cerro de la Gloria que la recuerda; y de...

— ¡Eso de que la Expedición la prepararon *ustedes!*... — le interrumpí muerta de risa.

Yo no hago sino pincharlos, para hacerlos hablar; y sé que me retarás un poco, mi querida Serenita... Pero no puedo con mi genio; y me divierte ver la exaltación con que Federico defiende las cosas de su provincia. El amor que les tiene me lo hace aún más simpático.

— Recuerda — me contestó — que San Martín gobernó aquí tres años (1814-1817), para formar el ejército de los Andes, con el que dió la libertad a medio continente. Fué, pues, Mendoza...

Pero no voy a contarte todas nuestras discusiones, porque sería de nunca acabar; y merece más lugar nuestra excursión de ayer.

Atravesamos la ciudad, que está a media hora de «Los Nogales». El Parque del Oeste es magnífico. Tiene un lago artificial tan grande que en él se corren regatas de botes. Y al fondo del Parque comienzan ya los cerros.

Entre los cerros pelados, se destaca el de la Gloria, todo cubierto de hermosos árboles.

— Aunque no hayamos hecho precisamente el cerro — me dijo entonces Federico — podemos también enorgullecernos de esos árboles, plantados y mantenidos gracias a una gran obra de ingeniería. Por medio de esta obra se hace subir el agua hasta arriba, y luego que baje regando.

La subida del cerro da bastante miedo; las vueltas del camino son bruscas y el automóvil se encuentra, a cada momento, al borde de un precipicio. Federico y Susana se ríen de que yo llame *precipicio* a esas hondonadas: «Se ve que vienes de la pampa — me dicen — y

que no sospechas lo que son las grandes montañas andinas.»

Era una emoción más linda que la del *tobogán* de la Avenida Costanera, te lo aseguro. El subir así, rápidamente, mientras, a nuestra vista, todo se iba achicando abajo, el internarse bajo los árboles y, de repente, ver reaparecer la Cordillera a lo lejos: de un lado, la Cordillera; del lado opuesto, la ciudad... Todo esto era para mí algo tan extraordinario, que no podía hablar.

Pregúntale a tío Enrique, si no me crees: yo, Sofía, me quedé callada. Y cuando llegamos arriba, frente al monumento, y vi a la Victoria que la corona, como pronta a lanzarse sobre los Andes, créeme, Cecilia, que me dieron ganas de quedarme allí, sin volver a decir nada en toda la tarde.

La figura de San Martín, montado en su caballo, con los brazos cruzados; tan tranquilo y tan enérgico; mirando el lugar de la Cordillera por donde va a pasar con sus soldados, me hizo una gran impresión.

Me parecía darme cuenta, por primera vez, de la realidad de la existencia de San Martín, de la realidad de los Andes, y de que es cierto todo lo que estudiamos en la Historia Argentina. Ya no me parecía todo eso «cosas de libros»...

Hubiera querido seguir el camino señalado por la mirada del héroe; atravesar las montañas a pie, volando...

— ¡En este lugar dan deseos de hacer cosas sublimes! — dijo en ese momento mi tío. Yo me alegré de oírlo; porque en esas palabras hallaba la explicación de lo que yo sentía y no hubiera sabido expresar.

Hasta mañana.

Sofía.



EL MONUMENTO DEL LIBERTADOR

(CARTAS DE LA PROVINCIA DE MENDOZA)

«Los Nogales», Chacras de Coria, marzo 8.

Querida Cecilia:

EL Cerro de la Gloria, más que una carta merecería un libro... escrito por otro que por mí. Pero aun lo poco que yo soy capaz de decir, me resultó demasiado para una sola vez.

Pasada aquella gran impresión que nos da su conjunto, tío Enrique me hizo examinar en detalle el monumento: las repúblicas Argentina, Chile y Perú, coronando al Héroe; el grupo de los generales Las Heras y los otros compañeros de San Martín; los bajorrelieves que rodean el pedestal.

Estos bajorrelieves recuerdan cómo se preparó en Mendoza la Expedición del Ejército Libertador. Me hizo notar mi tío, cómo todos los mendocinos, ricos y pobres, sin mayores recursos, habían realizado cosas tan difíciles «por el entusiasmo de una idea».

En uno de los bajorrelieves se ve a las Damas mendocinas entregando sus joyas a San Martín. A mí sólo me enternecían los grupos de mujeres despidiéndose de sus hijos y hermanos que iban a la guerra.

Pero tío Enrique me explicó que, aunque esto último representaba el sacrificio más terrible, el de las joyas también era grande. Porque, en aquella época, la gente tenía poco dinero. Y durante las guerras, cuando todo se empobrecía aun más, y había el peligro de perder a los hombres de la familia, las alhajas eran la última reserva: entregarlas era exponerse a «quedarse en la calle».

Junto a las damas que daban sus joyas, veíanse también pobres mujeres dando sus colchones y sus abrigos, y esto era conmovedor.

Otro bajorrelieve que llamó mi atención fué el de la *maestranza* de Fray Luis Beltrán. Los obreros están allí fabricando armas. Como no había bronce, se fundieron las campanas para hacer cañones. ¡Cuán sagrada les parecería la empresa para que se resolvieran a tal cosa!

Mientras considerábamos todo esto, los últimos rayos del sol poniente venían, desde la Cordillera, hasta envolver el monumento en una luz roja. Examinando los bajorrelieves me había sentido orgullosa de ser argentina. Y ahora sentía una íntima satisfacción de poder elevar mi espíritu hasta el Creador de tan magníficas obras como eran estas montañas. Creo que a ti, mi querida Serenita, te pasaría lo mismo.

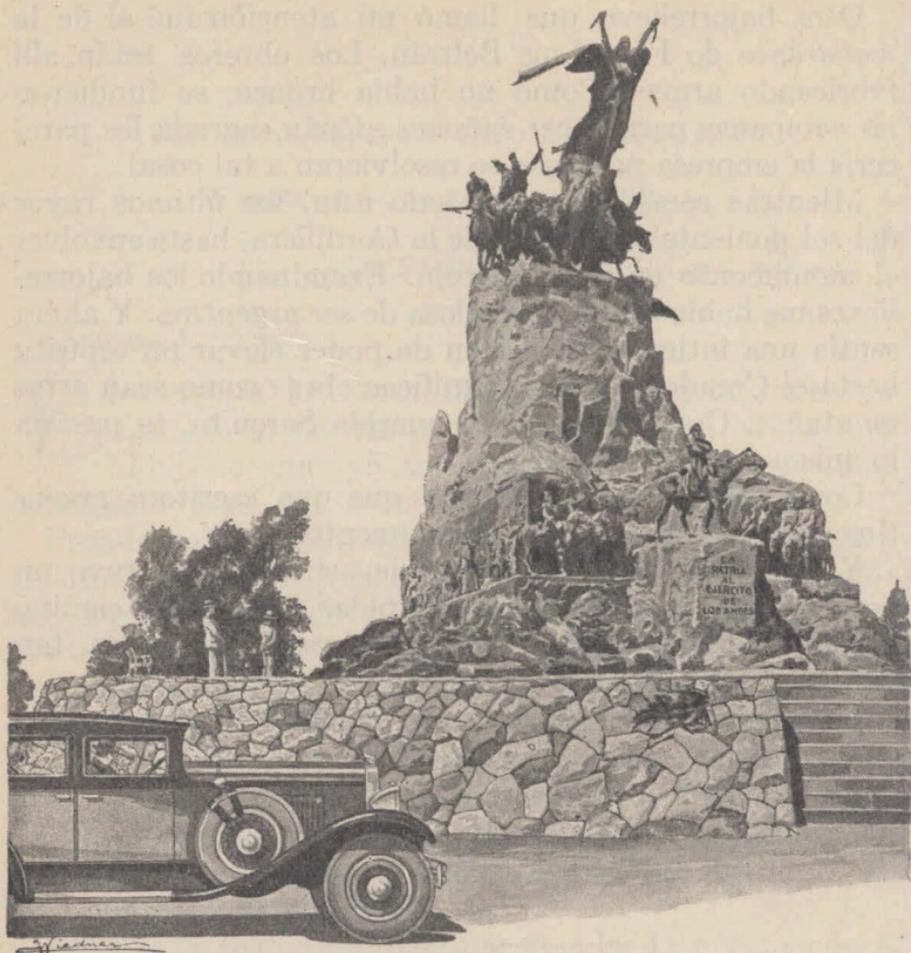
Copio ahora para ti los versos que una escritora argentina compuso frente a este monumento.

Y sólo me resta decirte, que, si a la ida tuve un poco de miedo a causa de las rápidas curvas del camino montañoso, a la vuelta de esta excursión me sentía tan valiente como San Martín.

Recibe, pues, un abrazo muy patriota y muy heroico de tu amiga

Sofía.





EL CERRO DE LA GLORIA

(COPIA DE SOFÍA)

EL pedestal abrupto de piedra amarillenta
La patria cabalgata mirífica presenta
A Dios, como una ofrenda sagrada y matinal.
Los bronceos verdinegros, de pátina cubiertos,
Palpitan con la vida candente de esos muertos —
Los recios granaderos, de cara al ideal.

*Desgarra el monumento de brusca línea fiera
Un gran jirón de cielo, que es raso de bandera.
Y, mientras los jinetes campean en lo azul,
Los épicos corceles estiran las cervices
Y — husmeando gloria — vibran, henchidas las narices.
El Tupungato es una pincelada en un tul.*

*¡Quebranta vuestros hierros la Libertad, esclavos!
Un cóndor que planea — más bajo que los bravos —
Da un alazo de bronce al éter de zafir.
Las nieves diamantinas, los peñascos bermejos,
Los montes azulados se esfuman a lo lejos...
¡Oh los membrudos hombres que forjan porvenir!*

*¡El sol de la mañana y el alma alborozada!
La plena luz hiriente como una clarinada.
¡La gloria se hizo estatua, la estatua corazón!
Chispean en nosotros las fúlgidas vislumbres,
Sentimos el impulso que impele hacia las cumbres
Y, ungidos, revivimos la vieja ensoñación...*

*Deliran, frente al vértigo sublime, los soldados.
Allí, sereno, el Héroe con los brazos cruzados,
Desde el nervioso potro mira a la inmensidad...
...Y así el transeúnte deja la tierra mendocina,
La tierra legendaria, llevando en la retina
Visiones de epopeya, de ciudad en ciudad...*

SARA MONTES DE OCA DE CÁRDENAS.

Sara Montes de Oca de Cárdenas, es una autora contemporánea. Sus libros: *Trapalanda*, *La Virgen de Luján*, *Ráfaga Heroica*, en versos nobles y sonoros, son muy eficaces para hacer conocer y amar nuestras tradiciones y nuestra historia.

RECUERDOS DE SAN MARTÍN

(CARTAS DE LA PROVINCIA DE MENDOZA)

«Los Nogales», Chacra de Coria, marzo 12.

Mi querida Cecilia:

 L volver el otro día del Cerro de la Gloria, fuimos a la iglesia de San Francisco. Y allí vimos, en su camarín, a «la Virgen de Cuyo». Es una imagen cuya cara de madera es muy bonita y que lleva un vestido de tela.

En el vestido, sobre el pecho, tiene bordado el escudo argentino; y en el resto del manto los escudos de las catorce provincias. También lleva, en el borde del mismo manto, los escudos de Chile y del Perú. Su peluca fué hecha con el pelo de una chica chilena y de otra peruana.

Impresiona pensar que es la misma imagen que ya se veneraba cuando estuvo aquí San Martín. Para que no lo dudemos, ella ostenta en su mano el bastón de mando que — como antes Belgrano, en Tucumán — San Martín le entregó, nombrándola Generala del Ejército Libertador. La carta que San Martín escribió con este motivo, está allí junto, en un cuadro a través de cuyo vidrio se puede leer.

Como es aquí tan grande el culto por San Martín, contagiada yo también, comencé a hacer preguntas sobre su familia, sobre su vida y luego su muerte en Europa. Me contaron la historia de su casamiento con una niña muy jovencita, la cual murió pocos años después. Y me dieron a leer la composición que te envió.

Esas páginas, que yo encuentro conmovedoras, fueron escritas por un amigo de mis tíos, que suele publicar trozos en las revistas. De una revista las corté para ti, pensando que también te gustarán.

Muy pronto me tendrás de vuelta, llena de cosas que contarte; pues no es posible poner todo en las cartas.

Te abraza

Sofía.

EL ÚLTIMO SACRIFICIO

(ENVÍO DE SOFÍA A CECILIA)

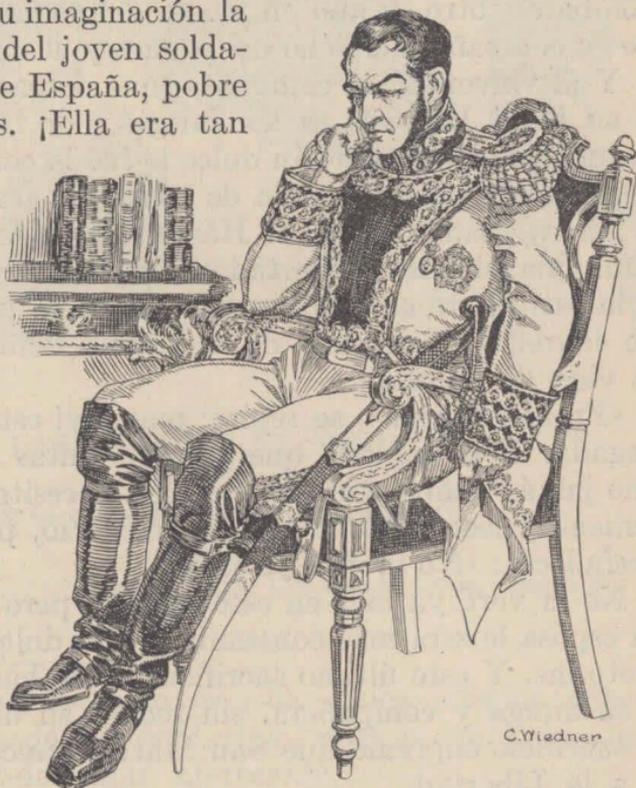
UNA hermosa joven, cuyo rostro es espejo de bondad, está melancólicamente reclinada en un sillón. Aca- ricia la cabeza de su hijita de pocos años, y me- dita: «¡Si pudiera verle antes de morir!»

Y vuelve a su imaginación la figura gallarda del joven solda- do, que llegó de España, pobre y sin relaciones. ¡Ella era tan niña todavía!

A los tres meses de ca- sada, la llenaron de juve- nil, casi in- fantil alegría, los primeros triunfos de su esposo. Y en Mendoza, a la vuelta de las más he- roicas cam- pañas ¡cuánta alegre expan- sión en el jo- ven hogar, abierto a todos los amigos!

Ahora, María de los Remedios está sola y enferma. San Martín partió hace ya cuatro años, y ella espera su vuelta, cada día con ansiedad mayor: «¡Si pudiera verle antes de morir!» repite.

Las noticias de los triunfos se multiplican; la fama y la gloria del Libertador crece con tal brillo, que el corazón de la joven esposa desborda de emoción. Pero la tristeza



de la ausencia agrava al mismo tiempo el mal que la consume.

«¡Si pudiera verle antes de morir!» piensa una vez más. Pero no tendrá ni una protesta. Y María de los Remedios ofrecerá a la Patria este último sacrificio: morirá sin verle.

Y morirá «como una santa», al decir de los que la rodean.

«¡Si pudiera verla!», piensa a su vez el General San Martín, en sus largas travesías. ¡Cuántas veces, entre un combate y otro, y aun en medio del combate, el recuerdo de su compañera le llenó de dulzura y de añoranza!

Y al volver de sus campañas ¡qué descanso no encontró a su lado! Después de las fatigas y de las violencias de la lucha sangrienta ¡cuán dulce le fué la compañía plácida de su joven esposa dotada de todas las gracias!

Ahora, San Martín, el Héroe de los Andes, considera cumplida su misión libertadora, y piensa: «Pronto la veré y la estrecharé en mis brazos.» Regresa, por fin, cargado de laureles, y deseoso de reposarse definitivamente en la vida de familia.

«Pronto la veré», se repite; mas ¡ay! esta dulzura le es negada. Y el soldado que expuso tantas veces su vida, que jamás tembló ante el enemigo, necesitará de un valor inmenso, necesitará de todo su esfuerzo, para decirse sin desfallecer: «No la veré ya más.»

No la verá ya más en este mundo; pero el recuerdo de su esposa le será más constante y más dulce que el de sus victorias. Y este último sacrificio: el de haber dejado irse a su amiga y compañera, sin recibir su último adiós, es el sacrificio supremo que San Martín ofrecerá a la Patria y a la Libertad.

Sencilla pero elocuente es la frase que se lee en el Cementerio:

Aquí yace María de los Remedios Escalada, esposa y amiga del General San Martín.





LAS VIÑAS Y EL VINO

(CARTAS DE LA PROVINCIA DE MENDOZA)

«Los Nogales», Chacras de Coria, Marzo 20.

Querida Cecilia:

ME preguntas cómo es esta «finca». Debía haber empezado por contártelo, pues se trata de algo tan lindo como interesante.

Yo me he acostumbrado a llamarla *finca*, porque así llaman aquí a todas las propiedades de campo. Y no sé cómo se la llamaría en Buenos Aires; pues, generalmente, una *finca* es más chica que una *estancia*, más grande que una *quinta*, y es muy distinta de una *chacra*.

Esta, que se llama «Los Nogales», tiene unas veinte cuadras de ancho; y está toda plantada de viñas. (Como que estamos en «la patria de la vid»). Hoy la hemos reco-

rrido en todos sentidos, mientras mis tíos me iban mostrando las distintas clases de uvas, que están ahora en todo su esplendor.

Los viñedos están formados por filas de alambres en los que se enredan los *sarmientos*. Así se llaman las ramas de *la vid*. (¿Has visto cómo estoy de sabia?) Los palos que sostienen las viñas se llaman *rodrigones*. ¡Es gracioso que se dé ese mismo nombre a las señoras que acompañan a las chicas, en las fiestas!

Entre fila y fila de viña, hay unos surcos por donde corre el agua cuando abren las *compuertas* de las *acequias* más grandes: así se riega el plantío. No te imaginas cómo quedan de preciosos esa cantidad de arroyitos brillando al sol.

Como sabes, estas viñas están, en su mayoría, destinadas a la *vinificación*; es decir a la industria del vino. Pero hay también parralitos de uva de mesa — uvas moscatel blancas y rosadas, uva - cereza, etc. — Se ven racimos magníficos. ¡Así los cuidan! Las obreras cortan, uno a uno, sus granos malos, con tijeras; y para este trabajo se ponen guantes.

Los racimos mejores se mandan a Inglaterra, donde se venden muy bien. También en Buenos Aires y en Mar del Plata, los grandes floristas pagan muchísimo por ellos, para adorno de las mesas, junto con las flores. Pero hay felizmente otras uvas, de gusto igualmente exquisito, y que, por ser menos lindas, están al alcance de todo el mundo.

Para el vino, existe una variedad inmensa: hay uva para vino blanco, para vino negro, para vino de postre, para vino tipo Jerez y tipo francés... y es el cuento de nunca acabar.

Dice tío Enrique que Mendoza puede producir vinos como los mejores del mundo. Pero que, para que se pongan buenos, hay que guardarlos varios años, y nuestros bodegueros no tienen aún bastante dinero para demorar así la venta.

— Con todo — añadió mi tío — ya se van obteniendo vinos excelentes, no sólo en las bodegas particulares (donde

se guarda siempre una parte de la producción), sino también para la venta. Con el tiempo, según él, *la industria vinícola mendocina* no tendrá nada que envidiar a la europea.

Al recorrer la finca, vimos a un hombre que colocaba cuidadosamente, sobre una tabla, una infinidad de trozos de durazno, para dejarlos secar al sol. También dentro de los ranchos se ven, colgados del techo, peras y gran cantidad de racimos de uva. Estas frutas y otras, en lugar de descomponerse, se secan, se ponen muy dulces, y son lo que llamamos *orejones* de pera, de durazno, *pasas* de higo y de uva. De este modo las familias, de lo que guardan en el verano, comen fruta seca todo el invierno.

Vimos, por fin, un montón de casitas, y saludamos en ellas a muchas familias de trabajadores. Pues los que hace años trabajan en la finca y en *la bodega* — donde se elabora el vino — han podido comprar terrenitos en los alrededores y tienen ya su casita propia. Mis tíos se ocupan de que todos los chicos de esta pequeña colonia asistan a la escuelita rural que ellos también protegen.

A mí me parecía raro que en una propiedad chica se ocupara a tanta gente. Pero dicen que esta clase de trabajos, muy distintos a los de las estancias, requieren muchos brazos. Pues, en Mendoza, si la tierra no da nada donde no hay riego, donde lo hay produce tanto que es necesario un trabajo constante para sacarle todo su provecho.

Yo dije que me daba lástima se trabajara tanto; pues, si se produce más y más vino ¿no habrá muchos borrachos? Se rieron en grande de mí. Dice tío Enrique que el vino de pura uva, tomado con moderación, es una cosa buena, alimenticia, desinfectante; que lo malo es *el abuso*.

Yo le conté haber oído a una señora que, en la Argentina, debía establecerse «la ley seca», como en Estados Unidos. Pero él me contestó que, según ese criterio, habría que suprimir también la comida, porque hay gente que se muere de indigestión.

Tía Isabel añadió que no es en los países donde se produce y se consume más vino donde hay más alcoholistas, sino en aquellos en que se vende otra clase de alcoholes

más fuertes y peligrosos (los cuales, desgraciadamente, están de moda en todas partes).

— Además — dijo por fin mi tía, — ¿crees que Jesús, en las bodas de Caná, hubiera convertido el agua en vino, si el vino fuera una cosa mala?

Yo no me había fijado en eso. ¡Ya ves cuánto se aprende en una «finca»! Mi primer brindis con vino mendocino será para que puedas tú venir, admirar conmigo estas preciosas viñas, y volverte tan sabia como yo.

Te abraza

Sofía.

EL SOL

«¡El sol, el sol, el sol!» — canta un alegre coro de niños en el patio de la escuela rural.

¡El sol, único y vario, con sus fimbrias de oro en la bella y radiante mañana de cristal!

«¡El sol, el sol, el sol!» — canta el alegre coro.

¡El sol en todas partes como lluvia de oro!

Oro en el ala, oro en la corola, oro en la gota de agua y en el grano de arena...

¡En el aire, en el llano, en el monte, en el río, flota esa cosa vaga, tibia, suave y serena que disipa las brumas del pensamiento mío!

El autor de estos versos, **Rafael Alberto Arrieta**, es uno de nuestros mejores poetas argentinos contemporáneos. Su obra se distingue por una gran delicadeza.

EL CAMPEÓN

DAPÁ! ¡Mamá! ¡Tío Juan! ¡Marcos ganó la copa! Los hermanos y el primo Ignacio, que está pasando días en Villa Serena, hablando todos a la vez, entran a la casa como una avalancha. Traen a Marcos poco menos que en andas, mientras el vencedor levanta en alto una linda copa de plata. Todos están orgullosos de su triunfo en el torneo.

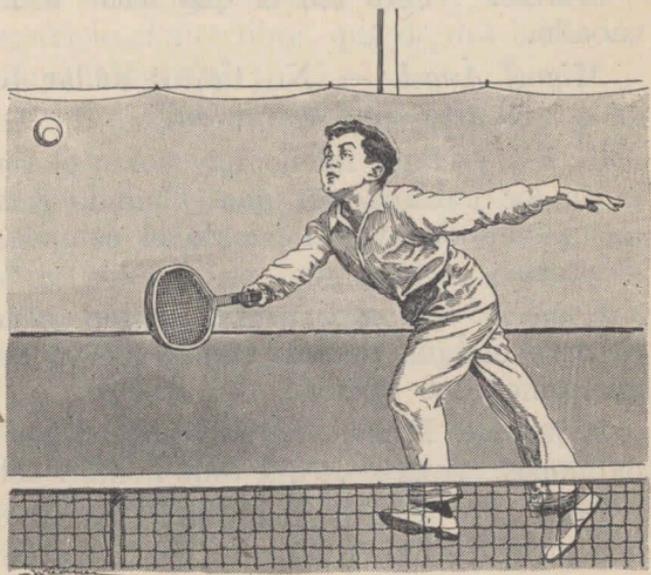
Miguel Ángel. — Al principio, nadie hubiera dicho que iba a ganar. Pero hacia la mitad del juego, viendo que mejoraba, nosotros lo animábamos: ¡Bien, Marcos! ¡Bravo!

Cecilia. — Nuestros gritos parecían darle cuerda o comunicarle electricidad. Su agilidad fué tanta que por momentos se diría que volaba.

Ignacio. — A veces la pelota pasaba tan alto por sobre su cabeza, que parecía imposible alcanzarla. Marcos daba un salto y la cazaba con su raqueta. Yo imaginaba a un zorro cazando, al vuelo, a una paloma blanca.

Cecilia. — Y cuando la paloma, que era la pelota, picaba en tierra, justo al extremo opuesto de donde él estaba, Marcos saltaba también como un gato sobre su presa.

Miguel Ángel. — ¡Y con qué habilidad hacía los «sagues», de modo que la pelota, después



de rozar casi la red, pasara tan a ras del suelo que, aunque el contrario ejecutara una especie de «cuerpo a tierra», no podía recogerla!

Luisito. — ¡Cómo lo aplaudieron al final!

La mamá. — ¡Viva el campeón! Para festejarlo, voy a prepararles una buena mesa... Y Marcos brindará en su copa de plata.

El papá. — ¿Qué les parece? ¿Levantaremos a Marcos una estatua?

Luisito. — ¡Sí, sí!

El papá. — ¿En medio de la plaza?

Luisito. — ¡Sí, sí!

Marcos. — Papá; no te rías de mí... Me contento con el *lunch* que nos prepara mamá.

El papá. — No me río... ¡Ven que te dé un abrazo! Estoy muy contento de tu triunfo. Ya sabes cuánto me gusta el *tennis*. No es un juego brutal como otros. Es elegante y da al cuerpo una gran elasticidad.

Miguel Ángel. — A mí, me gusta más andar a caballo. Puedo en él recorrer grandes distancias y me encanta el balanceo del galope.

Marcos. — Pero ahí el que hace todo el gasto es el caballo.

Miguel Ángel. — No tanto; andar bien es todo un arte..., ¡el arte de la *equitación*!

Cecilia. — Para mí no hay como el remo. ¡Me gustan tanto los paisajes de agua! Cuando remo, en el Tigre, me parece que voy llevando el compás de una música deliciosa.

Ignacio. — Comparto tu afición acuática. Pero yo prefiero el agua más de cerca; ser yo mismo mi bote; y mis remos, los brazos...

El papá. — La *natación* ensancha el pecho y fortalece los pulmones... Aparte de que todo hombre debe saber nadar...

Ignacio. — ¡Claro! ¿Por qué ha de ser más difícil caminar que nadar? Debe ser cuestión de costumbre...

Luisito. — ¡A mí me gusta el *basket-ball*! Cuando sea grande...

El papá. — ¡Tiene buen gusto Luisito! El del *basket-ball* es un juego lindísimo... Y me place que cada uno se especialice un poco en una de estas cosas. Pues se goza más y se saca mayor provecho de ellas, cuando nos hemos ejercitado lo suficiente para hacerlas con facilidad.

Cecilia. — Como Marcos, que después de jugar este campeonato, que a mí me hubiera rendido de cansancio, está tan fresco...

Marcos. — Tan fresco que volvería a empezar.

El papá. — ¡Bravo! ¡Venga la estatua! ¿No les parece a ustedes que un campeón de *tennis*, de *foot-ball*, o de *golf* la merezca?

Los cuatro hermanos. — No, papá...

Ignacio. — No, tío Juan. ¡Todos esos son juegos!

El papá. — Son juegos y son a la vez una cosa seria. Los ejercicios físicos contribuyen al buen desarrollo del cuerpo, lo cual es importante. Y hasta comunican cierta salud y alegría al espíritu.

Cecilia. — ¡Qué cierto es!

Ignacio. — ¿Quién no se queda más alegre, después de una partida de ejercicio al aire libre, que de dos horas de encierro en un cinematógrafo?

Miguel Ángel. — En eso estamos todos de acuerdo; pero en lo de la estatua...

El papá. — Créanme. No me disgustaría ver en el club que frecuentan, la estatua de un Marcos, jugador de *tennis*. Sería un símbolo de salud, de juventud, de destreza, cosas todas útiles y bellas. Hay unas lindas estatuas griegas representando un adolescente lanzador de discos.

Cecilia. — ¡Y qué bonita podría ser la de un moderno jugador de *basket-ball*! ¡Esa actitud como de volar, del que lanza a lo alto la pelota para que caiga en el cesto! ¡Me gusta el momento en que la pelota ya ha volado y el

jugador se queda con los brazos levantados y siguiéndola con los ojos!...

El papá. — ¡Cómo se ve que Cecilia es un poco artista! Bueno ¡hágase la estatua! Pero lo que yo desaprobaba sería que, ante la efigie de Marcos con su raqueta, o la de Luisito, futuro campeón de basket-ball, alguien se arro- dillase y quemara incienso...

Ignacio. — ¡Quién lo va a hacer, tío Juan!

Los demás. — ¡Qué ocurrencia, papá!

El papá. — Es lo que está a punto de hacerse, en muchas partes del mundo, ante los campeones de algunos deportes, a quienes se les trata como verdaderos ídolos.

Cecilia. — No será ninguno de nosotros quien lo haga, papá.

OTROS DIVERSOS CAMPEONATOS

I

El papá. — Alégrame el ver que ustedes no se arrodilla- rían ante los campeones de que hablamos; pero yo quisiera saber, a punto fijo, qué grado de gloria les conceden... Por ejemplo, ¿cuál gloria les parece a ustedes mayor: la de Colón o la del campeón mundial de natación?

Miguel Ángel. — La de Colón, papá. El campeón de natación no descubre ni el río por donde nada, ni la costa adonde llega.

Cecilia. — Y no descubre ni siquiera el arte de nadar.

El papá. — Veo que admiran más a Colón que al pri- mer nadador. Pero, la verdad, la verdad... ¿quién les parece más digno de honores: San Martín o el campeón mun- dial de «salto a la garrocha»? Al fin, San Martín cruzó los Andes en su caballo (fué el caballo «quien hizo el gasto», como diría Marcos); mientras que el campeón en salto quizá llegase a saltarse, por su propia cuenta, la Cor- dillera...

Cecilia. — Aunque saltara la Cordillera, el campeón en salto no daría por eso la libertad a ningún pueblo.

El papá. — Bueno; me felicito de que el amor a los deportes no los haya engegucido todavía del todo. Pero aunque no consideren a sus campeones como superiores a Colón y a San Martín, abrigo aún la sospecha de que ustedes creen deberles el culto que se rinde a los grandes hombres...

Ignacio, Marcos y Luisito. — ¡Claro que sí! ¡Triunfar! ¡Ser el más fuerte, el más ágil del mundo! ¡Yo me pondría tan orgulloso!

El papá. — Esos triunfos encierran, sin duda, algo bueno. Para alcanzarlos se requiere constancia, habilidad, a más de una vida sobria...

Miguel Ángel. — Y valentía también, a veces...

El papá. — Sí; pero veamos un poco. Ustedes parecen creer, por cosas que les he oído, que el campeón mundial de natación es...

Ignacio. — Quizá lo sea aquel argentino que desde Santa Fe, se vino a nado hasta Buenos Aires... Pero ahora, más que por las distancias recorridas, el campeonato se mide por el tiempo, por la resistencia para seguir nadando... Yo creo que en este sentido es aquel muchacho...

El papá. — Pues, hijitos, están muy atrasados de noticias. Yo conozco un millar, por lo menos, de mejores nadadores; más rápidos y más resistentes..

Luisito. — ¿Quiénes pueden ser?

El papá. — ¿No adivinan? ¿Se dan por vencidos? Pues... las ballenas y los delfines.

Todos. — ¡Qué gracia!

El papá. — ¿Y el campeón mundial en salto?

Ignacio. — Según lo que usted dice, debe ser la rana o el cangurú.

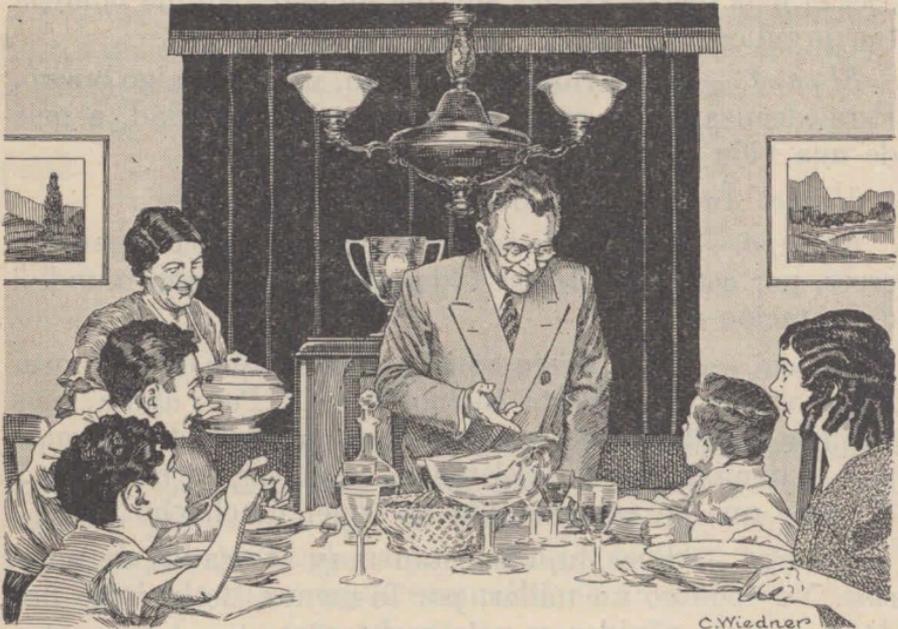
El papá. — En relación a su tamaño, no hay que olvidar al grillo. Y eso que salta sin «garrocha»... Quiere, pues, decir que, por nadador que llegue a ser un hombre, siempre

habrá algún pez que le gane. Nunca un campeón en salto saltará mejor que un mono, ni uno en carreras ha de ganar al gamo.

Miguel Ángel. — ¡Y qué quieres decir con esto, papá?

El papá. — Quiero decir que, si tanto mérito y tanto motivo de orgullo hay en ser campeón de alguna de estas cosas... el pez, el mono y el gamo son superiores a nosotros...

La mamá. — (*Entrando.*) Pueden pasar al comedor.



II

Marcos. — ¡Oh, qué buenas cosas nos has puesto, mamá! Todo lo que a mí más me gusta. ¡Vale la pena haber ganado una copa!

La mamá. — Aspiro al campeonato en el arte de arreglar una mesa...

Cecilia. — Y en esta materia, no le hallarás competidores al estilo de los delfines y de los grillos ¿eh, papá?

Miguel Ángel. — Justamente; estaba pensando que el hombre es campeón mundial, sin que ningún otro ser le gane, en muchas otras cosas...

Cecilia. — Es campeón en inteligencia.

El papá. — Claro está. Los elefantes tienen más fuerza que todos los *boxeadores* juntos; pero no fueron ellos quienes levantaron las pirámides... (Ni es tampoco probable que las ideara un *boxeador*.) Y si hay peces que cruzan los mares con más facilidad que los navieros, no hubo ninguno capaz de notificar a Europa la existencia de América, antes de Colón... que nadaba mucho menos.

Miguel Ángel. — Ya se sabe que la fuerza no tiene nada que ver con la inteligencia...

El papá. — ¿Vale la pena, entonces, que pongamos todo nuestro afán y orgullo en alcanzar lo que, sin inteligencia, alcanzan los animales, cuando por la inteligencia podemos llegar a tantas otras cosas más admirables? ¿Qué diríamos de un águila que se endiosara porque, ejercitándose en arrastrarse por el suelo, aunque jamás superara en este deporte al gusano, hubiera vencido en él a todas las demás águilas?

Miguel Ángel. — Diríamos que era ridículo. Pues si de algo pudiera enorgullecerse un águila sería de su capacidad de volar hasta grandes alturas, en lo que no tiene rival.

El papá. — Lo del águila que se arrastra es lo que hacen los hombres cuando se vuelven fanáticos por los deportes: se dedican únicamente al cultivo de sus facultades inferiores, despreciando lo que en él es infinitamente superior: las capacidades intelectuales, o espirituales... en las que ningún animal les ganará.

Miguel Ángel. — Entonces, papá ¿te parecería mejor que no perdiéramos el tiempo en el club de gimnasia, y nos dedicáramos únicamente al estudio?

El papá. — De ningún modo, hijo mío. Los ejercicios físicos, tomados con moderación, lejos de ser un estorbo a los estudios, les son su mejor ayuda. Porque ellos renuevan las fuerzas vitales.

Marcos. — ¿Con moderación? Pero mientras más gimnasia hagamos, más fuertes seremos; y yo quiero ser muy fuerte...

El papá. — En la gimnasia, como en todas las cosas, el exceso es perjudicial... Es muy saludable el comer, pero no hemos de comer a todas horas. No me gustaría, por cierto, verles dando a los deportes el primer lugar en la vida.

Marcos. — Es que entonces no podremos sobresalir en ninguno...

El papá. — ¿Por qué no? No es necesario dedicarles la vida. Mi principal aspiración no ha de ser la de competir con un toro por la fuerza; ni con un pez, ni con un gamo; sino la de ser un hombre completo, en su verdadero y noble significado. Y, muy especialmente, en aquello que nos distingue de las bestias.

Miguel Ángel. — Entonces, papá, no habría ningún gran nadador, ni...

El papá. — Reconozco la utilidad de que haya especialistas en cada deporte, para servirnos de maestros. Para ellos el deporte se vuelve *un oficio*; y es loable el sobresalir en el propio oficio. Pero no hay motivo ninguno para endiosar a los campeones; pues, por notables que sean, ellos no ponen en juego — como ya les dije — sino los dones casi puramente físicos. Y no hay que posponer jamás a ellos los dones del espíritu.

La mamá. — Con esta convicción, brindemos ahora para que nuestro campeón de tennis llegue igualmente al campeonato en las más grandes cosas.

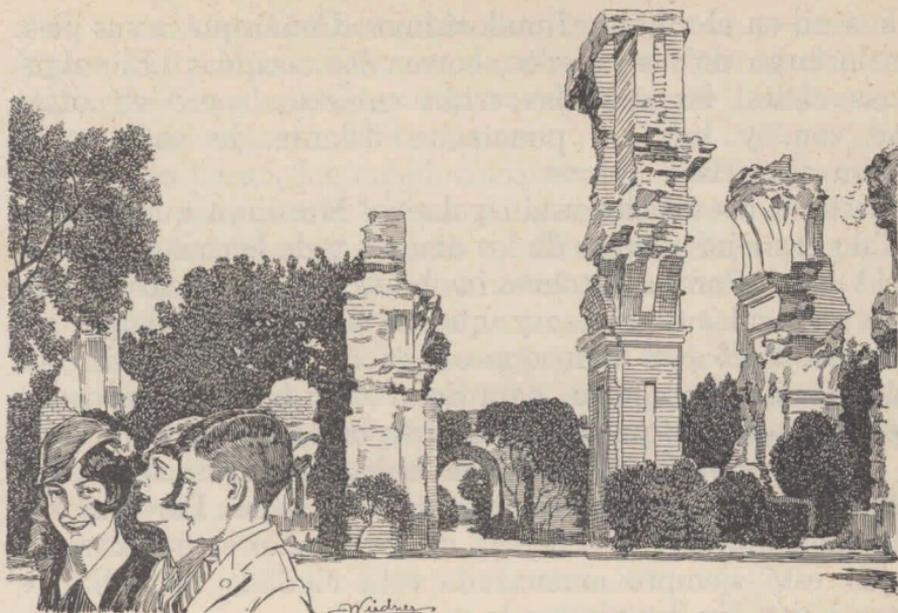
Todos. — ¡A la salud del insigne Marcos! ¡Viva Marcos!





Luisito, campeón de basket-ball... en lo futuro.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LA CIUDAD DE LOS ÁLAMOS

(CARTA DE SOFÍA)

Mendoza, julio 3.

Mi querida Cecilia:

Aquí me tienes de nuevo! Si me felicité de haber estado enferma, por haberme esto procurado una linda temporadita veraniega en «Los Nogales», ahora bendigo la carrera de papá. Pues a sus obras de ingeniería: puentes y caminos (y a su complacencia en haber consentido en traerme) debo este segundo viajecito.

Si la otra vez te hablé de «la patria de la vid», esta vez voy a hablarte de «la ciudad de los álamos» que antes vi sólo de paso, y en la que me hallo instalada.

Sabrás que a Mendoza se la llama así, no sin razón. Todas sus calles son arboladas; y lo que predomina son los álamos — que, por otra parte, también forman como altas murallas alrededor de las fincas, fuera de la ciudad. —

Los vi, en el verano, frondosísimos. Como que, a sus pies, a lo largo de las veredas, corren las acequias. En algunas calles, las acequias están cubiertas; pero en otras se ven, y hay un puentecito delante de cada casa, para cruzarlas.

Ahora los árboles están pelados. Me dicen que he perdido el mejor tiempo de los álamos y de las viñas, que es el Otoño. Porque entonces las hojas toman preciosos colores amarillos y rojos; y quedan así mucho tiempo, sin caerse. Pero por lindo que eso fuera, han hecho bien los álamos en despojarse, para dejar caer hasta nosotros las caricias del sol; pues hace un frío bastante bravo.

En el verano, entre tanta hoja, apenas se veían las casas... que no son precisamente *rascacielos*. Por temor a los derrumbes, consecuencia de los temblores de tierra de que está siempre amenazada esta ciudad, los edificios son bajos, de dos pisos a lo más.

Ahora comienzan a hacerlos más altos, gracias a la nueva moda de construirlos de cemento, con armazón de hierro; pues según dicen, las casas así construídas, al ser sacudidas por los temblores, oscilan pero no se caen. Y el cemento tampoco se incendia.

¡Y vaya si tienen aquí razón de temblar... al pensar en los temblores! Me han contado cosas terribles de pasados terremotos. Los mendocinos viven siempre alerta; no cierran nunca las puertas con llave; y conocen las primeras señales de «los movimientos sísmicos».

Me recordaron lo que no sé si tú recuerdas: que esta ciudad que ahora vemos es nueva. Pues la anterior se vino íntegra al suelo, en el catastrófico terremoto del año 1861. He visto algunas de sus ruinas: trozos de paredes de más de un metro de espesor. Las más notables son las de las iglesias de entonces.

Me gustaría presenciar un temblor... chiquito ¿eh? que no hiriera ni a un gato. Ver, o mejor dicho sentir a la tierra con ganas de hacer algún pasito de baile. Así tendría algo interesante que contar.

Desgraciadamente, según dicen, la tierra no se parece, en los fuertes temblores, a un corderito alegre que trisca,

sino a una terrible fiera que sacude su lomo y brama. Y que hasta abre sus fauces devoradoras. Pues sé que se abren, en el suelo, grietas capaces de tragarse hombres y casas. ¡Qué espanto debe causar!

Y sin embargo, los mendocinos perdonan a las grandes culpables. Admiran la belleza de las montañas que tantas amenazas esconden, y vuelven a edificar el nido a sus pies. ¡Qué piensas tú de esta conducta? Yo pienso que los mendocinos deben haber tenido un inmenso amor a su terruño, cuando en 1861 no se fueron «con la música a otra parte». Sus razones tendrían... ¡Ah! ya sé. Debe ser porque en cualquier otra parte, podrían, sí, plantar sus casas; pero no sus viñas... ¿dónde fructificarían ellas como acá?

Espero tu respuesta, y te abraza tu amiga

Sofía.

A TRAVÉS DE LA CORDILLERA

VOLCANES

LA situación de Mendoza es, en verdad, privilegiada y a la vez terrible. Hállase a los pies de los más altos montes de América: el Aconcagua y el Tupungato, que alcanzan ambos a unos siete mil metros. Y se halla, asimismo, a los pies de la parte más volcánica de la Cordillera. Como un niño reclinado sobre un león dormido...

En la llamada «Cordillera de Mendoza» abundan los volcanes apagados. Pero aun antes de la erupción de que luego se hablará, descendían continuamente del Tupungato espesas corrientes de lava, y el Petarca no dejaba de lanzar nubes de humo.

Son estos volcanes «los grandes culpables», como dijo Sofía, de los terremotos que una vez derrumbaron la ciudad, y siguen, de cuando en cuando, sacudiendo la provincia de Mendoza.

Al Descabezado (3.888 metros de altura), creíasele un volcán extinguido. Y he aquí que en el año de 1932, al

unísono con el Tupungato y otros volcanes del mismo grupo, comenzó a dar de nuevo señales de vida. Dejó entonces salir sus llamas, y lanzó al firmamento inmensas descargas de ceniza que cayeron en fina lluvia sobre gran parte del Continente.

¡No hay, pues, que fiarse de volcanes apagados! Algunos que parecen apagados, están quizá sólo dormidos, como aquél. Y cuando tales gigantes se despiertan, suelen desperezarse con movimientos bruscos, volteando lo que tienen cerca... ¡y con qué bostezos!

Pero... ¿podemos acaso fiarnos del resto de la tierra? La creemos firme, a causa de las rocas de la superficie, o de las capas casi superficiales del suelo. Mas un profesor francés — Berget — nos asegura que, en proporción con sus dimensiones, la corteza terrestre viene a ser mucho más delgada que la cáscara de un huevo de gallina.

De modo que navegamos, en el mar del espacio, no ya embarcados en «una cáscara de nuez», sino a bordo de una quebradiza cáscara de huevo... pronta a estallar; poco resistente a las convulsiones provocadas por el fuego interno.

Y así y todo ¡lo mucho que va durando! ¡Lo mucho que va durando este huevo del mundo, cuya clara es agua y cuya yema es fuego! Eso es lo extraordinario. Si fuera más resistente y gruesa la cáscara terrestre «no tendría tanta gracia» su admirable conservación.

En cuanto a los pasados inmensos cataclismos geológicos, ellos no han hecho sino embellecer este mundo que habitamos, con nuevos mares y nuevas montañas; como si un gran escultor añadiera o quitara perfiles a su obra.

La Cordillera de los Andes es uno de los perfiles más acentuados en la fisonomía del mundo.

EN POS DEL HÉROE

CRUZAR la Cordillera! ¿Qué argentino no desea hacerlo alguna vez? Están aún frescas las huellas de San Martín. Y podemos lanzarnos en pos de él, cruzando las cumbres, a través de los desfiladeros, por el histórico Paso de Uspallata. O tomar el Paso del Portillo, o algún otro.

Por mucho tiempo se efectuó esta travesía a lomo de mula, o en coche. Después vino el automóvil. Y no falta quien dé el salto en aeroplano. Pero, ya sea a lomo de mula, o en automóvil, o en avión, se necesita siempre algún valor para bordear los enormes precipicios o para volar sobre las cumbres; para arrostrar los fríos intensos, las tormentas de nieve y el sentirse quizá *apunado*; es decir, con el gran malestar que suele causar una excesiva altura.

En invierno esos caminos están cerrados por la nieve, y no se aventuran por ellos los turistas. Sin embargo, este motivo no interrumpió nunca el correo entre la Argentina y Chile.

Aun en verano, hay trechos en que se anda entre paredes de nieve. Los que han efectuado este camino no tienen palabras para alabar su magnificencia. Al llegar a **La Cumbre**, en la que se ha trazado el límite entre Chile y la Argentina, el espectáculo es maravilloso.

Después de haber andado por entre rocas de color acero, o como dice el escritor argentino Santiago Estrada, por «entre pirámides de lapislázuli», se llega a las eternas nieves.

Es aquello el más amplio mirador del Continente. Míranse, frente a frente, estas dos inmensas majestades: la Cordillera de los Andes y el Océano Pacífico.

Abárcase desde La Cumbre, el panorama de las nieves, junto a los penachos de humo de los volcanes. Entre la serie imponente de las cumbres, se percibe el nacimiento de los ríos; y se les ve luego bajar hasta los extensos valles sembrados de ciudades.

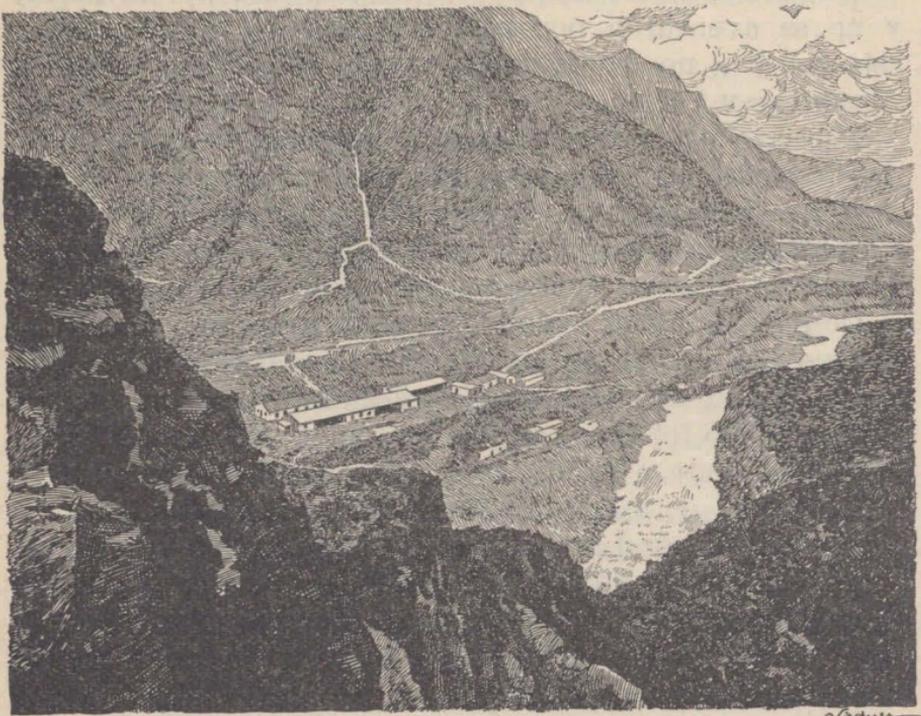
TERMAS

HASTA cierta altura hay, en estas montañas, plantas y animales. Hay alpacas, guanacos, cuervos de los Andes, chinchillas. Y no sólo cóndores, águilas, avestruces, sino también humildes palomás.

Pero al llegar a las cumbres, toda señal de vida desaparece. Cruzándolas, dijo Santiago Estrada: «Las grandes alturas no producen sino nieves y grandes pensamientos.»

Sin embargo, de aquellas alturas brota también lava y fuego, como ya se vió. Y esto es lo extraordinario: que allí la nieve alterna con el fuego. Cuando el fuego — durante algunas erupciones — llega a derretir la nieve, vienen las inundaciones de los valles.

Así, el aire helado alterna también en algunos parajes cordilleranos, con las fuentes *termales*, es decir, de aguas templadas o calientes.



Esto sucede en **Puente del Inca**, estación balnearia a 2.780 metros de altura, y una de las maravillas de la naturaleza. Trátase de un puente natural, bajo cuyo arco, a veintiséis metros de profundidad, corre y ruge el río Mendoza. Pues bien; a pesar de la nieve que circunda este lugar, hay en él fuentes y baños de aguas medicinales, que brotan hasta a treinta y cuatro grados, es decir, tibias.

En Cacheuta, otro balneario medicinal, muy próximo a la ciudad de Mendoza, sucede este curioso fenómeno: que en su suelo basta cavar un metro, y a veces sólo cin-

cuenta centímetros, para que surjan, en abundancia, las aguas termales. De modo que cualquier chico puede fabricarse una fuente, un manantial.

EL TÚNEL

HALLÁNDOSE la ciudad de Mendoza, puede decirse que a la misma altura del mapa que Santiago, la capital chilena, no es extraño que se buscara siempre por allí el paso de la Cordillera.

Existe ahora un tren que cruza las montañas. El Ferrocarril Trasandino, que nos comunica con Chile, es una de las grandes hazañas, de las grandes obras realizadas por el hombre.

El tren pasa por un túnel de tres mil ciento sesenta y tres metros de largo. Es de los más largos del mundo. Este túnel atraviesa el cuerpo de la montaña... no puede decirse que como una lanza, porque lo hace en forma de espiral; pero es como si atravesara un gigante, justo a la altura del corazón. Porque el túnel pasa a 3.200 metros sobre el nivel del mar, y a mil bajo las cumbres. ¡A mil metros de su cabeza, y a tres mil de sus pies!

La obra comenzó, simultáneamente, del lado de la Argentina y del lado de Chile. Y un día del año 1909 se realizó el encuentro de los trabajadores chilenos con los trabajadores argentinos. ¡Fué un momento emocionante y solemne el del abrazo de aquellos oscuros héroes!

De esta galería subterránea, 2.805 metros corresponden al lado argentino. El tren une la estación argentina Las Cuevas, con la estación chilena llamada Caracoles.

Llama la atención este título de *caracoles* tan lejos de toda playa. Pero los restos de moluscos marítimos hallados allí, demuestran — según la opinión de algunos sabios — que hubo un tiempo ¡quién lo diría! en que aquellas cumbres estuvieron sepultadas en el seno de los mares.

Mientras los obreros trabajaban en las entrañas de los montes, horadándolos, se envidiaba a los cóndores y a las águilas que, con tal facilidad, trasponían las cumbres, horadando tan sólo el aire con sus poderosas alas.

Y he aquí llegado el día en que ya no hay por qué envidiar a esos señores del aire. Los aviones cruzan por sobre la Cordillera, en un vuelo más alta y más rápido que el del ave más atrevida y más veloz.

Cuando en 1932 el Descabezado comenzó, como los *dragones* de las antiguas leyendas, a echar fuego por la boca, algunos audaces *aeronautas* acercáronse, a través de las nubes de ceniza, a contemplar, a la altura de sus cimas, el magnífico espectáculo del volcán en erupción.

— Parecerían esos bichitos que revolotean alrededor de las lámparas encendidas, y que uno está viendo el momento en que van a quemarse las alas — dijo Sofía cuando esto le contaron.

Pero fueron más vivos que los bichitos aquellos y ninguno se quemó.

— ¡Y qué dirían — volvió a decir Sofía — San Martín y su «caballito criollo», desde el Cerro de la Gloria, si pudieran hablar?

CABALLITO CRIOLLO

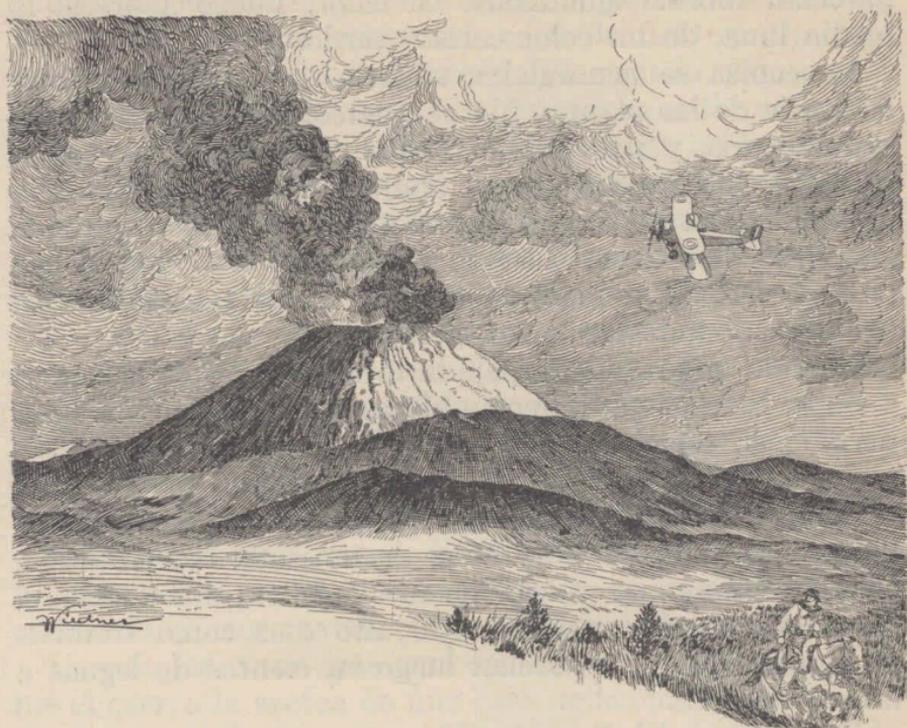
Caballito criollo del galope corto,
del aliento largo y el instinto fiel,
caballito criollo que fué como un asta
para la bandera que anduvo sobre él.

Caballito criollo que de puro heroico
se marchó una tarde de bajo su ombú
y ansioso de extraños afanes de gloria
se trepó a los Andes y se fué al Perú.

Se alzaré algún día, caballito criollo,
sobre una eminencia un overo en pie,
y estará tallada su figura en bronce,
caballito criollo que pasó y se fué.

BELISARIO ROLDÁN.

Belisario Roldán, notable orador argentino, fallecido hace pocos años, publicó poesías y comedias. Tradujo, en versos castellanos, la obra francesa de Edmond Rostand: *Cyrano de Bergerac*.



LLUVIA DE CENIZAS

EL 10 de Abril de 1932 comenzó a observarse en Buenos Aires un fenómeno extraño: una especie de niebla seca llenaba el aire. Y poco a poco, lentamente, silenciosamente, esa niebla iba cayendo en forma de polvo no del todo desmenuzado y gris. Al principio se dudaba: ¿qué podrá ser? Luego la duda no fué ya posible: ¡llovía ceniza!

¿De dónde? En la vecindad de Buenos Aires no hay volcanes. ¿Nos caería esa lluvia de los cráteres muertos de la luna? ¿Se estaría pulverizando nuestro pobre satélite?

Durante tres días el aspecto de todo fué cada vez más desolador. Esa ceniza en el aire era más triste que neblina alguna; más espesa, más opaca. El cielo descolorido, blancuzco, ceniciento. El sol se transparentaba apenas, como una simple moneda sin valor y sin brillo. Las cenizas

parecían robarle igualmente su calor. Luego aparecía la media luna, de un color celeste verdoso.

La ceniza se acumulaba, silenciosamente, lentamente. El verde de las plantas fué desapareciendo bajo el polvo, primero gris, y por último blanco como cal. Todo color, arriba en el firmamento, y abajo en la tierra, quedaba desvalorizado. De día, ni azul ni nubes. De noche no había estrellas. Un extraño silencio reinaba en los campos. Los pájaros habían dejado de cantar. Y toda esta tristeza parecía comunicarse a las personas.

Cuando, algo más despejada la atmósfera, comenzaron a verse, las estrellas parecían astros muertos, que hubieran perdido su esplendor.

Casi al mismo tiempo que la lluvia gris, comenzó a llegar a Buenos Aires la lluvia de noticias: era el Descabezado, extinguido volcán de la Cordillera mendocina, el que, resucitando, enviaba a lo alto esas como trombas de cenizas que se esparcían luego en cientos de leguas a la redonda.

El nombre del Descabezado corría de boca en boca. Sin embargo, no era él solo; otros montes que no llevaban el significativo apodo, perdían igualmente la cabeza. Varios volcanes que como él habían permanecido largo tiempo inactivos, despertaban de su letargo. El Tupungato, el Overo, el Tinguirica, el Peterea, y el volcán de las Vegas, habían entrado de pronto y al mismo tiempo en erupción, junto con el Descabezado. ¡Era toda una conspiración!

Esta múltiple erupción, que duró tres días, fué excepcional por la cantidad de materias volcánicas que proyectó a enorme distancia de los cráteres. Fué tal el espesor de las nubes de cenizas que envolvieron las regiones vecinas, que éstas quedaron, durante esos tres días, en una semi-obscuridad. Sintieron al mismo tiempo temblores de tierra, especialmente en Mendoza.

En la ciudad de Buenos Aires, a 1.200 kilómetros del centro volcánico, se calculó en más de 3.000 toneladas la cantidad de partículas caídas en 24 horas. En algunos

puntos de Mendoza y de la gobernación de La Pampa, se formaba sobre el suelo una capa de 0.30 centímetros de espesor. Hubo que alimentar al ganado con pastos conservados; las personas comenzaron a sentir molestias al respirar lo que era, al fin, piedra pómez en polvo.

Los geólogos han dicho que, haciendo un cálculo mínimo, la masa total de materias arrojadas y dispersadas, llenaría un cubo de 4.100 metros de lado. ¡Una montañita, pues, nada despreciable!

Por cierto que llovían, a más de los datos exactos, los comentarios y las conjeturas. Esas cenizas, que no venían de la luna, podían, en cambio, según algunos entendidos, llegar hasta la luna; tal era la fuerza con que partieron. Esas cenizas podían ser llevadas por los vientos en todas direcciones, o podían quedar por tiempo indefinido en el espacio, en ciertas capas de la atmósfera. Esas cenizas podían, en fin, tomar una gran altura, pasearse por sobre el mundo, y caer cuando y donde les viniera en gana.

Una de las cosas más curiosas ocurridas en tal ocasión fué el caer, a la azotea de una casa de la ciudad de Buenos Aires, un cóndor muerto. ¿Hasta qué altura habría sido lanzada aquella ave — tomada en la tromba del volcán — para que, desde la Cordillera, viniera a caer allí? Buen problema para un matemático, el calcular exactamente la elipse recorrida... Jamás cóndor vivo realizó semejante vuelo.

Se recordaron naturalmente las catástrofes de antiguas ciudades desaparecidas bajo una lluvia de fuego, como Sodoma y Gomorra; o sepultadas bajo la ceniza como Pompeya.

Felizmente, nada grave sucedió en América. Ninguna vida humana sucumbió esta vez. Y los ánimos pronto se tranquilizaron. No fué sino aquel aspecto desolador de campos y ciudades.

¿Por dónde andarán las cenizas restantes? ¿Las que no cayeron? ¿Habrán tenido el capricho de visitar otros continentes? ¿Cuándo y dónde caerán?

INSOMNIO

En una noche de insomnio
vino a acompañarme un grillo;
por la ventana, una estrella
lejana me envió su brillo.

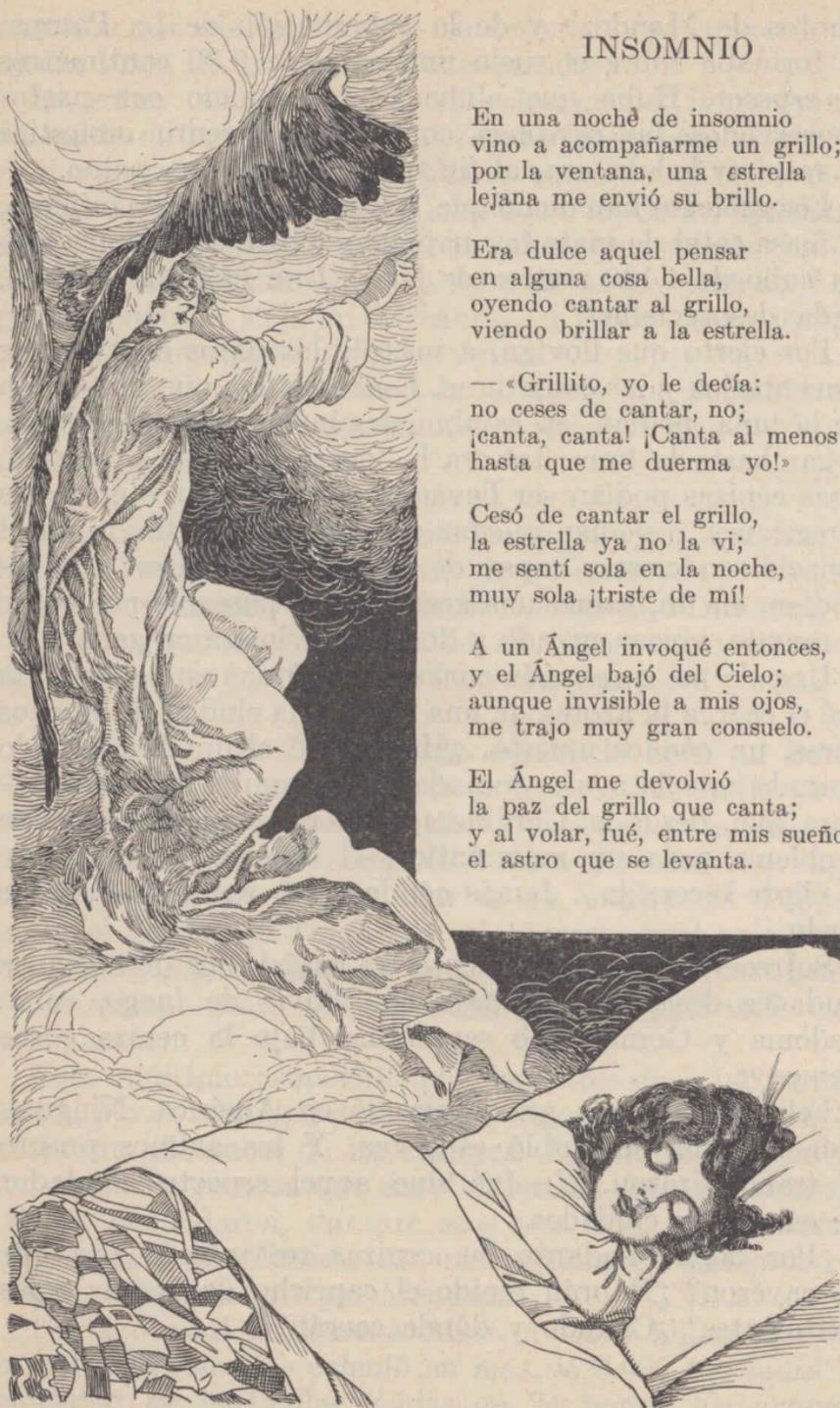
Era dulce aquel pensar
en alguna cosa bella,
oyendo cantar al grillo,
viendo brillar a la estrella.

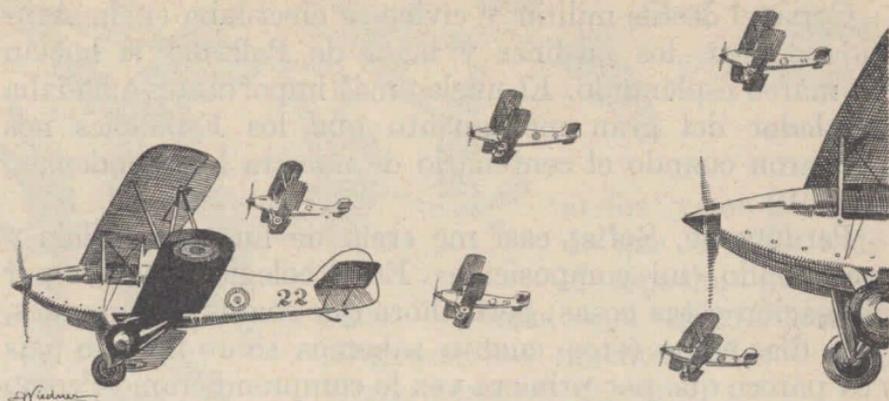
— «Grillito, yo le decía:
no ceses de cantar, no;
¡canta, canta! ¡Canta al menos
hasta que me duerma yo!»

Cesó de cantar el grillo,
la estrella ya no la vi;
me sentí sola en la noche,
muy sola ¡triste de mí!

A un Ángel invoqué entonces,
y el Ángel bajó del Cielo;
aunque invisible a mis ojos,
me trajo muy gran consuelo.

El Ángel me devolvió
la paz del grillo que canta;
y al volar, fué, entre mis sueños,
el astro que se levanta.





UN DÍA LUMINOSO

(CARTA DE CECILIA)

Buenos Aires, 10 de julio.

Mi querida Sofía:

ME ha llegado el turno de escribirte una carta patriótica, como aquellas en que me hablabas de San Martín. Te aseguro que un día como el de ayer es capaz de hacernos vibrar de entusiasmo, al igual de la subida al Cerro de la Gloria.

Parecía que el invierno, picado de amor propio, a fuerza de oírse llamar «la estación triste», hubiera querido demostrarnos que también él puede fabricar días radiantes. O quizá fué que hasta el invierno se sintió patriota, y reservó sus mejores recursos para nuestro 9 de Julio. El caso es que el día de ayer pudo competir en belleza con los de la tan alabada Primavera.

Hacía frío, sí. Lo justo para hacer agradables las largas marchas militares, nuestras propias marchas, y las paradas al sol. Día, pues, que era una maravilla de luz y de serenidad. Nada de viento. Y un cielo tan celeste, tan luminoso, que parecía una inmensa bandera argentina que nos envolviera, en la que no faltaba la franja blanca de alguna nube... la cual no era sino un adorno más.

Como el desfile militar y cívico se efectuaba en la Avenida Alvear, los jardines y lagos de Palermo le hacían un marco espléndido. El núcleo más importante se hallaba alrededor del gran monumento que los Españoles nos regalaron cuando el centenario de nuestra Independencia, en 1910.

Perdóname, Sofía; casi me creía de nuevo colegiala y escribiendo «mi composición». En el colegio decíamos por obligación estas cosas; pero ahora que somos más grandes, y en días como éstos, cuanto sabemos sobre nuestro país nos parece que por primera vez lo comprendiéramos, como te pasó a ti en Mendoza, con las hazañas de San Martín.

Nunca me ha parecido Buenos Aires una ciudad más simpática, agradable, linda. Y se veía en la gente que hormigueaba por las calles, a pie o, cruzándola en automóvil, en todas direcciones, un gran entusiasmo comunicativo.

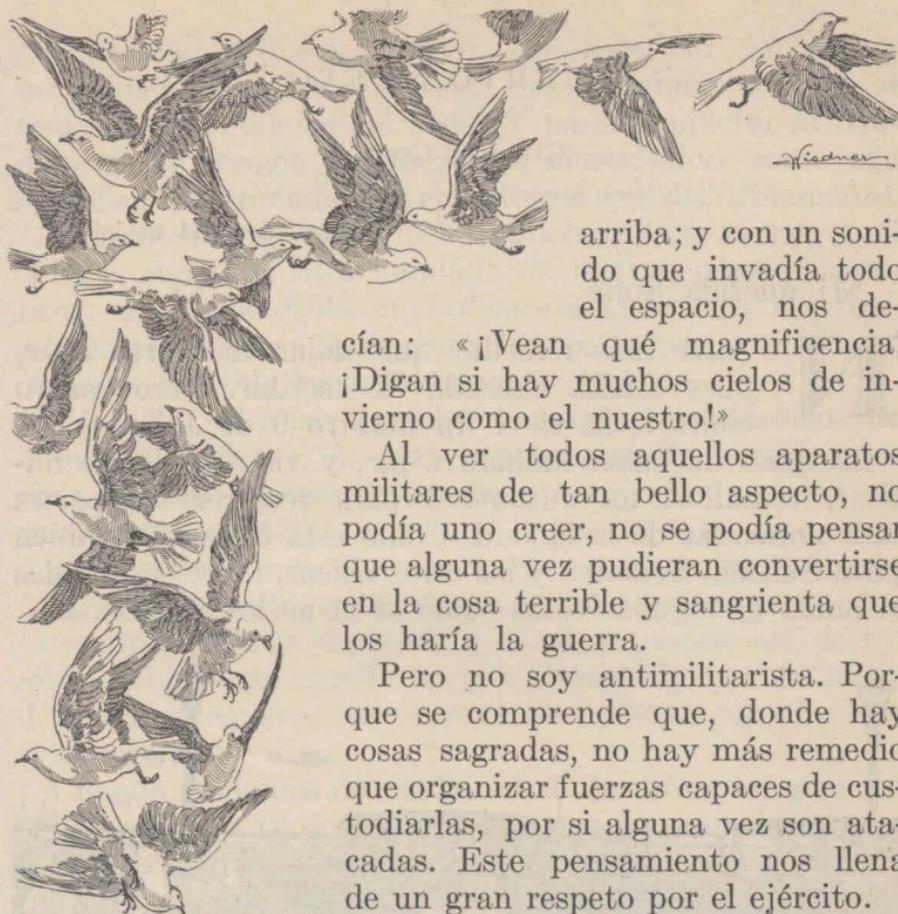
Vimos las tropas, por cierto; la infantería con su música militar, la Escuela de Cadetes que marchan con tanta precisión. Y lo más imponente: la caballería, anunciándose con sus impresionantes clarinadas.

Cada batallón con caballos de un solo color, como dicen eran antiguamente las tropillas de cada estancia. El de tordillos hacía un efecto precioso, contrastando el color blanco ceniciento de los caballos con los uniformes de tanto colorido de los soldados que los montaban.

Y pasaron, haciendo trepidar el suelo, interminable cantidad de cañones. Están pintados de color amarillento y verdoso para poder, en caso de guerra, disimularse entre el bosque. Y la infinidad de mulas, tan bien cuidadas, los camiones automóbiles, etc.

Por sobre todo esto, y por sobre la multitud, el conjunto de aviones con sus maniobras, resultaba un espectáculo magnífico. Aquellos maravillosos pájaros cabalgados por hombres, se ponían en línea, se juntaban, se separaban, formando distintas figuras geométricas en el azul purísimo de nuestro cielo.

Era toda una bandada de aeroplanos, nuestros y de algunas naciones vecinas. Nos obligaban a mirar hacia



arriba; y con un sonido que invadía todo el espacio, nos de-

cían: «¡Vean qué magnificencia! ¡Digan si hay muchos cielos de invierno como el nuestro!»

Al ver todos aquellos aparatos militares de tan bello aspecto, no podía uno creer, no se podía pensar que alguna vez pudieran convertirse en la cosa terrible y sangrienta que los haría la guerra.

Pero no soy antimilitarista. Porque se comprende que, donde hay cosas sagradas, no hay más remedio que organizar fuerzas capaces de custodiarlas, por si alguna vez son atacadas. Este pensamiento nos llena de un gran respeto por el ejército.

Cuando más impresionada estaba, pensando en estas cosas, se soltaron, ante nuestros ojos, dos mil palomas, a las que habían pintado de celeste las alas, dejándoles el cuerpo blanco.

Era como un enjambre de pequeñas y graciosas banderas argentinas, mensajeras de paz. Así las veía yo en mis grandes deseos. ¡Ojalá llevaran al mundo entero nuestro mensaje de

paz! Pues, ¿no te parece, Sofía, que si todos, todos — digo, cada hombre, cada uno de nosotros — *desearan de veras la paz*, no podría jamás haber una guerra?

Hasta mañana.

Cecilia.



PUERTO NUEVO

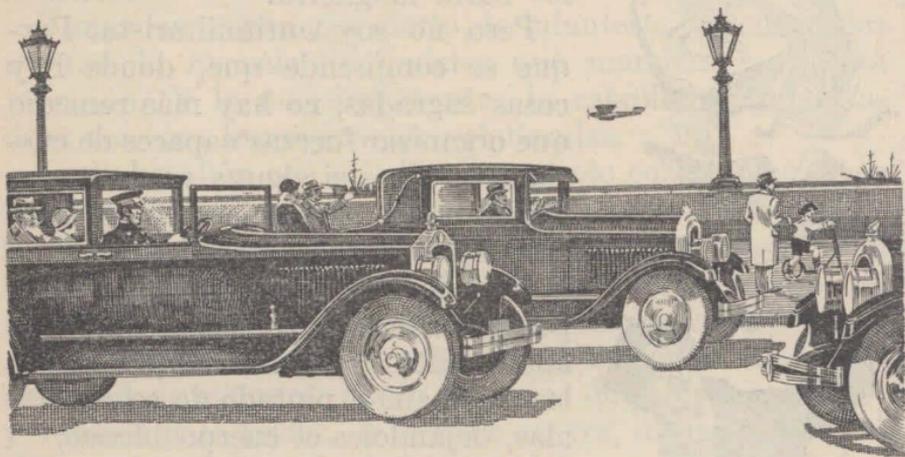
(CARTA DE CECILIA)

Buenos Aires, 11 de julio.

Mi querida Sofía:

No tuve más remedio que dejar mi carta ayer, pues estaba cansada de escribir. Pero quiero contarte hasta el fin nuestro 9 de Julio.

Después de haber andado a pie, y visto el desfile militar, tomamos un automóvil para recorrer las partes más animadas de la ciudad. Como esta carta es también para Susana, Federico y los otros chicos, no te sorprendas si hablo de algunas cosas como si tú no las conocieras.



Recorrimos la Avenida Costanera. ¿Les has contado a los primos mendocinos cómo es esta Avenida de la que estamos orgullosos? Ellos la vieron hace algunos años; pero cada vez está más extensa y más linda. Es como un interminable balcón, desde el que gozamos la vista ilimitada de nuestro río y nuestro cielo unidos. Por ella podemos caminar hasta cansarnos, sin perder nunca de vista el agua. Y del otro lado, hay jardines con bellas estatuas, y muchos lugares de recreo.

Entramos a Puerto Nuevo. Allí reinaban con mayor intensidad los colores patrios. Pues también el agua se teñía con los reflejos del cielo. Y para completar la bandera, el sol recogía ya sus rayos, mostrándose como una medalla de oro prendida en el uniforme azul del firmamento.

Revoloteaba sobre el río un remolino de gaviotas, y en el agua reposaba otra bandada de nuevos pájaros acuáticos: una escuadrilla de *hidroaviones*, de alas abiertas, adornados con banderas pequeñas de todas las naciones, como de un abigarrado plumaje.

También se veían grandes vapores, trasatlánticos de todas las naciones. Y muy oportunamente, vimos marchar allí un destacamento de nuestra marina, con su particular elegancia.

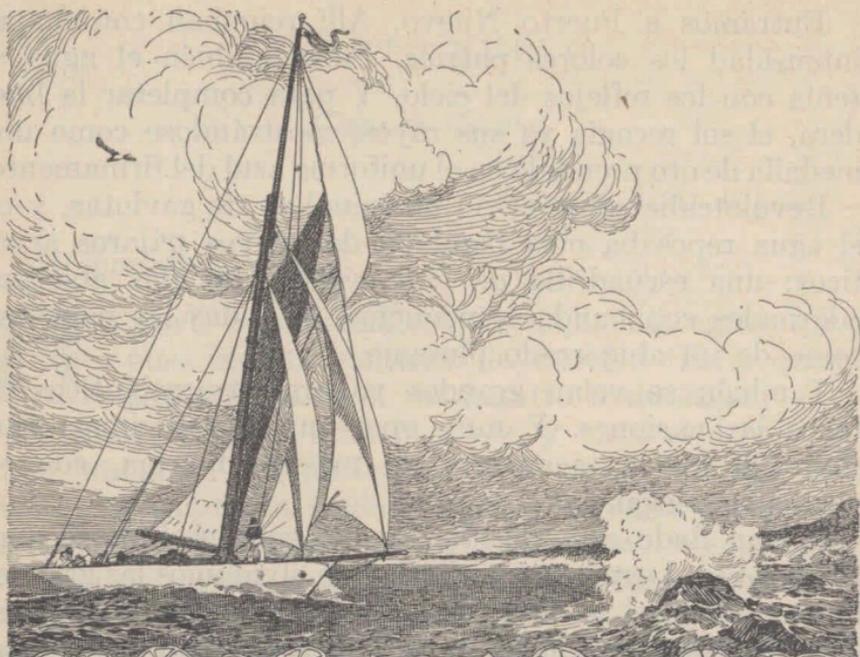
Es tan lindo este Puerto Nuevo, con sus limpias avenidas sobre el agua, sus jardines, que olvidamos las grandes tareas que en él se desarrollan. Todo se reviste allí de tal aire festivo, que aquello se nos presenta como un lugar de paseo, y como si los vapores no tuvieran otro fin que el decorarlo.

Cuando veníamos de vuelta, el conjunto de los grandes edificios que se ve desde el Puerto nos revelaba la importancia, la grandeza de Buenos Aires, que puede competir con las más grandes ciudades del mundo.

Te abraza tu amiga, hoy más porteña y más argentina que nunca.

Cecilia.





ORO Y BLANCO

Cantan las olas
blancas de espuma;
yo sus cantares
quiero alabar.

El sol derrama
su oro impalpable,
las nubes blancas
se ven brillar.

Pasan las naves
de blancas velas
sobre el cantante
celeste mar;

El sol les presta
su polen de oro;
como azucenas
van sobre la mar.

¡Cuán bello el oro
sobre lo blanco!
Llama divina
sobre un altar...

Así es el alma
pura: muy blanca,
y en ella hay oro
si sabe amar.

LA CIUDAD ILUMINADA

(CARTA DE MIGUEL ÁNGEL)

Buenos Aires, 11 de julio.

Querido Federico:

ME mostró Cecilia las cartas que escribió a Sofía, destinadas también a ti y a tus hermanos, hablandoles del lindo día que pasamos el 9. Escribe bien Cecilia, ¿verdad? Así le dije yo:

— Están muy lindas tus cartas; pero falta una cosa: la iluminación de por la noche.

— Esa, cuéntala tú que la has visto — me contestó Cecilia. Pues, por estar ya muy cansadas, ni ella ni mamá nos acompañaron, cuando salimos esa noche del 9, papá, Ignacio, Marcos y yo.

Resultó muy lucida la iluminación. No se permitían vehículos, de modo que una gran multitud llenaba las calles y las veredas, paseando bajo los arcos de luces y costeano los edificios iluminados.

Nosotros fuimos caminando desde la Plaza del Congreso hasta la Plaza 25 de Mayo — antes Plaza de la Victoria — recorriendo así toda la Avenida de Mayo, comprendida entre la una y la otra.

En la Plaza del Congreso, lo que más nos gustó fueron los chorros de agua de los surtidores, iluminados de colores cambiantes. Esa plaza, con el Palacio del Congreso y cuanto la rodea, representa la parte nueva de la ciudad.

A esa parte nueva, prefiero yo la plaza de Mayo, con la proximidad del río, y con las calles y edificios que la encuadran, por los recuerdos que del viejo Buenos Aires nos traen.

La pirámide de Mayo va quedando, por cierto, muy chiquita de tamaño; pero es siempre grande de recuerdos. Y allí están el Cabildo viejo, la Catedral, la Casa de Gobierno, alias la Casa Rosada.

En las dos plazas había recuadros representando escenas históricas, que eran como tapices bordados por luces de colores.

¿Te parece concebible, Federico, que haya quienes, por intereses personales, quieran perturbar la ciudad, el país? Yo creo que días como éstos, en que la ciudad se engalana para todos, deben dejar en todos nosotros una imborrable impresión de fraternidad, y de que la Patria no es sino un gran Hogar.

Conversando de estas cosas con Cecilia, yo le dije de pronto, con gran indignación:

— Al pensar en tales hombres inicuos, que anteponen su ambición a los intereses y a la paz del país, me dan ganas de salir con armas a la calle y de matarlos a todos...

— ¿Es así como quieres la paz y abominas la guerra? — me interrumpió Cecilia, riéndose.

— Es así cómo se comprende la necesidad de las armas, la necesidad del ejército — dije yo. — Es decir, la necesidad de que el país pueda defenderse contra quien lo quiera saquear o degradar.

¿Verdad, Federico, que también tú saldrías conmigo dispuesto a matar a quien así lo perjudicara?

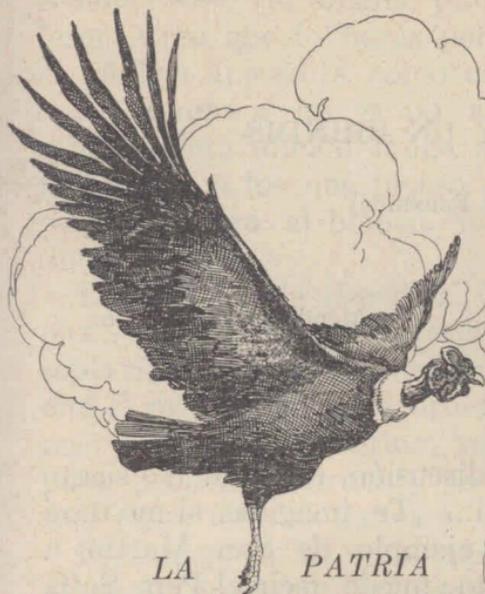
Pero felizmente, el 9 de julio, en el día precioso, todo respiraba paz. ¡Quiera Dios que las fuerzas militares ostentadas no sean sino un testimonio de nuestro amor por la Patria, la cual ha de tener, como todas las cosas grandes, su Guardia de Honor! ¡Quiera Dios conservar la paz a nuestra querida Patria!

Así deben haberlo deseado nuestros gobernantes y representantes del ejército, que asistieron a las ceremonias religiosas de por la mañana. También yo estuve, y los vi, en la Catedral, donde se cantaba el himno del *Te Deum*.

Un fuerte abrazo, o una venia militar — como quieras — de tu primo y amigo.

Miguel Ángel.

P. D. — Te manda recuerdos Ignacio, que está pasando días con nosotros.



LA PATRIA

*Dulce nombre que vibra y centellea,
Es el nombre de patria bendecido;
Él mueve el corazón, late en la idea
Y arrulla con su mágico sonido.*

*La patria es el hogar donde nacemos,
La patria es el rincón donde morimos,
La plegaria primera que aprendemos,
La caricia postrer que recibimos.*

*Patria es el suelo venerable y santo
Que el hombre siempre embellecer procura,
El habla maternal y el primer canto,
El aire bienhechor, la luz más pura...*

*La patria es fe, la patria es heroísmo,
Fe del mártir, emblema del soldado,
Lazo del porvenir que une al pasado
Como puente de luz sobre un abismo.*

Estos versos, recitados por Marcos en la fiesta escolar, fueron muy aplaudidos.

Su autor, **Leopoldo Díaz**, es uno de nuestros mejores poetas contemporáneos. Su obra poética, que llena varios volúmenes, es bella y noble. Sus versos sonoros y armoniosos, se prestan para ser recitados.

Durante largos años, ejerció Leopoldo Díaz la carrera diplomática, representando a la Argentina en Ginebra, en Caracas, en Asunción, y por último en Oslo.



UNA FIRMA Y UN BRINDIS

(CARTA DE FEDERICO)

Mendoza, 15 de Julio.

Querido Miguel Ángel:

Tu carta fué tema de discusión, en casa. Yo siento exactamente como tú... ¡Te imaginas si me dará bríos el nobilísimo ejemplo de San Martín, a quien tengo siempre a la vista, puede decirse! Pero Sofía y Susana se han reído un poco de ti, como Cecilia. Ellas hablan de persuadir y perdonar...

Según Susana, te haría falta venir a pasar una temporada con nosotros, «a la sombra del Cristo de los Andes» — dice — para calmar tus ardores bélicos... en favor de la paz.

Justamente, uno de nuestro profesores nos leyó, en las fiestas patrias, un pequeño discurso, hablando de nuestras pasadas glorias, y «formulando votos de imperecedera paz». Luego, nos dictó, en clase, la página que te adjunto. Gracias a ella, puedo hacerte llegar, sin exprimirme el cerebro (como exprimimos aquí las uvas), una respuesta digna de tu carta.

¡Yo los admiro, a ti, a Cecilia, a Sofía, que tan largas y lindas cartas escriben! Yo soy tan haragán para escribir, que pretendo hacer alcanzar estas líneas para todos ustedes, incluso tu simpático huésped, Ignacio (quien, no dudo, se unirá a nosotros, con su infatigable escopeta al hombro). ¡Y ahora, Susana, que algo se me parece, me pide, de yapa, que mi carta sea también en nombre de ella!

Bueno; en nombre de toda Mendoza, y para toda Villa Serena, tendrás que calarte unas buenas gafas, y con aire

solemne leer, «al amable público», la página de mi profesor. Creo que lo harás perfectamente... Y espero que el público aplaudirá como corresponde.

En cuanto a mí, si no al tintero y a la pluma, ya sabes cuánta afición tengo a los trabajos de la finca y la bodega, a los que pienso dedicarme pronto... sin descuidar el tiro al blanco, digan lo que digan, Susana, Sofía, Cecilia.

Todo se puede conciliar. Tú redactarás proclamas de paz... («Pero de paz de verdad, y sin matar a nadie», me sopla Susana, que lee por sobre mi hombro.) Y yo, produciré el mejor vino para brindar por ella; es decir, el vino más patriota y argentino, ya que viene de su suelo. Tú, pues, pondrás la firma, y yo el brindis... ¿Qué te parece? Así, entre los dos haremos «la paz imperecedera».

Pensamos, en las vacaciones, ir a Buenos Aires. Entonces nos veremos; y... trataremos de arreglar el mundo. (¡Qué bien marcharía el mundo, si nos permitieran arreglarlo, entre tú y yo!) Mientras llega el venturoso día, «afectos» de Susana y míos, a tu papá, a tu mamá, a todos. ¡Pobre de ti, que olvides en tu bolsillo, los que corresponden a Marcos y a Luisito!

Te abraza, tu compatriota, primo y amigo

Federico.



UN MONUMENTO A LA PAZ

(ENVÍO DE FEDERICO A MIGUEL ÁNGEL)

EL honor del primer monumento que en el mundo se haya levantado a la paz entre dos pueblos, nos pertenece. ¡A nosotros, los argentinos!

Trátase del Cristo Redentor, del Cristo de los Andes.

El monumento, digno de la idea que encarna, tiene por pedestal la Cordillera. Jamás monumento alguno lo tuvo más grandioso.

Sobre una cumbre de cuatro mil metros, señala el Cristo, con su inmensa cruz, el límite argentino-chileno. Y en la base de la gigantesca estatua, representadas en un bajorrelieve, la Argentina y Chile entrelazan sus manos, conmemorando el arreglo de la cuestión de límites.

Un importante facsímil de esta obra ha sido colocado en La Haya, en sitio de honor. Destácasele como un ejemplo para todas las naciones, cuyos delegados van allí, a preparar, mediante fórmulas y parlamentos, la paz.

Nuestro monumento es más elocuente que las palabras. Los pueblos que lo levantaron parecen haber firmado allí, en granito, un compromiso de fraternidad.

El emplazamiento del Cristo de los Andes, se ha vuelto un refugio para los viajeros que atraviesan La Cumbre. Junto al monumento, las cabalgaduras y los coches parecen pequeñísimos. Así deben parecer a los pueblos, muy pequeñas sus reyertas y sus ambiciones, comparadas con este gran ideal: **la Paz**.

¿Podría, acaso, un ejército pasar junto a aquel Cristo en son de guerra, sin dejar allí mismo su carga de rencores? ¿Sin sentirse animado por un espíritu de Justicia, precursora de la Paz?

¡Ojalá que nadie recuerde al Cristo de los Andes, sin sentir su espíritu deseoso de paz, impregnado de paz!

BIBLIOTECA NACIONAL
EL CRISTO REDENTOR



A cuatro mil metros sobre el nivel del mar... Y a distancia infinita
sobre nuestras reyertas.

BIBLIOTECA F. J. AL
DE MAESTROS

EL QUE QUIERA LA PAZ

El que quiera la paz en la muerte
que la halle en la vida.
Sólo rige en la ley de la suerte
la propia medida.

El que quiera silencio en la tumba,
llévelo ganado.
En la muerte se alarga y retumba
lo que ya ha sonado.

El que quiera encender el abismo,
borrar el pecado,
ilumínese y sea lo mismo
que cielo estrellado.

El que quiera la gloria en el cielo,
hallar al Señor,
viva y muera vibrando de anhelo
ardiendo en su amor!

ARTURO CAPDEVILA. (*)



(*) Ver más adelante *Baño Serrano*.

AGUAS, AGUAS Y MÁS AGUAS

V ENGO casi convertido en pez.

Esto dijo don Eduardo, al volver de su jira por Entre Ríos, Corrientes y Misiones, en casa de su hermano Juan, en donde había dejado de huésped a su hijo Ignacio. El señor Eduardo no había querido llevar consigo a Ignacio, porque estimaba de gran importancia el no interrumpir sus estudios, tan al comienzo del curso escolar.

Ignacio. — (*Riendo.*) No te vemos las aletas, papá...

Don Eduardo. — Porque me escapé a tiempo. Si me quedo un poco más, de seguro que me vuelvo a nado...

Miguel Ángel. — ¡Entonces sí que tendríamos en usted al campeón mundial de natación!

Luisito. — ¿Por qué se iba a volver pescado, tío Eduardo?

Don Eduardo. — A fuerza de ver agua y más agua... Agua en manantial, agua en arroyos, en lagunas, en ríos, en cascadas, en cataratas...

Ignacio. — Y habrás visto, además, agua en vaso, en floreros, en depósitos, en pozos, en canillas y en regaderas...

Don Eduardo. — ¡Copiosas regaderas! Dignas de mirarse y de oírse... He oído desde murmullos de aguas escondidas, hasta aguas atronadoras e imponentes...

Cecilia. — Tío Eduardo ha conocido, parece, todos los timbres de voz que las aguas pueden tener: aguas cantoras y aguas gritonas...

Don Eduardo. — Justamente; manantiales que cantaban como pajaritos, y cascadas que bramaban como fieras. Les aseguro que hay variedades de aguas. Las que hablan en secreto...

Luisito. — ¡Yo quisiera saber lo que decían las que hablaban en secreto!

Don Eduardo. — Ya les contaré... si se portan bien.

Miguel Ángel. — Pero hay una clase de agua que usted no ha visto en su viaje, tío Eduardo.

Don Eduardo. — No he visto agua de mar, por cierto. Se está por allí lejos del mar. Y sin embargo, me parece que no hay chorrito de agua, por tierra adentro que brote, que no tenga su ambición de llegar alguna vez al mar. ¿Sabes, Luisito? Eso es lo que me parecía oír a las fuentes que hablaban en secreto. Toda agua parece que murmura, o que ruge: «¡Al mar, al mar!»

Luisito. — ¿Y todas llegan alguna vez?

Don Eduardo. — Es difícil asegurarlo. Sin embargo, casi todas las aguas que he visto yo en mi jira brotar, saltar y correr, vienen a dar — a través de otros ríos — a nuestro gran río de la Plata...

Miguel Ángel. — En brazos del cual, ya se sabe, se echan al mar.

Don Eduardo. — Les decía, pues, que he visto agua... para beber y para bañarse; para nadar y para ahogarse; para regar y para inundar. Para los peces, para los camalotes, para los caimanes y para los vaporcitos...

Miguel Ángel. — Al oírlo dan ganas de ponerse a secar al sol...

Luisito. — ¿Y de dónde sale tanta agua, tío Eduardo?

Don Eduardo. — ¡Buena pregunta me haces, chiquillo! Estoy algo olvidado de mis estudios del colegio. Me parece que en este punto Miguel Ángel debe ser más sabio que yo. ¿A ver si entre todos podemos contestarte?...

Marcos. — ¿De dónde viene el agua de los ríos? Pues... del cielo; de las lluvias...

Cecilia. — O de la tierra; de los manantiales...

Miguel Ángel. — O de las montañas; de la nieve que se derrite y cae en torrentes...

Don Eduardo. — Viene de todo eso... Y viene de la atmósfera misma cargada de agua. Esa agua de la atmósfera, en las grandes alturas se hiela; forma la nieve que se acumula en las cumbres, y que luego, como dice Miguel Ángel, se derrite y corre, barranca abajo. Me parece que

lo del agua es un poco lo de la gallina que sale del huevo, y el huevo de la gallina.

Miguel Ángel. — Yo sé algo de eso. El calor vaporiza parte del agua de los ríos y de toda la que hay en la tierra. De ese vapor, que sube, se forman las nubes; de las nubes cae la lluvia; las lluvias vuelven a engrosar los ríos...

Don Eduardo. — ¿No ven? La lluvia sale del río, el río de la lluvia; la planta de la semilla, la semilla de la planta...

Luisito. — ¡Pero el agua no se siembra como la semilla, tío Eduardo!

Don Eduardo. — Sí que se siembra... ella solita. Cuando la tierra es muy porosa, y absorbe mucha agua de lluvias o de ríos, ella la devuelve, luego, en forma de bonitos brotes de agua, que son los manantiales... los cuales, a su vez, forman arroyos y ríos... Como ven, la cosa es, a la vez, sencilla y complicada. Y eso que no hemos hablado del mar ni de los pozos... Pero, ¡yo no soy un pozo de ciencia!

Cecilia. — En resumidas cuentas: ¿lo que hace el agua es subir y bajar, pasearse por todos lados; desde debajo de la tierra, hasta arriba de las montañas... y hasta las nubes?

Don Eduardo. — Toma todas las formas...

Cecilia. — ¡Y es siempre la misma agua!, ¿verdad? Sería lindo que alguna gota de agua, muy aventurera, hablara de veras, y nos contara su historia...

LA MESOPOTAMIA ARGENTINA

DON *Eduardo.* — Ya al norte de Buenos Aires comienza el dédalo de las aguas. Ustedes conocen el **delta** del Tigre, con su arboleda, sus juncales, sus flores de caña, deliciosamente perfumadas...

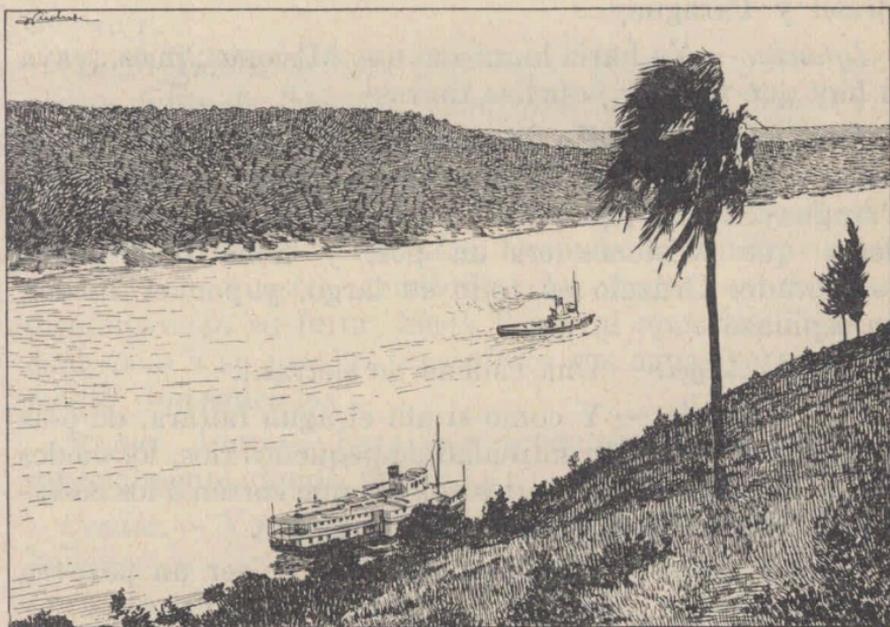
Marcos. — Cuando hemos andado por allí, en bote o en vaporcito, ¡qué ganas me daban de seguir y seguir por el agua, para ver hasta dónde se llega!...

Don Eduardo. — Te hubieras encontrado en seguida en pleno delta del Paraná: laberinto de ríos y de pequeñas

islas, que son hoy tierra y mañana agua. ¡Sauzales, duraznales. ¡Qué encanto verlos florecidos! Y flores rojas de ceibo, y blancas «reinas de la noche» y glicinas, y «bolas de nieve» y azahares, y pasionarias que por todo se enredan... Es aquello, en primavera, algo como un paraíso de las flores...

Marcos. — ¿Y después?

Don Eduardo. — Después, si no te has perdido en ese delicioso laberinto... Siempre aguas arriba: en una orilla, Santa Fe; en la otra, Entre Ríos, cuyo nombre no miente; pues si por ríos viniste, por *entre ríos* sigues. Subes a Corrientes, y tampoco te engaña allí el nombre. El agua *corre que te corre*...



Marcos. — ¿Y corre que te corre el vapor?

Don Eduardo. — Acuérdate que yendo hacia Corrientes, vamos contra la corriente... Y conviene que el vapor modere su marcha, para mirar. Son muy pintorescas aquellas costas que comienzan ya a cubrirse de bosque. Entre la verdura, se ven alinearse, en desorden, las viejas casas

con sus aleros, las nuevas casas y hoteles con sus terrazas, todas mirando al río. Los correntinos parecen no querer perderlo de vista. Y tienen razón, porque frente a Corrientes, el Paraná, ensanchado, cobra una gran belleza...

Marcos. — ¿Y después de Corrientes?

Don Eduardo. — Las selvas van espesándose cada vez más, en las costas. Y se llega a Misiones, que es... ¿saben ustedes lo que es?

Miguel Ángel. — Es un territorio casi enteramente rodeado de agua...

Don Eduardo. — Misiones es un gran pez nadando entre las aguas. Un pez que avanza su hocico, curioso de mirar a los vecinos; que se mete por entre dos naciones ajenas: Brasil y Paraguay...

Ignacio. — Yo haría lo mismo que Misiones; pues, ¡vaya si hay que ver por aquellas tierras!

Don Eduardo. — En Misiones mismo hallarías ya una bella muestra de las bellezas *tropicales* del Brasil y del Paraguay. Pues, ¿qué no tenemos en la Argentina? Les decía que Misiones era un pez, y como buen pez... vertebrado. Crúzalo en todo su largo, y por el medio, un espinazo...

Miguel Ángel. — Una cadena de sierras...

Don Eduardo. — Y como si allí el agua faltara, de esas sierras se desprenden infinidad de pequeños ríos, los cuales van a desaguarse en los dos colosos que corren a los costados de Misiones: el Paraná y el Uruguay.

Miguel Ángel. — Entonces, además de ser un pez, esa Gobernación es como una regadera...

Cecilia. — Que riega también nuestras flores. Pues ya se sabe que el Paraná y el Uruguay forman el río de la Plata...

Don Eduardo. — ¿Ustedes saben desde dónde vienen andando el Paraná y el Uruguay?

Miguel Ángel. — Sabemos que nacen en unas montañas del Brasil...

Don Eduardo. — ¡Ya ven si hacen largo camino! Del Brasil viene también, por entre bosques de palmeras, el hermosísimo río Iguazú, que en guaraní quiere decir, *agua grande*, y está al norte de Misiones. Quiere decir que hemos llegado a la cabeza del pez, el cual se nos convierte aquí en ballena. Pues hay que ver los gigantescos chorros de agua que salen de las fosas nasales, de los *espiráculos* de aquel gran cetáceo.

Miguel Ángel. — Esos chorros, esos *espiráculos*..., ¿son las Cataratas del Iguazú? ¿Adiviné?

Don Eduardo. — Sí; las Cataratas del Iguazú. ¡La maravilla de América! según otros dijeron. Y por ahí debíamos haber comenzado; pues del Iguazú bajan nuestras aguas. Marcos, con sus preguntas, me hizo andar contra la corriente...

Como gimnastas que, por tomar impulso, corren gran trecho antes de llegar al trampolín, desde el Brasil vienen corriendo hacia nosotros el Paraná y el Iguazú, para realizar su gran proeza en honor a la Argentina. Para dar, como un saludo a su suelo, el prodigioso salto que constituyen las Cataratas. Después de aquella ruidosa entrada en nuestro territorio, las aguas se deslizan, disminuyendo su furor, hasta llegar al apacible Tigre, el cual, pese a su nombre, nos ofrece sus aguas ya perfectamente domesticadas.

Miguel Ángel. — Para que tengamos donde nadar y especialmente donde remar.

Cecilia. — Y para que tengamos a mano algo de aquellas bellezas...

Don Eduardo. — El Tigre viene a ser como la delicada flor de aquella raíz, de aquellos troncos poderosos...

Miguel Ángel. — Hemos estudiado que el Paraná es uno de los ríos más largos del mundo.

Don Eduardo. — Y al juntarse con el río Paraguay, frente a Corrientes, es también uno de los más anchos. Fórmase allí como un mar de agua, de varias leguas de anchura...

Cecilia. — ¡Y hay que añadir que, por los bosques de sus orillas y por sus islas llenas de flores, es al mismo tiempo uno de los ríos más bellos! Esto, a juzgar por lo que usted nos ha dicho, tío Eduardo...

Don Eduardo. — Y difícilmente se nos desmentirá. Y no es sólo eso, Cecilia. Aun no les he hablado de las radiantes puestas de sol; de los verdaderos incendios del horizonte, cuando se va entrando en aquellas zonas tropicales. Esto, reflejado en las aguas del Paraná, es cosa de ensueño.

Marcos. — ¡Yo quisiera hacer un viaje como el suyo!

Don Eduardo. — Y, probablemente, lo harás. Cada día se facilitan más los viajes por el litoral.

Luisito. — ¿El litoral? ¿Es una ciudad?

Don Eduardo. — Todas las tierras comprendidas entre los ríos de que hemos hablado, es lo que comúnmente llamamos el *Litoral argentino*.

Miguel Ángel. — Y también se llama a las regiones abrazadas entre el Paraná y el Uruguay — es decir, Entre Ríos, Corrientes y Misiones — la *Mesopotamia argentina*.

LA MARAVILLA DE AMÉRICA

CONTINUÓ en Villa Serena la conversación sobre la Mesopotamia Argentina. El señor Eduardo contaba sus impresiones sobre las **Cataratas del Iguazú**, o Salto de Santa María.

— Éstas, en Sud América; y en Norte América las del Niágara, son las más extraordinarias de la tierra.

— ¿Cuáles son más grandes? ¿Cuáles son más lindas? — preguntan los chicos, todos a la vez.

— La primera pregunta, fácil es de contestar. Es cuestión de centímetro y de cálculo. No así la segunda; pues, ¿cómo y quién mide la belleza?

»Matemáticamente y sin vacilar decimos: las Cataratas del Iguazú son *las más grandes* del mundo. La altura desde la cual las aguas se precipitan, que es de sesenta y ocho

metros, sobrepasa en diecinueve metros a la del Niágara; y su extensión es casi doble.

— ¡Desde ahora me decido por el Iguazú! — exclama Ignacio al oír esto. — ¡Tiene que ser eso lo más lindo!

— Sin embargo, la belleza no se juzga por las dimensiones; y la opinión de Ignacio podría ser discutida. El aspecto de unas cataratas y de las otras es muy diferente.

»Hay quien dice que las del Niágara son más imponentes. Sus aguas, más concentradas, caen de un solo golpe. Se alaba también mucho el efecto de aquellas avalanchas de agua, detenidas en mitad de su carrera, heladas en invierno. El hielo forma allí entonces masas inmensas, columnas, grutas; una edificación fantástica y siempre variada.»

— ¡Entonces yo voto por el Niágara! — exclamó en este punto Miguel Angel. — ¡Creo que me gustaría tanto el hielo, la nieve!

— No se apuren demasiado en dar su voto — les aconsejó don Eduardo. — Para todo fallo, hay que oír a las dos partes. Comentadores hay que, habiendo visto los dos prodigios acuáticos, declaran que las cataratas del Iguazú son la más grande maravilla del doble continente americano.

»La belleza del Iguazú es completamente otra que la del Niágara. Trátase de un semicírculo de cuatro mil metros de extensión, que mira de frente a la Argentina. Y en todo su trayecto lánzanse las aguas rugientes a un abismo que ellas mismas han cavado, y que en gran parte llenan. Aun no se ha podido medir la profundidad de ese abismo; pero se sabe que, en algunas partes, pasa de los doscientos metros.

— ¡Ojalá no se haya medido hasta que yo sea grande! Así voy yo, y lo mido... — interrumpió aquí Marcos.

— El salto de estas aguas es doble, en la mayor parte del semicírculo; es decir, el agua salta primero a un escalón y luego al otro. Esto, dicen, aumenta su belleza.

»Pero su principal diferencia con el Niágara consiste en que los inmensos caudales de agua, al precipitarse por aquella especie de gradería semicircular, pasan a

través de bosques, los cuales se esfuerzan por emerger, en pequeñas islas, sobre las aguas. Esos bosques forman una preciosa decoración de primavera.

»¿Tenía yo o no razón, al decirles que no se apresuraran a dar su voto? — preguntó don Eduardo al hacer esta descripción. — Se cuentan 275 cascadas separadas por aquellos laberintos de vegetación magnífica. Cuando las grandes crecientes, el agua todo lo arrasa y lo cubre, dejando tan sólo una isla central. Y no se sabe cuándo es más hermoso el espectáculo: si cuando las aguas se unen, o cuando las cortan las numerosas islas de verdura.»

— ¡Yo las prefiero con bosques! — exclamó Cecilia. — Me parece que las veo. Y ahora que he oído a las dos partes, ¿puedo yo opinar, verdad? Pues... ¡vivan nuestras cataratas! ¡Vivan las del Iguazú!

— Y todavía te falta conocer lo que deja más atónitos y maravillados a los visitantes — le respondió don Eduardo.

»Un fenómeno único en el mundo: una especie de nube que, sobre estas cascadas, forman las aguas pulverizadas: una nube estable, en la cual, como en un prisma, descomponen los rayos del sol, mostrando separadamente sus siete colores.

»Si hay cumbres siempre coronadas de nieve, estas cataratas permanecen, mientras hay sol, aureoladas como de un perpetuo y precioso arco iris.»

— ¿Y quién puede entonces preferir el Niágara? — exclamó de nuevo Cecilia, llena de entusiasmo.

»El paisaje de las Cataratas del Iguazú resulta, a la vez que grandioso, conmovedor por su suave y encantadora belleza tropical. Si no ha alcanzado aún la fama del Niágara, es porque sólo ahora comienzan a facilitarse los viajes hasta allí.»



MISIONES

DON *Eduardo*. — Como ven, no es sólo agua lo que en Misiones se ve. Hay también verde...

Ignacio. — Se comprende. Aguas dulces, más calor, igual vegetación.

Don Eduardo. — No haces mal tus cuentas, Ignacio. La vegetación goza allí de las ventajas del trópico, sin sus inconvenientes. Aquella tierra no conoce ni las sequías ni las inundaciones.

Cecilia. — Dicen que allí dan «a pasto» las frutas más exquisitas: los ananás, las guayabas, las chirimoyas...

Marcos. — ¡Quién pudiera irse a Misiones!

Don Eduardo. — Y como si con la vegetación no bastara ¡también los ríos producen allí unos frutos...!

Ignacio. — ¿Los peces, papá?

Don Eduardo. — Sí; se pescan, en el Alto Paraná, unos «dorados» tan grandes como Luisito. Nadie puede allí morir de hambre...

Cecilia. — Pescado, y de postre ananá, es ya un almuerzo.

Don Eduardo. — Y añade, para terminar, el mate. El árbol de la yerbamate era antes silvestre en Misiones. Aun ahora suele vérselo en los bosques... Y llegamos con esto a lo principal...

Marcos. — ¡Háblenos de esos bosques, tío Eduardo!

Don Eduardo. — Magníficas selvas, semejantes a las del Paraguay y el Brasil, cubren casi totalmente el suelo de esta Gobernación. ¡Hay que ver, en las partes abordables, la maravilla de aquellas selvas, llenas de flores y de pájaros! Grupos de helechos como árboles; preciosas orquídeas, aljabas en abundancia; colibríes, mariposas...

Miguel Ángel. — Lo bello y lo útil, entonces. Pues yo sé que de allí se sacan tablas como para amueblar todas las casas del país, y aun más...

Don Eduardo. — Son famosas las maderas de Misiones.

Además de sus pinos, los codiciados cedros, los valiosos «palo de rosa», los árboles de incienso, de suave olor, y otras maderas excelentes. Y ¿saben? Para traerlas aquí, no hay que gastar carbón. Son maderas que viajan solas...

Marcos. — ¿Vienen a nado?

Don Eduardo. — Poco menos. Los que trabajan en los *obrajes*, juntan y atan cierta cantidad de troncos, hasta formar una *jangada* que la corriente de los ríos ayuda a navegar hasta Buenos Aires. Las jangadas vienen, por cierto, escoltadas por vaporcitos. Parte de esa madera se embarca luego para Europa... También pude yo venirme desde Posadas montado en una viga; pues nunca falta algún tronco que prefiera viajar solo y se desprenda del montón.

Marcos. — Tendría que ser usted un buen jinete; pues a la viga no podría ponerle riendas...

Miguel Ángel. — En todo caso le pondría un timón. De un solo tronco, cavado en el centro, puede hacerse un bote: una *piragua*, ¿verdad?

Don Eduardo. — ¡Y si vieran ustedes todo lo que viene navegando en el Paraná, cuando las grandes crecientes! No son sólo vigas...

Miguel Ángel. — Vienen *camalotes*...

Luisito. — ¿Qué son camalotes?

Don Eduardo. — Camalotes, son propiamente, unas plantas flotadoras, con flores azules, que abundan en el Paraná. Pero se llama también así a cualquier planta que el agua arrastre. Cuando el río crece, se ven como pedazos de bosque arrancados por la corriente, que vienen flotando sobre el agua. Y en ellos, a veces, animales salvajes, ahogados o vivos; víboras, hormigueros...

Cecilia. — ¡Ay! ¡Con tal que semejantes pasajeros no desembarquen por aquí!

Don Eduardo. — En fin; hay en Misiones agua hasta decir basta; hay verde en todos los tonos y hay también... rojo. Adivinen adónde está el color rojo...

Cecilia. — En las aljabas, en el fuego... ¡Con tanta leña no faltarán chimeneas!

Don Eduardo. — Lo que falta es frío. Así es que... suprimidas las chimeneas. Pero suelen verse grandes fogatas. Se recurre al fuego para limpiar algún trozo de selva, para sanear algún sitio donde, a causa de tanta humedad, la vegetación se pudre. Yo hablaba, sin embargo, de otro rojo: el de la tierra, que es toda de ese color.

Cecilia. — Deben quedar bonitos, entonces, los ranchos de barro: no precisan pintura.

Don Eduardo. — Participan de ese lujo las hormigas; pues no viven allí estas señoras en subterráneos como aquí, sino en rascacielos. Edifican hormigueros de un metro de alto, que van afinándose hacia la punta. Parecen de ladrillo. Y con esto abordamos la parte mala de aquellos parajes; lo que, de una especie de Paraíso terrenal, suele hacer un infierno: los insectos. La fauna de Misiones no invita a permanecer en la vecindad de las selvas, les aseguro.

Miguel Ángel. — Entonces... En Misiones..., bellas visiones y aflicciones, ¿no?

Ignacio. — ¿Estás otra vez por componer versos, Miguel Ángel? Yo quisiera más bien que me explicaran por qué aquello se llama así...

Don Eduardo. — El nombre le viene de las **misiones** realizadas allí por los Padres Jesuítas; de las cuales he visto yo, por cierto, algunos rastros. Es tan tenaz aquella vegetación, que las plantas arraigan en la piedra misma. ¿Se imaginan ustedes un árbol de varios metros, creciendo como la continuación de una columna, sobre un pórtico en ruinas? Eso se ha visto allí...

Mucho habría que meditar junto a estas ruinas de que habla el señor Eduardo.

Aquellos pacíficos conquistadores de almas que eran los Jesuítas, se establecieron adonde no lograban llegar los conquistadores armados. Y los indios — a quienes en otras partes se les vendía como esclavos, se les mataba — buscaban y hallaban amparo en «las misiones».

Los Padres, con una paciencia y un arte admirables, civilizaban y cristianizaban a aquellos pobres salvajes.

Sin maltratarlos, enseñábanles la agricultura y otros oficios que les hacían más fácil la vida.

Se formó así una población de cien mil indios guaraníes, que bajo la sabia dirección de aquellos religiosos, cultivaban la yerba mate, el tabaco, el algodón. Las mujeres hilaban y trabajaban en los telares.

Cada familia tenía su casa y cuanto precisaba. Se alterna el trabajo con el descanso. Y en los templos levantados allí mismo, los indios asistían a grandes y bellas ceremonias religiosas.

Por cierto que no se oía hablar allí de «asaltos» ni de crímenes, como lo oímos ahora, a diario, en las ciudades.

Los Jesuítas fueron expulsados. Y de aquella organización ejemplar, no queda ahora sino esto: algunos centenares de indios dispersos, que se conservan aún cristianos, y las ruinas de casas y de hermosas iglesias que la selva invade.

EL CAMALOTE

Hay en los ríos americanos
Que al sur descienden del ecuador,
Un camalote que mis paisanos
Le llaman hojas del corazón.

En cierto arroyo manso y profundo
Nace en un día primaveral,
Y ya crecido, se arroja al mundo
De las corrientes del Paraná.

Mueven sus hojas auras amigas,
A toda vela marcha feliz,
Y en él reposa de sus fatigas
La abeja errante del camuati.

Verde y pomposo, va sin descanso
Arrebatado por el raudal,
O prisionero de algún remanso
Gira irradiando felicidad.

Hasta que un día, nubes de duelo
Se arremolinan, se cubre el sol,
Hierven las aguas y el alto cielo
Despide el rayo deslumbrador.

Las olas ruedan; en sus furores
Se despedazan en el juncal,
Y en fácil vuelo los rayadores
Al sesgo hienden el huracán.

¿Creeréis que entonces muere o desmaya
El camalote del corazón?
Pues bien, sabedlo: corre a la playa
Y allí se arraiga y alza su flor.

Sin las tormentas descendería
Entre caricias al vasto mar...
Será un misterio, pero hay un día
En que nos salva una tempestad.

RAFAEL OBLIGADO.

Rafael Obligado, de quien se citó antes una estrofa, poeta nacional por excelencia, nacido en Buenos Aires, es ya uno de nuestros autores clásicos. Su obra completa hállase reunida en un pequeño volumen publicado en 1885 — con el título de *Poesías*, — el cual debe figurar en toda biblioteca argentina. No hallará el pequeño estudiante versos más perfectos y armoniosos, ni más gratos de retener en la memoria. Se ha llamado a Rafael Obligado «el cantor del Paraná». A sus orillas, en una posesión de sus padres, pasó el poeta gran parte de su niñez y su adolescencia. Así lo recuerda en la poesía titulada *El hogar paterno*. (*)

(*) Ver página 183 donde se reproducen unas estrofas de esta poesía.

EL JARDÍN DEL LITORAL

ENTRE RÍOS? ¡Lo detesto!
 Todos miraron a Marcos, sorprendidos de esta antipatía por una región donde el chico no había puesto jamás los pies.

— Detestas... ¡ni más ni menos que «el Jardín del litoral»! — díjole Cecilia, burlona. — ¿Es porque no te gustan las flores? ¿Es porque tienen espinas?

— Prefiero el jardín de mi casa — replicó Marcos.

— ¡Pues no sabes lo que te pierdes! — intervino su tío.

Marcos. — Y usted, tío Eduardo, no sabe lo que yo hubiera ganado, si Entre Ríos no hubiera salido nunca de debajo de las aguas... ¿Sabén por qué lo detesto? Porque es la provincia que tiene más nombres propios...

Miguel Ángel. — Yo no le conozco más que uno, y muy bien puesto: Entre Ríos. Y un sobrenombre: el Jardín...

Marcos. — ¿Y todos los nombres que lleva adentro? Concordia, Andrade, Mocoretá, Urquiza, Nogoyá...

Miguel Ángel. — ¡Buena ensalada estás haciendo! *Mocoretá* es un río, *Nogoyá* un pueblo, *Andrade* un poeta, *Urquiza*... ¡Urquiza es Urquiza!

Marcos. — El orden de los factores no altera el producto: Andrade, más Mocoretá, más Concordia, más Urquiza, igual Entre Ríos. ¡Como para no hacer ensaladas, con tanto nombre! Para decir algunos, hay que estar, por un rato, preparando un estornudo: *Gualeguay*... *Gualeguaycito*... ¡*Gualeguaychú!*

Don Eduardo. — (*Riendo.*) Con o sin estornudo, te sabes bien tu geografía entrerriana. Si yo no viniera de allí no tendría esos nombres tan a flor de la memoria...

Marcos. — Ni los tendría yo, si por no saberlos, no me hubieran hecho escribir tres veces, en el colegio, la lista de esas ciudades, de esos ríos, de esas gentes: ¡todo un diccionario!

Cecilia. — ¡Apareció la razón del rencor de Marcos!

Marcos. — Otra cosa me da rabia. ¿Se propusieron los entrerrianos hacernos sacar cero en los exámenes? Todos sus nombres son como para que uno se confunda. Nunca se sabe si se trata de una ciudad o de un río. Ciudad del *Paraná*, río *Paraná*; ciudad de *Gualeguay*, río *Gualeguay*. Otra ciudad: *Concepción del Uruguay*, y río *Uruguay*, y República del *Uruguay*... ¡y de cuanto hay!

Miguel Ángel. — ¡Ay, ay, ay! De la República uruguaya los entrerrianos no tienen la culpa. Y en lo demás, ¿qué mejor? Matas dos pájaros de un tiro. Aprendes el nombre de una ciudad... y tienes un río de yapa.

Don Eduardo. — Lo que a Marcos hace rabiar es motivo de orgullo para los entrerrianos: sus muchas ciudades, y los muchos hombres nacidos allí que, por un motivo u otro figuran en la Historia.

Es, en verdad, una característica de Entre Ríos, entre las provincias argentinas: la de tener varias ciudades. En primer lugar, su capital: *Paraná*. Basta para subrayar su importancia, el recordar que fué capital de la Federación Argentina.

La ciudad de **Paraná** prepara al viajero que llega a sus orillas una agradable sorpresa: su situación arriba de barrancas de sesenta metros sobre el río. Así, desde el Paseo Urquiza, por ejemplo, donde está el gran monumento dedicado al héroe de Cepeda, se goza de una bonita vista.

Concordia, a más de ser un puerto importante, es una pequeña ciudad moderna; ciudad-jardín, llena de gracia. Su terreno, ondulado como toda la provincia, se ve cuidadosamente plantado de viñas, alternando con pequeños naranjos.

Es importante también **Concepción del Uruguay** (en otro tiempo capital de la provincia). En sus proximidades levantó el General Urquiza su enorme y espléndido palacio de *San José*. Y allí fué asesinado por López Jordán.

Los herederos del General conservan el palacio y sus alrededores. Allí puede visitarse transformada en ora-

torio, la habitación en que el vencedor de Rosas fué asesinado y hasta se muestran, en el piso, las manchas de sangre, que nunca fueron lavadas.

Hay, por cierto, otras ciudades y otros ríos; pero mejor es no nombrarlos esta vez; no sea que a los lectores de estas páginas les pase como a Marcos y hagan una nueva ensalada.

Más les agradaría a estos lectores que los lleváramos a la selva de Montiel, que ocupa el centro de la provincia. Pero no podrían recorrerla entera, pues esta selva permanece, aun hoy, en muchos puntos, inexplorada. ¿Y si llegara a explorarla alguno de los chicos que esto leen?

Todo puede ser. Y más si se trata de un hijo de aquel suelo. Pues tienen los entrerrianos fama de bravos. Aunque aún no la hayan explorado entera, ellos no temen a la selva, dentro de la cual suelen guarecerse.

Muy valientes fueron siempre los moradores de esta provincia: primero, los indios *charrúas*; después sus gauchos. Entre Ríos fué tierra de grandes caudillos. El más importante: Urquiza. Y otros: Ramírez, López Jordán.

Lo curioso es que, habiendo allí habido gauchos hasta ayer, sino hasta hoy, sea Entre Ríos una de las provincias más cultas y más adelantadas en la enseñanza y en otras cosas.

Por otra parte, aun se conservan, en su territorio, las viejas estancias criollas. Su riqueza es la ganadería.



UNA JOYA QUE NO SE VENDE

Don Eduardo. — Aún me falta contarles algo: el hallazgo hecho en mi viaje de una preciosísima joya. Hubiera deseado traérsela a Cecilia; pero no me fué posible...

Marcos. — ¿Era demasiado cara?

Don Eduardo. — No; no costaba ni un centavo; ni se vendía ni se compraba...

Miguel Ángel. — ¡Ah, ya sé! La vería usted, tío Eduardo, expuesta en «San José», el palacio de Urquiza.

Don Eduardo. — ¡Oh, no! La hallé en un palacio mil veces más grande y más hermoso. En un palacio tapizado de verde, cuyas magníficas colgaduras no envejecen, porque se renuevan solas... La vi sobre una mullida alfombra, siempre nueva también...

Marcos. — ¡Era un palacio de Hadas, entonces!

Luisito. — ¿Era el palacio del rey?

Don Eduardo. — Sí; el palacio era la selva, digna morada de Hadas; su dueño, el hombre, «rey de la creación». Vi allí, sobre el pasto, algo que creí ser el prendedor perdido de una princesa, de tal modo brillaban sus piedras preciosas: dos hileras de esmeraldas rutilantes, rematadas por un gran rubí aún más resplandeciente. Me acerqué con el propósito de alzarlo... ¡Qué sorpresa! Debía ser ésa, una joya «encantada», porque se movía... se arrastraba, arqueándose sobre la hierba, y derramaba sobre ella su luz, como un tren por sus dobles ventanillas.

Cecilia. — ¿Era una especie de luciérnaga?

Don Eduardo. — Era un *isondú*, palabra que en guaraní significa «gusano de luz». Pero poca idea pueden dar de su «lujo», las luciérnagas que aquí conocemos. A la luz de su doble hilera — de unas doce estrellitas cada una — puédesse leer... ¡Es extraordinario que un gusano, lo que hay de más pobre y despreciable sobre la tierra, lleve sobre sí tal tesoro de belleza!

Miguel Ángel. — El isondú es entonces como algunos hombres de cuerpo mísero y que alumbran con su inteligencia. Yo sé que Esopo, el famoso fabulista griego, era jorobado; y que Pascal, matemático francés cuyos pensamientos fueron tan luminosos, era de un físico pobrísimos...

Cecilia. — ¡No está mal la comparación!

Don Eduardo. — Todo esto nos servirá para no imaginar que lo que más vale en este mundo son los atletas... Ni entre los hombres, ni entre los animales. El naturalista argentino, mi tocayo Eduardo Holmberg, dice del isondú: «No sé que exista nada más hermoso en los límites de la fauna sudamericana»... «Es una verdadera maravilla».

Miguel Ángel. — ¡Y es un bichito argentino!

Don Eduardo. — Creo que es principalmente de Misiones. Yo lo vi en Corrientes. ¿Y saben lo que había yo visto esa misma tarde, muy cerca del lugar donde la fortuna me brindó aquella alhaja viviente? ¡Había visto, ni más ni menos que las huellas de un *yaguareté*; es decir, del tigre americano!

Cecilia. — ¡Qué contraste!

Don Eduardo. — ¡Vaya si hay contrastes en la selva! Ella es para el hombre, en algunos sitios, un maravilloso palacio; y unos pasos más allá, se nos convierte en un antro inabordable, lleno de amenazas ocultas o manifiestas. Allí suena «el cascabel» de la serpiente, allí nos espera tal vez, sin anunciarse, el veneno de la *yarará*... Así, aunque el isondú se preste a guiarnos con sus veintitantas lamparitas ¡no le sigamos! Dejémosle que se interne solo en la espesura...

Cecilia. — ¡Allí el bichito hará de luna y de estrellas, ya que los árboles no dejan pasar los rayos del cielo?

Ignacio. — Hará de luz eléctrica, en el palacio ese de la selva...

Don Eduardo. — Así es. Pero con todo, no hay que creer que «el rey», dueño de aquel palacio, sea impotente

ante los monstruos que lo guardan. El hombre, una vez que se arma de los instrumentos necesarios, todo lo vence. No lo detiene ni lo más intrincado de la selva...

Ignacio. — ¡Ni las nieves del polo!

Don Eduardo. — El mundo le fué entregado para sus investigaciones. Sólo que... ¡no todo es tan bello ni tan inofensivo como el isondú, la alhaja que no se compra ni se vende!

UN HOGAR A ORILLAS DEL PARANÁ

Como un cisne posado en las riberas
Del ancho Paraná,
Así, blanco y risueño se divisa
A la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
Que grata sombra dan;
En el cuadro de antiguos paraísos
Que, destrozados, no florecen ya.

Allí está mi pasado, de mi vida
La inocencia y la paz:
Allí mi madre me acaricia, niño,
Y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el oriente
Tierno beso nos da;
De rodillas, oramos; y, en seguida,
Puerta franca... ¡la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros,
Por aquí, por allá,
Al campo el uno, a la barranca el otro,
Nos echábamos todos a volar.

LA AVIACIÓN

DE todas las clases que el maestro dió en el año, ninguna interesó a Marcos como aquella en que habló del arte de volar. Y no fué sólo a Marcos... Aquel día no hubo en la sala — ¡oh milagro! — ni un solo chico distraído.

Teniendo en cuenta el interés allí despertado, no es posible dejar a los lectores de HOGAR Y PATRIA con la curiosidad. Aquí va, pues, el resumen de las explicaciones del maestro:

Desde muy antiguos tiempos, los hombres ambicionaban volar. Habían visto nadar a los peces, y habían logrado imitarlos. Pero veían volar a las aves... y no podían volar. Sólo dormidos, y soñando, volaban alguna vez: lo cual no hacía más que acrecentar sus anhelos.

Si cualquier pajarito volaba con tal facilidad, ¿cómo no podría el hombre, autor de tantas cosas difíciles, fabricarse unas alitas y volar también?

Y mientras más tiempo corría, menos se resignaba el hombre a esta impotencia. Había construído ferrocarriles y barcos. Había dominado la tierra y el mar. ¿Por qué no habría de dominar igualmente el aire?

Pasaron, sin embargo, muchos siglos antes de que este sueño se convirtiera en realidad.

Quien primero intentó la construcción de aparatos voladores fué un célebre pintor italiano, que vivió entre los años 1452 y 1519: Leonardo de Vinci. No es extraño: él como ninguno debió sentirse fascinado por lo azul del cielo... Él podía ponerlo en sus cuadros; ¡pero no lo podía escalar!

Comenzó por estudiar el vuelo de las aves. Y llegó a formular esta admirable sentencia, que encerraba ya la teoría del *aeroplano* moderno, y que facilitó más tarde su realización:

El pájaro — dijo — es *más denso* (más pesado) que el aire. ¿Por qué, entonces, se sostiene y avanza sobre el aire?

La solución está en que el pájaro, a medida que va volando, hace que el aire se vuelva más denso debajo de sus alas, que en el resto del espacio que lo rodea.

Sería muy largo enumerar todos los procesos por medio de los cuales se ha llegado a **la aviación** actual. Se ensayaron las alas postizas, que aplicadas a la espalda, ayudaran al hombre a remontarse hasta cierta altura. Se construyeron *paracaídas*, con los que pudiera soltarse desde una alta torre. Y vinieron los globos de gas. Y los aparatos de alas movibles como las de los pájaros, y los de alas fijas, movidos por *hélices*.

Muchas vidas han costado estos ensayos, en los que rivalizaron franceses, italianos, norteamericanos y alemanes. No han sido pocos los inventores o innovadores que han muerto, víctimas de sus propias máquinas. Cierto es que estos sacrificios no han resultado inútiles; cada desgracia ponía al descubierto alguna falla de los aparatos que luego, en otros, se lograba subsanar.

Resumiendo, se ha intentado volar: primero *con alas*, luego *en globo*, y por fin en *dirigibles* y en *aeroplanos*.

Constituían los globos, una gran bolsa, de la cual colgaba una canastilla. Estos globos se inflaban con gas, que por ser más liviano que el aire, los hacía elevarse. Subía, pues, el globo; pero quedaba luego a merced del viento...

Después se puso al globo un motor, gracias al cual pudo dirigirse. Los globos *dirigibles* más notables fueron los construídos por el conde de Zeppelin, alemán. Es el *zeppelin* una gran nave, con camarotes y cocina, que puede llevar hasta veintiún pasajeros.

A raíz de la destrucción, por un accidente imprevisto, de uno de estos aparatos estupendos, se volvió a la idea de Leonardo de Vinci: la de lograr el vuelo en máquinas más pesadas que el aire, como lo son los pájaros.

Los hermanos Wright, de una pequeña ciudad norteamericana, fueron los primeros en construir un aeroplano. Y volaron en él, desafiando las burlas y asombrando a quienes no podían creer que una máquina, relativamente pesada, pudiese remontarse en el aire.

Desde entonces ¡cuántos adelantos! ¿Se caía un aeroplano al mar? Pues se construían *hidroaviones*—como quien dice pájaros marinos—que tan pronto vuelan, como nadan. ¿Los vientos volcaban las máquinas? Pues se las hizo capaces de dar vueltas, como los astros que giran en el espacio.

Desde que Pegoud, piloto francés, efectuó sus vuelos cabeza abajo, todo piloto algo hábil puede poner de cabeza a su aparato, y volverlo a su posición normal, en el momento en que lo desee.

Se obtienen ahora, en el aire, velocidades nunca logradas ni imaginadas para los vehículos terrestres. Se pasa por sobre las montañas, se cruza por sobre los océanos. El hombre, en fin, parece haberse adueñado del aire y haber vencido al viento.

Y no son sólo los hombres los que tienen estas audacias. En Norte América se cuentan ya en más de quinientas las mujeres aviadoras.

Dícese que el espectáculo, desde las grandes alturas, es incomparable, por la enorme extensión del panorama que a la vez se abarca.

En una ciudad alemana se ha utilizado la aviación para enseñar Geografía a los niños. Pues, elevándonos en un aeroplano, hasta cierta altura, la tierra se muestra, a nuestros ojos, como un verdadero mapa: una superficie rayada por las cintas plateadas de los ríos, adornada con el espejo de los lagos, sembrada de pueblos y de bosques, y ondulada por los cerros.

Es interesante, para nosotros, la observación de un aviador belga que, en el año 1932, ha volado por sobre Europa y por sobre ambas Américas. Dice este aviador que, de noche, la ciudad más luminosa del mundo es la de Buenos Aires, la cual presenta, entonces, una vista magnífica.

Añade este aviador, que las tres cosas que llamarían más la atención sobre nuestro globo, al *aeronauta* que viniera de otro planeta, serían: la muralla china, el istmo del Panamá, y esa nocturna iluminación de nuestra Capital.

Desgraciadamente, de todos los inventos se sirve el hombre para la destrucción. Y así, en las guerras, el aero-

plano, desde el cual se lanzan bombas sobre una ciudad, sobrepasa en horror a todos los elementos bélicos anteriormente usados.

A TRAVÉS DE LA ATMÓSFERA

EL sabio belga Augusto Piccard ha realizado, en el año 1932, una fantástica hazaña.

Así como los *buzos*, a través del agua, llegan a grandes profundidades en el mar, en busca de perlas u otros tesoros marinos, así también esta especie de buzo del espacio ha atravesado los aires... Y, en busca de curiosidades científicas, se ha sumergido en la **estratósfera**.

Es decir, que ha traspasado la capa de la atmósfera que envuelve a nuestro globo terrestre y que hace posible en él la vida vegetal y la vida animal.

¿Cómo ha podido Piccard penetrar en las zonas donde no hay aire respirable para el hombre, ni para ningún ser terrestre? ¿Cómo ha podido realizar esta heroica y extraordinaria hazaña, sin morir?

Los buzos, sólo pueden descender al mar dentro de una campana de madera o de metal. O bien, dentro de un *escafandro*, especial armadura que, al mismo tiempo que lo defiende del agua y de su enorme presión, lo provee de aire, comunicándolo, por un tubo, con el exterior. Así, también Piccard precisó de muchos especialísimos avíos para realizar su excursión aérea.

Encerrado en una góndola de aluminio y llevado por un enorme globo, este audaz *avionauta* subió varias veces hasta casi 17.000 metros de altura. Efectuó estas ascensiones por sobre Italia, el Tirol, Suiza. Para la más importante empleó, entre la subida y la bajada, menos de doce horas.

Por cierto que debió llevar su provisión de oxígeno, y mil aparatos que le permitieran atravesar aquellas regiones conservando el calor y el aire necesarios a su vida.

La *estratósfera* es una zona en lo alto de la atmósfera, en la cual reina una calma absoluta: no llegan a ella los

vientos ni las nubes. La temperatura es allí constante y excesivamente fría. (Un experimento alemán, realizado en 1908, por medio de un globo soltado sin hombre ninguno en él, mas con los aparatos necesarios, registró, a una altura de 19.000 metros, ochenta grados bajo cero.)

La *presión atmosférica* se reduce de tal modo, en aquellas alturas, que allí el cuerpo humano, si no estuviera debidamente protegido contra el medio ambiente, estallaría. Porque su presión interior no estaría debidamente equilibrada con la presión reinante en el espacio.

Imaginemos, por ejemplo, un puñado de arena contenido en un vaso de vidrio. Si el vidrio se quita, la arena se desparrama. Así, el cuerpo humano, no comprimido por la presión del aire — que en la estratósfera disminuye en nueve décimos — sería como la arena perdiendo su cohesión y dispersándose.

Cuando los globos que se envían solos, revientan en la altura, los aparatos, provistos, cada uno, de un pequeño paracaídas, nos traen noticias de allá arriba.

Piccard es el primer hombre que haya llegado a la estratósfera. Sus experiencias han demostrado que allí los aparatos voladores podrían lograr velocidades inverosímiles. De tal modo, que, refiriéndose a aquellas grandes alturas, puede casi hablarse de supresión de las distancias.

Así, si algún día los viajes se efectúan a través de la estratósfera ¡qué atrás habrá quedado aquello de «la vuelta al mundo en ochenta días» imaginada por Julio Verne, como una gran audacia! Por *vía aérea*, un *avión* realizó ya esta vuelta en una semana; en caso de utilizarse *la vía estratósfera* ¿se hablará de la vuelta al mundo en ochenta horas?, ¿en ochenta minutos?

¡Y cuántos secretos cósmicos podrán aún arrancarse a aquellas regiones; secretos de cosas quizá nunca imaginadas!

¿Llegará el hombre, con su ingenio y con su audacia, hasta visitar otro planeta? ¿La luna, por ejemplo? ¡Nada parece ya imposible! Sólo la paz sobre el mundo. Pero aun ésta... quizá llegue alguna vez.



EL DERECHO DE PROPIEDAD

MARCOS. — Ahora mismo voy a quemar mi aparejo de pescar; ¡no puedo sacar ni una mojarrita!

Cecilia. — ¡El lindo aparejo que te regaló tu padrino? ¿Quemarlo?

Miguel Ángel. — ¡No seas tonto, hombre! Regálamelo a mí, que me gusta tanto.

Marcos. — No te lo regalo, porque ya estaba enojado contigo; y más ahora que me has dicho tonto. Tú no quisiste prestarme el libro de los animales...

Miguel Ángel. — No quise que lo trajeras al campo, porque podías estropearlo; en casa, te lo prestaré.

Marcos. — En casa no lo quiero. Y voy a quemar el aparejo...

Cecilia. — No tienes derecho de hacerlo, puesto que Miguel podría aprovecharlo.

Miguel Ángel. — Si no quieres regalármelo, te lo compro. Te lo cambio por...

Marcos. — No quiero.

Luisito. — Además, todo lo que hay en casa es de todos; el aparejo, entonces, no es tuyo sólo...

Marcos. — Es mío y muy mío; y tengo el derecho de hacer con él lo que me dé la gana.

Cecilia y Miguel Ángel. — No tienes derecho...

Marcos. — Sí, lo tengo...

Miguel Ángel. — ¿Quieres que se lo preguntemos a papá que es abogado?

Marcos. — ¿Verdad, papá que tengo derecho de hacer lo que se me antoje con lo que es mío?

Miguel Ángel y Cecilia. — ¿Verdad que no tiene derecho de quemarlo, si a otro le es útil?

Luisito. — ¿Verdad que, si está en casa, es de todos?

El papá. — Si Marcos quemara su aparejo y fuera llevado por ustedes tres a los tribunales, Marcos sería absuelto y ustedes perderían el pleito.

Marcos. — ¿Han visto como yo tenía razón?

El papá. — Los códigos no te condenarían; pero, ¿no te condenaría, Marcos, tu propia conciencia?

Todos, menos Marcos. — Claro que sí.

El papá. — Escucha, Marcos, este otro caso: Yo tengo un pastel y no deseo comerlo. Viene un hombre que sufre de hambre; yo, que no estoy de humor de oír a nadie, digo: el pastel es mío y muy mío; voy a tirarlo a la basura...

Marcos. — ¡Eso sería una perversidad, papá!

El papá. — Sin embargo, yo no sería castigado por las leyes. Pero hay muchas cosas que, aunque no prohibidas por la ley, son rechazadas por la conciencia. Ustedes representan, en este tribunal, tres teorías distintas sobre la propiedad:

»*Luisito* representa la idea **comunista**, que no admite la propiedad privada: *el aparejo es de todos.*

»*Marcos* representa la teoría **liberal**, adoptada por nuestros códigos: *puedo hacer lo que me dé la gana con lo que*

es mío. Según esta teoría, el propietario puede «usar y abusar» de su propiedad, sin que nadie tenga derecho de pedirle cuentas. Así, puedo yo tirar mi pastel, aunque el otro se muera de hambre.»

Todos. — ¡Eso no es justo, papá!

El papá. — Existe, felizmente, otra tercera teoría, que es la que sostienen Miguel Ángel y Cecilia: **el derecho de propiedad tiene sus límites.** *El propietario puede usar de su propiedad, pero no abusar de ella en perjuicio del prójimo.* Esta teoría nos dice que somos responsables del buen o mal uso que hagamos de lo nuestro. Según ella, el dueño del pastel *no tiene derecho* a tirarlo, si a su lado hay un hambriento. Esta es la teoría **crisiana**, que encuentra eco en toda conciencia recta.

Cecilia. — Entonces, papá, Marcos tiene que regalarle a Miguel Ángel su aparejo, ¿no es cierto?

El papá. — La justicia no exige tanto, Cecilia: tu generosidad te ciega. Marcos, dueño del aparejo, tiene derecho a sacar de él algún beneficio. Su trabajo le ha costado conservarlo sano durante dos años. Miguel Ángel, al querer comprárselo, era, pues, quien estaba en lo justo.

»La doctrina católica considera al propietario como *administrador* de los bienes que la Providencia puso en sus manos. Y le reconoce el derecho de cobrarse, como tal, una renta proporcionada a los bienes que administra. Y, si es posible, proporcionada también a su situación social.»

Esta conversación, comenzada en el paseo a una de las islas del Tigre, interesó tanto a los chicos, que ella se continuó, luego, en Villa Serena.



COMUNISMO

EL papá. — Desgraciadamente, hijos míos, hay propietarios que, por ignorancia o por dejadez, proceden como el hombre que tirara su pastel, teniendo junto a sí a un hambriento. Procede así el que, siendo dueño de un terreno, lo deja abandonado, mientras otros, que necesitarían sembrar, no tienen donde hacerlo. Como en el caso del aparejo de Marcos, no es preciso que el dueño regale su terreno; cumplirá con la justicia si lo arrienda, a un precio que esté en relación con lo que el terreno pueda producir.

Miguel Ángel. — Entonces, papá, quizá Luisito tuviera razón... ¿No sería mejor que no hubiera propietarios y que el Estado *prestara*, a cada uno, un terrenito? Así se evitaría el que algunos usasen mal de sus tierras...

El papá. — Las prácticas comunistas producen los efectos más nefandos, como la experiencia ya lo demuestra. Con ellas se vuelve a la barbarie. Yo no puedo explicarles, porque sería muy largo y ustedes son aún chicos, los horribles males que trae el comunismo. Pero voy a demostrarles, en seguida, una de las razones por la cual ninguna cosa prospera cuando se suprime la propiedad.

»Resolvamos que el aparejo sea de todos. Ustedes son *el pueblo*; y como yo soy el Estado, ordeno que Luisito, que ha sido el de la idea, se encargue de cuidarlo: de secarlo y guardarlo cada vez que se use, de prepararlo para la pesca, de...»

Luisito. — ¿Por qué he de ser yo? Si es de todos... ¡que lo haga Marcos!

Marcos. — ¿Y por qué yo? Miguel Ángel, que es mayor...

Miguel Ángel. — Tendría que hacerlo una vez cada uno.

El papá. — Sí; una vez cada uno; y a cada uno le parecería una carga... Ya ven cómo, siendo de todos, ninguno tendría especial interés en cuidarlo, y el aparejo sufriría las consecuencias...

» Muy diferentemente se trata un terreno ajeno, que mañana se nos quitará, que aquel de que somos dueños, del que disfrutarán nuestros hijos y nuestros nietos. Nadie cuida con amor lo que es del Estado.

» El *propietario particular* resulta siempre el mejor administrador. Así, aunque sólo sea desde el punto de vista económico, es decir, de la riqueza que produzca; el de la propiedad privada es el mejor sistema.

» Sólo que, si somos *propietarios*, hemos de ser administradores tales que, procediendo con entera justicia, nada tenga que reprocharnos la conciencia.»

LA SOLUCIÓN

Marcos. — Bueno, hombre famélico, te vendo mi pastel. ¿Quieres ser *el propietario particular* de mi aparejo? ¿Qué me das por él, por el trabajo de administración, que hasta ahora tuve?

Miguel Ángel. — Te doy... ni más ni menos que un jardín zoológico... de bolsillo.

Marcos. — ¡El libro de los animales que no me quisiste prestar? Acepto. Me consolaré viendo pintados esos «campeones de natación», como los llama papá, ya que no pude pescarlos.

Miguel Ángel. — Y yo, que estoy harto de verlos pintados y de leer su historia, trataré de verlos al natural... y hasta de tomarles el gusto.

Cecilia. — Siempre que no pase a tu lado alguien que sufra de hambre y te los pida...

Marcos. — ¡Pobre del que piense alimentarse con la pesca de Miguel Ángel!

Miguel Ángel. — Si el aparejo no sirve, deshago el trato; que en cuanto a que sirva el pescador, de eso respondo yo.



EL BUEN Y EL MAL PROPIETARIO

EL papá. — Como desearía que estas cosas se les grabasen en el corazón, he compuesto, para ustedes, el paralelo que voy a leerles, y que corresponde a dos faces distintas de la realidad.

Caín es dueño de una fábrica que le produce un 10 % de ganancia. Empeoran los tiempos, las ganancias bajan a un 3 %, y Caín dice: «Cerraré la fábrica y buscaré mejor empleo a mi capital.»

Los obreros le suplican que tenga paciencia hasta que los tiempos mejoren.

— ¿Por qué he de ser yo quien me sacrifique? — responde Caín.

Cerrada la fábrica, cientos de obreros quedan sin trabajo y sin pan, para sí y para los suyos.

Caín es dueño de numerosos terrenos en la ciudad. Edifica casas de lujo que le producen una renta magnífica.

— Hay una infinidad de pobres que carecen de vivienda higiénica — le dicen.

— ¿A mí qué me importa? — contesta Caín. — Que otros hagan viviendas para pobres. Los negocios son los negocios.

Y Caín edifica, para sí, un palacio magnífico, en medio de conventillos donde se apestan cientos de gentes.



Caín es dueño de extensos campos que, divididos en pequeñas chacras, arrienda a los colonos. Durante varios años, todos están contentos. El propietario saca buenas rentas y los colonos viven bien.

Llega un año de sequía, los terrenos nada producen; y los colonos no pagan... porque no tienen cómo pagar. Caín se enfurece y arroja a los chacareros de sus posesiones.

Los colonos, con sus familias, con hijos pequeños, se ven sin trabajo, sin pan, sin techo, arrojados, en la vía pública, las inclemencias de la intemperie.

Sus ayes llegan hasta los oídos de Caín, el cual dice: — ¿Acaso soy yo responsable de la suerte de mi hermano?

Y Caín arrienda sus campos a nuevas gentes que tienen con que pagar.

Abel es dueño de una fábrica que le produce un 10 % de ganancia. Empeoran los tiempos, las ganancias se reducen a un 3 %.

Abel piensa en cerrar su fábrica. Pero recuerda los cientos de obreros que quedarán sin trabajo y sin pan, para sí y para los suyos.

Y Abel se dice: «Tendré paciencia. Me contentaré con las ganancias estrictamente necesarias. Justo es hacer algún sacrificio en favor de la sociedad, cuando las circunstancias lo piden.»

La fábrica sigue funcionando y la angustia de los obreros se disipa.

Abel es dueño de numerosos terrenos en la ciudad. Edifica casas de lujo que le dan una renta magnífica.

— Hay una infinidad de pobres que carecen de vivienda higiénica — le dicen.

Y Abel destina la mitad de sus terrenos a hacer casas baratas, aunque éstas le produzcan menor ganancia.

— Yo no puedo taparme los ojos — dice — para poder realizar mis negocios, sin ver las necesidades ajenas.

Abel es dueño de extensos campos. Los divide en pequeñas chacras y las arrienda a sus colonos.

Durante varios años todo marcha bien: él saca buenas rentas y los colonos prosperan. Pero llega un año de sequía, los terrenos nada producen, los colonos no pueden pagar.



Abel los visita:

— ¿Cómo voy a cobrarles — les dice — por tierras que nada han producido? Si esto sucediera por desidia de ustedes, yo les quitaría los terrenos. Pero como soy testigo de que no es así, nada tienen que temer.

Y Abel, no sólo tranquiliza a los colonos, sino que les lleva los socorros que puede.

Cecilia. — ¡Si todos fueran como Abel, el mundo sería otra cosa!

El papá. — Y sin embargo, Abel no ha hecho ninguna obra heroica; ha sido sencillamente *justo*.

Marcos. — Caín merecería la cárcel...

El papá. — Sin llegar a los extremos de Caín, que *sabía lo que hacía*, mucha gente, que no es mala, obra como él. Obra así por inconsciencia, manejando sus asuntos desde un escritorio y sin ver de cerca las necesidades del prójimo.

Cecilia. — Cuando echa a los colonos, Caín es perverso, papá...

El papá. — Los actos de Caín, hijos míos, aunque no castigados por los códigos humanos, no han de pasar

impunes a los ojos de Dios. Pues, si Dios cuenta nuestros cabellos, Él pesa también las lágrimas del pobre.

Miguel Ángel. — Yo que voy a ser médico, asistiré a los pobres sin cobrarles más que lo estrictamente necesario, en caso de no poder hacerlo gratis.

Marcos. — Yo, como arquitecto, inventaré el modo de hacer casas... ¡a vapor, a máquina, al por mayor! para que puedan venderse o alquilarse a muy bajo precio. Así, todos podrán vivir bien, ganando yo a mi vez lo necesario.

Ignacio. — Yo que seré estanciero, me ocuparé siempre de la suerte de los chacareros.

El papá. — Lo que quisiera no se les olvidara jamás esto: que en tiempo de escasez o de «crisis», no han de ser sólo los obreros y los arrendatarios los que sufran. Justo es que los propietarios y capitalistas compartan las privaciones de todos.

»Si estas ideas se tuvieran siempre en cuenta, no serían tan graves los conflictos sociales.»

Luisito. — En tiempo de escasez, papá, ¿sabes lo que yo haría, si fuera presidente o rey? Haría reunir en la plaza a toda la gente. Y repartiría, a los grandes, ropas y alimentos; y caramelos y juguetes a los chicos.

AL REY QUE ESTÁ...

Al rey que está en su trono tan ufano
Con su corte, su pompa y su tesoro,
También le alcanza el sufrimiento humano,
Al rey que está en su trono tan ufano.
Cuando la muerte tienda a él la mano
No le valdrá su guardia ni su oro.
Al rey que está en su trono tan ufano
Con su corte, su pompa y su tesoro.

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR.

LA IGUALDAD

CECILIA. — Nos has explicado, papá, la conveniencia de *la propiedad privada*. Pero, para evitar toda injusticia, ¿no sería bueno que esa *propiedad* fuera idéntica para todos los hombres? ¿No sería lo mejor ese «reparto general» de que algunos hablan?

Miguel Ángel. — Eso pienso yo también... Así, en vez de ser, el uno, dueño de una estancia, mientras el otro nada posee, cada cual tendría su terrenito...

Marcos. — ¿No es bastante grande el mundo, papá, para que cada hombre pudiera ser dueño de unos cuantos metros de tierra?

Luisito. — ¡Yo tendría un jardincito para mí solo!

Miguel Ángel. — O por lo menos... ¡si cada familia tuviera su casita!

El papá. — ¡Cuántas preguntas a la vez! ¡Y no del todo fáciles de contestar! Suponiendo realizable aquel «reparto general» ¿cuánto tiempo durarían las cosas en la misma forma?

Miguel Ángel. — Tendrían que durar... mientras hubiere justicia, y ninguno se apoderara de lo ajeno.

El papá. — Para que la justicia reinara siempre, estrictamente y en todo, todos los hombres tendrían que ser justos. Pero ni aun esto bastaría...

Marcos. — ¿Pero qué otra cosa puede necesitarse, papá, para que cada uno tenga siempre lo suyo?

El papá. — Para que perdurara **la igualdad**, no bastaría con que todos los hombres fueran *justos*: sería también necesario que todos los hombres fuesen *iguales*.

Luisito. — ¿Cómo iguales, papá? ¿Con la misma cara?

El papá. — Luisito lo ha dicho: no hay dos hombres con *la misma cara*. La igualdad entre los hombres es un imposible, porque a ella se opone la naturaleza misma. Hay hombres altos y bajos, gruesos y delgados; los hay...

Miguel Ángel. — Pero eso ¿qué tiene que ver? Aunque uno sea moreno y otro rubio, todos pueden tener su terrenito...

El papá. — Si el moreno — a más de ser moreno — es muy fuerte, y el rubio — a más de ser rubio — es débil ¿cultivarán los dos, del mismo modo, su propiedad? Hay, pues, también hombres débiles y hombres robustos. Y si estas diferencias existen en lo físico ¿qué no es en lo moral?

Cecilia. — En lo moral ¿qué importa que sean distintos? ¿No se dice que la lluvia cae y el sol luce lo mismo sobre los buenos que sobre los malos? Tanto los malos como los buenos, todos pueden cultivar su tierra...

El papá. — Sí; pero la rapacidad del uno vencerá sobre la credulidad del otro, para apoderarse de lo que a ese otro pertenece...

Miguel Ángel. — Eso es ya injusticia. Hablábamos, papá, suponiendo que todos fueran justos...

El papá. — A eso voy. Pues sin llegar a ningún acto de rapacidad ¿qué es lo que no establece *desigualdad* entre los hombres? Puede el moreno ser muy trabajador, y el rubio muy perezoso. Puede el uno ser muy inteligente, y muy torpe el otro. El inteligente dirige muy bien sus trabajos; el torpe lo siembra todo mal y a destiempo, y nada le produce.

Cecilia. — Pero... aunque no sacara gran provecho de él, siempre conservaría su terreno, su *propiedad*; y no podría echar la culpa a nadie de su pobreza.

El papá. — Te equivocas, Cecilia. El más capaz sería pronto dueño del terreno del incapaz. Pues el que no lo hubiera cultivado, se vería en la precisión de hacer a su vecino proposiciones de esta especie: «Te cedo un trozo de mi tierra, a cambio de tus legumbres, o de tu trigo.» Y así, en poco tiempo, reinaría de nuevo la desigualdad, sumada al desorden de lo establecido bajo una base falsa: la de una *igualdad* que jamás ha existido ni podrá existir entre los hombres.

Miguel Ángel. — La verdad es que esa igualdad no se mantiene ni entre hermanos que reciben una misma herencia...

El papá. — Aun entré ustedes; vamos a ver... El año pasado, les regalé a cada uno un bello volumen de Julio Verne. En tal sentido, reinaba entre ustedes la igualdad. ¿Existe todavía?

Marcos. — Luisito no querrá acordarse de las flechas voladoras que fabricó con algunas páginas de su libro.

Luisito. — Yo apenas sabía leer; sólo me gustaban las figuras...

Marcos. — Y ésas, imitando a las flechas, volaron solas...

Miguel Ángel. — Tú no puedes reprocharle mucho, Marcos. ¿No cambiaste *La vuelta al mundo en ochenta días*, por una pelota?

Luisito. — Y la pelota me la dió a mí, a condición de que le hiciera un mandado. Todavía la tengo...

Cecilia. — El que más se entusiasmó con su libro fué Miguel Ángel; se sabe casi de memoria *Los hijos del Capitán Grant*.

Miguel Ángel. — En cambio, Cecilia iluminó tan bien los grabados del suyo, con su cajita de pinturas, que tío Eduardo, encantado, se lo compró por una bonita suma...

Cecilia. — Con la cual me compré otros tres volúmenes de la serie, que también iluminé para mí. De modo que leí mis cuatro volúmenes, más los tres de los chicos...

El papá. — ¡Eres toda una especialista en Julio Verne! Ya ven... ¿Qué se hizo la pasada *igualdad*? El único que conserva el libro, tal como se le entregó, es Miguel Ángel. Aunque tampoco se puede decir que no ganara sus intereses: ha duplicado la obra, ya que la tiene en su estante... y en su cabeza. Cecilia, la más afortunada, ha triplicado su capital, gracias a su habilidad de pintora. Marcos se quedó con las manos vacías. Y Luisito... se ha ganado, por fin, una pelota. Con los terrenitos repartidos sucedería, con seguridad, algo muy semejante.

Marcos. — Entonces... es una lástima que no seamos todos... como Cecilia.

El papá. — No nos lamentemos de no ser todos iguales. Podemos quejarnos, sí, de las desigualdades producidas por el mal moral, que hacen al uno injusto, y al otro avaro o mentiroso. (¡Ojalá que éstas desaparecieran!) Pero no de la desigualdad en nuestros gustos y capacidades... aunque ellas produzcan desigualdades económicas.

Marcos. — ¿Y qué ventajas puede tener ninguna clase de desigualdad, papá? ¿No sería mejor que todos fuésemos igualmente inteligentes y hábiles?

El papá. — Por las desigualdades somos útiles los unos a los otros. ¿Qué sería de una sociedad en que todos fuesen capaces de cultivar la tierra y ninguno de hilar? ¿O todos de ser cocineros y ninguno de ser albañil? ¿O si todos quisieran ser músicos de profesión?

El señor Juan está en lo cierto. La única igualdad posible y deseable es la igualdad cristiana, que nos ordena amar al prójimo — ya sea este prójimo un potentado o un deshollinador. — Que nos dice: no hagas a otro lo que no quisieras para ti. Esa igualdad no es otra que la *dignidad humana*, la cual nos hace iguales ante Dios.

RONDA NOCTURNA

(LOS VERSOS PREFERIDOS DE LUISITO)

Cuando el sol se esconda,
Gnomos pequeñines, en el bosque umbrío
Bailarán la ronda.

Los conejos blancos de largas orejas
Con las sus conejas
Bailarán la ronda
Cuando el sol se esconda.

Cantará la fuente.
Moverán las flores, con gracia sonriente,
Sus lindas corolas.

Con sus largas colas,
Ágiles ardillas de morriones rojos,
Grisés ratoncitos de vivaces ojos,
Saldrán de las matas
Donde se escondían, y, asidas las patas,
Bailarán la ronda
Cuando el sol se esconda.

Tocará «allegrettos» la orquesta de grillos,
Con sus estribillos
Gozosos. Las ranas,
Tocarán campanas
De cristal y de oro.

Bajarán las sombras de los negros pinos
Cuando el sol se esconda.
Y si sopla el viento,
En ese momento
Las sombras del bosque bailarán la ronda.

Y hasta de la luna,
Tan monda y lironda
En medio del cielo, bajarán las hadas
A bailar la ronda;
A bailar la ronda
Cuando el sol se esconda.

DELFINA GÁLVEZ BUNGE.

UN POCO DE SOCIOLOGÍA

Sociología! — exclamó Cecilia, leyendo el título de un pequeño libro que el señor Juan ponía en sus manos. — Para pronunciar esta palabra me parecen indispensables unos gruesos lentes, un ceño fruncido... ¿Podré yo ponerme tan seria?

— Pero... ¿qué crees, Cecilita, que hemos hecho al hablar de «la propiedad», del «comunismo»? Pues... *Sociología*... y de buena ley.

— ¡Nunca lo hubiera sospechado!

— Quedamos ¿no es cierto? en que «la igualdad» era un imposible. Y que la desigualdad era, no sólo inevitable, sino también útil, necesaria en una reunión de hombres, en un pueblo; es decir, en una *sociedad*...

— Como son necesarios los distintos instrumentos de música, para formar una orquesta. Si todos fuesen violines, o todos trombones...

— No habría orquesta. Has encontrado una buena comparación, Cecilia. Los diversos instrumentistas, y sus instrumentos, pueden representar las distintas capacidades y oficios, y hasta los diferentes bienes materiales de que cada hombre sea poseedor. Pero ¿te parece, Cecilia, que aquí termina el asunto? ¿Qué sucedería si, disponiendo de diversos instrumentistas, dejáramos que cada cual tocase como y cuando se le ocurriera?

— Resultaría un bochinche tal, que saldríamos disparando y tapándonos los oídos.

— Bueno; imagínate el «bochinche» de una sociedad en que cada cual obrase a su antojo, sin ninguna ley... Este bochinche, este *desorden social*, estaría lejos de ser tan inofensivo como el de tu orquesta. Y nos veríamos obligados a adoptar resoluciones más graves que la de huir tapándonos los oídos...

— Ahora comprendo lo que quieres decirme: que lo mismo que a una orquesta, hay que coordinar la sociedad...

— Justamente. Y la ciencia que trata de coordinarla; es decir, de la *organización social*, es lo que se llama *Sociología*, la palabra que tanto te asustó.

— ¡Y me sigue asustando, papá! ¡Qué difícil debe ser poner de acuerdo a una sociedad! Pues, si donde hay tres personas reunidas, suele haber tres opiniones diferentes, ¿qué será en un pueblo entero?

— Por eso es preciso confiar en los que tienen más talento, sabiduría, virtud. Y acatar sus opiniones, en lugar de querer, cada uno, «salirse con la suya».

— ¡Claro! ¡Hay que obedecer al director de orquesta!

— ¡Muy bien, Cecilia! Veo que, aunque la palabra te asuste, tienes disposiciones para la Sociología. Se precisa un director de orquesta: toda sociedad requiere *un gobierno*. Es indispensable una *autoridad*. ¡Y felices los pueblos que saben darla a los hombres de mayor valer! Pero... aun antes que el hombre de la «batuta», necesitamos otra cosa, para que la orquesta se desempeñe... Piensa, Cecilia...

— ¡Ya sé! Se precisa una música escrita; la misma para todos.

— Tú lo has dicho: la misma música para todos. Pero, señalada en ella la parte de cada uno. ¡Imagínate, si al trombón se le ocurre tocar la parte del violín!

— ¡Bonita le saldría!

— Sí; y ¡bonita se pone la sociedad, cuando, en lugar de ejecutar, su correspondiente danza, quiere cada cual meterse en el terreno ajeno! De lo que no hemos hablado aún, es del autor que compuso aquella música, designando a cada uno su papel... ¿Sabes tú quiénes hacen de compositores musicales, en la orquesta social?

— ¡Eso sí que no lo sé!

— Son los *estadistas*, *economistas*, y otros sabios señores, todos terminados en *istas*... Ellos reglamentan *el estado*: señalan *su parte* a los gobernantes, al pueblo, a las riquezas y a la producción.

— Y a ellos ¿quién les enseña o los dirige?

— Les enseñan... las experiencias de otros tiempos y de otros países, que ellos deben estudiar; y el ejemplo o los escritos de otros sabios. Pero ¿sabes cuál ha de ser

su guía más importante? Un ideal de *Justicia*, al cual deben aspirar.

— ¡Ese ideal deben tenerlo todos!

— ¿Sabes, Cecilia, lo que es un *diapasón*?

— Sí; se lo he visto usar al afinador de pianos. Es una horquilla de metal que, golpeándola, da un sonido, una nota por la cual se afinan los instrumentos de música.

— Bien. La Justicia es el único diapasón por el cual pueden afinarse y ponerse de acuerdo, todos los elementos de esta orquesta que es la sociedad. La Justicia es la única medida y compás que puede poner en ella algún orden, alguna armonía.

TRABAJO Y CAPITAL

EN aquel librito titulado *Sociología cristiana*, interesaron a Cecilia y a Miguel Ángel las páginas sobre «El trabajo y el Capital». Y no es posible dejar en ayunas a los lectores de HOGAR Y PATRIA, sobre un asunto que tan directamente les toca...

¿Que no son ellos «capitalistas», ni «trabajadores» (en el sentido que aquí se da a la palabra... aunque quizá lo sean en el otro)? Es posible. Pero ¿quién se libra de ser, por lo menos, «comprador»... de un par de zapatos, por ejemplo? ¡Y el comprador de zapatos tiene su papel en la Sociología!

Ya que hemos nombrado este producto tan necesario, examinemos una fábrica de zapatos. ¿Qué es lo que ella principalmente implica? Estas tres cosas:

Primero: el dueño de la fábrica, o sea *el patrón*.

Segundo: *los obreros*.

Tercero; el comprador; es decir, *el público*.

A. — Los *patrones* ponen el *capital*. El capital es el dinero para edificar y mantener la fábrica; para comprar los cueros, las máquinas. Para pagar a los obreros. Además,

los patrones dirigen, generalmente, la fábrica; y se ocupan de que los zapatos se vendan.

B. — Los *obreros* fabrican los zapatos. Ponen, por lo tanto, el *trabajo*. (Aunque no deja de ser también trabajo el de los patrones.)

C. — Los *compradores*, ya se sabe, compran los zapatos, los usan... y los gastan, por lo general antes de lo que quisieran.

A. — Sin el dinero de los patrones, los obreros no pueden hacer zapatos.

B. — Sin los obreros, de nada sirve a los patrones montar su fábrica.

C. — Sin los compradores, inútil es que se afanen patrones y obreros.

Y sin patrones ni obreros, el comprador andaría descalzo, o con los zapatos defectuosos que, en su casa, pudiera fabricarse él mismo.

Patrones, obreros y compradores, necesitan, pues, unos de otros. Y la fábrica debe ser *un bien* para todos. Patrones, obreros y compradores tienen, por lo tanto, sus particulares *derechos y deberes*.

A. — Si los patrones quieren ganar mucho, pagando poco a los obreros, o teniéndolos en malos locales, son *injustos*. (Esto entra en los abusos del capital, análogos al abuso de la propiedad, de que ya se habló en Villa Serena.)

B. — Si los obreros quieren ganar mucho, dejando muy poco a los patrones, son *injustos*. (Ponen, además en peligro la existencia de la fábrica, sus propios medios de vida, y van contra las necesidades del comprador.)

C. — Si *el público* quiere comprar demasiado barato, de modo que la fábrica gane muy poco, es a su vez, *injusto*. (Y pone, también él, en peligro la existencia de la fábrica.)

Lo mismo que con la *profesión* de zapatero sucede con todas las demás profesiones. (La «profesión» comprende a patrones y a obreros.)

Patrones y obreros tienen interés en obtener la mayor ganancia. Y el comprador tiene interés en gastar lo menos posible. Pero *el interés* no debe nunca ser puesto por encima de *la justicia*. Y sucede esta cosa curiosa: que *el interés bien entendido coincide siempre con la justicia*.

A. — Al patrón *le interesa* que al obrero le vaya bien.

B. — Al obrero *le interesa* que al patrón le vaya bien.

C. — Al comprador *le interesa* que la fábrica marche bien.

Y no es posible que *la profesión* marche bien, si cada uno anda por su lado, y no quiere mirar sino sus particulares intereses. (Es como cuando, en la orquesta, cada instrumento toca lo que quiere, sin escuchar a los demás.)

LOS SINDICATOS

PARA evitar los «bochinchos» de que hablaba Cecilia, refiriéndose a la orquesta, y que vienen de querer andar, cada uno por su lado, existen los *Sindicatos*.

A. — *Sindicatos obreros*, son los que forman los obreros de una misma profesión, con el objeto de defender sus intereses que son: ganar un salario suficiente para el sostenimiento de su familia, y para hacer algunas economías; aprender el oficio y desempeñarlo en buenas condiciones para su salud y bienestar.

Si respetan los justos derechos de los patrones (del capital), si tienen espíritu de armonía y de paz, estos *Sindicatos obreros* son utilísimos a la profesión.

En cambio, si sólo buscan la guerra a los patrones, y pretenden ventajas injustas e irrealizables, son muy perjudiciales. No sólo para los patrones, sino también para los mismos obreros y para el comprador.

B. — Los patrones pueden, a su vez, asociarse en *Sindicatos patronales*. Juntarse, por ejemplo, los dueños de fábricas de zapatos, para defender sus particulares intereses.

Estos sindicatos son buenos, si respetan los derechos del trabajo; si tienen buena voluntad para estudiar la

situación de los obreros, y para darles una justa participación en las ganancias de la fábrica.

En cambio, si sólo buscan beneficiar a los patrones, a costa de los obreros o del público, como sucede en los *trusts*, esos Sindicatos son malos.

C. — Y, no faltan, a veces *Ligas de compradores*. (Estas tienden generalmente a favorecer a obreros y empleados.)

LAS CORPORACIONES

LA existencia «paralela» de *Sindicatos obreros* y *Sindicatos patronales*, deseosos de hallar la necesaria armonía entre «el capital» y «el trabajo», son un gran bien para la sociedad.

Donde ellos existen, se nombran representantes de unos Sindicatos y de los otros (de obreros y de patrones) y se forman *Comisiones mixtas*. Estas Comisiones tratan de resolver los conflictos del trabajo, de la manera más justa para todos. Y se ocupan de introducir, en la profesión, mejoras beneficiosas también para todos.

Así son los *Sindicatos cristianos* de Bélgica, Francia, Holanda y otros países.

La unión de los Sindicatos obreros y patronales, se llama también *Corporación*.

La obra de los Sindicatos y Corporaciones, puede extenderse como una red, por todo el país, asociándose todos los que en él existan de una misma profesión, es decir, de un *gremio*. Así se tiene lo que se llama: *la profesión organizada*.

Y de aquí puede llegarse a que Sindicatos y Corporaciones, teniendo en él sus representantes, tomen parte en el Gobierno del país.

El Papa León XIII — hace cincuenta años — se ocupó muchísimo de estas cuestiones, dándoles una enorme importancia. Él escribió que «el primer lugar en la reforma social, pertenecía a las Corporaciones obreras». Entendía, ciertamente, las asociaciones de patrones y obreros unidos.

Con espíritu de Justicia y de Paz, *la reforma social* se haría, sin violencias, por medio de un continuo perfeccionamiento... en cada uno de los instrumentistas. ¡Así, llegaríamos, por fin, a obtener, de esta complicada orquesta, una bella pieza musical!

BALADA DE DOÑA RATA

(OTROS VERSOS QUE LUISITO SABE DE MEMORIA)

Doña Rata salió de paseo
por los prados que esmalta el estío,
son sus ojos tan viejos, tan viejos,
que no puede encontrar el camino.

Demandóle a una flor de los campos:
— Guíame hasta el lugar en que vivo.
Mas la flor no podía guiarla
con los pies en la tierra cautivos.

Sola va por los campos, perdida,
ya la noche la envuelve en su frío,
ya se moja su traje de lana
con las gotas del fresco rocío.

A las ranas que halló en una charca,
Doña Rata pregunta el camino,
mas las ranas no saben que exista
nada más que su canto y su limo.

A buscarla salieron los gnomos,
que los gnomos son buenos amigos.
En la mano luciérnagas llevan
para ver en la noche el camino.

Doña Rata regresa trotando
entre luces y barbas de lino.
¡Qué feliz dormiré cuando llegue
a las pajas doradas del nido!

CONRADO NALÉ ROXLO
(Joven poeta argentino)

EL HÉROE PREFERIDO

CECILIA. — ¿Cuál es, Miguel Ángel, tu héroe predilecto?
Miguel Ángel. — Te respondo sin vacilar: es **Pasteur**, el químico francés.

Cecilia. — ¡Me lo imaginaba! Como vas a ser médico... El mío es **Cristóbal Colón**.

Miguel Ángel. — No necesito aspirar a la medicina para admirar a Pasteur. ¿O acaso tu preferencia por Colón significa que te dedicarás a descubridora?



Cecilia. — Tanto no. Pero mucho me gustaría viajar, cruzar los mares que cruzó Colón.

Miguel Ángel. — Da gracias de no ser su contemporánea; pues te será, sin duda, más cómodo un *trasatlántico* que la bonita *carabela*...

Cecilia. — ¡Eso es lo estupendo! Haberse echado al mar en semejante embarcación, sin saber de fijo con qué se encontraría... ¡Mira, si América no hubiera existido! ¡Y si la tierra no hubiera sido esférica!

Luisito. — Colón se hubiera encontrado entonces con el borde del mundo, y... ¿se hubiera caído de cabeza?

Marcos. — Se hubiera caído a la luna... Pero, ¡qué Colón ni qué Pasteur! Se los regalo, con tal de que a mí me dejen al «Brujo».

Luisito. — ¡Marcos cree en los *brujos*!

Marcos. — No creo más que en un brujo. Adivinen cuál es... Yo he leído su vida. En su tierra; una tierra que descubrió Colón...

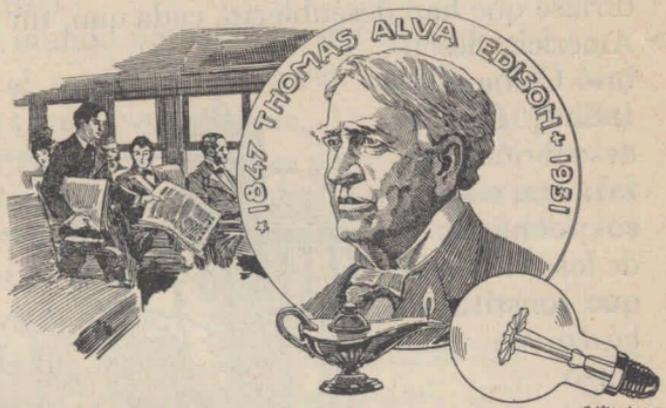
Cecilia. — Norte América...

Marcos. — Sí; en Norte América le llamaron «el brujo», por las cosas tan prodigiosas que hizo...

Luisito. — ¿Era un hombre que hizo brujerías?

Marcos. — ¡Ya lo creó que las hizo! Convirtió a una máquina en loro; convirtió a unos alambres en estrellas...

Luisito. — ¡Ya sé, ya sé! Marcos está hablando de la luz eléctrica: el alambre que se hace estrella; y del fonógrafo, que habla como un loro...



C. Wiedner

Cecilia. — Con la ventaja de que un loro rara vez nos deja bien, cuando queremos lucir sus habilidades; mientras que el fonógrafo se luce siempre que se lo ordenamos. No se hace rogar como algunos niñitos cuando les piden que reciten o que toquen alguna pieza de música...

Miguel Ángel. — O como Marcos para nombrar a su héroe, cuando ya todos sabemos quién es. Se trata de Edison, «el brujo», o «el Mago de Menlo Park», nacido en Ohío (Estados Unidos), inventor del fonógrafo, y antes, por supuesto, del teléfono.

Marcos. — ¡Lo que es Miguel Ángel no se hace de rogar, para decirnos todo un discurso... como un fonógrafo!

El papá. — Sin embargo, se olvidó de lo primero: de la bombita eléctrica, que ya no nos llama la atención, y es un invento tan extraordinario. A semejanza del Creador Supremo, Edison parece haber dicho: «¡hágase la luz!»... Damos vuelta a una llave... y la luz se hace. Por obra de

Edison, en pocos años, las ciudades, y hasta el mundo, puede decirse, han cambiado de aspecto.

Marcos. — Tú me das la razón, papá. ¿No es cierto que Edison es superior a Pasteur y a Colón?

El papá. — De los tres hombres elegidos por ustedes, diríase que han descubierto, cada uno, un mundo. Si, con la América, descubrió Colón a los Indios, Pasteur descubrió otra raza aún más insospechada: la de los *microbios*, que constituyen todo un universo.

Miguel Ángel.
— ¡Y cuánto bien ha hecho a la humanidad con su descubrimiento!



El papá. — Un bien incalculable. Las enfermedades eran antes un misterio: ¿de dónde venían? Cuando, en un pueblo, surgía una epidemia, no se sabía cómo combatirla, ni cómo evitar los contagios: sus habitantes morían como moscas. A raíz del descubrimiento de los *microbios*, Pasteur inventó las *vacunas*.

Miguel Ángel. — Si no fuera por eso ¡bonitos estaríamos, todos picados de *viruelas*!

El papá. — Por lo menos la viruela no se propaga como antes. Y aunque el descubridor de su remedio *preventivo* fué Jenner, su aplicación se perfeccionó y pudo generalizarse, apoyada en los principios de Pasteur. Como consecuencia de estos principios la *difteria* no es ya tampoco el terror que antes era para las madres. Pues, cuando no existía el *suero antidiftérico*, un niño difícilmente curaba de esta enfermedad.

Miguel Ángel. — ¡Más sensacional fué aún la vacuna contra la rabia, inventada y aplicada por el mismo Pasteur!

El papá. — El suero *antirrábico* nos libró de muchísimos horrores; pues no se conocía antes ningún remedio contra la mordedura de perros rabiosos, o de lobos rabiosos, como abundaban en Rusia.

»En cuanto al mundo descubierto por Edison...»

Marcos. — Es el mundo de la electricidad.

El papá. — Más que descubrirlo, lo ha conquistado; pues la electricidad ya se conocía. Pero era uno de los elementos del planeta aún no sometidos al dominio del hombre. No se sabía manejarla, ni aplicarla a todos los usos, como lo hizo «el mago» norteamericano.

Luisito. — ¿Y qué es la electricidad, papá?

El papá. — Se da de ella una definición que tú no entenderías... ni yo tampoco. En realidad, nadie sabe lo que es.

Cecilia. — ¡Como que no puede verse en el *microscopio*, como los microbios de Pasteur... y de Miguel Ángel!

Miguel Ángel. — Ni a simple vista, como los indios de Cecilia y de Colón...

Marcos. — La electricidad no se ve ni se oye; pero les aseguro que *se siente*. Bien que la sentí yo, cuando tocando aquel *toma-corriente* que andaba mal, me *electricé*.

El papá. — Edison ha mezclado de tal modo la electricidad en nuestra vida diaria, que nos servimos de ella casi sin darnos cuenta, como del aire, como del agua...

»Se aprieta un botón y se tiene, a su deseo, luz, calor, viento. Las distancias desaparecen. La electricidad nos traslada con rapidez vertiginosa, de un punto a otro; por agua, por tierra; mueve las máquinas más pesadas, trabaja por nosotros, cura muchas enfermedades.

»La electricidad nos hace presente lo ausente y lo pasado. Nos trae de lejos el sonido, la música, la voz humana, la escritura, la fotografía, el teatro...»

Cecilia. — El *cinematógrafo* sonoro y parlante lo pone todo a nuestro alcance. Casi no es necesario ya embar-

carse en trasatlánticos ni en carabelas, para ver las cosas de otros Continentes.

Luisito. — Yo que Colón, hubiera esperado a ver en *el cine* vistas de América, antes de embarcarme en *la Santa María*...

Marcos. — Podía Colón haber esperado, por lo menos, a que se inventaran y se construyeran vapores...

Miguel Ángel. — ¡La friolera de casi cuatro siglos! ¡Cuatrocientos años se hubiera retardado el descubrimiento de América!

El papá. — Colón no esperó los vapores. Y esto les prueba cómo los grandes hombres y las grandes ideas a todo se sobreponen. Colón realizó su enorme proeza a través de obstáculos que parecían invencibles.

»También Edison, como todos los que han hecho obra importante, tuvo sus dificultades. Su historia es de las más bonitas e interesantes, ya que él comenzó sus estudios y sus inventos siendo sólo un muchachito pobre. A todo llegó por su propio esfuerzo.»

Marcos. — ¡Eso es lo que a mí más me entusiasma!

El papá. — Lo comprendo... Edison, hijo de nuestra época, es un ejemplo admirable para todos los muchachos.

Miguel Ángel. — Pero al fin, papá, no nos has dicho cuál es el héroe que tú más admiras.

El papá. — Resumiendo cuanto hemos dicho: **Pasteur** disminuyó inmensamente la suma del dolor humano; trajo un gran alivio a nuestras dolencias, nos libró de grandísimos horrores. Y gracias a la luz que él llevó a la ciencia, los hombres se libraron de muchas creencias absurdas.

»**Edison** llenó el mundo de maravillas: iluminó las ciudades y las dotó de mil encantos. Aparte de que facilitó el trabajo; y facilitó la comunicación entre los hombres. ¡Es increíble que un solo hombre haya podido inventar tanta cosa! En una palabra: «el mago», a quien Marcos venera, nos hizo más fácil la vida.

»Pero, de elegir, preferiríamos carecer de luz eléctrica que ver morir a nuestros hijos en medio de una epidemia, o mordidos por un perro rabioso...

»Y por último: es muy explicable la preferencia de Cecilia. Pues, por la genial hazaña de Colón, estupendamente valerosa, pudo la civilización, pudo el cristianismo, llegar hasta un mundo en que reinaban el salvajismo y la barbarie. Por esta hazaña, multitudes de hombres fueron salvados, en su degeneración, de un abandono espiritual más terrible que la viruela... y que la falta del fonógrafo.»

Cecilia. — ¡Como que en el hombre lo más importante es el espíritu!

LA FANTASÍA HUMANA

HAN leído ustedes aquel cuento en que un hada regala, a una princesa, un espejo en el cual podía ver reflejado el rostro de una persona amiga, por distante que ésta se encontrara?

Ese espejo existe: es la *televisión* (es decir, la transmisión de las imágenes).

¿Leyeron el otro cuento donde un «genio» regala a un hombre una alfombrita capaz de trasladarle por los aires, a cualquier lugar?

Esa alfombrita existe: es el *aeroplano*.

En el siglo pasado se escribió un libro titulado *En el año 2000*. En él se imaginaba a un hom-



bre que clavaba en el suelo un bastón, por cuyo medio oía voces distantes.

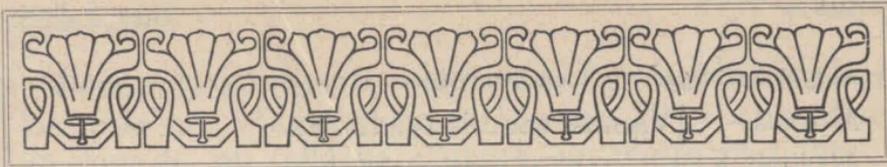
Y bien: a pesar de que aún no estamos en el año 2000, la actual *antena* de la *radiotelefonía* recoge las voces y las músicas de los puntos más distantes de la tierra.

Así, todas las fantasías de los hombres van cumpliéndose. Ante los actuales prodigios de la electricidad y de la ciencia, no pueden dejar de mencionarse las imaginaciones de Julio Verne, las cuales vemos convertirse en realidades. Hasta las maravillas de *Las mil y una noches*, que nunca pretendieron aparecer como realizables, parecen igualmente realizarse.

Pero si el espejo y la alfombrita mágicos, han llegado a ser propiedad nuestra, hay en aquellos cuentos una cosa que no lleva miras de cumplirse. Y es la de la manzana, cuyo olor volvía a la vida los moribundos. Por admirables que sean los adelantos de la medicina, los hombres siguen muriéndose.

Sin que nadie pueda contra ella, sigue cumpliéndose la vieja ley que dice: *Todo hombre morirá*. Pero en el fondo de las conciencias, hay en todo hombre la esperanza de *otra vida* en la que no exista la muerte. Y si todas las fantasías se cumplen ¿por qué dudar de esta especie de instinto de vida inmortal, de **supervivencia** del espíritu, que, desde todos los tiempos, se observó en los hombres?





EN VIAJE

LA casa está alborotada. Luisito corre del jardín a la cocina, buscando alguien más a quien dar la noticia. De buen grado la daría a las personas que pasan por la calle. Porque, en su casa, hasta al gato lo ha enterado ya:

— ¿Sabes, Minino? Estamos de viaje. Salimos el martes. Vamos a dormir dos noches en el tren que hace un *ron-ron* mucho más fuerte que el tuyo. ¡De buena gana te llevaría! Pero no quieren... ¡Qué lástima! Dicen que no te vas a portar bien. Yo sí que me voy a portar bien, para que me lleven siempre a todas partes...

A causa de un leve reumatismo, el señor Juan debe, por consejo médico, tomar algunos baños en Rosario de la Frontera. Y ha decidido partir con su familia.

Se detendrán en Tucumán, donde permanecerán algunos días. La señora Angélica está muy contenta de visitar allí a sus padres y parientes. ¡Y hay que ver el entusiasmo de los chicos!

Nunca hicieron un viaje tan largo. Y además quieren mucho a sus abuelos y primos tucumanos, los cuales suelen visitarlos, pasando algunas temporadas en la Capital.

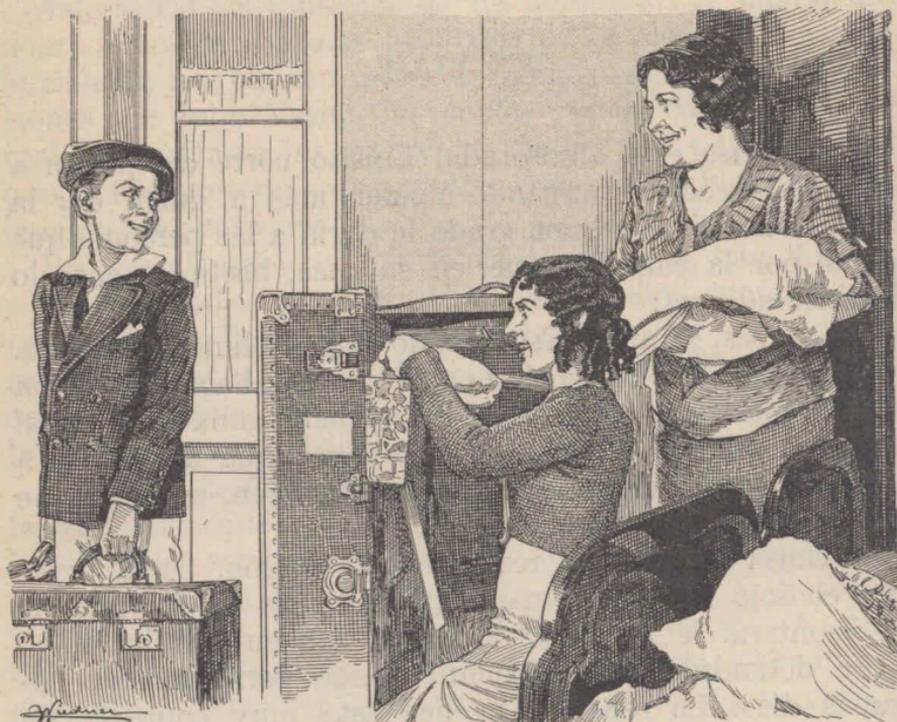
Por razones particulares no tomarán el tren directo, sino el que pasa por Córdoba, provincia que visitarán también a la vuelta.

— Lamento — dice el papá a los chicos, que saltan de alegría — la pérdida de un mes de clase. Pero este viaje les será provechoso, hasta para sus estudios. Conocerán ustedes, por sus propios ojos, una buena parte del país...

Miguel Ángel. — Conoceremos tres provincias: Salta...

Marcos. — ¡Vamos también a Salta?

Miguel Ángel. — ¡No sabes, Marcos, que Rosario de la Frontera se halla en la provincia de Salta? Pisaremos, pues, tierra salteña, y cordobesa, y tucumana...



El papá. — El tren en que viajaremos pasa, además, por el límite que separa a Catamarca de Santiago del Estero. Y ante todo por la importante ciudad de Rosario, que está en la provincia de Santa Fe.

Cecilia. — ¡Pasaremos entonces por seis provincias, y si contamos la de Buenos Aires, por siete!

El papá. — Miguel Ángel, tú que estás acostumbrado a escribir tu diario, debes tomar apuntes de todo lo que vayan viendo; así no lo olvidarán.

Cecilia. — Sí, sí; yo le voy a ayudar. Además yo sacaré vistas con mi maquina de fotografía.

Cada uno prepara su valija. Los chicos se ríen al ver las cosas que Marcos pone en la suya. Entre otras, lleva un compás, un rollo de alambre, un metro plegadizo.

— ¿Vas a trazar un plano de Tucumán? ¿Vas a medir la altura de las sierras de Córdoba? ¿O la distancia de aquí a Salta? — le preguntan.

Marcos nada responde, y añade un martillo y un paquete de clavos, seguro de que todo esto le ha de resultar útil.

Miguel Ángel trabaja por hacer caber en su propia maletilla los libros y cuadernos que quiere llevar.

Marcos. — Si te lo pasas leyendo no verás nada.

Miguel Ángel. — Habrá tiempo para todo. ¿Verdad, papá, que no se debe viajar sin algún libro?

El papá. — Claro está; porque suelen presentarse esperas durante las cuales, sin el auxilio de una buena lectura, se pierde el tiempo y la paciencia.

— Yo también llevo que leer — dice Cecilia, poniendo en su valija dos libros, junto con la máquina de fotografía, su caja de pinturas, su labor y el papel de carta para escribir a sus amigas.

En cuanto a Luisito, que está loco con la valijita nueva que le han regalado «para él solo», ha puesto en ella sus bolitas y una pelota. Y no ha olvidado sus lápices de colores y su libro de lectura de la escuela. Ha añadido un paquete de caramelos, y un trozo de goma elástica para fabricarse una honda.

— Así puedo defenderme si encuentro algún animal dañino — dice.

— No vayas a dejar tu guitarra — recomienda Cecilia a Miguel Ángel. — Trataremos de aprender los *aires* o canciones más populares de cada provincia.

La guitarra, en el estuche, les va a estorbar bastante en sus andanzas; pero los chicos aceptarían esa molestia, por amor al instrumento.

Pronto llega el anhelado día. Y diciendo alegremente a Villa Serena: «¡Hasta dentro de un mes!», la familia emprende el viaje.

TUCUMÁN

LA CASA SOLARIEGA

AL llegar a la ciudad de Tucumán, capital de la provincia del mismo nombre, los viajeros se llenaron de alegría viendo, en la estación, a todos los parientes tucumanos que los esperaban.

Se produjo, naturalmente, gran algazara. Abrazos con los abuelos, tíos y primos. En la estación misma, Manolo quería medirse con Miguel Ángel, para saber cuál de los dos había crecido más; y Julita con Cecilia.

Manolo se apoderó de la valija de Cecilia; Julita de la de Luisito; y, hablando todos a la vez, pues tenían muchísimas cosas que contarse, se dirigieron a los coches que los aguardaban.

Llegaron a la vieja casa de los abuelos. Era una amplia casa baja, de gruesas paredes. En su frente, las ventanas ostentaban rejas que, partiendo casi del nivel del suelo, se levantaban hasta tres metros de altura. Estas antiguas rejas estaban muy bellamente trabajadas.

En cuanto traspasaron la ancha puerta, y cruzaron el zaguán, un gran patio rodeado de columnas, acogió a los visitantes. Tomábase allí un exquisito olor a diamelas, a nardos, a jazmines y a azahares... Provenía, en parte, de la pequeña huerta, en el fondo de la casa, y en parte también de las macetas que adornaban el patio.

Corrieron los chicos a la huerta, y se detuvieron sorprendidos, en medio de un minúsculo bosque todo florecido de azahares.

— ¡Cuántas naranjas y cuánta naranjada... para un «futuro perfecto»! — exclamó Miguel Ángel.

Pero Manolo explicó a sus primos que aquellos árboles no eran todos de naranja. Los había de limón y alguno de «limón sutil», un limoncito apenas más grande que una cereza, con el cual se hacía allí dulce en abundancia.

— ¡Parecen limones de juguete! — dijo Luisito cuando los vió en la dulcera.

Estaban los chicos encantados con aquella espaciosa vivienda; pero, pasadas las primeras expansiones familiares, los primos tucumanos tuvieron prisa en llevar a Cecilia y a sus hermanos a conocer las cosas notables del lugar.

POR LAS CALLES

RECORRIERON, los paseantes, algunas avenidas sombreadas de casuarinas, lo mismo que de jacarandás, llamados allí «tarcos» y que, por ser la primavera, hallábanse cubiertos de flores azules.

Miguel Ángel se sorprendió del aspecto moderno de la ciudad:

— Yo creía encontrarla igual a como debió ser en tiempos de la Independencia... Como que, en el colegio, recordamos a Tucumán siempre asociada a aquella época.

Manolo le hizo observar que ya no quedaban en el centro casas auténticamente coloniales, como la que ellos habitaban. Y que, aun afuera del centro, eran escasas.

— La prosperidad moderna ha barrido con todo — dijo.

— ¡Qué pena! — exclamaron simultáneamente Miguel Ángel y Cecilia. — ¡Es tan linda y tan simpática la casa de abuelito!

Desde las calles de la ciudad, veíanse las cadenas de cerros profusamente verdes que la respaldan. Los chicos porteños mirábanlas embelesados, y no podían quitar los ojos de los altos cordones del Aconquija.

— En algunos días del invierno, se percibe muy bien la nieve que corona la montaña — explicó Julita.

— Quisiera venir en pleno invierno, para ver esa nieve — dijo Marcos.

— Y yo para cortar naranjas y limones — dijo Luisito.

— Yo prefiero haber visto los azahares — opinó Cecilia.

— Te quedas con lo bello... y Luisito con lo útil — dijo entonces Julita. Y Manolo concluyó:

— Aquí es difícil separar lo uno de lo otro. Pues en todo tiempo, nuestros árboles de naranja, de limas, de toronja, y de toda su parentela, «unen lo útil a lo agradable», como dicen nuestros abuelos. Utilísima es la sombra que ahora nos proporcionan, además del delicioso perfume.

LAS PLAZAS

COMO, en las plazas de la Independencia y de Belgrano seguían sus primos admirando los naranjos florecidos, díjoles Manolo riendo:

— Tucumán no es sólo rica en *citrónidos*... Lo es también en recuerdos históricos.

— Lo has dicho casi en verso — observó Miguel Ángel.

— Has fabricado una frase célebre, Manolo — bromeó Cecilia. — Voy a apuntarla en mi libreta.

— Bromas aparte, Cecilia ¿no te parece emocionante recordar que, en este mismo pedacito de tierra, tuvo lugar la gran pelea? — prosiguió Manolo.

— Déjame tomar olor a azahares y no me lo echas a perder con olor a pólvora — replicó Cecilia.

— Gracias a la pólvora de entonces, te solazas ahora entre los azahares, como dueña del solar que pisas. Si no fuera por la pólvora aquella, hasta los azahares que tanto te gustan serían hoy españoles...

— ¿Por qué dices eso? — preguntó Luisito.

— Porque aquí mismo tuvo lugar la famosa batalla de Belgrano...

— ¡Del simpático Belgrano, que creó nuestra bandera, la más linda del mundo! — exclamó entonces el chiquillo, para exteriorizar su patriotismo y para reparar su anterior ignorancia, demostrando que, también él, sabía algo.

En efecto, la Plaza de Belgrano se halla en el sitio — antes denominado Campo de las Carreras — donde se efectuó «la batalla de Tucumán». Después de aquella

victoria (y de otras empresas y sinsabores) volvió Belgrano a aquel lugar, donde se instaló a vivir y donde construyó la Ciudadela. Residiendo allí mismo, al saber el triunfo de su amigo San Martín en Chacabuco (1817), quiso Belgrano honrarlo, levantando la columna, recubierta luego en mármol, que los chicos vieron en la Plaza.

Recordó luego Manolo a sus primos cómo, veinte días después de la victoria obtenida el 24 de septiembre de 1812, mientras Belgrano con sus soldados seguía la procesión en honor a la Virgen de las Mercedes, vióse llegar, con su cansada caballería, al general Balcarce. Y cómo Balcarce se asoció al acto en que Belgrano entregó a la Virgen su «bastón de mando», nombrándola «Generala».

Entraron los chicos a la Iglesia de la Merced, que guarda dos banderas realistas, y miraron la varilla de marfil con empuñadura de oro, que aun se ve en manos de la imagen.

LA CASA DE LA INDEPENDENCIA

EL momento más emocionante fué el de la visita a la sala donde, el 9 de julio de 1816, se proclamó la Independencia de nuestro país.

Esta sala se halla actualmente dentro de un edificio construído, en gran parte, de cristales, que la guarda como un fanal.

Entraron todos al edificio protector. En su interior, vieron las paredes cubiertas de placas conmemorativas, llevadas allí, como homenaje, por las diversas instituciones que lo visitaron.

En cuanto al monumento histórico, desgraciadamente no se le conserva entero. Fué una casa baja, de ancha puerta enmarcada entre dos columnas retorcidas, y con techo de teja. En el frente, veíanse, a los lados de la puerta, dos ventanas, correspondientes a dos piezas abiertas a un patio interior. Cuadrando este patio, hallábase el salón en que se realizó el Juramento, y que es lo único que se conserva. Lo demás, fué demolido.

Los visitantes entraron en el salón. De sus paredes colgaban los retratos de los próceres que, en representación de los pueblos argentinos, de las Provincias Unidas, formaron aquel Congreso.

Los chicos reconocieron inmediatamente a Belgrano con su mechón sobre la frente, a Laprida, a Fray Justo Santa María de Oro. Y miraron con respetuosa curiosidad a cada uno de los nobles rostros que salían del alto cuello y



corbatín, con las consabidas patillas; o los rostros afeitados, acompañados de las vestiduras sacerdotales, que no pocos de aquellos personajes llevaban.

Manolo trató de evocar la escena que él se tenía bien aprendida:

— ¿Se acuerdan? El pueblo, que no sabía muy bien de qué se trataba, esperaba en los alrededores de «la Casa». Y adentro, estos hombres que aquí ven, estaban serios y silenciosos, conscientes de la grandeza del acto que realizaban. Laprida preguntó: «¿Queréis que las Provincias de la Unión sean una nación libre e independiente?» «¡Sí!», gritaron a su vez, y poniéndose de pie, todos los miembros del Congreso.

Al oír este relato, hecho por Manolo con voz vibrante, los otros chicos sintieron en sus corazones una fuerte emoción patriótica, y una gran admiración por aquellos hombres que parecían haber adivinado el gran porvenir de la nación argentina.

Saliendo del salón, examinaron después los dos bajo-relieves murales, representando, el uno, el acto del «¡Sí, lo juramos!»; el otro, el pueblo de Buenos Aires, frente al Cabildo, bajo la llovizna de aquel 25 de mayo de 1810.

Cecilia, que no se había separado de su maquinita, tomó, en este edificio, todas las fotografías que pudo.

Y volvieron, por fin, todos a la casa solariega, donde se les había preparado una gran mesa. Con el suculento almuerzo tucumano, en el que se pudo elegir entre las empanadas y los *tamales*, sin que faltara el *charquicillo*, repararon sus fuerzas los viajeros, que comenzaban ya a sentir un gran cansancio.

El clima templado les invitaba a una agradable siesta, en la penumbra de los dormitorios que daban al vasto patio perfumado de diamelas.

La abuela no compartió el descanso de todos antes de haber trabajado y cabeceado un rato sobre sus eternas *randas*, bonito encaje de hilo, en el que las mujeres tucumanas lucen su habilidad.



JUNTO AL MENHIR

Es interesante notar — dijo el abuelo esa tarde a sus nietos — que nuestras provincias del Norte, y muchos de sus pueblos, tienen nombres *prehispánicos*. Es decir, que conservan los que esas regiones tenían antes de la llegada de los españoles: Salta, Catamarca, Jujuy, Tucumán... Luego, Chaco, Atacama, Andalgalá, etc. Y todos esos nombres tienen algún significado, aunque a veces discutido.

Miguel Ángel. — ¿Son entonces nombres *quichuas*? Pues tengo entendido que el quichua era la lengua de los indios *calchaquíes* que habitaban estas tierras.

Manolo. — Y lo era también de los pueblos *incásicos*, es decir, pertenecientes a los incas ¿verdad, abuelito? Lo que no sé es cuál raza era más antigua...

El abuelo. — Más antiguos eran los *calchaquíes*, los cuales subsistieron al mismo tiempo que los *incas*. Pero, como la civilización de estos últimos era muy superior, se designa generalmente como «época incásica» aquella en que los incas dominaban en la América del Sur.

Marcos. — ¿Tienen, acaso, los incas algo que ver con nuestra tierra argentina? Yo creía que estaban más arriba.

El abuelo. — El imperio de los incas, cuyo centro era el Perú, extendióse hasta algunas de nuestras provincias, en las cuales dejó rastros de su civilización.

Miguel Ángel. — Yo quisiera ver algunas cosas que le pertenecieran...

El abuelo. — Entre Tucumán y Catamarca, por ejemplo, se han hecho hallazgos interesantísimos. Sepulcros con sus *momias*, de una enorme antigüedad. Y por otra parte, objetos *calchaquíes* e *incásicos*: artísticos vasos y tinajas con pinturas negras sobre fondo rojo.

Miguel Ángel. — ¿Y aquí mismo no ha quedado nada?

El abuelo. — Justamente, al hablarles de lo prehispánico, deseaba incitar la curiosidad de ustedes, porque quiero mostrarles algo muy sugestivo. Ya que dedicaron la mañana a los recuerdos de la Independencia, ahora nos remontaremos un poco más lejos...

El abuelo llevó entonces, a todos, al Parque 9 de Julio. Y allí quedáronse los chicos perplejos ante un extraño monumento que llaman **el menhir**, palabra que significa *piedra larga*.

Trátase de una piedra de un poco más que el alto de un hombre. Su aspecto tiene, además, algo de humano. Y los chicos vieron que toda ella estaba labrada de enigmáticos signos.

— Esta piedra — explicó el abuelo — existía en el valle de Tafí; fué trasladada a este lugar cuando las fiestas del Centenario de la Independencia (1916).

Miguel Ángel.
— ¿Y qué quieren decir esos signos de que está cubierta? ¿Son simples adornos? ¿O son acaso inscripciones?

El abuelo. — Esos signos, nadie, nunca los ha podido descifrar.

Marcos. — ¡Qué lástima que los hombres civilizados hayan sido tan malos con los indios! Aunque no fuera más que para que nos explicaran estas cosas, no debían haber terminado con ellos.



El abuelo. — Posiblemente, tampoco los indios que habitaban aquí al llegar los españoles, hubieran podido aclarar nada. Quizá se trata de algo mucho más antiguo... En Bolivia están actualmente desenterrando *monolitos* muy semejantes a éste; pero de tamaño mayor. ¿Supongo que saben lo que es un *monolito*?



Marcos. — *Mono* quiere decir *uno*...

El abuelo. — ¿Y *lito*?

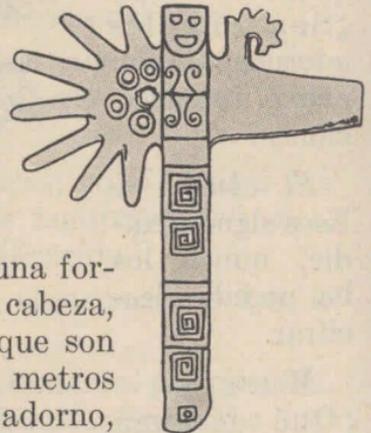
Manolo. — Yo sé. *Lithos* es una palabra griega que significa *pedra*.

Abuelo. — *Monolito* es un monumento construido de una sola *pedra*. Los recientemente descubiertos en Bolivia, se atribuyen a épocas remotísimas; por cierto muy anteriores a los incas...

Manolo. — ¿*Prehistóricas*, entonces, abuelito?

Abuelo. — En realidad, todo lo americano anterior a los españoles, pertenece a lo prehistórico. Es decir, a aquello sobre lo que no hay crónica escrita. Pues aunque nos hayan llegado muchas inscripciones indias, sucede con todas ellas lo que con este *menhir*: nadie ha podido descifrarlas...

Miguel Ángel. — ¿Los de Bolivia tienen los mismos dibujos que éste?



El abuelo. — Aquéllos ostentan una forma humana más definida: cara, cabeza, cuerpo, y hasta manos. Créese que son *ídolos*. Hay uno que mide siete metros de altura. Tiene grabadas, como adorno, muchas cabezas de cóndores. Y los propios ojos del ídolo están dibujados — o mejor dicho, tallados en la misma *pedra* — con el añadido de unas alas.

Cecilia. — ¡Qué lindo símbolo! ¡Tener alas en los ojos! ¡Alcanzar con los ojos todas las alturas... hasta lo que nadie en este mundo ve!

El abuelo. — En efecto: eso de la vista alada es muy significativo; y Cecilia le ha dado una espléndida interpretación. También parece aconsejarnos, ese ídolo, que pongamos siempre los ojos en las cosas elevadas: en todo lo moralmente y espiritualmente bello, que tan bien representado está en la bóveda celeste.

LOS AEROLITOS

DE vuelta a la casa; continuaba la interesante conversación iniciada junto al *menhir*.

— Cecilia — dijo Marcos — quiere ver... hasta lo que no se ve. A mí, el menhir me ha picado de tal modo la curiosidad, que me contentaría con saber qué quieren decir aquellos garabatos...

Abuelo. — Dedícate a estudiar las antigüedades de nuestro continente, y quizá descubras el secreto. Pero, por ahora, está tan escondido como si aquellos rasgos hubieran sido trazados por habitantes de otro planeta.

Manolo. — ¿Es decir, como si en lugar de ser aquello un *monolito*, fuera un *aerolito*?

Cecilia. — *Aer*, aire; *lito*, piedra. *Aerolito*: piedra que viene por el aire. ¿Han visto que esta vez soy yo la sabia?

Luisito. — ¿Cómo? ¿Hay piedras que vuelan?

Miguel Ángel. — Piedras que *caen* de las estrellas...

Cecilia. — Vistas desde las estrellas parecerá que vuelan...

Manolo. — Sí; esas son las cartitas que se nos mandan, desde los otros mundos...

Marcos. — Cartitas un poco pesadas, que pueden matar al destinatario.

Abuelo. — Y que, para peor, vienen en blanco. Jamás se vió un aerolito con inscripciones.

Cecilia. — ¡Qué interesante sería que nos llegara uno, todo escrito!

Miguel Ángel. — Nos moriríamos de curiosidad; porque me parece que tendríamos menos probabilidades de entender su contenido que el de este misterioso *menhir*.

Luisito. — Estoy muy aburrido... ¿Por qué hablan de cosas tan difíciles, que yo no entiendo?



Julita. — Yo te voy a explicar, Luisito. ¿Has visto, de noche, lo que llamamos *exhalaciones*?

Luisito. — ¿Estrellitas que cruzan el cielo y que parece que se caen?

Julita. — Bueno; esas son las cartitas que dicen los chicos que, desde otros mundos, nos llegan a la tierra.

Marcos. — Por «correo aéreo», por supuesto.

Luisito. — Yo no he recibido ninguna... ¡Qué lástima!

Manolo. — Son como chispas que saltan del fuego de los soles...

Luisito. — ¡Ah! Ya sé; al llegar a la tierra, se convierten en bichos de luz ¿verdad?

Julita. — ¿En luciérnagas? ¡Qué bonita idea! A lo mejor es así... Pero, lo que sabemos de cierto es que esas chispas que dice Manolo, que esas exhalaciones, se apagan en el camino...

Miguel Ángel. — Y al llegar aquí abajo son piedras enormes. Por eso decía Marcos que eran cartas pesadas.

Julita. — ¿Has comprendido, Luisito? Los aerolitos son, pues, algo como rocas desprendidas de los astros, y que caen a nuestro mundo.

Abuelo. — A veces han caído como lluvia de piedras de no gran tamaño. Esas piedras suelen también desmenuzarse, al atravesar el espacio, y caer hechas casi polvo; y por lo tanto, pasar inadvertidas. Además, no siempre los aerolitos son de piedra.

Manolo. — Yo he estudiado que los hay metálicos.

Abuelo. — Y nos han caído algunos en forma de bolas de cristal.

Marcos. — ¡No quisiera recibir semejante bolazo en la cabeza!

Abuelo. — Se cree que una gran piedra que veneran los mahometanos en la Meca, es un aerolito. Pero también a nosotros nos hizo el cielo su regalo. Hubo, en el Chaco, el aerolito de Otumpa, que quedó medio enterrado al caer. Los indios debían conocer su origen, pues, desde tiempo inmemorial, llamaron a ese sitio «campo del cielo». Y a una estación actual, próxima de aquel paraje, se le puso, por el mismo motivo, el nombre de *Aerolito*.

Marcos. — Y al fin... ¿quién sabe si este menhir no ha caído también del cielo?

Abuelo. — Hay demasiadas pruebas en contra. Y como ya lo dije: jamás nos cayó un aerolito con inscripciones... ni con figuras grabadas, de ninguna especie.

Manolo. — ¡Eso sí que sería una misiva de habitantes ultra-terrestres! ¡Eso sí que sería una prueba de haber otros mundos habitados por seres inteligentes!

Abuelo. — Esa prueba no nos ha llegado. Ni ninguna otra. Los aerolitos sólo nos traen noticias de algunas subs-

tancias existentes en aquellos mundos lejanos; como ser el hierro y el cristal. Y hasta ahora no nos trajeron la muestra de ninguna materia que nos fuera desconocida; es decir que no exista también en la tierra.

He aquí cómo esta conversación, que comenzó remontándose en el tiempo, terminó remontándose en el espacio. Para cualquier lado que se mire, ¡cuántas cosas interesantes se ofrecen a nuestro estudio! Dan deseos de saberlo todo...

LOS NARANJALES

A uno y otro lado de la vía,
o a la vera del río, en la llanura,
despliegan su mirífica hermosura
los naranjos en flor, a mediodía.

Tiene algo de solemne su armonía
y sugestión de encanto su espesura;
en la umbría amorosa: ¡qué dulzura!
y en el casto azahar: ¡cuánta alegría!

Cuando ya en pleno Mayo las naranjas
anuncien auspiciosas en las granjas
de Germinal el triunfo esclarecido,

dirijamos al sol nuestras canciones
y elevemos a Dios los corazones:
la promesa del árbol se ha cumplido!

LUIS FERNÁNDEZ DE LA FUENTE.

EL EDÉN AMERICANO

A pesar de su pequeñez, la provincia de Tucumán reúne los más variados aspectos de la naturaleza. Hay allí montañas y llanuras. Crúzana, en todos sentidos, ríos correntosos y arroyos transparentes, y no le faltan tampoco lagunas tranquilas.

Las nieves que perpetuamente cubren las cimas del Aconquija — las cuales alcanzan a más de cinco mil metros — contrastan con el clima caluroso de las llanuras.

Y la tierra tucumana, no es sólo de una fertilidad extraordinaria, sino que su vegetación es de las más variadas que existan. Aparte de la famosa caña dulce, produce la provincia toda clase de cereales, viñas, frutas, arroz, y muchos productos de los trópicos, como el café y el algodón.

Los chicos han leído esto en los libros; pero han necesitado ver con sus propios ojos aquella tierra, en algunas excursiones realizadas por el campo que rodea a la ciudad, para exclamar entusiasmados:

— ¡Con razón se ha dicho que Tucumán es «el jardín de la república»!

— Sarmiento lo llamó también «el Edén americano» — añadió Julita con orgullo.

— ¿Y por qué no dicen que es *la confitería del mundo*? — preguntó Marcos. — Eso sería más justo.

— Es más que todo eso — afirmó Manolo, que jamás olvidaba sus sentimientos patrióticos. — Tucumán ha producido algo más que golosinas: es, puede decirse, *la usina de nuestra independencia*.

El abuelo. — Belgrano la llamó: «cuna de la libertad y sepulcro de los tiranos».

Cecilia. — Al parecer, Tucumán es un personaje lleno de títulos de nobleza; cada uno de ustedes le da uno nuevo. Yo no quiero ser menos, y declaro que es... *una dulce princesa, vestida de verde, con un collar de esmeraldas y una diadema de perlas...*

Julita. — ¡Muy bien, Cecilia! Claro: la diadema de perlas es la nieve de las cumbres; el vestido verde, todo su suelo, y el collar de esmeraldas, los cañaverales...

En efecto: entre los distintos verdes de aquella riquísima vegetación, brillaba, más claro, el de los cañaverales separados en grandes cuadros, como preciosas piedras rectangulares.

Parecía, además, que la ciudad misma estaba a punto de ser invadida por aquel mar color esmeralda. Pues los extensos plantíos comenzaban ya en sus bordes, para llenarlo todo, hasta el horizonte, por cualquier lado que se mirase. Y no sólo llenaban las llanuras, sino que trepaban también por las colinas.

Pero nada maravilló a los viajeros como los árboles gigantescos, cuyas ramas extendidas formaban una leve techumbre sobre los caminos, en las afueras y hasta en las puertas mismas de la ciudad.

— Es una invitación a entrar en las selvas, la que estos árboles nos hacen — dijo el abuelo. — Ellos son los «heraldos» con que las selvas se anuncian a los ciudadanos.

Los excursionistas atravesaron los campos perfumados de aromos completamente florecidos. Y, por caminos a cuyos lados florecen también las plantaciones de naranjos, acercáronse a los cerros. Cruzaron las lomadas, y más arriba, vieron al preciosísimo lapacho. Este enorme árbol no sólo se cubre totalmente de flores color rosa, sino que las esparce a sus pies.

— Parece que una de las nubes color rosa que estamos viendo en el poniente, se hubiera caído al suelo — dijo Cecilia.

— Y en los cerros, no sólo una nube, ¡todo un arco iris, se ha caído! — contestó Julita.

En verdad; el blanco, el oro, el azul y el rosa de las flores engarzábanse en el verde feracísimo de los cerros.

El abuelo quiso que examinaran de cerca un ejemplar del *pacará*, árbol inmenso, no sólo en altura, sino también en la extensión horizontal de sus ramas.

— Debajo de uno solo de estos árboles — refirió el abuelo — pudo descansar Belgrano con todo un regimiento.

— ¿No temían que el pacará oyera sus planes? Porque el árbol sería todo oídos..., es decir, todo orejas...

Esto dijo Marcos, porque en Buenos Aires, habían conocido este árbol, en pequeño, con el nombre popular de «árbol de orejas de negro». Sus semillas se hallan, en efecto, en una envoltura dura y negra, de forma parecida a la de una oreja.



Las avanzadas de la selva

¿CÓNDORES O COTORRAS?

VARIADÍSIMOS son también en Tucumán los animales, especialmente los pájaros.

Un día vieron, de pronto, los chicos, que un árbol se llenaba como de nuevas hojas verdes que le llovieran del cielo. Hojas más murmuradoras, por cierto, que las de árbol ninguno movidas por la brisa.

Era una bandada de pequeños loros que, una vez acampados en las ramas, armaron una bulliciosa algarabía.

— Yo creo que nuestros abuelos exageran cuando aseguran que somos una bandada de cotorras, o de loros — dijo Cecilia, que veía y oía esto por primera vez.

Marcos. — ¡Quién sabe! Acuérdate de nuestra llegada, en la estación. Pero ahora renuncio a ser loro, y hasta a ser Marcos. ¡Quisiera cambiarme por un cóndor, de los que, según dicen, hay también aquí!

Manolo. — ¿Para llevarte en tus garras algún loro?

Julita. — ¡Pobrecitos loros! ¡Si son como nosotros: alborotadores, pero inofensivos!

Cecilia. — Y alegran con su cháchara...

Julita. — Lo mismo que nosotros.

En ese momento, como si un repentino ventarrón sacudiera el árbol y le arrancara las hojas postizas, volaron, esparciéndose por el aire, las aves bulliciosas.

Marcos. — Los loros no vuelan bastante alto. Quisiera ser cóndor para llegar a la cumbre del Aconquija...

Julita. — ¿A pesar de la nieve que allí hay? Se está mejor con la nieve de aquí abajo, que no hiela y tiene rico olor...

Marcos. — ¿Los azahares? Te los regalo. Yo prefiero la nieve verdadera...

El abuelo. — Podrías contentarte, Marcos, con volar hasta Villa Nougés, que está en el cerro de San Javier, a 1.200 metros de altura. Desde allí abarcan los ojos la ciudad entera de Tucumán y parte de la provincia, con

su red de aguas — ¡sus 25 ríos! — con sus plantíos regulares como mosaicos, y con las selvas que la rodean. Es una vista maravillosa, que no cansa jamás. Del otro lado, separado por cerros y por valles, está el Valle de Tafí...

Luisito. — Yo creía que *el tafi* era un queso...

El abuelo. — El queso de Tafí es justamente el que se hace en aquel valle. Allí, lo mismo que en Villa Nougés, veranean muchas familias que van en busca de fresco, durante los meses de excesivo calor en la ciudad.

Marcos. — Sigo con mi idea; preferiría veranear en la punta del Aconquija. ¡Helados gratis todos los días!

Julita. — Pero sin azúcar... Somos generosos; les cedemos la cumbre a los cóndores y a ti. Nosotros nos vamos a Villa Nougés...

Marcos. — Con las cotorras...

Julita. — ¡Con tal de tener alas..., aunque sean de cotorra!

LOS LOROS

Queo, queo, la lorada
viene quién sabe de dónde.
Queo queo, le responde
el eco de la quebrada.

Llegan al rayar el día
de las remotas llanuras,
cantando por las alturas
su férvida letanía.

Y piden en su esperanto
al sol que les mueve el ala:
— ¡Danos hoy frutas de tala!
¡Queo queo, Santo, Santo!

El decano de la grey
adelante el rumbo marca,
pues conoce la comarca
desde los tiempos del rey.

Sobre la loma amarilla,
queo, queo, queo, queo,
con afanoso aleteo
cruza la verde pandilla.

Y en el vértigo del vuelo,
caen tras la curva falda,
como ramos de esmeralda
de las florestas del cielo.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

Esperanto. — Nombre de un idioma que se quiso inventar, con el propósito de que fuera comprendido por los hombres de todas las naciones

Decano. — El más viejo y de mayor ciencia y experiencia.

JUAN CARLOS DÁVALOS. — Autor contemporáneo, nacido en Salta, que ha escrito sobre las costumbres y las tradiciones de su provincia, más en prosa que en verso.



LA BIBLIOTECA DE MANOLO

MANOLO está orgulloso de su pequeña biblioteca. Lleno de satisfacción, la muestra a sus primos. También ¡su trabajo le ha costado!

— No he juntado todo esto en un día, por cierto — dice. — Primeramente, año tras año, he ido cuidando y guardando todos mis libros de estudio.

Marcos. — ¡Los libros de estudio! ¡Vaya una biblioteca divertida! Si quieres aumentarla, te regalo los míos...

Manolo. — Hay libros que, mientras los usaba en el colegio, tampoco yo los quería mucho; y ahora los miro con simpatía. Al interés que por sí mismos tienen, se añade para mí el recuerdo...

Marcos. — ¡Algunos de mis libros no me recordarían sino penitencias, Manolo!

Manolo. — Con penitencias y todo, se les va tomando cariño, Marcos; ya verás. Ahora me río yo de los *dísticos* que de más chico les componía...

Julita. — ¿Qué son *dísticos*?

Manolo. — Son dos versos con la misma *rima*, que expresan una idea completa. Pueden ser de diferente *medida*, pero yo trataba de que tuvieran la misma. Hay refranes en forma de *dístico*; por ejemplo:

En boca del mentiroso,
lo cierto sale dudoso.

Miguel Ángel. — Apuesto a lo que quieran, que Manolo rimaba *gramática* con *antipática*.

Manolo. — No se necesita ser muy lince para adivinarlo...

Cecilia. — Sin embargo, tendrás que reconciliarte con la gramática, puesto que vas a ser escritor.

Manolo. — No tendré más remedio. ¡Con decirte que suelo ya consultarla, sin que nadie me obligue!

Cecilia. — (Abriendo un texto y leyendo.) Te permitías algunos chistes ¿eh?

Gracias a la astronomía,
distingo la noche del día.

Manolo. — He ahí dos versos mal medidos. El segundo tiene una sílaba más que el primero.

Miguel Ángel. — (*Abriendo otro libro.*) Y he aquí otros muy bien medidos:

Aunque mucho progreso en ciencias naturales,
en ellas me superan los mismos animales.

▣ *Cecilia.* — Bien medido el dístico; pero pésimamente medida la inteligencia de Manolo. Por poco que sepa de

aquellas ciencias, ha de saber más que una lagartija...

Manolo. — ¡Quién sabe! Yo ignoro de qué se alimenta la lagartija, y cualquier lagartija tiene una completa instrucción en la materia...

Miguel Ángel.

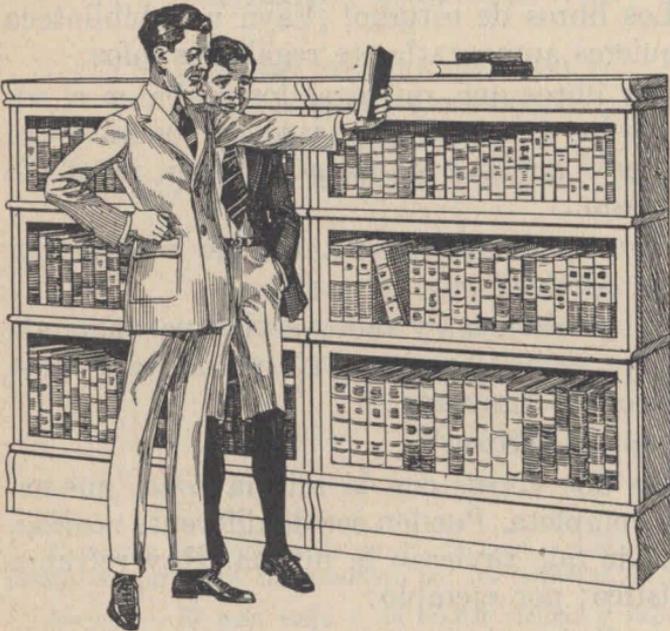
— ¡Oh! Los animales saben, a veces, más que los médicos. Los gatos, cuando están enfermos, conocen perfectamente las hierbas que les convienen como remedio. ¿Nunca vieron un gato mascando pasto?

Marcos. — Lo que no he visto nunca es un gato leyendo; ni siquiera lo que de ellos dicen los libros de Historia Natural...

Julita. — ¡Qué poco curiosos!

Manolo. — ¿Y tú? ¿Abres por curiosidad una Anatomía?

Marcos. — Es que yo, para esa clase de libros... soy como el gato. ¡Felizmente tienes aquí, Manolo, otros libros que no son de estudio!



Manolo. — Y no son los que menos me enseñan...

Miguel Ángel. — Claro; no es necesario que el libro sea un texto de Anatomía, para que en ellos aprendamos a conocernos.

Cecilia. — Como que no somos tan sólo animales. Y si la Anatomía nos habla de nuestro cuerpo, hay muchos otros libros que nos hablan de nuestro espíritu...

Marcos. — (*Tomando un libro del estante.*) No me vas a decir que estos cuentos te enseñan gran cosa...

Manolo. — ¡Los cuentos de Andersen? ¡Ya lo creo que me dan preciosas lecciones! El que sabe leer, saca siempre provecho de los libros bellos...

Marcos. — ¿Se te contagia la sabiduría de los buenos autores?

Manolo. — Claro que sí. Aquello de «dime con quién andas y te diré quién eres», se aplica también a los libros. Hay que andar en compañía de las buenas obras, en lugar de leer todas las tonterías que salen en las revistas...

Julita. — Las revistas son más fáciles de conseguir.

Manolo. — Quien tiene amor a los libros se ingenia para conseguirlos. Algunos de éstos los he comprado yo...

Marcos. — ¿Eres capitalista?

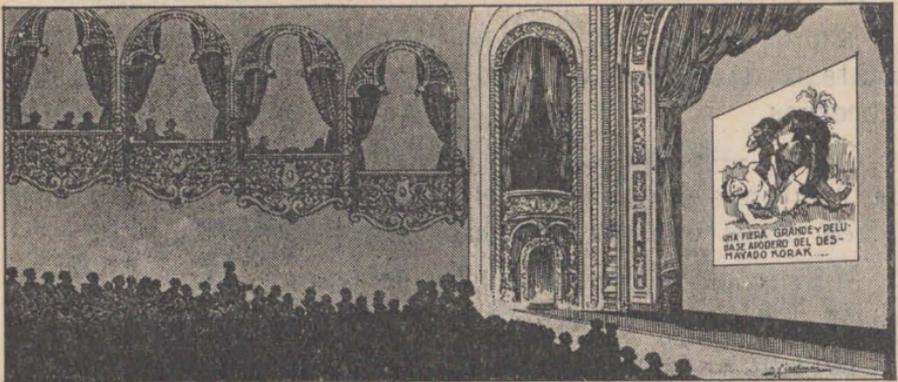
Manolo. — Bien sabes que no. Mira: este volumen, por ejemplo, me representa el haberme privado de una ida al cinematógrafo. Estos otros me los han regalado...

Marcos. — ¡A mí no me regalan tantos libros!

Manolo. — Porque saben que prefieres otras cosas. En cuanto a mí, todos conocen mi afición. Cuando me ofrecen un regalo, yo pido siempre que sea un libro. Me gustan los libros bien encuadernados y bien ilustrados...

Marcos. — ¿Qué quiere decir eso?

Manolo. — *Ilustraciones* son los grabados. Hay muchas cosas de las que nunca podríamos tener una idea clara, si no las viésemos dibujadas. Así, las figuras nos *ilustran*, a la vez que adornan el libro,



LOS LIBROS, EL CINE, LA RADIO

MARCOS. — Yo prefiero ir a *ilustrarme* al cinematógrafo. Tú, Manolo, dices que te privas de él alguna vez por procurarte un libro... Pero nunca tendrás un libro con tantas *ilustraciones* como las que en un *film* pasan ante tus ojos...

Manolo. — *Pasan* ante mis ojos; pero no puedo llevarmelas a casa. Y no sólo pasan, las figuras del cine, sino que desaparecen demasiado rápidamente. Mientras que en los grabados de los libros — que se están muy quietecitos — puedo detenerme cuanto quiera; puedo volverlos a tomar...

Abuelo. — Además, si hay cosas que, para entenderlas, es preciso verlas dibujadas, otras hay que es indispensable verlas escritas...

Julita. — ¿Y si las oímos en el cine *parlante*, o por la radio, abuelito?

Marcos. — A mí me parece que habiendo cine y radio, ya no hacen falta los libros.

Miguel Ángel. — La radio tiene el mismo inconveniente que dijo Manolo del cine: que no puede detenérsela; y si hay algo que no hemos entendido bien...

Abuelo. — No debemos, por cierto, desdeñar ningún medio de aprender, o de gozar del arte. El **cinematógrafo**

y la **radiotelefonía** pueden ser un gran complemento a la educación, cuando los hay buenos para este fin.

Cecilia. — Es claro: con la radio se aprende por los oídos; con el cine por los ojos; y cuando es *parlante*, a la vez por los ojos y por los oídos...

Abuelo. — Pero **los libros** hablan más directamente a la inteligencia.

Julita. — A mí me impresiona más lo que veo en «la pantalla».

Abuelo. — El cine y la radio impresionan en el momento; pero los libros incitan mucho más a la reflexión...

Julita. — Y para la música ¿no es lo mejor, la radio?

Abuelo. — Agradecemos la facilidad con que la radio nos la proporciona. Pero eso no reemplazará nunca a la música que directamente ejecutamos en el piano, en la guitarra, con nuestro canto... Podemos entonces estudiarla, repetirla, producirla a nuestro gusto. Y es el modo como la gozamos más.

Manolo. — El cine y la radio son máquinas manejadas por otros; los instrumentos musicales y los libros son máquinas manejadas por nosotros mismos...

Abuelo. — ¡Muy bien dicho, Manolo! Y aquello que nos vemos obligados a manejar nosotros mismos, ejercita mucho más nuestra inteligencia.

Manolo. — Además, no siempre tenemos a mano la radio ni el cine; y rara vez podemos elegir las vistas o piezas del todo a nuestro gusto, como podemos elegir los libros...

Abuelo. — Los libros son buenos compañeros para todos los momentos. Nos acompañan en los viajes, en las enfermedades, en la soledad... No nos exigen nada; podemos tomarlos, dejarlos, volverlos a tomar...

»Ni la radio ni el cine reemplazarán jamás a los libros, principalmente en cuanto al desarrollo de la inteligencia, como ya lo dijè. Pues nada ayuda a pensar como un buen libro. Y es necesario *aprender a pensar*. Sólo así sabremos obrar convenientemente en todas las circunstancias de la vida.»



Martín Gil



Domingo F. Sarmiento



Carlos Octavio Bunge

EL CATÁLOGO

¿Cómo haces para tener tus libros tan en orden, Manolo? —le preguntan sus primos.

— Aquí está mi secreto — responde Manolo, alargándoles un cuaderno. — He aquí el *Catálogo* de mi biblioteca.

En el cuaderno, los libros estaban *catalogados* por estantes. Los del último estante eran textos de estudio en general. Los del anterior, contenían gramáticas y otros libros para aprender idiomas. Y no faltaba allí un buen diccionario de nuestra lengua.

Luego venía la lista detallada de las obras *literarias*, que ocupaban los otros dos estantes. En ella leyeron los chicos los nombres de algunas novelas de Julio Verne, otros de exploradores del África, del Brasil, del polo. Luego venían: *La cabaña del tío Tom*, *Fabiola o las Catacumbas*, *Robinson Crusoe*, *Don Quijote de la Mancha*, *la Ilíada*, *la Odisea*.

— A los libros universalmente conocidos, no les pongo el nombre del autor — explicó Manolo.

Y siguieron leyendo el catálogo, en el que figuraban algunos Cuentos fantásticos, *Sin familia*, por Héctor Ma-
lot, *La conquista del fuego*, por J. H. Rosny, *David Cop-
perfield*, por Dickens, *La isla del tesoro*, por Stevenson,
Los caballeros de la tabla redonda, por Tennyson, *Azaba-*

che (historia de un caballo), *Picciola* (historia de una planta), *Cuentos*, de Luis Coloma, *Recuerdos de provincia*, por Sarmiento, etc.

— Miren esta página, y verán que tengo también algunos libros serios — dijo Manolo, dando vuelta a la que sus primos leían.

Allí figuraban: *La juventud*, por Carlos Wagner, *El Carácter*, por Smiles, un libro titulado *Maravillas de la Naturaleza*, otro



Edmundo de Amicis



Luis Coloma

La mecánica al alcance de todos, etc.

— Y aquí — añadió Manolo, — verán algunos libros escritos por autores argentinos de ahora: *Cuentos de la selva*, por Horacio Quiroga, *Ráfaga heroica* (versos), por Sara M. de O. de Cárdenas, *Teatro infantil*, por Berdiales, *Oro, incienso y mirra* (*), *Modos de ver*, por Martín Gil, *Camperas*, por Jerónimo del Rey, y tres novelas históricas de Hugo Wast: *Myriam la conspiradora*, *El jinete de fuego* y *Tierra de jaguares*.



Julio Verne



Daniel Defoe

— También tiene Manolo algunas *Antologías* — dijo Julita.

— ¿Qué quiere decir eso? — preguntó Marcos.

— Son trozos escogidos, de distintos autores. En prosa y en verso. Julita sabe de memoria muchas de estas poesías.

(*) Por la autora de HOGAR Y PATRIA.

— ¿De modo que su cabeza es también un tomo de «Poesías escogidas»? — dijo Cecilia.

— ¡Claro que sí! — respondió Julita. — Y si quiero me convierto en una radio... A mí me gustaría el oficio de *speaker*, en una oficina radiotelefónica; más por cierto que el de *bibliotecario* que ha elegido mi hermano.

— ¿Y qué haría el *speaker* sin biblioteca? — replicó Manolo. — Quizá no tuviera nada que decir...

— ¿Por qué? — preguntó Marcos. — Puede inventar cualquier cosa...

— Para inventar algo que valga la pena de ser escuchado es necesario haber, primeramente, aprendido muchas cosas en los libros — explicó Manolo.

— ¡Oye, bibliotecario! — exclamó Marcos. — Te hemos preguntado cómo haces para tener tan en orden tus libros, y nos muestras un cuaderno. Es posible tener un cuaderno muy ordenadito y una biblioteca toda revuelta.

— Es que yo no tengo el cuaderno por un lado y la biblioteca por otro. De cuando en cuando, confronto mis apuntes con los libros, para ver si están en su sitio, o si me falta alguno, en cuyo caso lo busco. Cuando los presto, mis amigos, viendo cómo cuido yo los libros, me los cuidan también, y me los devuelven puntualmente.

LA LECTURA

MANOLO. — En las primeras hojas de mi catálogo he copiado algunos pensamientos sobre la lectura. Tenía, claro, que comenzar con algo de mi ilustre comprovinciano, Nicolás Avellaneda:

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu.

Cecilia. — (*Leyendo.*) — ¡Cómo me gusta este otro pensamiento! Escuchen:

Puede decirse al lado de una tumba: no me responde pero me oye; y leyendo ciertos libros: no me oyen, pero me responden. (Madame Swetchine.)

Miguel Ángel. — ¡Qué cierto es! ¡Tantas veces los libros aclaran nuestras ideas, resuelven nuestras dudas! Nos responden, a veces tan bien, que parece que oyeran nuestras preguntas.

Cecilia. — (*Sigue leyendo:*)

Los libros nos dan consejos que no se atreverían a darnos nuestros amigos. (Numa.)

Miguel Ángel. — O que, viniendo de nuestros amigos, no los tomamos en cuenta; mientras que si van firmados por un sabio, tenemos motivos de creerlos buenos...

Cecilia. — (*Leyendo:*)

Cuando te asedie un mal pensamiento lee un libro bueno. Cuando estés triste, lee un libro alegre. Cuando estés aburrido, lee un libro interesante. La bondad, la alegría o el interés de la lectura curarán tu pasión de ánimo. (Carlos Octavio Bunge.)

Manolo. — El doctor Bunge fué un escritor argentino contemporáneo. De él es uno de mis libros favoritos: *Nuestra Patria*. Lee, Cecilia, el último párrafo copiado. Es de un ilustre educador Francés: Fenelón.

Cecilia. — (*Terminando la lectura:*)

Los que saben ocuparse en cualquier lectura útil y agradable, jamás sienten el tedio que devora a los demás hombres, aun en medio de los placeres.

Manolo. — Ya ven: quien tiene gusto por la lectura no envidiará las diversiones de los otros. Y gracias a las *Bibliotecas populares*, la lectura está al alcance de todos.

Miguel Ángel. — Tanto tu biblioteca como tu *Catálogo* merecen nuestras felicitaciones, Manolo.



APRENDER A PENSAR

LEER ES APRENDER A PENSAR. — Ha dicho bien el abuelo. Pero así como dejar vagar la imaginación no es *pensar*, tampoco es aprender a pensar, el leer «sin ton ni son».

Antonio cree que lee mucho, porque hojea cuanta revista popular le cae a la mano. Pero ¿qué tiene esto que ver con el acto reflexivo de una buena lectura?



Antonio se entera de *las cosas que pasan...* Pero ¿se entera, acaso, de *las que no pasan?*

Estas son las verdades morales y las verdades científicas, las cuales no cambian, aunque sólo vayan conociéndose de a poco. Ellas son, al fin, las únicas que importan. Y no suelen encontrarse en las revistas callejeras...

No se trata de *leer por leer*. ¡Hay tanto papel impreso, cuya

única utilidad sería el servir para el fuego!

Ser buen lector no significa, pues, leer cualquier cosa y de cualquier manera. Dice el filósofo Balmes: *En la lectura debe cuidarse de dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien.*

ESCOGER BIEN LOS LIBROS. — Si elegimos con cuidado el traje o la corbata ¿hemos de confiar al acaso nuestra lectura, vestido y adorno de nuestro espíritu? ¡Y más aún: su alimento!

Si nos presentan un plato, diciéndonos que en él hay veneno, nadie querrá probarlo. En muchos libros hay veneno para el espíritu, para la inteligencia, para el corazón... que valen más que el cuerpo.

¿Por qué, entonces, los cuidamos menos? ¿Y por qué nos asusta más una mala comida que un mal libro?

Además ¿por qué iríamos a elegir una ponzoña, habiendo tantas buenas frutas que gustar? ¡Hay tantas cosas lindas y buenas para leer! Es cuestión de *saber elegir*.

Un niño, poco conoce; necesita de los mayores para escoger su lectura. Pero, así como no preguntaremos a un deshollinador qué nos conviene comer (está la mamá que entiende en esto, y el médico, en caso de enfermedad), tampoco, para el alimento espiritual, nos hemos de guiar por la opinión del primer venido. ¡Consultemos a quien sea capaz de juzgar!

·LEER BIEN. — No basta con saber elegir los libros: hay que saber también leer. Y esta es una ciencia como cualquier otra. Hay que *cultivar* el gusto por la lectura. ¿Cómo? Leyendo un poco cada día.

No aprovecha al cuerpo comer desmedidamente un día, y ayunar al siguiente. Tampoco aprovecha al espíritu leer un día mucho y otro nada.

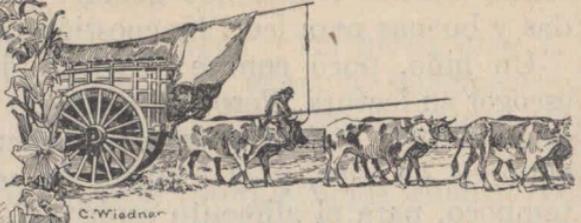
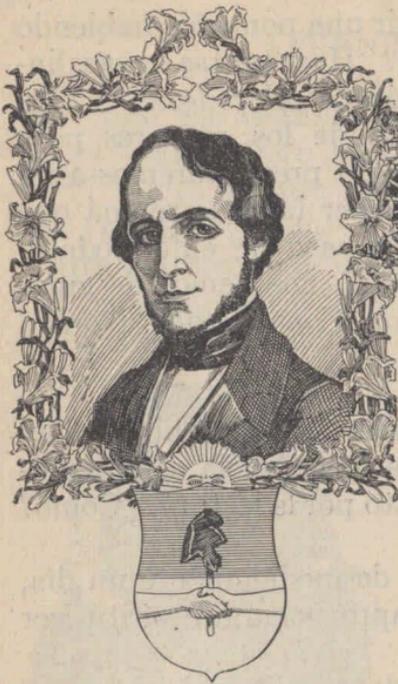
Hay chicos que, en cuanto les dan un libro, lo devoran. Quieren «saber cómo acaba»; y por no detenerse, ni para encender la luz cuando anochece, tragan los párrafos, cada vez más de prisa...

¿Qué diríamos de alguno que comiera sin masticar, para llegar más pronto al postre?

Ése, se enfermaría sin duda. Pues... las lecturas también indigestan. Algunos se jactan: «¡Yo me leo un libro en un día!» «¡Pues yo, en dos horas!» ¿Saben ustedes lo que así se dice? «¡Yo soy un pésimo lector!» «¡Pues yo, a mal lector, te gano todavía!»

Leyendo así, ocurre en el espíritu lo mismo que en la tierra con los chaparrones. El agua corre, y la tierra vuelve a quedar seca. O se le forman pantanos. Y ni la tierra seca ni los pantanos producen los mejores frutos...

Cuando se lee de a mucho, y de prisa, la inteligencia se cansa y no se nutre: deja resbalar la lectura sin *absorberla*. Hay que dar tiempo al espíritu, para que vaya impregnándose de las enseñanzas, de las bellezas que los buenos libros contienen.



ESTADISTAS Y ESCRITORES ARGENTINOS .

MANOLO y Julita tenían orgullo de que Tucumán fuese cuna de ilustres argentinos; y sobre esto conversaban con sus primos.

— Tucumán — dijo el abuelo — ha sido un foco de intelectualidad en tiempos difíciles para la Patria. Ha dado, no sólo soldados como Lamadrid, sino también personalidades de estadistas y escritores a un tiempo, como lo fueron, primero **Juan Bautista Alberdi**, y luego **Nicolás Avellaneda**.

Cecilia. — Alberdi combatió a Rosas ¿verdad?

El abuelo. — Sí; Alberdi, que debía tener unos treinta años cuando subió Rosas al poder, combatió al tirano por medio de la pluma.

Manolo. — ¡Era un gran escritor! Y sus graves preocupaciones no le impidieron ocuparse de asuntos más risueños. Quisiera mostrarles las preciosas páginas que escribió sobre Tucumán... Componía además trozos musicales que se cantaban en los salones...

El abuelo. — Alberdi pasó la mayor parte de su vida en el extranjero; pero asimismo prestó grandes servicios al país. A la caída de Rosas, nombrado ministro de la

Argentina en París, realizó con algunas naciones europeas, importantes convenios.

Julita. — Yo, a quien tengo más simpatía es a Nicolás Avellaneda — dijo entonces Julita, abriendo ante sus primos un libro que su abuelo tenía muy a mano, titulado: *Los que pasaban.* — Y aquí se habla de él...

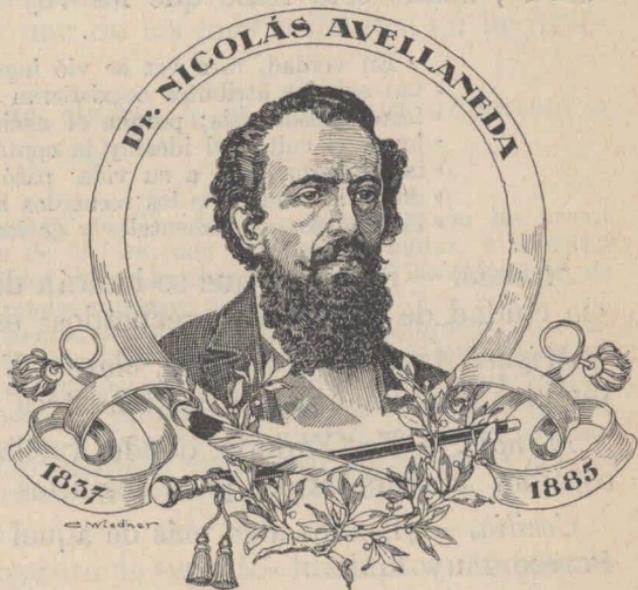
— Este libro — explicó el abuelo — lo escribió **Paul Groussac** quien, aunque nacido en Francia, vino muy joven a la Argentina y fué uno de nuestros mejores escritores. Ha escrito mucho sobre las cosas y los hombres de nuestro país. Son muy interesantes sus páginas sobre Avellaneda.

Cuenta Groussac cómo, a los veintitrés años, tuvo la fortuna de entrevistarse con el ilustre patricio. **Avellaneda**, con su habitual generosidad, se interesó mucho por el joven que comenzaba entonces a escribir. Sabiendo que pensaba regresar a Francia, le persuadió a que se quedara en nuestro país, facilitándole su permanencia en él.

Recuerda Groussac a este propósito, la elocuencia con que Avellaneda le habló de las selvas tucumanas y de las bellezas todas de nuestra tierra.

Manolo. — ¡Como que Avellaneda era un gran orador y un gran patriota; y debía tener especial cariño a la provincia en que nació!

El abuelo. — El caso es que Paul Groussac se quedó en el país. Pasó algunos años en la ciudad de Tucumán y des-



cribió también lo agradable en ella del clima y de la sociedad.

Miguel Ángel. — Nicolás Avellaneda es hijo de Marco, ¿verdad, abuelito?

El abuelo. — Sí; y ustedes recordarán que Marco Avellaneda dirigió la Liga del Norte, contra Rosas, y fué luego degollado. Por eso, en un discurso, otro ilustre escritor argentino (*), dice de Nicolás: «Hijo de mártir, consagró su vida al patriotismo; hijo de un tribuno y un apóstol, magnificó la tribuna y el apostolado.» Y, llamando a nuestro admirable comprovinciano «príncipe de la palabra», añade esta frase que les voy a leer:

« En verdad, rara vez se vió ingenio en quien tantos
» tan eximios atributos coexistieran en tan estrecha y perfecta consonancia; porque él nació poeta, y desde muy
» joven el culto del ideal y la contemplación de la belleza
» imprimieron sello a su vida: pasó silencioso y pensativo
» desde la ciudad de los recuerdos heroicos a la ciudad de
» los templos monumentales y de los claustros venerables.»

Manolo. — Supongo que se habrán dado cuenta de que «la ciudad de los heroicos recuerdos» es...

Miguel Ángel. — Tucumán, claro. ¿Y «la ciudad de los templos monumentales y los claustros venerables»?

Manolo. — Es Córdoba, donde Avellaneda comenzó sus estudios universitarios, para seguirlos en Buenos Aires.

Cecilia. — ¡Léanos algo más de aquel discurso, abuelito! Parece muy lindo...

El abuelo. — Además de orador, Nicolás Avellaneda fué un escritor de estilo sobrio y elegante. Dice el discurso:

« Ya nos enseñe como doctor o nos deleite como artista
» de la frase, hay siempre en su estilo el aroma de los azahares, la suavidad y la limpidez de los lagos y la olímpica
» grandeza de los montes de la patria.»
« Su ascensión al más alto de los honores concedidos al
» ciudadano argentino, fué un triunfo de la inteligencia, del
» saber y del arte.»

(*) JOAQUÍN GONZÁLEZ, ver pág. 279.

Marcos. — «El más alto de los honores»... quiere decir que fué Presidente de la República, ¿no?

El abuelo. — Justamente. Nicolás Avellaneda subió a la presidencia en el año 1874, en medio de grandísimas dificultades. Tuvo la gloria de trabajar eficazmente en la pacificación del país. Y no sólo le dió la paz interior, sino que arregló de modo admirable las difíciles cuestiones con el Paraguay, Brasil y Chile. Se ocupó, además, de la educación del pueblo, y realizó obras colosales para asegurar la propiedad rural contra las invasiones de los salvajes. Durante su presidencia se declaró a Buenos Aires capital de la República. En suma: el período del mando de Nicolás Avellaneda fué uno de los más brillantes en la América del Sur.

El discurso citado alienta a la juventud argentina a seguir aquel noble ejemplo:

« Aprenderéis de él — dice — a combatir con las armas
 » radiantes de la idea, que derriban sin matar, y levantan
 » monumentos imperecederos sin profanar los escombros de
 » las venerandas ruinas.»

« En presencia de los despojos del grande orador, del esta-
 » dista eminente, del literato cultísimo, os exhorto a ser
 » buenos, a amar las glorias de la inteligencia, a dar la vida
 » por la honra de la patria, y a cultivar vuestros espíritus,
 » para que en el tiempo podáis exaltar su nombre augusto
 » en escritos luminosos, mucho más imperecederos que las
 » construcciones de piedra y que la vida de las naciones.»

Julita. — ¡A propósito de «escritos luminosos e imperecederos»...! Podrías, Manolo, mostrar a tus primos tu composición sobre Alberdi, por la cual te felicitaron en el colegio...

Manolo. — ¡Qué modo de reírse de mí!

Cecilia. — Ya sabemos que no has de escribir como Groussac, ni como Alberdi, ni como Avellaneda...

Julita. — Ahora no... Pero ¿cuando sea grande...?

Manolo. — Ya que lo desean, yo mismo les leeré mi obra, con las correcciones que el profesor me hizo.

AMOR AL ESTUDIO

(COMPOSICIÓN DE MANOLO)

EN los primeros tiempos de nuestra independencia, muy pocos chicos gozaban, en nuestro país, de la enseñanza primaria. Y requeríase una decidida vocación para vencer las dificultades que presentaban los estudios más avanzados.

En Tucumán, ciudad hoy ilustre, no se conocían, hace un siglo, las escuelas públicas, y costaba mucho conseguir maestros. En una escuela que fundó allí Belgrano, a sus propias expensas, aprendió a leer y a escribir un niño que tuvo una gran vocación para las letras. Para continuar luego sus estudios, este niño tuvo que emprender un penoso viaje. Se le enviaba a Buenos Aires, en una tropa de carretas tiradas por bueyes, que tardaría dos meses en llegar.

No eran muchas las comodidades que el chico gozaba dentro de su carreta, poco a propósito para defenderle del sol, de la lluvia, del calor o del frío... Pero él todo lo soportaba alegremente, pensando que sería admitido en un colegio de Buenos Aires, en el que sólo recibían a seis niños de cada provincia. Y cada mañana salía gozoso de su extraño dormitorio ambulante.

Un arroyuelo donde lavarse era un feliz hallazgo; y si el tiempo estaba bueno, eran agradables las comidas al aire libre, entre las que se prefería el corderito al asador. En algunas horas, durante el trayecto, érale permitido recorrer a caballo las cercanías, pues las carretas avanzaban tan lentamente que él podía galopar a su gusto, en todas direcciones, y alcanzarlas luego.

Al llegar la noche, el chico se refugiaba de nuevo en la carreta, que era como su casa. Allí dormía, mientras los bueyes, durante algunas horas aún, lo llevaban a través de los campos oscurecidos. Si a medianoche algún rumor le despertaba, estremeceíale el temor de los pumas, o de los indios, no menos feroces, los cuales solían, en aquellos

tiempos, asaltar a las tropas de carretas. Para vigilarlas, dos peones velaban siempre.

Juan Bautista Alberdi, que este era el niño de la carreta, estudió, más tarde, las Ciencias Jurídicas. Pero su sed de saber no quedó saciada. Y no habían terminado, con la larga travesía, las dificultades que habría de vencer para cumplir con su irresistible vocación.

El país atravesaba los días aciagos de la tiranía, la cual, temblando de ver menoscabado su poder, atacaba y destruía todas las libertades. ¿Qué libertad podía existir, entonces, para los estudios ni para las ideas?

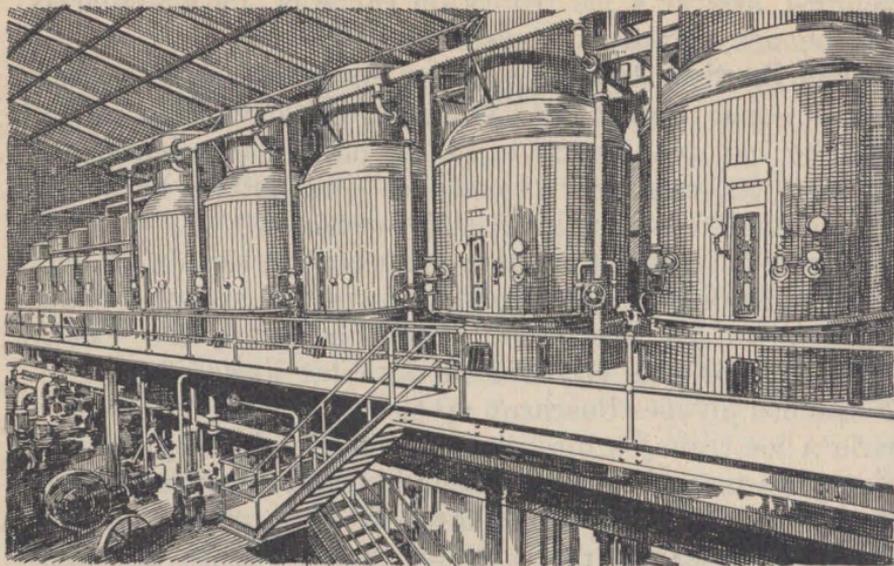
Muchos jóvenes buscaron en tierras lejanas la paz necesaria a los trabajos intelectuales. Se alejaban «para estudiar, y para servir la causa de la libertad de su país, desde el extranjero», como lo declaraban ellos mismos. Y esta *expatriación* les era tanto más dolorosa cuanto que dejaban a su país en situación tan triste. Parecía, además, que el destierro avivaba sus sentimientos patrióticos.

Ahora los niños no tienen, por lo general, que hacer largos viajes para instruirse. Ni deben arrostrar el ataque de los indios o de las fieras. No sólo gozan de una entera libertad para proseguir luego sus estudios, y para la expresión de sus ideales, sino que todo los alienta en tal camino. Quizá, a causa de las facilidades que ahora gozamos, olvidamos el valor de tan grandes beneficios.

Aquella carreta tirada por bueyes, en la que se vió precisado a atravesar campos, arroyos y salinas, fué, sin duda, para Alberdi, una lección que jamás olvidó. Su recuerdo debió darle valor para vencer más tarde dificultades mucho mayores, y para no descorazonarse en medio de muy amargas circunstancias.

El estudiante había aprendido a sobreponerse desde los primeros pasos y alcanzó así la ansiada meta, superando quizá sus más altas aspiraciones. Llegó a ser un gran estadista y escritor. Una de sus obras, *Las Bases*, fué la principal fuente de inspiración de la *Constitución Argentina*.

Juan Bautista Alberdi tuvo la gloria de entrever, mejor que nadie, los futuros destinos de la patria.



LOS INGENIOS

Los establecimientos dedicados en Tucumán a la industria azucarera, se llaman **ingenios**. Hay alrededor de treinta grandes ingenios diseminados en la provincia.

Los padres de la señora Angélica, que tenían relación con el dueño de uno de estos establecimientos, llevaron a toda la familia a visitarlo.

El ingenio era una gran finca en la cual se hallaba todo esto comprendido: los grandes cañaverales, las usinas donde se elabora el azúcar, con sus altas chimeneas, y las pequeñas viviendas de los trabajadores que toman parte, ya sea en el cultivo de la caña o en la preparación del azúcar.

Y, presidiéndolo todo, una casa grande y rojiza, una especie de castillo dentro de su *feudo*^(*), ócultábase en medio de un parque umbroso. Era ésta la casa habitación del dueño del ingenio y su familia; de ella dependía toda

(*) *Feudo*: Institución de la Edad Media, por la cual un Señor era propietario de vastas tierras, y ejercía sobre cuantos las habitaban, su dominio y su protección.

la pequeña población. Desde allí, los dueños o administradores dirigen el trabajo.

Durante la época de *la zafra*, o sea de la cosecha de la caña, que comienza en el mes de junio, no bastan, por cierto, los operarios habituales. Suelen emplearse entonces, en los ingenios de Tucumán, hasta 70.000 hombres.

Así, se ven llegar desde los pueblos y de las provincias vecinas, verdaderas caravanas de trabajadores. Se les ve luego en la tarea, con sus anchos sombreros. Se les ve penetrar en los cañaverales más altos que ellos.

Con grandes cuchillos, cortan las cañas por su base y las despojan luego de sus hojas. Peladas ya, se cargan las cañas en carretas. Desde todos los plantíos, salen las carretas para formar hileras interminables en una ancha calle arbolada, a cuyos bordes se alinean, en gran número, las casitas de los obreros.

Entraron los visitantes a los salones donde las máquinas funcionan. Era interesante ver cómo los cilindros de las máquinas, llamadas *trapiches*, trituraban los tallos, extrayendo de ellos el líquido que caía a los depósitos a grandes chorros.

Este líquido, luego de cocido, es la *melaza*, la cual tiene que pasar aún por variados procedimientos para quedar, por fin, convertida en los diferentes azúcares que conocemos: azúcar *refinada*, *impalpable*, en pancitos o en grano, y azúcar negra que es la más ordinaria.

Los chicos, que en su casa habían visto siempre el azúcar pulcramente tratada, dentro de una pequeña azucarera, quedaron estupefactos. Nunca creyeron que hubiera tanta azúcar en el mundo, ni que se la tratara así... como si fuera tierra.

Caminaban sobre aquel polvo blanco que todo lo cubría, como con capas de nieve. El aire mismo aparecía como una neblina formada por el polvillo más fino del azúcar.

En las casas de familia se utiliza el jugo de la caña, aun sin trabajar. Cocido, viene a ser la «miel de caña»; con ella se preparan diversas golosinas, mezclándola con limón, naranja, maní.

Al ver, finalmente, en la fábrica, acumularse el azúcar en enormes pilones, dijo Miguel Ángel:

— Para mí que los cerros de esta provincia se han formado con el azúcar que sobra, con la que el viento se lleva...

El abuelo. — Con las 350.000 toneladas de azúcar que aquí se producen al año, habría, en verdad, de qué formar una montaña...

Luisito. — ¿Y están seguros que lo blanco que, según dicen, suele verse sobre el Aconquija, es nieve? A lo mejor es azúcar...

Cecilia. — Hace el efecto de que en Tucumán hasta la tierra debe ser dulce...

Marcos. — ¿Por qué no la pruebas?

Cecilia. — Me basta con probar las tabletas.

Abuelo. — Ahora que se han dado cuenta de la importancia de los ingenios, volveremos al Parque 9 de Julio, para mostrarles, junto a él, la casa y chacra del **Obispo Colombres** que aún se conserva, y donde se muestra el primer trapiche instalado en Tucumán. Pues fué él quien introdujo, entre nosotros, la industria azucarera, hoy día nuestra gran riqueza.

»Al entonces Padre Colombres se le llamó con tal motivo «vencedor de la miseria». Diputado por Catamarca, Colombres fué uno de los congresales de 1816. Y fué, por último, nombrado obispo. Este hombre ilustre cumplió, pues, una triple misión: industrial, patriótica y religiosa.

»El menhir, último monumento de la prehistoria, está muy acertadamente colocado frente al primer trapiche, instrumento de civilización.»



COSAS QUE NADIE DEBE IGNORAR

JULITA enseña a su prima a hacer un exquisito turrón blando, batiendo la miel de caña con claras de huevo, y añadiéndole nueces pisadas. Hay que revolverlo todo el tiempo.

— ¡Cuánto me gusta verlas aficionadas a la cocina! — les dice la abuela. — No es que yo quiera dedicarlas a cocineras. Ya sé que Cecilia tiene ambiciones de pintora, y apruebo la vocación de Julita para la enseñanza. Pero toda mujer debe ser entendida en las tareas domésticas. Por dos razones:

»Primera: *por si necesita desempeñarlas.*

»Segunda: *por si no lo necesita.*»

— ¡Cómo, por si no lo necesita? — preguntan sorprendidas las dos chicas.

— Ya lo verán — responde la abuela. — Sea como sea, en todas las casas,

esos trabajos tienen que hacerse. (Hay que cuidar de la comida, de la ropa y del albergue.) Y una de dos: o *los hacen* ustedes mismas, o *los mandan hacer.* Y, en los dos casos, se necesita conocerlos.

»Si, dedicándose a otras tareas, tienen quienes les hagan los oficios domésticos, es preciso, por lo menos, que ustedes sepan *dirigirlos.* Y hay que haberse puesto alguna vez a la obra... aunque no sea más que para no dar órdenes disparatadas.»



¡Cuánta razón tiene la abuela! No falta una dueña de casa novel que, cinco minutos antes de sentarse a la mesa, encargue un dulce de leche — cosa que precisa más de una hora. — Y que deje a sus visitas sin postre, por no saber, por ejemplo, que unos merengues se hacen en pocos minutos. Ni faltará tampoco otra a quien su cocinera, poco afecta a preparar legumbres frescas, le haga creer que no se consiguen sino en conserva.

Si no tiene alguna idea de cómo se hace cada cosa, a la dueña de casa se le engañará fácilmente. Y lo mismo hay que decir de cualquiera que tenga obreros bajo su dirección: debe conocer el oficio de sus dependientes.

Hay arquitectos que practican por un tiempo el oficio de albañiles. Hay, igualmente, estancieros que, antes de ponerse al frente de una estancia, han querido probar la vida de los peones. Y han vivido entre ellos, haciendo lo que ellos hacen y comiendo lo que ellos comen.

Estas experiencias resultan, a la vez, una medida de consideración para con los otros y de conveniencia propia. Pues, sabiendo lo que un obrero puede y lo que no puede, el patrón, ni se dejará engañar, ni será injustamente exigente. De modo que el aprendizaje del trabajo es, como dice la abuela, *útil en todos los casos*.

El *arte culinario* es de suma importancia, por estar estrechamente ligado con la salud. Toda dueña de casa debe saber algo sobre el valor nutritivo de los diversos alimentos, lo mismo que sobre las maneras de prepararlos. Aunque parezca raro, esto último entra, también, en los intereses de la salud.

Hay que hacer *agradables* las comidas sanas... para que no se prefieran las malsanas. Aparte de ser sabido que la buena mesa ayuda al buen humor. Y la buena mesa, no es tanto cuestión de costo como de habilidad.

No sólo toda mujer, sino aun todo muchacho, todo hombre debe tener una idea de cómo se preparan algunos platos.

Quizá al leer esto algún chico se ría y diga: «¡Es cosa de mujeres!»

Sin embargo, no tildarán de poca hombría a los jóvenes aficionados a las largas excursiones en barcos de vela ¿verdad? Y bien: es lo común, entre ellos, el prepararse por sí mismos las comidas y el lavar la vajilla; pues no siempre pueden cargar su embarcación con gran personal.

Hay jóvenes audaces y expertos en esta clase de deporte, que han aprendido también a tejer. Tejen para no pasar ociosos las horas en que suelen verse detenidos, en medio del agua, sin poder avanzar por falta de viento. ¿Los creen ustedes, por esto, menos hombres?

No hay habilidad que estorbe. Y existen ocupaciones primarias en la vida, que todo hombre y toda mujer deben saber. Por ejemplo: encender un fuego (ya sea para cocinar o para calentarse), preparar una sopa o un asado, plantar una planta, sembrar una semilla, clavar un clavo.

— Hay padres — prosigue la abuela — a quienes oigo decir: «¡Que, mientras puedan, gocen los chicos, *como pajaritos* en libertad!» Mas yo digo: ¡que gocen *como niños*, que tantas cosas bonitas y útiles pueden hacer! Pues el trabajo realizado procura también un goce...

Julita. — ¡Ya lo creo! Cuando algo nos sale bien es una alegría.

La abuela. — ¿Acaso es una felicidad el sentirse inútil e incapaz de todo trabajo?

Cecilia. — Yo creo lo contrario, abuelita. Me parece que eso es una gran tristeza.

La abuela. — Hay padres que imaginan dar a sus hijos la mayor prueba de cariño evitándoles todo trabajo. Esto es, en cambio, el mayor mal que les pueden hacer. Yo leí una vez un cuento que me impresionó, porque conozco casos en que algo semejante ha sucedido. Aunque ustedes no lo necesiten, es bueno que lo oigan; quizá tengan ocasión de narrarlo a otros.



LA AGUJA, EL CUCHILLO Y LA ESCOBA

(CUENTO QUE LA ABUELITA CONTÓ A SUS NIETAS)

HABÍA una vez una niña muy perezosa. Vagaba, un día, por un bosque y pensaba: «¡Qué feliz sería si nunca tuviera nada que hacer! Me levantaré tarde; pasaré luego las horas aquí, echada sobre el pasto; a la tarde me engalanaré para pasear por el pueblo.»

Salió en esto a su encuentro, un Hada.

— Marcelina — le dijo: — tus deseos quedarán cumplidos; luego me dirás si eres feliz. Toma esta aguja. No tendrás más que decirle: *¡Agujita, cose!*, y ella coserá por ti. A esta escoba que también te doy, le dirás: *¡Barre!*, y

tu cuarto quedará aseado. Y, por fin, este cuchillo preparará tu comida, con que sólo le digas: *¡Cuchillo, trabaja!*

Y el Hada desapareció.

Loca de contento, volvió la niña a su casa, llevando los tres preciosos objetos. Justamente, tenía una bonita tela guardada desde hacía dos meses. Su pereza había podido más que su vanidad, y aun andaba con un vestido viejo y estropeado. Así ¡cuánta prisa se dió Marcelina en cerrar las puertas de su cuarto, en poner en relación a la tela con la aguja, y en decir a ésta: «¡Agujita, cose!»

Con destreza sin igual cosió la aguja, y en pocas horas quedó el vestido terminado.

Luego, poniendo la escoba en medio del cuarto, dijo la niña: «¡Escoba, barre!», y el cuarto quedó perfectamente barrido, quizá por la primera vez, desde que la perezosa lo tuviera a su cargo. Y como los que nada hacen no se excusan de comer, al igual de los que trabajan, llegó el momento en que, usando del tercer don del Hada, dijo Marcelina: «¡Trabaja, cuchillito!» Y no le quedó a ella otra tarea que el retirar del fuego la comida, cuando estuvo a punto, y saborearla luego con apetito.

Así pasaron para Marcelina los días, las semanas y los años. Mientras la aguja cosía, y barría la escoba, y el cuchillito mondaba las legumbres, ella dividía su tiempo entre recostarse en su cama, componerse delante del espejo, asomarse a la ventana, y pavonearse luego por las calles con sus vestidos nuevos.

Pero, a pesar de esta cómoda vida, la niña no era feliz. Pasaba largas horas de aburrimiento, en que no hacía sino bostezar. Y por la noche, llena la cabeza de pensamientos vanos, tramados en la desocupación, no lograba dormirse. Como tampoco había querido estudiar, desconocía por completo los placeres de la inteligencia.

Cuando sus amigas le decían: «¡Qué hábil eres! ¡Qué bien y qué pronto coses tus vestidos!», ella sentía remordimientos y no sabía qué contestar. Al pasar delante de algún taller, solía detenerse como ante un espectáculo bello e inusitado, frente al cuadro que formaban las muchachas.

Escuchaba las risas o cantos que se mezclaban a la música de las tijeras, agujas y dedales, y sentía envidia ante esa alegría del trabajo que le era totalmente ajena. Volvía a su casa resuelta a arrojar al río la aguja, la escoba y el cuchillo, y a emplearse como aquellas muchachas... Pero la pereza, arraigada ya en ella, vencía; y Marcelina concluía, como de costumbre, acodándose en la ventana y bostezando de aburrimiento, mientras trabajaban para ella los objetos consabidos. ¡Hacía ya años que llevaba esa vida y era muy difícil cambiar!

Una vecina que la observaba, tuvo curiosidad de saber cómo Marcelina, paseando tanto, tenía siempre vestidos nuevos, la comida lista, aseado el dormitorio. Y se puso en la fea tarea de espiarla. Muy pronto lo descubrió todo. El secreto se divulgó, y los tres objetos maravillosos hicieron la envidia de los holgazanes del pueblo.

El caso es que una tarde, al volver de sus paseos, Marcelina buscó en vano, por los rincones, indagó, lloró: la aguja, la escoba y el cuchillo habían desaparecido. ¡Qué desgraciada fué entonces! Se había habituado de tal modo a no hacer nada, que no pudo decidirse a tomar una aguja común, ni a empuñar un plumero... Y acabó muriendo en la miseria y en la tristeza.

Poco antes de morir, una tarde en que pedía limosna, llegó al mismo bosque, donde encontrara al Hada...

— Y bien ¿no te he hecho feliz? — le preguntó el Hada, apareciéndosele de nuevo.

— Has hecho de mí la mujer más desgraciada del mundo — contestó la infeliz.

— ¡Pobre Marcelina! — dijo entonces el Hada. — Ahora no me es posible hacer ya nada por ti, pues no puedo ofrecer a nadie mis dones sino una vez. Que tu historia sea por lo menos provechosa a quienes la conocieren...

Esto no es, en realidad, un cuento de Hadas. La historia de Marcelina se repite todos los días. ¡Hay niñas tan holgazanas e inconscientes! ¡Y hay madres tan desgraciadamente complacientes, que se encantan en ver a sus hijas desocupadas!

La madre es, para esas niñas, la aguja que cose, la escoba que barre, el cuchillito que cocina... La niña encuentra todo hecho, sin haber ella trabajado, y sin darse siquiera cuenta de las fatigas de su madre, ni de su propia holgazanería. ¡Como siempre ha sido así!

Mientras la madre, en medio de preocupaciones que la hija no sospecha, y con una salud quizá quebrantada, se multiplica y se desvive, la niña, al volver de su paseo, se compone delante del espejo, juega con el gato, sale a la ventana u hojea una revista callejera... Su comida está lista, sus vestidos concluídos y su cuarto en orden...

Pero suele también llegar, para esa niña, un día nefasto. Un día en que la Muerte, sin pedir permiso a nadie, ni esperar a que le abran la puerta, entra como ladrón, exactamente como el que robó a Marcelina su aguja, su escoba y su cuchillo.

La madre desaparece, la niña se desespera; no encuentra amparo en ninguna parte, ni está preparada para la vida. Pasado el primer tiempo de estupor y de pena, la niña advierte que el polvo y el moho han cubierto sus muebles y amenazan destruirlos, que incómodos insectos han invadido su habitación, que sus ropas están rotas, que sus vecinas ya no la acompañan ni la ayudan.

¿Qué hará? ¿A quién recurrirá? Es necesario que se entienda sola. ¿Recurrirá a sus manos, a sus pobres manos que no han trabajado nunca? ¡Cómo le pesa la escoba! ¡Cómo le cansa fregar el piso! Es inhábil, se lastima los dedos. Sus vecinas se burlan de la hechura de sus vestidos. En fin: el trabajo, que para tantos otros es una alegría y una fuerza, para ella es una carga intolerable.

¡Pobre madre, demasiado imprevisora! ¡Creías, en tu ciega abnegación, que vivirías siempre para tu hija! ¡Mírala ahora! ¡Cuán dura carga le has dejado! ¿Se habituará alguna vez a trabajar? ¿O caerá de miseria en miseria? No podemos saberlo. ¡Pobre madre; pero principalmente, pobre hija!

ROSARIO DE LA FRONTERA

(CARTAS DE CECILIA)

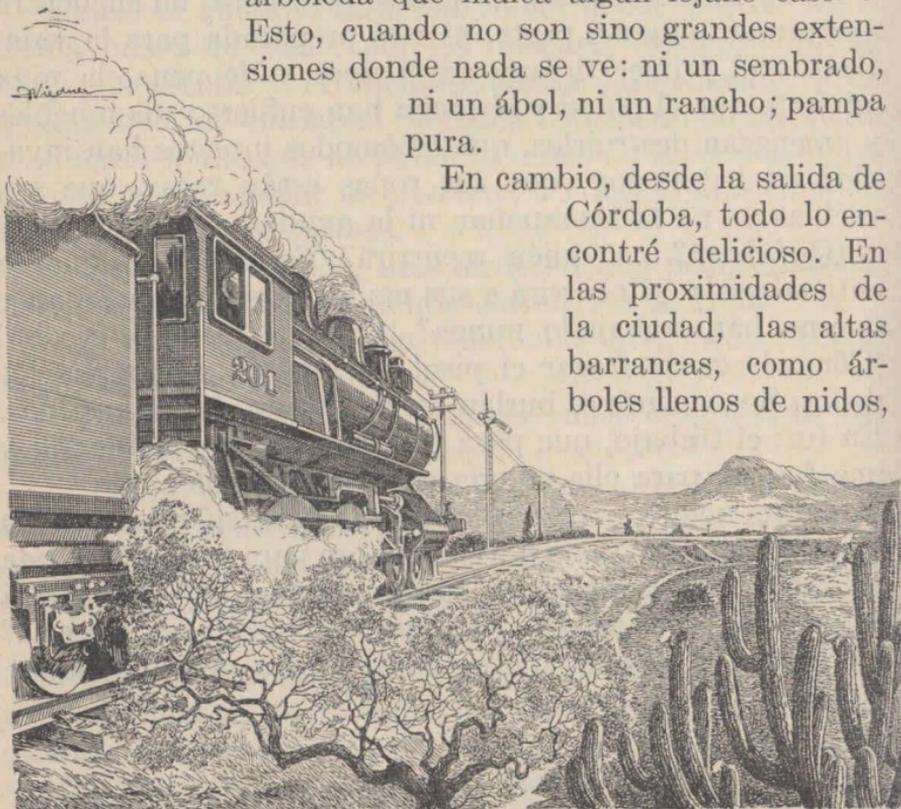
Agosto 22.

Querida Sofía:

ME has pedido te cuente, punto por punto, nuestro viaje. Sabes que yo no había jamás salido de Buenos Aires; así te imaginarás cómo todo me llama la atención.

No te hablaré del trayecto de Buenos Aires a Córdoba, que no ofrece gran cosa de particular. Campos sembrados de avena, de lino o de trigo; y muy de tarde en tarde una arboleda que indica algún lejano caserío. Esto, cuando no son sino grandes extensiones donde nada se ve: ni un sembrado, ni un árbol, ni un rancho; pampa pura.

En cambio, desde la salida de Córdoba, todo lo encontré delicioso. En las proximidades de la ciudad, las altas barrancas, como árboles llenos de nidos,



mostraban, en sus huecos, pintorescos ranchos con techo de paja, o casitas en cuya proximidad triscaban algunas cabras y florecía un pequeño bosque de duraznos.

El color rosa, tan delicado, de las flores de durazno, se pintaba sobre el fondo azul de las sierras. Porque desde antes de llegar a Córdoba, veníamos ya viendo las sierras. Ellas tomaban, en la lejanía, un color azul que las mostraba como casi inmateriales. No se confundían, sin embargo, con el cielo, sino que sus contornos se dibujaban siempre nítidos. Y después, mientras el tren subía y bajaba, siguieron sin interrupción coronando el horizonte.

En nuestra segunda noche de viaje, para no perder el espectáculo del amanecer, salimos de nuestras estrechas camas del tren, antes de que aclarara. Y no nos arrepentimos. Pues vimos el sol levantarse sobre una espléndida vegetación. Por las ventanillas comenzamos a percibir extensos cañaverales. Y a tomar también un fuerte olor a azahar. ¡Caña de azúcar y azahares!... Imposible dudar lo que ya habrás adivinado: estábamos en Tucumán.

Después de pasar con nuestros abuelos unos agradables días, en que tanto paseamos y conversamos que no tuve tiempo de escribirte, tomamos, por fin, el tren que nos ha traído hasta aquí. El trayecto desde Tucumán hasta **Rosario de la Frontera** es como para no dejar un minuto de mirarlo. Es precioso.

Sin hacer ninguna ascensión muy notable, el tren sube, y baja, serpenteando por entre las sierras y bordeándolas. Hemos pasado por un túnel y por un viaducto. Y hemos atravesado, antes de Tucumán, grandes salinas. Claro: primero la sal, y el azúcar de postre. Hay, pues, en este camino, con qué condimentar todos los platos.

Hay también vegetación para todos los gustos. A la salida de Tucumán sigue, por un trecho, siendo magnífica. Y desde allí hasta acá — al contrario de la pampa lisa que vimos desde Buenos Aires hasta Córdoba — se ven continuos bosques. Espesos al principio, comienzan después los árboles a ralearse, y a ser muy distintos a los nuestros. Ya no son flexibles sauces ni álamos susurrantes, sino espi-

nillos de escasa hoja y de ramas rígidas y retorcidas. Y por último, vuelven a espesarse.

En cada estación ¡con cuánta curiosidad observábamos las personas y las cosas! Mujeres y chicos ofrecían sus pobres mercancías: empanadas y algunas frutas en toscas canastillas. Muy bonitas las de frutillas. Y las había de chirimoyas que, si no bonitas, eran exquisitas en cambio. A la vuelta quisiera llevarte algunas.

Hasta mañana, que continuaré contándote todo lo visto, te abraza

Cecilia.

LAS FUENTES TERMALES

Rosario de la Frontera, agosto 23.

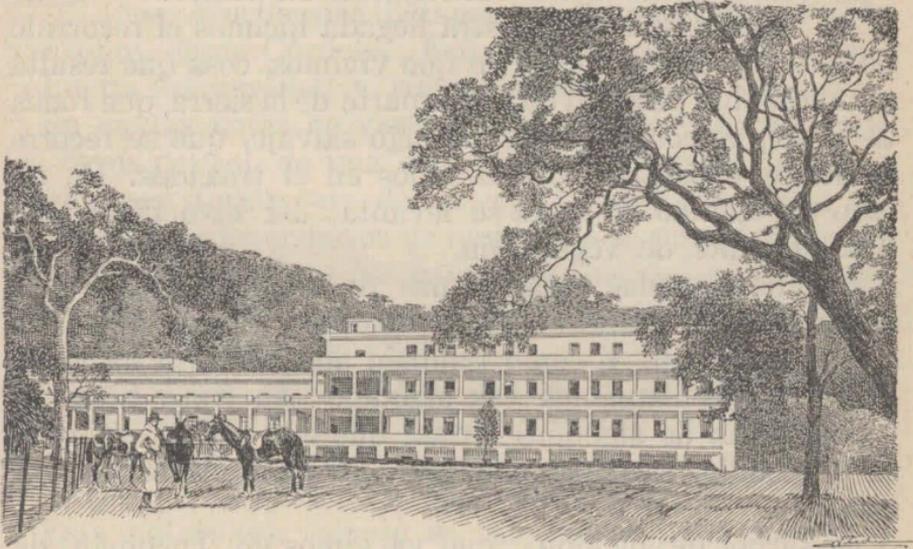
Querida Sofía:

EN el momento en que iba a contarte nuestra llegada aquí, tuve que dejar. Es este hotel un vasto edificio enclavado en la hondonada de un cerro, el cual, según me han dicho, forma parte de la «sierra de la Candelaria». Estamos rodeados, por tres lados, de montañas cubiertas de exuberante vegetación; y sólo hacia el nordeste se ve campo abierto. Creo que con esto te he hecho una definición digna de figurar en la mejor geografía.

Me cuesta aún convencerme de que estamos pisando tierra firme. Pues es muy curiosa y nueva, para mí, la impresión que siento cada mañana cuando, saliendo de las habitaciones, para dar unos pasos más, tengo, o que subir, o que bajar... como si viviéramos en una escalera.

Mejor dicho, parece que viviéramos en un volcán, con tanta agua como aquí hierve y corre por todos lados. Da casi miedo de que esto reviente. El aspecto general del paraje, aunque hermoso, es más bien triste. La vegetación tiene un tinte más sombrío que la de Buenos Aires. Y luego ¡este silencio!

No se oye ni un canto de pájaros. ¿Será que no encuentran por aquí agua fresca, y no les gusta el agua caliente? Es una ausencia, que parece absoluta, de animales. Cierto es que anda suelto por ahí, un guanaco domesticado cuya actitud nos divierte. En cuanto nos ve, se detiene, nos mira haciéndonos frente, como provocándonos, y luego escupe. Felizmente su baba no nos alcanza.



Se diría que los únicos seres con vida son aquí las fuentes. Sólo se oye el ruido de las aguas, que uno se pregunta si no dejarán nunca de correr. Parece imposible que puedan estar brotando y corriendo siempre, siempre, sin que suceda nada extraordinario.

Aunque sólo hemos llegado ayer, ya conozco todas estas **fuentes termales**. Me han dicho que la fuente de agua salada es la más caliente; que brota a 89 grados. Quiere, pues, decir que surge ya lista para un puchero; pero no me atrevo a asegurarte que la utilicen en la cocina. Las piedras que la rodean están blancas, a causa de la sal acumulada, que las cubre como una gruesa capa de nieve.

La fuente *sulfurosa*, como su nombre lo dice, contiene azufre, y deja rastros amarillentos. Los rastros de la fuente *ferruginosa* — es decir, que contiene hierro — son rojizos,

iguales a esa herrumbre que cubre a los clavos cuando han estado mojados.

Estas aguas se recetan para baños y para beber, como remedio de diversas enfermedades. De la sulfurosa dicen que, tomándola caliente, según sale, no se nota mucho su mal gusto. Con todo, me alegra que no me la hayan recetado; y compadezco a los que todos los días, a una hora fija, vemos junto a esa fuente, con un vasito.

La tarde misma de nuestra llegada hicimos el recorrido de esta especie de volcán en que vivimos, cosa que resulta un agradable paseo. Toda esta parte de la sierra, que rodea al Hotel, es como un parque algo salvaje, que se recorre subiendo y bajando por caminos en él trazados. De un lado del camino la tierra se levanta, del otro descende, llena siempre de vegetación.

Las hondonadas están llenas de unas plantas cuyas hojas parecen grandes manos abiertas, y son, dicen, de aceite medicinal. Y como también abunda aquí un árbol que nosotros llamamos «de algodón» (su fruto tiene un copete como de algodón) diríase que este cerro, con todo su contenido, es como una gran farmacia de la naturaleza.

El «árbol de algodón», que ya vimos en Tucumán, de tronco abultado a mitad de su altura, tiene un nombre menos bonito: «palo borracho». Cuando vuelva te mostraré mi *herbario* donde voy coleccionando, en distintas páginas, las hojas que me parecen más características de cada lugar. Serán para mí un gran recuerdo.

En el paseo por nuestro cerro, nos sorprendió una pequeña gruta, en la que se ha colocado una imagen de la Virgen. Estaba allí como para atenuar la impresión de soledad y de silencio, en una empinada barranca cubierta de árboles sin hojas, donde las aguas corrían escasas, como temiendo perturbar aquella gran quietud.

Cariños de tu amiga

Cecilia.

LA SELVA

Rosario de la Frontera, agosto 27.

Querida Sofía:

DESDE los amplios corredores de este hotel, se ven algunas sierras lejanas, de colores nacarados y diáfanos. Mucho más diáfanos que los que veíamos en el horizonte, desde Córdoba. Esto se debe, dicen, a la extraordinaria luminosidad y transparencia de esta atmósfera.

En ciertas horas he visto a esas sierras volverse, bajo los rayos del sol, de una blancura deslumbrante; como si fueran casi totalmente de nieve. No podía mirarlas sin acordarme de los palacios de hadas que se describen en los cuentos. Te imaginas las ganas que me daban de llegar hasta allí; de entrar, si fuera posible por aquellos pórticos de nieve, de nácar, de cristal.

Conseguí que saliéramos a caballo. Y al aproximarnos a las sierras ¡adiós nieve y nácar y cristal! ¡Adiós palacios de hadas! Sólo bosques y bosques. Todo era verdor. Pero no creas que el verdor me ha desilusionado...

Esta naturaleza salvaje es tan nueva para mí y tan maravillosa como lo sería un palacio «encantado». En medio de ella, me parece hallarme en un mundo nuevo. ¡Y sin embargo, es lo más viejo que hay! Mucho más viejo, por cierto, que la ciudad de Buenos Aires... que no es nueva para mí.

Como te iba contando, penetramos en una selva espesa, cruzada por mil senderillos, todos iguales y estrechos, dando mil vueltas como los de las hormigas. Vueltas, para mí tan sin sentido, como las de los «laberintos» que dibujamos por diversión.

Los árboles, siempre de ramas retorcidas y espinosas, parecían querer arrancarnos los sombreros, se prendían a nuestros vestidos. ¡Como que no llevábamos *guardamontes*! ¿Sabes lo que son? Una especie de alas de cuero unidas a la montura, que usan aquí los paisanos para penetrar en la selva.

Estas alas, que no sirven para volar, abriéndose a los lados del caballo, van haciendo camino entre las ramas y protegiendo de las espinas al jinete. (Se entiende que, de paso, protegen también al animal.)

Yo gozaba de hallarme en una selva como las que sólo creía que existiesen en los cuentos. ¡Con razón se habla de niños perdidos en los bosques! Hubiérame sido imposible decir qué dirección llevábamos. Hasta el joven amigo que se ofreció para ser nuestro guía, confesó que se hallaba medio perdido...

Cuando al salir de la selva, nos hallamos en un claro, me parecía que por fin se respiraba libremente. Era un pequeño valle, de un verde tierno, impregnado del perfume de los aromos que lo rodeaban, cargados de sus minúsculas borlitas amarillas. Me pareció delicioso.

Hasta otro día en que tenga nuevos paseos que contarte.

Cecilia.

HISTORIA Y LEYENDA

Rosario de la Frontera, septiembre 1º.

Querida Sofía:

HE tenido una verdadera alegría al ver que mis cartas te han agradado tanto y que las encuentras tan interesantes. En cuanto a las tuyas, aunque tú no estés de viaje... ¡ya sabes lo que son siempre para mí tus cartas!

¿Me estimulas, para que siga hablándote de nuestros paseos? Los últimos, bien merecen contarse. Pues, en los parajes visitados, al encanto de la naturaleza, se han unido los recuerdos de la historia y los misterios de la leyenda.

Hicimos una excursión a un lugar llamado El Naranjo, donde San Martín y Belgrano tuvieron una de sus famosas conferencias. Pero ¿en qué provincia no hallamos recuerdos del San Martín que tanto te preocupó en Mendoza? Parece que hubiera estado en todas partes. ¡Y lo que serían entonces los viajes por estas tierras! Pero, quien cruzó los Andes, podía reírse de las dificultades...

Dicen que ya los incas conocían las virtudes curativas de estas *termas*. Y que, desde el Perú, venían las caravanas de enfermos.

Hasta aquí **la historia**; ahora **la leyenda**. Ésta nos fué contada junto a una laguna, que también visitamos. Sus aguas, antes dulces, se han convertido en saladas, a causa de las vertientes. En medio de ella, como en una islita, veíanse, lo mismo que en sus bordes, árboles amarillentos; con todas sus ramas, pero sin una sola hoja. Formaban un extraño contraste con el verdor de los bosques y las sierras a su alrededor.

Dicen que, por no sé qué curioso fenómeno, en estas aguas suele verse reflejado el hotel, distante, sin embargo, varias leguas. Cuando nosotros llegamos, estaba ya obscuro y nada vimos.

Y bien; la leyenda es esta: nos contaron que el aspecto desolado del lugar se debía a una maldición del cielo. Que un muchacho enfermo, idiota, que había quedado huérfano, fué arrojado y ahogado allí, por sus vecinos, quienes, después de deliberar entre ellos, habían juzgado «inútil» aquella vida. Desde entonces, decían, habíanse vuelto saladas las aguas y la vegetación había muerto.

Conviene, este cuento, para recordar la compasión que se debe a estos seres semiinconscientes e inofensivos, que desgraciadamente suelen verse.

Pero, en estos parajes, no sólo ellos son dignos de compasión. ¡Impresiona la gran pobreza de las gentes! Dicen que se debe, en parte, a su desidia. El corazón sufre de verlo, y quisiera hallar un remedio a tanta escasez.

Sólo me queda añadirte que el clima, en esta época, es aquí sumamente agradable. Temperatura media, muy igual. Pero, en pleno verano ¿cómo será? Dicen que es muy fuerte el calor, durante muchos meses; lo cual disculparía un poco la pereza regional... Antes que esta pereza nos agarre, huiremos... Es decir, antes que arrecie el calor. ¡Y el sólo ver estas aguas humeantes, lo debe acrecentar!

Te abraza tu amiga

Cecilia.

CATAMARCA Y SU FIESTA

A los chicos de «Villa Serena» la vida de hotel les resulta divertidísima. ¡Ven en él a tantas gentes distintas, y oyen hablar de tantas cosas nuevas! Se han encontrado allí con otros huéspedes, chicos y grandes, con los que simpatizaron mucho.

En los chicos, han hallado compañeros de juegos y de excursiones. Y los grandes, como los saben capaces de interesarse por las cosas del país, les cuentan, cada uno, las curiosidades de la provincia o ciudad en que nacieron. Porque no es sólo de Buenos Aires de donde se acude, en busca de las aguas curativas, a Rosario de la Frontera. Vense allí personas venidas de los puntos más distantes de la República.



Inspira mucha lástima un joven catamarqueño llamado Raimundo, que sufre de reumatismo. Cierta es que, llegado hace algún tiempo, le sientan tan bien aquellas aguas, que está a punto de abandonar la muleta con que vino. A cambio de la compañía que los chicos le hacen, y de lo que le entretienen con sus cantos en la guitarra, Raimundo les cuenta muchas cosas de Catamarca.

También él toca la guitarra, y les enseña a Miguel Ángel y a Cecilia algunos *aires* populares de su provincia: *tristes*, que como su nombre lo indica, son muy llenos de melancolía y de sentimiento, y alegres *chacareras* que se bailan. (*)

— Catamarca — les dice — es una doncellita pobre, custodiada por poderosos gigantes...

(*) Ver página 309.

Marcos. — ¿Usted se ríe de nosotros? No nos va a hacer creer que en Catamarca hay gigantes... ni *doncellas* cuidadas por ellos, como en los cuentos.

Raimundo. — Sí que los hay... Parece que si estiraran un brazo tocarían el cielo...

Miguel Ángel. — ¡Ya sé cuáles son! Usted habla de los gigantes Andinos.

Raimundo. — Por lo menos, los gigantes de que hablo son parientes, no muy lejanos, de aquellos señores de la Cordillera. Catamarca es una ciudad pequeña y apretada. Pero ella está dentro de dos filas de montañas gigantes-cas, cuyas crestas son tan uniformes que hacen una línea horizontal. Esas dos cadenas de montes se tocan, formando un ángulo agudo; de modo que el valle de Catamarca tiene la puerta abierta sólo por un lado del triángulo. ¿No tenía yo razón de decir que estaba bien custodiada?

Cecilia. — ¡Debe ser lindo estar siempre viendo grandes montañas, aunque se esté dentro de la ciudad!

Raimundo. — ¡Especialmente, estar viendo el magnífico Ambato!

Cecilia. — ¿Y cómo son las casas en Catamarca?

Raimundo. — Son bajas; algunas con lindas quintas. Si dentro del recinto de las casas suelen verse árboles que las sobrepasan, las estrechas calles, en cambio, son sin árboles; como para que nada oculte la vista de los montes, único lujo y ornamento de la ciudad.

Miguel Ángel. — Ahora que voy conociendo un poco la vida de nuestros grandes hombres, quisiera saber de alguno nacido en su provincia, Raimundo.

Raimundo. — Nada más fácil. Son muchos los escritores argentinos que se han ocupado de un catamarqueño nacido en uno de los pueblitos vecinos de la ciudad: del gran orador y patriota Fray **Mamerto Esquiú**. Nicolás Avellaneda, Pedro Goyena y otros que fueron sus contemporáneos, han escrito hermosas páginas ensalzando, no

sólo al gran orador y patriota que fué Esquiú, sino también su humildad, su gran corazón, su amor a los pobres, por quienes de todo se desprendía...

Marcos. — ¿Por qué le dice *Fray Mamerto*?

Raimundo. — Porque se trata de un fraile. A propósito de esto, el propio Esquiú cuenta que en toda su vida no conoció otro traje que la túnica marrón de la orden franciscana. Con ella lo vistió su madre desde los tres años; después la llevó como religioso.



Luego, Raimundo cuenta a los chicos, con todos sus detalles, las peregrinaciones que a Catamarca se efectúan durante las fiestas de **la Virgen del Valle**, cuya imagen se halló hace trescientos años, en un nicho natural de la montaña.

— Llegan a millares — les dice — las personas venidas de todas las provincias a participar en las ceremonias religiosas. Aprovechando ese concurso de gentes, se realiza una gran feria. ¿Saben ustedes lo que es una *feria*?

Marcos. — Sí. ¡Bastante nos hemos divertido mirando la de San Isidro, pueblo vecino de Buenos Aires!

Miguel Ángel. — Es una gran fiesta popular al aire libre, ¿verdad? En las plazas se venden y se rifan cosas; se hacen distintos juegos, se toca música y hasta se baila.

Raimundo. — Justamente. En las ferias de Catamarca oírían ustedes cómo se tocan, y verían cómo se bailan las *chacareras*. Pero no es esto lo principal, sino el concurrir a ella las tejedoras de toda la provincia. Las catamarqueñas son diligentes como las arañas; están siempre ante su telar.

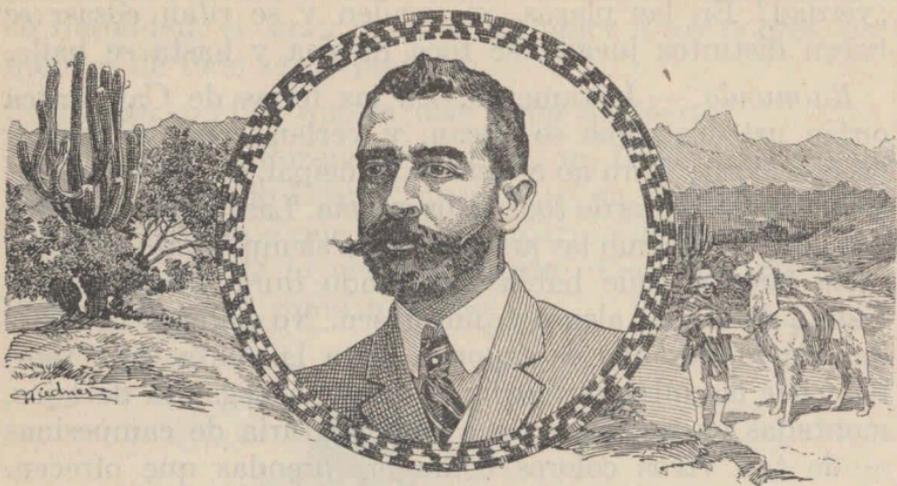
La feria de que habla Raimundo dura varios días y resulta de lo más alegre y pintoresco. No sólo por la variedad de tejidos que se exponen para la venta, sino también por las mismas tejedoras que van llegando de lejos, montadas en mulas, y cuya indumentaria de campesinas es de tan vivos colores como las prendas que ofrecen. Es una verdadera caravana de animales cargados con alforjas lo que se ve llegar.

Y el todo se junta en los alrededores de la suntuosa y elegante Catedral. Allí ofrecen su mercancía hombres y mujeres: *aloja*, bebida hecha con el fruto del algarrobo, mates, puñales, rebenques. Y ante todo, los productos del telar: pequeñas alfombras, cobertores de cama, etc.

Todo visitante de Catamarca llévase de recuerdo alguna de aquellas prendas, de gran utilidad, y cuyos dibujos y colores son del mejor gusto *indígena*; es decir, que les viene de los indios, y es propio del lugar.

Las más apreciadas son las de *vicuña*. Con el pelo de este animal, que abunda en todo el norte argentino, se hacen chales y ponchos finísimos; flexibles, livianos, abrigados y resistentes. Quien adquiere una de estas prendas puede decirse que es para toda la vida.

Los catamarqueños obtienen así, en aquellos días, grandes ganancias. Y no sólo a causa de las ventas, sino también por medio del hospedaje ofrecido a los *forasteros*, los cuales llenan los hoteles y hasta las casas particulares.



LA RIOJA

AL contrario de lo que sucede en Catamarca — dijo una señorita de Jujuy, que había viajado por las provincias, y había escuchado al catamarqueño, — en las calles de La Rioja hay muchos árboles. Hay naranjos y hay acequias, lo que hace aparecer a la ciudad entera, que es harto pequeña, como una huerta familiar.

— ¡Y buena falta hace que las acequias y los árboles pongan su frescura, en aquel clima tan terriblemente cálido! — exclamó Raimundo.

— También las casas, de edificación amplia y abierta, tienen sus huertas, rodeadas de cercos — observó la señorita Carmen, que siguió hablando más o menos así:

»La Rioja es un rinconcito muy simpático y poético. Todo en ella es humilde, como los burritos aterciopelados y de dulces ojos que por ella transitan pacíficamente.

»En cuanto a las montañas, menos imponentes que las de Catamarca, se ven allí muy próximas, y sus crestas tienen formas caprichosas.

»**Joaquín González**, que nació en La Rioja, ha cantado sus montañas (*) y sus azahares:

»Mientras tus muros ennegrecidos
cantan y lloran tu soledad,
puebla tus aires adormecidos
la embriagadora flor del azahar.

»Hija del Andes y del desierto,
quiero en tus muros sepulcro hallar;
que en primavera sea cubierto
con suave alfombra de blanco azahar.»

Cecilia. — ¡Qué bonitos versos! Voy a copiarlos en el cuaderno, donde colecciono las estrofas que más me gustan, para cantarlas en la guitarra.

Carmen. — Para la guitarra, prefiero estas *vidalitas* que el mismo autor dedica también a La Rioja:

Como canta el ave, *vidalita*,
donde está su nido,
yo canto tus penas, *vidalita*,
¡oh, suelo querido!

Es mi voz el eco, *vidalita*,
que llevan los vientos,
al contar al mundo, *vidalita*,
tus padecimientos.

Marcos. — ¡Qué padecimientos son éstos, señorita Carmen?

Carmen. — El poeta se refiere, sin duda, a la soledad, a los excesos del clima, y a la pobreza de La Rioja; tal vez también a la continua amenaza de los terremotos. Allí, lo mismo que en Mendoza, se ven muchas ruinas, señales de viejos derrumbamientos.

»Pero me falta aún decirles la estrofa más bonita:

Flor de los cardones, *vidalita*,
blanca como el lirio;
en lecho de espinas, *vidalita*,
sufres tu martirio.

»¿Saben ustedes lo que son los *cardones*?»

Cecilia. — Sí; hemos visto algunos por aquí. ¡Son unas

(*) «*Mis Montañas*», es el título de uno de sus libros.

plantas muy originales! Parecen hombres levantando los brazos al cielo...

Carmen. — ¡Hombres de dos o tres metros de altura!... Tienen, más bien, la forma de un enorme candelabro de tres brazos. Como llama de los cirios, en este candelabro formado de gruesos tallos espinosos, se abre su flor blanca, grande, muy preciosa. Esa flor vive, pues, realmente en un «lecho de espinas»...



»Y así, la flor de los cardones es un buen símbolo de La Rioja, cuyas casitas de *adobe* blanqueado están también como en un nido de espinas, dentro de estos *cactus* que la rodean. Pues los cardones abundan extraordinariamente en los alrededores de la ciudad riojana. Aparte de que «el lecho de espinas» simboliza además los «padecimientos» que el poeta atribuye a su suelo natal...»

Cecilia. — Oyendo estas cosas, no se sienten grandes deseos de ir a La Rioja...

Carmen. — Sin embargo, Cecilia, sé que gozarías mucho viajando por aquellas regiones. Todo el Norte argentino

es muy bello. Tan bello como poco conocido. Son muy poéticos aquellos pueblos, pequeños y tranquilos, en medio de una naturaleza grandiosa por sus montañas.

Miguel Ángel. — La gente es muy calmosa por allá ¿no es cierto?

Carmen. — Las gentes del Norte se parecen a los pueblos que habitan. Son silenciosas, tranquilas, de movimientos pausados...

Raimundo. — Como que por allí no hay para qué apresurarse. No hay tanto que hacer como en las grandes ciudades...

Carmen. — Diga que en las grandes ciudades nos volvemos como las ardillas, a las que el fabulista pregunta:

Tantas idas y venidas,
tantas vueltas y revueltas,
quiero amiga que me digas:
¿son de alguna utilidad?

Raimundo. — Tiene razón, señorita Carmen. Quizá las gentes del Norte sean las más sabias, viviendo una vida sencilla, libres de tanta preocupación inútil como en algunas ciudades suele tenerse.

Carmen. — Además, como tienen siempre ante los ojos el espectáculo de aquella naturaleza imponente, esas gentes no son inclinadas a charlas superfluas, ni a discordias vanas. Se acuerdan más a menudo de las cosas grandes de la vida, y hablan muy poco. Son algo taciturnas.

Cecilia. — ¿Y qué provincia cree usted, Carmen, que es la más bella?

Carmen. — ¡Ah! Para mí no hay belleza como la de nuestra gran Quebrada, la que comunica a Jujuy con Bolivia.

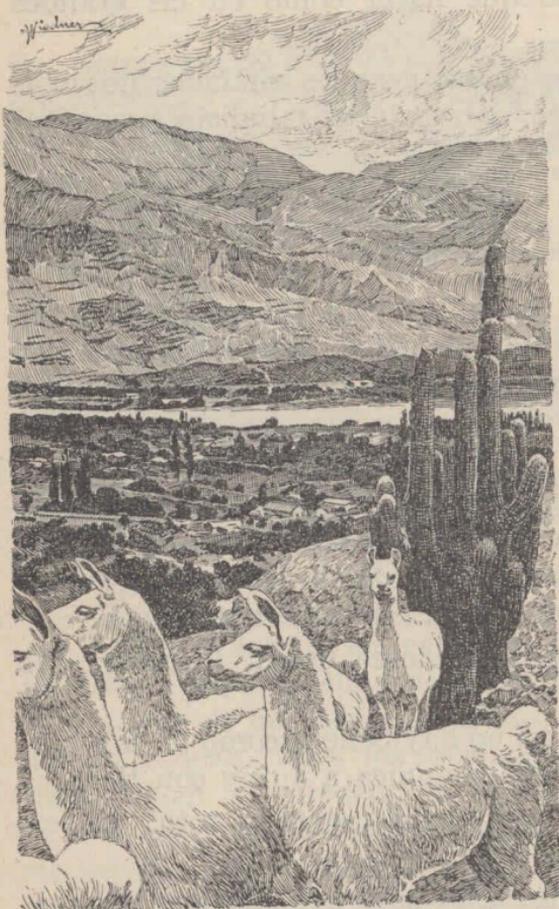
Luisito. — ¿Quebrada? ¿Es una montaña rota? ¿Y en muchos pedazos?

Carmen. — Justamente. Una *quebrada* es como una rasgadura en medio de las montañas. Y como se trata de montañas enormes, imagínate cómo será un rasgón abierto en ellas, desde arriba hasta abajo, como lo es la Quebrada de Humahuaca.

JUJUY

CECILIA. — ¡Cuéntenos cómo es Jujuy, usted que habla tan bien!

Carmen. — La belleza de Jujuy es capaz de volver elocuente a cualquiera... que no sea un jujeño. Como ya les he dicho, las gentes de mi tierra son de muy pocas palabras.



Miguel Ángel. — Usted debe ser, entonces, una excepción...

Carmen. — ¡Oh! Como he viajado tanto, he tomado los defectos de otras partes... ¿Quieren saber cómo es Jujuy, la capital de mi provincia?

»Un poeta argentino, Enrique Banchs, dice que ella es «la Cenicienta» entre las ciudades argentinas. Y completa su idea diciendo que es «la Cenicienta en el palacio»; porque siendo como es, tan humilde, se halla en medio de un paisaje suntuoso. «Es tan pequeña —dice el mismo autor

— que un anciano, haciendo su paseo matutino alrededor de la ciudad, da su vuelta en media hora.»

Marcos. — ¿Será, entonces, como una ciudad de juguete?

Carmen. — ¡Rodeada de ríos y de montañas que no son de juguete, les aseguro!

Miguel Ángel. — ¡Y las casas? ¿Son como de juguete... o son en serio, como las montañas y los ríos?

Carmen. — No tan en serio; porque no se trata de construcciones importantes. Pero sí son audaces; pues, suelen verse algunas casas, en los alrededores de la ciudad, trepadas a buenas alturas, como deseosas de abrazar el paisaje... ¡Y no sin motivo!

Miguel Ángel. — La ciudad de Jujuy está en un valle ¿no?

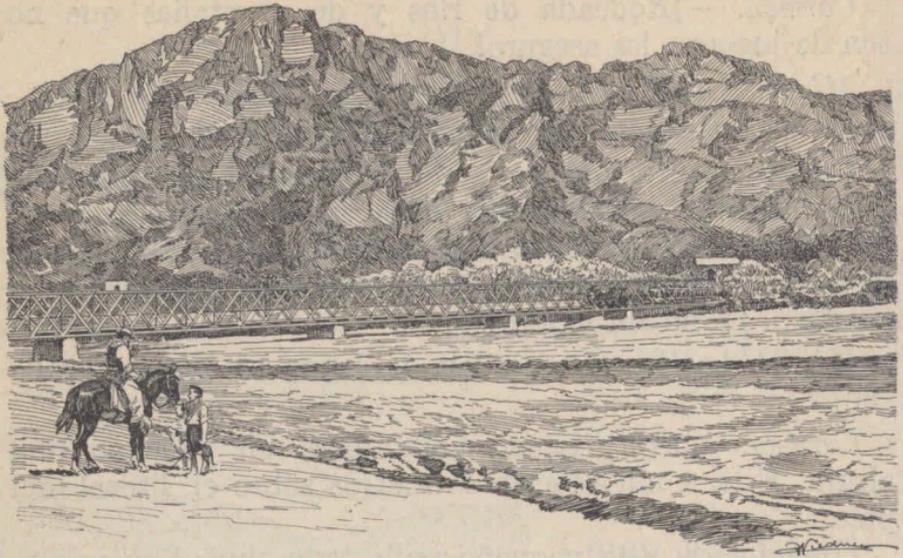
Carmen. — Jujuy es un valle; pero un valle en una altura. Está a mil doscientos metros sobre el litoral del país.

»Imagínense este pequeño valle, esta ciudad en miniatura, sembrada de tejados rojos y verdes, emergiendo entre ríos de aguas violentas y ruidosas que la circundan casi como a una isla. Y esta franja de los ríos es la única separación entre la ciudad y los cerros, los cuales comienzan de inmediato, en la orilla opuesta, verdes, frescos, lozanos, para terminar siendo unas enormes montañas sin vegetación.

»Un inmenso puente de hierro que pasa por sobre las aguas, une, por una parte, las montañas con la ciudad. Y desde la ciudad se ven las numerosas quebradas que, arrancando de la orilla misma de los ríos, ascienden hasta las cumbres. Entre éstas destácase el Nevado de Chañi.

»Y no es posible hablar de Jujuy — terminó la señorita Carmen — sin mencionar la reliquia patriótica que allí se guarda. ¿Saben cuál es? En una caja de vidrio se muestra, en nuestra ciudad, la primera bandera de Belgrano, la primera bandera azul y blanca.»





LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

CARMEN. — ¿Ustedes no ignoran que Jujuy está en el extremo Norte de nuestro país? Ningún territorio argentino avanza tanto. En punta, entra Jujuy en Bolivia, como una cuña. Y bien: la **Quebrada de Humahuaca** es el camino que con Bolivia nos une.

Marcos. — ¿Cómo, *un camino*, señorita? ¿No nos dijo usted que esa Quebrada era como un rasgón abierto, de arriba abajo, en la montaña? Yo me imagino, entonces, una pendiente toda cortada por ríos y por precipicios. Será camino... ¿para los cóndores... que no lo necesitan?

Miguel Ángel. — ¿O para las llamas, ágiles como las cabras?

Carmen. — Y también para los hombres, que por todo hallan medio de pasar... Ni siquiera se precisa ser un alpinista, ni tomar un aeroplano, para llegar a las cumbres. Se va sentado, cómodamente... en un tren. Así se llega a *Tres Cruces*, estación situada a 3.700 metros de altura.

Marcos. — ¿Tres mil setecientos? A metro por escalón ¡buena escalera sería! Y a veinte centímetros...

Carmen. — Ya se ve tu afición a los cálculos arquitectónicos... Y aquello es tan lindo, Marcos, que bien podría creérsele escalinata para subir al cielo.

Miguel Ángel. — De modo que la última estación... ¿será una nube, será una estrella?

Carmen. — Una estrella, desgraciadamente, no. Pero es posible que nos halláramos, al llegar, en medio de una nube, como las que muy a menudo envuelven esas montañas. De *Tres Cruces*, se baja un poco hasta **La Quiaca**, última estación argentina, en la que puede ya tomarse el ferrocarril boliviano.

Miguel Ángel. — ¿La Quebrada sale de la ciudad misma de Jujuy?

Carmen. — Sí; desde allí comienza el tren a ascender, casi insensiblemente.

Marcos. — ¿Y cómo hace más arriba para no resbalar?

Carmen. — Tienes razón en preguntarlo; pues hay trechos en que la subida es muy empinada. El tren va, entonces, como prendiéndose a la tierra, por medio de las ruedas dentadas de la *cremallera*. Y sube lentamente, como con penoso esfuerzo. Parece tener conciencia del peligro que corre. Hasta que descansa en la estación *Volcán*.

Miguel Ángel. — Nombre que tampoco invita mucho al descanso...

Carmen. — Se trata de extraños volcanes que no despiden fuego ni lava, sino lodo.

Cecilia. — Entonces ¿no se corre otro riesgo que el de quedar con la cara y los vestidos salpicados de lunares?

Carmen. — ¡Si fuera sólo eso! Lo que sucede es que, con las lluvias del verano, los cerros de aquel lugar, en parte, se desmoronan. El lodo que de ellos se desprende forma una corriente que todo lo arrasa; hasta las vías férreas suelen quedar allí sepultadas. Y no hay, en tales casos, más remedio que construir otras.

Cecilia. — ¡Esa sí que no sería nunca la estación Cielo!

Carmen. — «Quien quiere celeste, que le cueste.» Vale la pena atravesar esos lodazales... En primer lugar, se ven cosas curiosas, como no pueden verse en parte alguna

del país. Me refiero a los pequeños pueblos por los que se pasa. Pueblos enteramente coloniales que viven como aislados del mundo, en una quietud absoluta. Sus calles, sin veredas, son como las de algunos viejísimos pueblos europeos, angostas como galerías. Y las casas se agrupan junto a una capilla con su plaza.

Cecilia. — ¡Entró usted en esas capillas, señorita?

Carmen. — Algunas guardan algo digno de verse, por su antigüedad y su valor: altares dorados con el oro regional.

Miguel Ángel. — ¡Aquel oro famoso de nuestro continente, que de tal modo atraía a los españoles!

Carmen. — Y del que algo subsiste... Desviándose de la Quebrada hacia el Oeste, en una gran altura, verían ustedes unos curiosos pescadores. Cuando las lluvias originan grandes corrientes, los nativos, sirviéndose de un cernidor como de una red ¿saben lo que pescan en los ríos?... Unos pescaditos que no se comen, pero que todos codician...

Cecilia. — ¡Serán pececitos de colores, para una pecera?

Carmen. — Son más bien... como para una alcancía... Sin aletas, ni escamas... ¿No adivinan? ¡Son pescaditos de oro puro!

Marcos. — ¡Usted se ríe de nosotros, señorita!

Carmen. — Nada de eso... Son pepitas de oro las que así se pescan, y yo puedo mostrarles algunas. Vienen mezcladas con arenas o engarzadas en cuarzo. Hay por allí un viejo pueblo, La Rinconada, cuyo suelo, socavado a causa de una antigua mina de oro, suena a hueco.

Miguel Ángel. — ¡Serán muy ricos aquellos pescadores del colador?

Carmen. — Las pepitas así juntadas, no enriquecen a los *coyas*...

Cecilia. — ¡*Coyas*?

Carmen. — Se llama *coyas* a los bolivianos de origen indio. Son muy pintorescos. Hombres y mujeres, descalzos o con unas sandalias que llaman *ojotas*, llevan ponchos con listones rojos y sombreros de anchas alas. Las mujeres cargan sus chicos a la espalda.

Cecilia. — ¿Se ven algunos desde el tren?

Carmen. — Sí; se les ve en toda la Quebrada. Y volbamos a ella; pues, como los españoles, nos hemos desviado en busca de oro... Si en la primera parte del trayecto, las faldas de las montañas estaban cubiertas de hermosos bosques; si allí el reino vegetal impera, desde Volcán todo es árido y comienza el reino... del reino mineral.

Miguel Ángel. — ¡Del cual el oro es rey!

Carmen. — Hay principalmente minas de plomo, de aluminio y de cobre que, no por brillar menos dejan de ser una riqueza... Además, en medio de aquella aridez natural, los animosos jujeños, nativos de la Quebrada, han logrado, con su industria, magníficos cultivos. Y como en tales alturas el clima es muy distinto al de otras partes del país — ¡en Diciembre nieva! — también la fruta da en épocas distintas, lo cual es una gran ventaja.

Cecilia. — Si aquello es tan fresco, será bueno para veranear...

Carmen. — Sí; los pueblos que se cruzan son de veraneo. Es importante entre ellos Tilcara, con su antiquísima iglesia de dos torres. Y, por supuesto, más arriba, Humahuaca. Pasando este pueblo, los cultivos desaparecen, ya no se ven sino montañas peladas, cubiertas de guijarros que brillan al sol, pulidos por las avalanchas. Sólo se levantan allí, aislados, como columnas, gigantescos cardones de una sola pieza.

Cecilia. — ¿Esa parte ya no será tan linda?

Carmen. — Lo es, de otra manera. Las inmensas montañas, a falta de vegetación, aparecen como pintadas de muchos colores; azul, amarillo... Y esto hace el paisaje precioso a la vez que imponente. Advuértense allí obras originalísimas de la naturaleza. Se ve, por ejemplo, un enorme peñasco, que al caer, según parece, desde las cumbres, ha unido dos montañas, como un puente. Le llaman «El puente del diablo».

Marcos. — ¿Cómo? ¿No nos dijo usted que aquello era una escalera para subir al Cielo? Primero el barro; ahora el diablo...

Carmen. — Justamente; para llegar al cielo, hay que vencer al diablo, que suele salirnos al encuentro...

Miguel Ángel. — Claro; hay que vencer al Mal, para llegar al Bien.

Carmen. — ¡Bravo, Miguel Ángel! Merecerías subir hasta Tres Cruces... sin *apunarte*, como comúnmente les pasa a las gentes del llano en las grandes alturas.

Cecilia. — ¿Y a los que viven siempre allí?

Carmen. — A ellos les sucede lo contrario. En las llanuras se ahogan, se enferman.

Marcos. — ¡Qué gente rara!

Carmen. — Para ellos son raros los otros... En fin, el tren sube que te sube, y nosotros, charla que te charla, hemos llegado a las *altiplanicies* argentinas, lindantes con las bolivianas. Allí se ven algunos tipos realmente indios...

Luisito. — ¿Como los de Colón? ¿Con plumas y todo?

Carmen. — Algo de la civilización les alcanza. Pero el abuso del aguardiente, y de la coca — que, en cierta dosis, les es beneficiosa — suele atontarlos.

Luisito. — ¿Se ve la separación de la Argentina con Bolivia? ¿Hay una pared?

Carmen. — ¿Te ríes, Marcos, de la ocurrencia de Luisito? Sin embargo, hay en La Quiaca como una separación natural, de modo que, para pasar de un país al otro, se ha construído un puente. Y así, se va a pie de la Argentina a Bolivia, ¿qué les parece? No me quedé yo sin atravesar el puente... Hay siempre gente cruzándolo. Coyas que transportan sus mercancías, de allá para aquí, de aquí para allá. Sin olvidar que, en todo el trayecto, se ven pobres arrieros conduciendo llamas, mulas, o burritos cargados.

Luisito. — ¡Qué divertido debe ser pasar así: de la Argentina a Bolivia, de Bolivia a la Argentina! Yo estaría pasando todo el tiempo...

Carmen. — ¡Ya lo creo que es divertido!... Aunque no se adornen con plumas, como preguntaba Luisito, aquellas gentes conservan algunas *tradiciones* de los incas. Cosas que no se sospechan desde Buenos Aires.

UN POCO DE GEOLOGÍA Y UN POCO DE HISTORIA

MIGUEL Ángel. — Cuéntenos algo más de su Quebrada, señorita Carmen. ¡Es tan interesante!

Carmen. — ¡Y si lo es! Habría para hablar de ella una semana.

Sorprende a los chicos que la señorita Carmen sepa tantas cosas. Mas, como ella lo dice, el secreto de su ciencia no es otro que su gran amor por las cosas del país. No contenta, en sus viajes, con mirar las que a sus ojos se ofrecen, averigua y estudia cuanto a ellas se refiere. Nacida en Jujuy, hallóse, además, en terreno propicio para recoger las viejas leyendas indígenas, al mismo tiempo que los pormenores de muchos sucesos históricos.

— Porque — dice ella a los chicos — ustedes imaginan que nuestro país comienza en Buenos Aires; que la capital es la primera letra de nuestro alfabeto... ¡Como que es allí adonde llegan ahora los vapores de Europa! Pero no siempre fué así. Hay que tener presentes estos dos hechos que fácilmente se olvidan:

»Primero, *que en los tiempos incásicos, lo más civilizado era el Norte.*

»Segundo, *que por el Norte comenzaron las conquistas españolas.*

»Del Norte nació la idea de tener más abajo un puerto; de lo cual data la definitiva fundación de Buenos Aires. Nuestra historia comienza, pues, por arriba...»

Miguel Ángel. — No por mucho madrugar amanece más temprano... Ustedes comenzaron antes... pero nosotros les hemos ganado en la carrera de la civilización.

Carmen. — Veo que eres un porteño incorregible. Pero escúchame hasta el fin, y verás todo lo que les vino de más arriba. Yo que vengo de aquella punta, llevo siempre conmigo estas impresiones. Desde mi pueblo se ven muchas cosas. Como es la parte más alta del país, abárcase desde allí todo el panorama, histórico y geológico.

Luego, complaciente con el pedido de los chicos, la señorita Carmen les habló más o menos como sigue:

— La Quebrada de Humahuaca es muy importante: como naturaleza; como lazo de unión entre nosotros y la parte Norte y montañosa de América. (Mientras no se divulgue la aviación, ella es el único camino.) Y por último, históricamente.

»**Como naturaleza.** Su belleza es digna de ser cantada y reproducida por poetas y pintores... y su riqueza mineral digna de ser explotada. La Quebrada es, por otra parte, de un especial interés geológico: aquellos lodazales de la región Volcán, atribúyense a causas de origen glacial. Es decir, de las épocas remotísimas en que la tierra — quizá deshabitada aún — era, en parte, invadida por espesísimas capas de hielo.

»Ya ves, Luisito — añade la señorita Carmen, — cómo a pesar de llamársele «el nuevo mundo», es éste tan viejo como el otro...»

Miguel Ángel. — Era nuevo para los que no lo conocían.

Cecilia. — Si en lugar de ser los europeos quienes descubrieran América, hubieran nuestros indios descubierto a Europa, los indios llamarían a Europa «el nuevo mundo», ¿verdad?

Marcos. — Los indios no fueron capaces de descubrir... ¡ni la pólvora!

— Pasando Tilcara — prosiguió la narradora — les mostrarían a ustedes un mojón, y no adivinarían nunca qué es lo que señala... ¿Sabén qué? El sitio preciso en que el tren cruza la línea imaginaria del trópico del Capricornio. Ya lo veo a Luisito saltando de un lado al otro del trópico, como quería saltar de la Argentina a Bolivia...

»Esto nos da una idea de la extensión de nuestro país. Tomen un mapamundi, y fíjense si va distancia entre este trópico y la zona polar hacia donde se estira, afinándose por alcanzarla, la Tierra del Fuego.

» Por fin, **históricamente**. Hay distintas faces que considerar: *lo indio, lo colonial* o español, y lo que podemos ya clasificar como netamente *argentino*.

» Pues, por una parte, están las tradiciones y algunas costumbres e industrias antiguas que, entre los nativos, se conservan allí.

» Luego, aquellos pueblitos intactos, puede decirse, de los más viejos tiempos coloniales.

» Y por otra parte, los hechos de la Independencia. Era la Quebrada una especie de Fuerte contra el que se estrellaban las tropas realistas, las cuales, como por un embudo, querían por ella penetrar en nuestro país. ¡Desde 1811 hasta 1825 se ha peleado allí continuamente por nuestra libertad! Allí se realizaron las hazañas de Güemes con sus gauchos — jujeños y salteños — defendiendo el terreno palmo a palmo.

» Es, pues, la Quebrada una ruta histórica, por excelencia. Transitada ya por los incas. Utilizada luego por los españoles que bajaban del Norte. Los ejércitos de Belgrano la cruzaron en sus campañas subiendo hacia Bolivia y el Perú. Y más tarde Güemes, haciendo de ella un Fuerte.

» También puede llamarse a la Quebrada canal de ciencia, pues por ella iban los hombres de 1810 hacia la universidad boliviana; y por ella volvían con su doctorado a cuestras...»

Miguel Ángel. — Que no les pesaría como a las llamas su carga...

Cecilia. — Al contrario, les aligeraría el paso; pues vendrían contentos con el título logrado.

Carmen. — En Humahuaca, centro principal de la Quebrada, hallábase Belgrano, cuando le fueron asignados los 30.000 pesos que él, ejemplarmente, empleó en escuelas, una de las cuales quiso se fundara allí mismo.

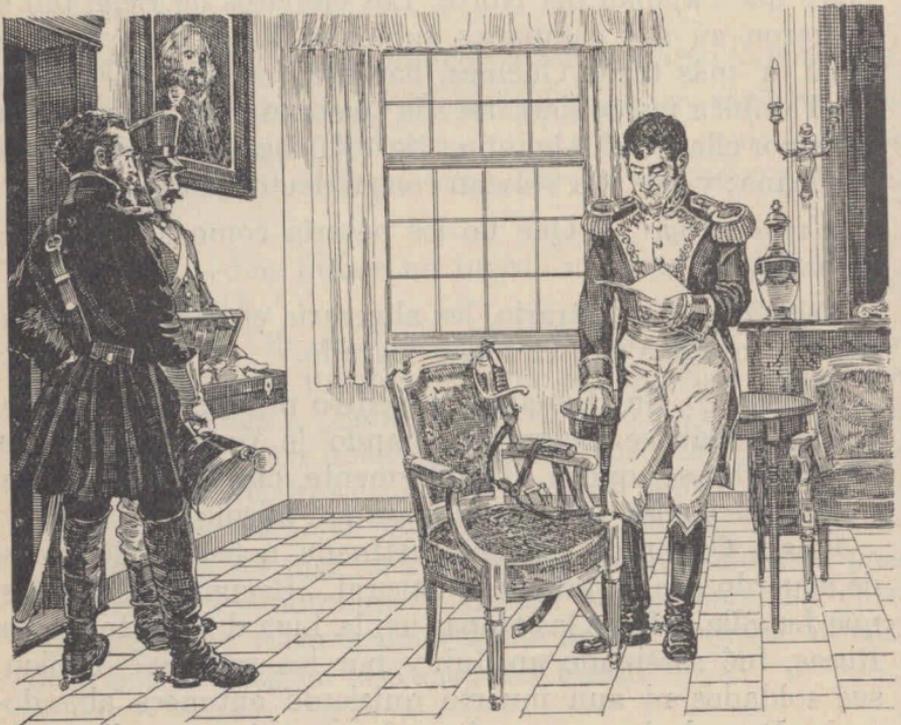
» Esta Quebrada parecía destinada a hechos heroicos, de acuerdo con su grandeza natural. ¿Recuerdan, ustedes, que Lavalle, jefe de las tropas, en la Liga del Norte contra Rosas, fué asesinado en Jujuy por los rosistas? Y bien; sus soldados ni aun muerto quisieron entonces abandonarle. Para darle una sepultura honrosa, huyeron llevando

el cadáver del General, a través de la Quebrada, hasta Bolivia. ¡Cosa digna de ser cantada en una epopeya!

» Aquellos hombres, heroicamente fieles y respetuosos de la muerte, no iban, por cierto, cómodamente sentados en un tren. Iban penosamente, a caballo, e iban perseguidos. En un alto, hicieron reposar el cadáver de Lavalle junto a uno de esos altares de oro, de que les hablé.»

Marcos. — Señorita Carmen: cuando estudiamos esas cosas en nuestro libro de Historia, nos aburren. Y contándolas usted, hasta yo la escucho con interés.

Carmen. — ¿Saben por qué? Porque, para ser breves, los textos suprimen los detalles, que son a veces lo más interesante de la Historia. Cuando ustedes lleguen a leerla con las particularidades de los lugares y de los personajes — dándose cuenta de que eran gentes como nosotros — no hallarán cuento ni novela más apasionante. Por donde lo más largo viene a resultar más divertido y fácil de leer que lo más corto.



Belgrano recibiendo en Humahuaca la notificación.

LA SELVA SANTIAGUENA

UN señor estanciero de Santiago del Estero, que asistía, en el hotel, a estas conversaciones, esperaba tranquilamente su turno; pues, también él, deseaba hacer la apología de su provincia.

— Muy hermosa la Quebrada de Humahuaca, señorita Carmen — dijo por fin una tarde. — Sin embargo, le queda a usted aún algo por ver: ¡nuestras selvas! En ellas no se corre el riesgo de apunarse ¿eh?

— Pero creo que se corren allí otros riesgos; hasta el de que nos salga al encuentro un «ánima en pena»; ¿no es así, señor Velázquez? — replicó la señorita Carmen. — Sólo que estos niños son tan valientes que no han de tener miedo de seguirle por entre las espesuras.

Miguel Ángel. — Si quieren, voy a buscar mi escopeta...

Velázquez. — No hace falta todavía... ¿Ustedes han visto aquí, en Rosario de la Frontera, una muestrita de lo que es una selva? Bueno ¡imagínense toda una vasta región cubierta así de bosque! ¡Cuánto ha tenido que trabajar el hacha en mi provincia! ¡Cuántos árboles que tronchar, para hacer sitio a los pueblos, para trazar las líneas de los ferrocarriles!

Carmen. — Y tengo entendido que fué Santiago del Estero la primera ciudad fundada en nuestro territorio.

Velázquez. — Justamente; se la llamó la ciudad del Barco... Pero yo no quería hablarles sino de su vegetación, que es, a veces, como de pesadilla. Aun ahora, viajando por algunos parajes, hace el efecto de que el tren va abriéndose penosamente camino a través de los bosques... Por medio de las explotaciones *forestales* y de la exportación de maderas, la provincia y su capital prosperan.

Cecilia. — Yo preferiría que la ciudad no prosperase, con tal de que no echaran abajo los bosques. ¡Deben ser tan lindos!

Velázquez. — No diga eso, niña... Los pueblos deben servirse de las riquezas de su suelo para combatir la miseria

y sus tristísimas consecuencias. ¿Qué sería de Santiago del Estero si no explotara sus maderas? La vida fué siempre difícil allí, por la escasez de agua. Así, como las moscas en la miel, todas las poblaciones se han instalado a lo largo del río Salado y del río Dulce.

Carmen. — Estos porteños no tienen idea de lo que es la falta de agua...

Velázquez. — Adonde no llega el agua, tampoco llega la civilización. Tan es así que, aun ahora, cerca del Chaco, abundan los indios semisalvajes...

Carmen. — A principios de este siglo, en algunos pueblos santiagueños, apenas era conocido el español. ¿Verdad, señor Velázquez? ¿Usted sabrá algo de quichua?...

Velázquez. — Ya les diré algunas coplitas indias... Y que no se aflija la señorita Cecilia, porque no es de temer que nuestras selvas desaparezcan totalmente. Tenemos selva... para un buen rato.

Cecilia. — ¡Qué suerte! Cuando sea mayor iré a pasarme las horas y las horas dentro de la selva...

Velázquez. — Hay por cierto gran encanto en explorarlas a pie... en los sitios abordables. Y evitando el visitarlas durante los meses en que no llueve; porque entonces todo está reseco, como jamás lo imaginarán quienes no conocen los excesos de aquel clima. Pero en la época de las lluvias, cuando los bosques florecen... ¡Entonces, tampoco puede imaginar lo que aquello es quien nunca haya gozado de su vista!

Y el señor Velázquez trató de describirlo. Los aguari-bayes muestran, entre su follaje, tenue como un encaje, sus racimos de frutitas rojas. En las ramas de los magníficos quebrachos y algarrobos, se enroscan y florecen las deliciosas «flores del aire». Las enredaderas *parásitas*, como guirnaldas, unen entre sí a los árboles, se enroscan en los troncos, se arrastran por el suelo. Todo el follaje se mezcla y se confunde en extrañas construcciones. Y abundan flores de todos los colores, especialmente las amarillas, como un símbolo del oro que aquello representa.

— Pero Cecilia — prosiguió el señor Velázquez — haría bien en no dejarse seducir por todo aquel oro, y en olvidar su reloj... Aunque mucho antes del crepúsculo la echarán del bosque las sombras que lo invaden. Si tan amables suelen ser de día, aquellas selvas conviértense, al anochecer, en algo que infunde pavor. Son todo un mundo de estremecimientos, de murmullos, de negras sombras movedizas, de gritos de pájaros nocturnos, a veces de trinos suaves...

Miguel Ángel. — Pues me gustaría encontrarme allí, solo, de noche...

Carmen. — Siempre que no apareciera algún tigre ¿no?

Marcos. — (*Burlón.*) ¡Pero tendría su escopeta!

Cecilia. — ¿Y si te mordiera alguna víbora...? Yo confieso que, aun sin tigres ni víboras, no sé lo que me pasaría oyendo chillar a algún avechucho, en aquella terrible obscuridad. ¡Y al oír en ella ruidos que ni siquiera se sabrá de dónde vienen!...

Velázquez. — Asomándose a nuestras selvas por la noche, se comprende que de sus sombras, sin más estrellas que los ojos fosforescentes de algunos animales nocturnos, y de sus murmullos, hayan surgido tantas supersticiones — a las que hizo alusión la señorita Carmen; — tantas fábulas como en la región se cuentan. Invenciones de seres fantásticos, benéficos los unos, los otros maléficos. Es una especialidad, la nuestra, para estas cosas. Como las gentes son por allí de descendencia quichua, se han conservado las leyendas inventadas por los indios. Y como son muy ignorantes, todo lo creen.

Así habló el señor Velázquez. Pero, por sobre todas las invenciones fantásticas, surge en Santiago del Estero la bella figura histórica de **San Francisco Solano**, que vivió en los primeros tiempos de la conquista de América.

Con el sonido suave de su violín, como un nuevo pájaro de dulcísima voz aparecido entre las selvas, Francisco atraía a los indios y los conquistaba para el bien.

Venérase en la capital de esta provincia una estatua

de San Francisco Solano, tallada en un tronco de ceibo, y colocada en la celda que en su convento habitó. Es extraordinario cómo esta celda ha podido conservarse, a través de más de tres siglos, a pesar de ser sólo de adobe, como lo era todo el resto del convento.

Existe en ella el tirante que, según la tradición, el santo alargó milagrosamente para que pudiera servir en el techo.

LA CAÍDA DEL QUEBRACHO

LA más importante de las maderas de Santiago del Estero es el quebracho. Su caída por los peones que trabajan en el desmonte resulta impresionante.

Entonces sí que suenan ayes como de «ánimas en pena». El tronco cruje y va cediendo poco a poco; gime y gime larguísimo, antes de caer. Son verdaderos lamentos los que se oyen, capaces de dar origen a mil leyendas fantásticas, si no se supiera de qué se trata.

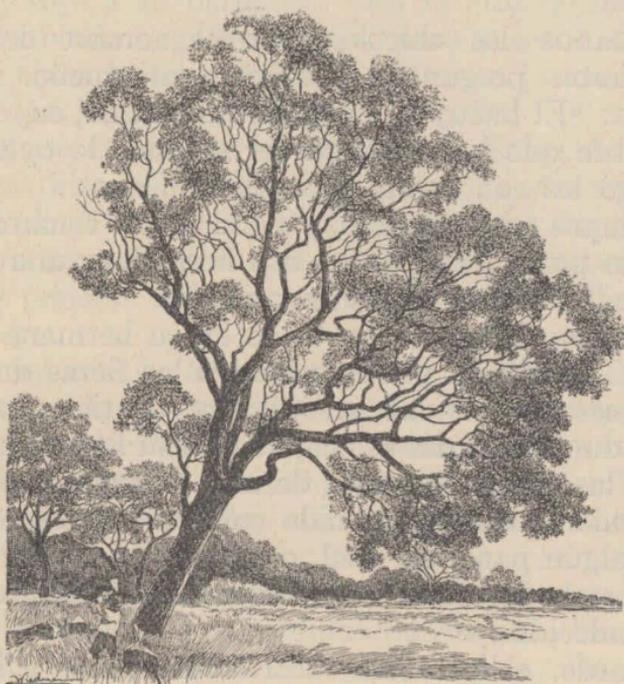
El escritor **Ricardo Rojas**, de familia santiagueña, ha descrito muchas cosas de Santiago del Estero en un libro titulado: *El país de la selva*. De allí es esta página que el señor Velázquez leyó a los chicos:

«Caminando al azar, llegué a tal sitio donde un árbol gigantesco yacía como enorme cadáver. Las numerosas, marchitas hojas, le amortajaban en mustio verdor. Su lánguida tristeza, unida a la sugestión del crepúsculo y a la paz funeraria del instante, me infundieron cierta amargura ante aquellos despojos de un consanguíneo predilecto y grande. Habíalo tronchado a golpes inclementes el Hombre del hacha. ¡Ah! ¿Dónde estaba el Hércules que se atreviese a descuajarlo? Las centenarias, poderosas raíces hundíanse en lo más firme de la tierra, única madre digna de él...»

«El silencio nos envolvía como una atmósfera sobrenatural. Murmuraban en la condolida brisa remembranzas de aquel caduco imperio. Abatido en su sede milenaria,

daba el concepto obscuro de la muerte, mostrándose aquel árbol, ora como un titán descalabrado, ora como un ídolo roto. Cortado a tajos poligonales, la sección casi cónica del tronco descubría su corteza, rugosa piel de paquidermo prehistórico, y su compacta leña, que se endurece más en el agua, fuerte como el hierro y bermeja como los músculos de un toro. Y para certificar la saña de la brega, que debió durar muchas horas, los gajos ostentaban también hondas heridas. Abriánse como nervudos miembros inmovilizados en la más fiera actitud de la lucha: unos colgaban inválidos, otros enhiestos en amenazas al igual angustiosas e impotentes, semejaban diestras nudosas, retorcidos tentáculos, trompas enfurecidas. Manaba de punzadas y coyunturas un humor viscoso como gotas de sangre coagulada, mezcla de miel y cera, que yo dijese sus lágrimas, si por acaso ignorase que estos colosos no lloran.»

«Aquel árbol caído era un **quebracho.**»



El hombre del hacha y el coloso que gime...



LEYENDA INDÍGENA

INTRIGADOS los chicos al oír el nombre del *kacuy*, hicieron preguntas al señor santiaguense. Éste les dijo: «El *kacuy* es un pájaro nocturno, cuyo grito es tan lúgubre que hace estremecer a quien lo oye.»

Y luego les contó esta leyenda indígena:

En tiempos muy remotos, y siendo estas comarcas habitadas sólo por indios, vivían dos hermanos, una mujer y un varón, huérfanos de padre y madre.

El hermano había concentrado en su hermana todo su cariño. Y no sólo la protegía contra las fieras durante la noche, pues era un valiente cazador de tigres, sino que también durante el día se ocupaba de su hermana, vagando entre las selvas en busca de algo con que obsequiarla.

Llevábale cada día un nido con sus huevos, o alguna fruta, o algún panal de miel, o algún ave para asar en el fuego. Pero la hermana mostrábase con él siempre huraña y desagradecida.

Una tarde, el hermano recorrió inútilmente la selva. Era una de esas tardes de calor y de sequía en que en los bosques santiaguenses, las hojas se achicharran, y en que

sólo se mueven, sobre un colchón de polvo reseco y desmenuzado, los cuises y las lagartijas.

Volvió el hermano mustio, cansado, sediento. Sus manos, heridas por las ramas espinosas en vano exploradas, sangraban. Y pidió a la hermana un poco de agua con miel para refrescar su garganta, y otro poco de agua para lavar sus manos lastimadas.

Trajo la hermana la miel y el agua; y a él le brotaban ya las palabras del agradecimiento. Pero en lugar de servir las a su hermano, la perversa india duplicó su suplicio derramando, a su vista, ambas cosas sobre la tierra caldeada.

Una vez más calló el hermano, devorando su angustia. Una vez más tuvo paciencia. Pero, cuando al día siguiente, la hermana volteó intencionalmente la cacerola en que él cocía el loco de su almuerzo, el deseo de la venganza se apoderó del espíritu amargado del pobre indio.

Se fué al campo sin decir una palabra. Al atardecer volvió y dijo a su hermana: «En lo alto de un árbol he descubierto un magnífico panal; pero necesito de tu ayuda para tomarlo.» Y a la selva se fueron los dos, llevando él un largo lazo, su hacha y su poncho.

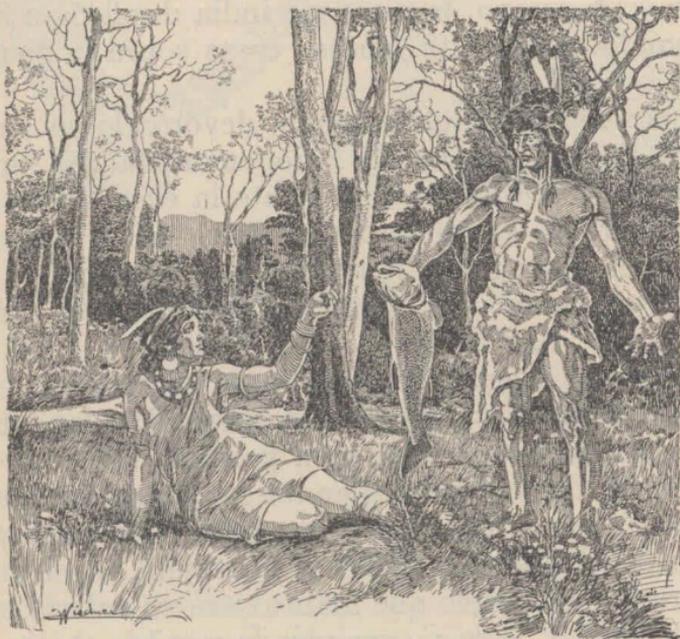
Tratábase de un árbol gigantesco. Sobre la horqueta más alta, hizo el indio pasar su lazo y, tirando por un extremo de él, subió a su hermana sujeta en el otro extremo, recomendándole que mantuviera su cabeza envuelta en el poncho, para no ser picada por las abejas, alborotadas ya.

Una vez que la hermana estuvo instalada en la copa del árbol, el hermano volvió a recomendarle que no descubriese su cabeza hasta que él se lo dijera, y mientras él exploraba las ramas vecinas. Como el hermano había sido siempre bueno con ella, ella no tuvo la menor desconfianza.

Y el hermano vengador comenzó entonces a descender sigilosamente, y a medida que bajaba, iba cortando con el hacha las ramas que abandonaba. De más está decir que había antes desatado el lazo y que lo llevaba consigo.

La hermana, confiada siempre, esperó. El grueso y tosco tejido indio no sólo le impedía ver, sino que también atenuaba los ruidos del desgajamiento de las ramas. Pero cuando hubo cesado todo ruido, extrañada la india de que su hermano nada le dijera, entreabrió el poncho y miró por la abertura...

Una impresión de vértigo la sobrecogió. Hallábase a una enorme altura, sobre un tronco liso como una colum-



na. Ni una rama debajo de ella por donde pudiera bajar. Y por todos lados, soledad.

Comenzó a gritar en su idioma: «¡Hermano mío, hermano mío!» Mas su grito se perdió en las sombras que iban invadiendo la selva.

Presas de terror, púsose de pie sobre el ramaje. Y ante el peligro de resbalar, sus pies se afirmaban con tal empeño que comenzaron a encorvarse. Y así se le fueron convirtiendo en garras.

Segura ya del apoyo de sus pies, soltó la india la rama superior en que se agarraban sus manos, y agitó los bra-

zos en demanda de socorro. Y los brazos fuéronse cubriendo de plumas.

La sed le reseca los labios, hasta formársele la materia córnea del pico del ave. La mala hermana se había, pues, convertido en pájaro. Y nació así el kacuy, cuyo grito suena: *turay, turay...*

Ahora bien: *turay*, en el quichua de aquel tiempo y lugar, quería decir: *hermano mío*. De modo que en la india todo se transformó menos su último grito que siguió siendo siempre el mismo: «¡Hermano mío! ¡*Turay, turay!*»

Y por esto la voz del kacuy no es sólo una súplica de socorro, sino que suena también como un grito de doloroso arrepentimiento. Pues cuando la india se vió abandonada, reconoció — ¡demasiado tarde! — su pasada maldad.

Cuentan los viejos que ningún indio extraviado en la selva contestó nunca al engañoso llamado. Porque, desde niños, todos sabían que aquel lastimero: «¡Hermano mío!» era el pájaro, era la hermana maldecida quien estaba condenada a proferirlo eternamente.

Pero que, si el que oía este grito se hallaba enemistado con su hermano, corría inmediatamente en busca de una reconciliación. Porque el kacuy le recordaba que no era bueno provocar la ira del hermano; y su gemido incitaba al arrepentimiento a todo aquel que fuera culpable contra el amor fraterno.



C Ó R D O B A

EL PARQUE

DE vuelta de Rosario de la Frontera, cumpliendo su promesa, el señor Juan llevó a su familia a conocer la ciudad de Córdoba, que, en tiempos antiguos, fué más importante que Buenos Aires, y rivalizó con ella en la ambición de ser la capital de la República.

Encuéntranse allí, por cierto, monumentos más antiguos y bellos que en nuestra Capital. Y se comprende. Pues en los tiempos coloniales, mientras Buenos Aires era un centro principalmente comercial, Córdoba, «la docta Córdoba» como se la llamaba entonces, era más bien un centro intelectual y religioso.

El señor Juan, que conocía ya los secretos de la pintoresca ciudad, llevó ante todo a su familia al Parque Sarmiento, desde donde tendrían una vista de su conjunto.

Este Parque se extiende en una meseta, a una altura de treinta metros sobre la ciudad. Por una avenida de magníficos aguaribayes, llegaron los viajeros hasta una pequeña lengua de tierra que avanza, diríase, en el vacío, como la proa de un barco.

Saltaron todos del coche. Parados en el borde mismo de esta especie de cabo en el mar de la atmósfera, vieron la tierra cortada a pique a sus pies. Era una barranca perpendicular, de una tierra porosa, de tinte rosado. Y treinta metros más abajo, mostrábase la ciudad, desde la que subían las numerosas cúpulas y campanarios de sus iglesias.

Parecía una ciudad sumergida en un mar transparente. Pues dominaba en todo el cuadro un intenso y puro color azul. El cielo, sin una nube, era de un celeste resplandeciente que cegaba un poco; y todo alrededor, como formando a la ciudad un marco, veíanse las sierras completamente azules.

Los viajeros quedaron deslumbrados ante esta preciosa perspectiva.

Recorrieron luego todo el Parque, con su pileta de natación, la más grande del país, sus lagos, sus lugares de recreo y sus magníficas arboledas. Y llegaron a la Escuela de Agricultura, que continúa y termina el Parque. En su frente hay una explanada, desde la que también se abarca la vista de la ciudad engarzada en el aro de las sierras.

Lo que más entusiasmó a los chicos fué el Jardín Zoológico, al pie de aquella misma lengua saliente de tierra donde primero se detuvieron, del lado opuesto al de la ciudad. Este jardín ha sido construído aprovechando los accidentes naturales del terreno, en la llamada «barranca de los loros», y resulta sumamente bello y original.

Allí, las barrancas son un poco menos perpendiculares que del lado de la ciudad, y las hondonadas menos profundas. Las pendientes mismas han sido convertidas en jardines. Y hay que bajar por escaleras o caminos en zigzag, entre cuadros de césped, para ver los animales diseminados, aquí y allá, en sus respectivos y muy variados alojamientos.

En el fondo de aquellas hondonadas, en su prisión, que es una cueva cavada en la barranca natural y cerrada con una reja, el tigre aparece como en su antro de los bosques. Las cascadas artificiales, dejando caer sus chorros desde gran altura, también parecen naturales.

LA CIUDAD

Los viajeros cruzaron luego, en todos sentidos, la ciudad, que resulta muy pintoresca. Hay ahí un río que, aunque escaso de agua, por todas partes se mete y ha obligado a construir puentes en algunas calles. Hay además calles que suben y que bajan.

Y no sólo abundan en Córdoba las iglesias, sino también las plazas y otros parques, además del gran Parque Sarmiento. Hay una bonita plaza octogonal, cuyos canteros rectilíneos y los macizos de boj recortados hacen un efecto

muy bonito y poco común en nuestro país. También sorprende poéticamente, en medio de apretadas calles con sus casas y tiendas, el lago rodeado de sauces y álamos, del paseo Sobremonte.

La Catedral, con sus torres pesadas, anchas, un poco chatas, es muy bella. Es el monumento colonial más importante de la República. Entrando en ella los chicos, admiraron el tabernáculo de plata maciza, en el altar mayor.

El techo de la Iglesia de los Jesuitas, tan pobre por fuera, está ricamente tallado en cedro de Tucumán, con fino dorado y pintura; y se halla tan bien conservado que parece obra reciente, a pesar de que data de tres siglos atrás.

Visitaron detenidamente los *turistas* «la casa del virrey», que hospedó al marqués de Sobremonte, convertida hoy en **Museo Colonial**. Hay allí una valiosa colección de antigüedades, dispuestas de modo que revelan lo que debió ser, en nuestro país, una casa noble, a fines del siglo XVII.

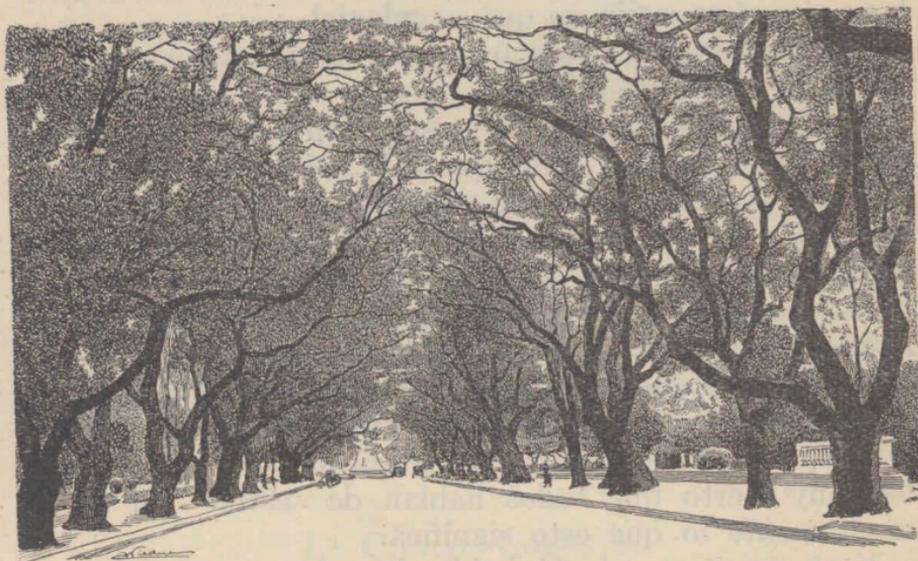
Se ha tratado de reconstituir el moblaje de las piezas que componían la vivienda. El oratorio, entre la sala y el comedor, da al «patio de honor», en el que se ve una enorme tinaja de barro cocido, con la fecha de 1626.

En los altos están los dormitorios, suntuosamente amueblado el principal que da al balcón, el cual forma un ángulo en la esquina de la calle. A los chicos les llamó la atención un sillón de cuero, en cuyo respaldo está pintado el antiguo Cabildo de Buenos Aires. Este sillón perteneció al virrey.

Entre las calles de Córdoba, la que mejor recordaron los viajeros fué la calle General Paz, que parece custodiada por dos monumentos colocados en cada uno de sus extremos: Uno representa, a caballo, al **General Paz** que defendió la población contra el avance de Quiroga. Y el otro, al legislador **Vélez Sársfield** llevando en la mano el Código que compuso.

Los suburbios de Córdoba son también muy interesantes. Pues, por todos lados, se alzan barrancas en las que aun se ven casitas de adobe rodeadas de *pencas*, las cuales vienen a ser el alambre de púas de la naturaleza. Un cerco de cactus es más bonito y defiende mejor la propiedad que el mejor alambre erizado. Y, a pesar de todas sus espinas, suele producir un dulce fruto.

Del higo de tunas, que puede también comerse crudo, se hace *arrope*. Por cierto que no olvidaron los chicos esta especialidad cordobesa: la de sus tradicionales golosinas, los alfajores rellenos de dulce de leche, de arrope o de turrón, y los *alfeñiques*.



Por una avenida de magníficos aguaribayes, llegaron los viajeros...

EL ESTILO COLONIAL

UN señor salteño que acompañó a la familia bonaerense, en su visita al Museo Colonial de Córdoba, exclamó, en el curso de la conversación:

— ¿Cómo? Habiendo estado ustedes en el Rosario de la Frontera ¿no llegaron a la ciudad de Salta?

El señor Juan explicó que, debiendo terminar los chicos en Buenos Aires su año escolar, no les fué posible alargar tanto el viaje.

— Si así les entusiasma este Museo — prosiguió aquel señor, — ¡cómo les hubiera gustado a ustedes mi ciudad! Es la ciudad más colonial de la República.

— Desde que comenzamos este viaje — dijo Marcos — no oigo hablar sino de «estilo colonial». Y al fin, yo no sé bien ni qué es **estilo**, ni qué es **colonial**...

— ¿Tú, que piensas ser arquitecto, ignoras esas cosas? — le reconvino Miguel Ángel.

— Marcos — dijo Cecilia — se complace en hacerse el que no sabe algunas cosas que sabe. Habiendo estudiado Historia Argentina, no puede ignorar que fuimos «una colonia» española; y que... Pero si el señor Arias quisiera explicarnos algo más, todos se lo agradeceríamos...

El señor Arias, que era un arquitecto dedicado justamente a estudiar «el estilo colonial», explicó complacido a los chicos lo que sobre esto les podía interesar.

— Marcos — dijo — ha hecho una pregunta, que para ser respondida, requiere mayor *erudición* de lo que parece. Es muy cierto que todos hablan de «estilo» sin saber exactamente lo que esto significa.

Y el arquitecto siguió hablando más o menos así:

¿Saben cómo nace un *estilo*? Sucede que, en un pueblo, un gran artista, un gran arquitecto, un futuro Marcos, por ejemplo, levanta, un día, un edificio que inmediatamente se atrae la admiración de los habitantes del lugar y su deseo de imitarlo.

¿Por qué? Porque el edificio reúne tres condiciones:

Primera: responde a las necesidades de las gentes de ese pueblo.

Segunda: Es de fácil construcción allí; porque se han empleado en él materiales que pueden recogerse en ese mismo suelo.

Tercera: El edificio es bello.

El edificio satisface, pues, todos los deseos. Entonces los demás habitantes de la ciudad lo imitan. Todas las casas que se levantan a su alrededor se le parecen. Ese parecido de las casas de un pueblo, entre sí, forma *el estilo*.

A los conquistadores españoles les llegó el momento de edificar aquí casas y ciudades. ¿Cómo habían de hacerlas? En la forma a que estaban acostumbrados en su país.

Pero, al no encontrar aquí todos los elementos para hacer las casas idénticas a las que, en esa época, se levantaban en las ciudades españolas, se vieron obligados a simplificar las construcciones. Es decir; a hacer las casas más sencillas y más pobres.

Las necesidades de nuestro suelo y clima, los materiales empleados, dieron entonces a las casas un carácter especial; es decir, *un estilo* especial. De modo que podemos decir, que «el estilo colonial argentino» nació del estilo español de la época, aplicado a las necesidades y a los recursos de esta tierra.

No dejaba de ser buena aquella edificación colonial. Las gruesas paredes preservaban a los aposentos de los excesos del calor y de los excesos del frío. Y todo era aireado y amplio. Las casas más suntuosas, y especialmente las iglesias, alcanzaron una noble belleza.

LA CIUDAD COLONIAL

COMO ha dicho el señor Arias, la ciudad argentina que ha conservado mayor número de edificios «coloniales» es Salta, capital de su provincia.

Y se comprende. Porque, en razón de su antigua importancia y riqueza, Salta fué, en tiempos de la conquista, la mejor edificada.

Era Salta el paso obligado para Bolivia y el Perú. Antes de internarse en las Quebradas que conducían a aquellos países, era inevitable la parada en Salta, la ciudad más importante del Norte. Ella era el eslabón que unía y servía de intermedio comercial entre los dos virreinos: el del Perú y el del Río de la Plata.

El intrépido viajero que, desde Buenos Aires, quería llegar a Lima, sólo al llegar a Salta hallaba seguridad contra los indios que asaltaban a las caravanas. Pues esta ciudad estaba defendida contra las invasiones de los salvajes, por los fosos que la rodeaban.

Fué, pues, Salta una ciudad señorial, rica, y muy culta. No es extraño, por lo tanto, que su edificación haya resultado más durable que en otras ciudades argentinas.

Hay que verla desde un campanario, para darse cuenta hasta qué punto Salta es una ciudad colonial. Percíbense, desde esa altura, una multitud de techos de tejas, a dos aguas, netamente coloniales. Las casas así techadas, tienen puertas adornadas con gruesos clavos, ventanas con fuertes rejas salientes, y amplios patios. Se parecen, pues, a la casa de los abuelos tucumanos, donde se hospedaron los chicos.

Y son bastante numerosas, en Salta, las casas en el estilo de la del virrey en Córdoba; con balcón de hierro, formando esquina y unido, por medio de barrotes, al techo, que sale como alero. Una de estas antiguas casas pertenece a la familia del General José F. Uruburu, quien hizo en Buenos Aires la revolución de 1930.

Las iglesias de Salta, llenas de recuerdos históricos, están adornadas de *azulejos* — es decir, baldosas de porcelana pintadas — como las de Andalucía.

Tienen estatuas en esta ciudad, algunos generales. Belgrano que venció allí Tristán, poco después de haberlo vencido en Tucumán. El general Arenales (abuelo de J. F. Uruburu), héroe de la Florida; que peleó en compañía de San Martín y Bolívar. Y tiene su estatua, en primer lugar, el general **Güemes** nacido en Salta misma, que a los catorce años de edad entró a un regimiento, peleó en las invasiones inglesas, hizo la campaña del Alto Perú

y se adueñó de Salta. Y que, por fin, como se vió al hablarse de la Quebrada de Humahuaca, se ocupó de la defensa del Norte. Fué un gran general de la Independencia.

La ciudad de Salta está edificada junto al Cerro de San Bernardo. Es adelantada y culta. Pero aún hay allí no poco de indio. Por sus calles pasan, como en Jujuy, los nativos, envueltos en sus ponchos pintorescos.

La riqueza actual de la provincia consiste principalmente en la caña de azúcar, y en los pozos de petróleo que se están perforando y explotando en sus montañas.

LETRAS PARA CANTAR...

(... Y QUE LOS CHICOS HABÍAN OÍDO A RAIMUNDO, EL CATAMARQUEÑO)

He perdido una canción.
Papelillo, papelillo:
el que la encuentre se calle,
y la guarde en su bolsillo.

Los corazones en fiesta
la salieron a buscar
para ponerle una música
con que pudieran danzar.

Los corazones en fiesta
uno a uno la encontraron,
pero como era muy triste
lejos de ellos la arrojaron.

Mas el buen viento que vino
por la noche, la llevó,
y él fué el único en cantarla
porque es triste como yo.

RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ.

Joven poeta, que escribe sobre temas de las provincias del Norte, empleando a menudo el lenguaje de las gentes humildes.

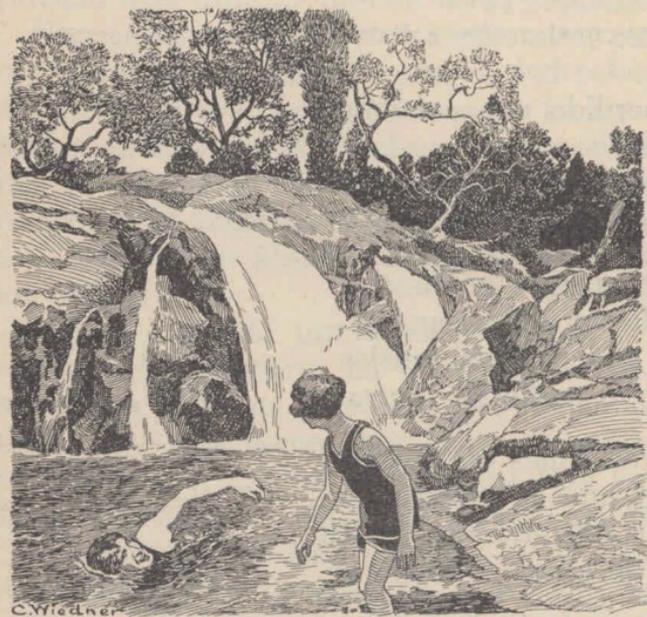
LAS SIERRAS

HABÍA llegado el momento más ansiado del viaje: el de las excursiones a través de **las sierras cordobesas**.

— Antes de hacer una gran excursión, quiero que conozcan de cerca alguna sierra — había dicho el señor Juan a sus hijos. — Porque si no, ustedes pasarían por entre la serranía, como en un bazar, por entre cajas cerradas, sin

sospechar lo que contienen.

»Vamos primero a abrir una cajita. Vamos a ver lo que hay adentro de una sierra. Así, cuando pasemos rápidamente en automóvil, por entre valles y cumbres, las sierras no serán para ustedes tan poco significativas como cajas cerradas,



cerradas, sino que podrán ir imaginando todo lo que en ellas hay.»

Para cumplir este propósito, la familia se instaló por tres días en el pueblo de **Alta Gracia**, poco distante de la ciudad de Córdoba, que comprende parte de llanura y parte de montaña.

En esos tres días, los chicos se familiarizaron con los arroyos de aguas transparentes y sembrados de piedras,

que habían de hallar luego en toda la serranía. Sólo que el de Alta Gracia, más que arroyo era ya un río de abundantes aguas, formando, al tropezar con las piedras, pequeñas cascadas. Había, en algunos parajes, piedras muy grandes donde era agradable sentarse, mirando y oyendo correr las aguas.

Y no sólo trabaron los chicos relación con las encantadoras cabritas, sino que pudieron hacer lo que tanto les habían envidiado al verlas desde lejos: rivalizaron con ellas en el arte de trepar y de saltar de piedra en piedra.

Era lindo poder conocer así la sierra, a pie. A cada paso hacían un nuevo descubrimiento. Felizmente tuvieron unos días de calor, y pudieron bañarse en el arroyo. Recibieron sobre sus hombros una espumosa cascada; y mucho les divirtió el luchar, agarrándose de las piedras, con la fuerza del agua que quería arrastrarlos.

Todo era allí novedad para ellos: la «paja brava», casi blanca, con la que se hacen tan bonitos techos a los ranchos, las variadas flores silvestres. No dejaron tampoco los chicos de probar la leche de cabra, cuyo gustito amargo recuerda las yerbas olorosas de la sierra: menta piperina, «yerba buena», etc. También tomaron este gusto de yerbas a la miel, tanto más sabrosa que la de Buenos Aires.

— Las abejas en su panal, y las mujeres en su cocina, son en Córdoba, mucho más hábiles que las abejas y que las mujeres porteñas — había dicho un cordobés. — Ni la miel ni los dulces de allá pueden compararse con los nuestros.

Y los chicos porteños tuvieron que darle la razón. A ellos les daban ganas de instalarse en una carpa, a vivir en medio de la sierra, junto al arroyo: aquella naturaleza hospitalaria invitaba a acampar allí.



ESTRELLAS Y «TUCOS»

DESDE el pueblo de Alta Gracia se veía, sobre una cumbre algo lejana, una construcción. Preguntando los chicos qué era, supieron que se trataba del **Observatorio Astronómico**, situado a 1.200 metros de altura.

Gracias a la transparencia de la atmósfera cordobesa, y a la riqueza estelar de nuestro hemisferio, este Observatorio es uno de los más interesantes del mundo. Según el astrónomo Martín Gil, Córdoba, su provincia natal, es el punto del globo desde donde mayor número de estrellas se percibe.

Nuestros viajeros pudieron apreciar esta verdad, mirando por la noche el magnífico cielo cordobés.

— Además, parece que los *tucos* quisieran aquí rivalizar con las estrellas — dice Cecilia.

En efecto, los «tucos», nombre que se da en Córdoba a los bichos de luz, son mucho más bellos que las luciérnagas de Buenos Aires, cuyo brillo es pálido e intermitente.

Los tucos tienen una luz verde y constante, tan intensa que, como vuelan hasta una gran altura, no es imposible se les confunda alguna vez con una estrella.

BAÑO SERRANO

Cuando se pone el sol, bajo al arroyo
y al agua, nadador, feliz me entrego.
¿Me visteis zambullir? ¡Ah, qué delicia
en el rostro mojado el aire fresco!

¡Qué alegría en la tarde calurosa
la frescura del agua y el sosiego
de los divinos montes solitarios,
mientras se queman de arrebol los cielos!

¡Qué alegría y qué fiesta en el crepúsculo,
sacudir empapados los cabellos
y quedarse tendido en la corriente,
oliendo arroyo y escuchando viento!

Luego el campo se llena de susurros
y se diría que no pasa el tiempo.
En la paz de la tarde, toda el alma.
En la dicha del agua, todo el cuerpo.

Mas ya se apaga el arrebol lejano
y se oscurecen los pesados cerros.
La tarde se corona de violetas
y echa en el agua pensamientos negros.

Entretanto se eleva en el ribazo
la música del grillo. Y floreciendo
desde la eternidad sobre este mundo,
azucena de Dios, brilla el lucero.

Y murmura el arroyo entre las piedras...
Y un murmullo sin fin colma el silencio...
He salido del baño, me he vestido.
Monto a caballo y a las casas vuelvo.

¡Cómo está de luciérnagas la noche!
Vívidas bullen por los campos negros,
y el tuco enciende su esmeralda errante
allá por lo fantástico del cielo...

ARTURO CAPDEVILA.

Arturo Capdevila, autor contemporáneo de muchos libros en prosa y en verso, describe a menudo cosas de la provincia y de la ciudad de Córdoba, donde nació.

HACIA EL DIQUE SAN ROQUE

LA SIERRA CHICA

QUÉ excursión emocionante y bella la que se hace desde Alta Gracia hasta el Dique San Roque! Especialmente si se efectúa cruzando **la Sierra Chica**. Resultan así dos excursiones en una.

La de Sierra Chica es por sí sola muy hermosa. Súbese la montaña, por un camino trazado en lenta espiral. Cada vuelta ofrece a la vista un nuevo cuadro: valles profundos, escondidos cerros, pequeños bosques y hondonadas.

A mitad del camino, se detienen los turistas en un puente, desde el cual se abarca una perspectiva preciosísima y variada. No son ya sólo los valles profundos a los pies del espectador, las onduladas cumbres que lo rodean, sino también lo que se muestra en lontananza.

Hacia el Norte se ve extenderse una gran llanura que termina con la vasta edificación de la ciudad de Córdoba, la cual se percibe apenas y como soñada. Mientras que a un lado, a los pies mismos de la sierra, muchísimos metros más abajo, se ve el caserío del pueblo de Alta Gracia.

(En noche de luna, el espectáculo de las masas de sombra y de reflejos en las sierras y los valles, al mismo tiempo que la extensa iluminación de la ciudad lejana, y la otra iluminación más reducida y más próxima del vecino pueblo, hacen, de este puente, algo bastante extraordinario.)

Y se sigue la subida hasta llegar a los pies del Observatorio Astronómico, el cual señala el punto culminante de la Sierra.

Luego se baja hasta un hermosísimo llano ondulado de lomas, atravesado por arroyos, blanqueado de paja brava, la cual brilla, al sol, como si fuera de plata. Allí suelen verse rebaños de ovejas pasciendo en campos de alfalfa, y se llega a Carlos Paz, pueblito casi oculto por su espléndida arboleda.

EL DIQUE

Comienza la segunda parte de la excursión. ¡Qué magnífica la aparición del lago, formado artificialmente, junto al **Dique San Roque!** Además de su gran belleza ¡cómo sorprende tal abundancia de agua en medio de las sierras!

Algunas sierras que, por ser las más pequeñas, parecen las más traviesas, avanzan atrevidamente sobre el agua y diríase que navegaran en ella.

Falta aún la ascensión del cerro para llegar a la parte alta del Dique. Esta subida es más emocionante que la de la Sierra Chica, por ser sus vueltas más cerradas. Según se las recorre, el lago aparece y desaparece a los ojos del turista.

Los chicos, y hasta los papás, no pueden contener las exclamaciones de admiración ante la nueva belleza que, a cada vuelta del camino, se les presenta. Es incomparable aquella agua completamente azul, en medio del verdor de las sierras, y bajo el cielo también azul y sin nubes de un bello día cordobés.

Por fin, se ha llegado. Los viajeros bajan del automóvil y se dirigen al Dique, llenos de curiosidad.

Es el Dique una colosal muralla, construída para detener el curso de dos ríos y almacenar así el agua necesaria a la ciudad. Al ser detenidas en su curso natural es cómo aquellas aguas, acumuladas, han formado el gran lago.

La muralla, de 57 metros de altura, enclavada en sus dos extremos en la roca viva, hunde en el lecho de los ríos su ancha base, y forma, en su parte superior, un puente que une las dos sierras opuestas.

Para darse cuenta de lo que es cruzar este puente, sin haberlo visto, hay que imaginarse a una persona caminando sobre un muro de enorme espesor, que tuviera, claro está, barandas en sus bordes. El puente así formado, tiene 154 metros de largo y puede cruzarse a pie.

Cuando los turistas dieron unos pasos y se encontraron en mitad del puente-dique, tuvieron una fuerte impresión

de grandiosidad. Rodeábanlos las sierras inhabitadas. Y si, mirando hacia atrás, veían extenderse el lago tranquilísimo reflejando los colores del cielo, al mirar hacia adelante sobrecogíales la impetuosidad y el fragor de las aguas.

Porque, cayendo por las aberturas del Dique, las aguas formaban dos enormes cascadas. Las dos aberturas que perforan la muralla están hechas a 45 metros de altura; de modo que el agua que por allí sale es el agua del lago que sobrepasa ese nivel; y es enorme la fuerza que lleva.

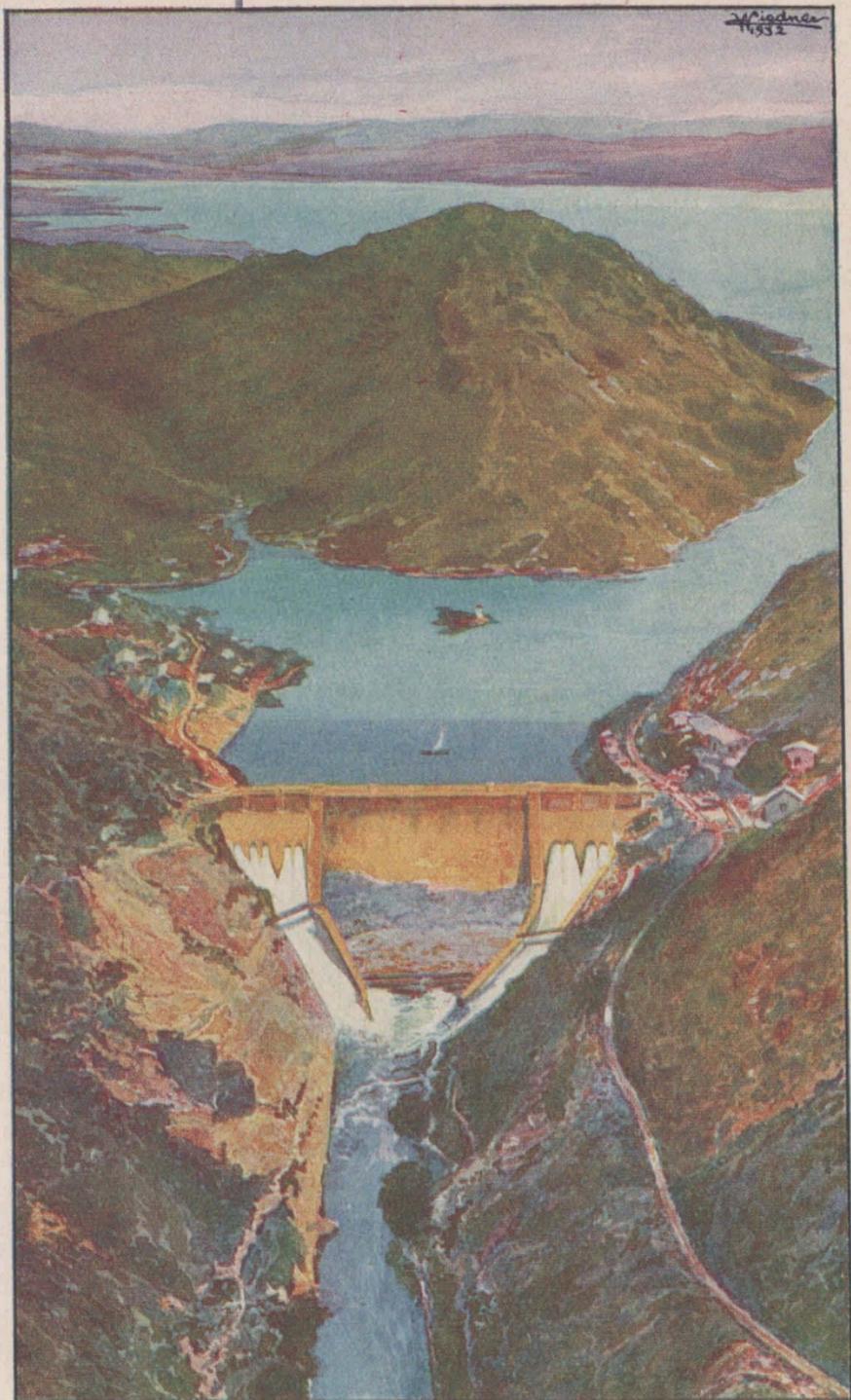
El Dique San Roque es una obra muy notable de ingeniería, e importantísima desde todo punto de vista. Puede almacenar 260 millones de metros cúbicos y es, después del de la represa de Asuán, sobre el Nilo, el mayor volumen de agua que haya reunido hasta ahora la mano del hombre.

Al mismo tiempo que provee de agua a la ciudad de Córdoba, el Dique la provee también de luz. Pues la fuerza de sus dos cascadas se aprovecha para las usinas de luz eléctrica construídas en su proximidad.

Los turistas vieron pasar un tren, por el angostísimo camino ferroviario trazado justo al pie de las sierras y que parece rozar las aguas del lago, y luego del río. Esté tren que se interna en las sierras, llevando a sus pasajeros a los más renombrados sitios de veraneo y de turismo, recorre un precioso trayecto.



EL DIQUE SAN ROQUE DE MAESTROS



De un lado, la tranquilidad del agua azul, bajo el cielo azul...
Del otro, el fragor de las aguas que caen en chorros de espuma.

BIBLIOTECA ESCOLAR
DE MAESTROS

LAS FLORECILLAS DEL CAMPO

Entre yuyos y piedras, sobre el árido suelo,
por llenar de alegría los desiertos campestres,
surgen, cual las estrellas anónimas del cielo,
florechillas silvestres.

Nadie quiere su aroma, nadie cuida sus plantas.
Sufren sol, frío, lluvias: si obtuvieran las flores,
como las almas, gloria, éstas, por sus dolores,
deberían ser santas.

La casa del labriego, tumbada en el erial,
no tiene más adorno
que el fresco delantal
que le ciñen las flores silvestres del contorno.

El buey, el perro, el potro y el burrito mimoso,
cuando caen enlazados por la muerte, en las eras,
hallan junto a su cuerpo, el recuerdo piadoso
de estas flores: sin duda llanto de las praderas.

Como si fuesen almas de pajaritos muertos,
escapan en bandadas a la lluvia más leve,
y vuelan por desiertos
tal como si gozaran con que el viento las lleve.

¿Quién conoce la mano que las siembra en el suelo?
¿Son semillas caídas del jardín esperado?
¿Es que la noche, al irse, en recuerdo del cielo,
deja el campo estrellado?

Como ellas, sin nombre, descuidadas, yo tengo
muchas fragancias puras;
como ellas soporto el ciclón y mantengo,
entre yuyos y piedras, la flor de mis dulzuras.

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

Las composiciones de **Pedro Miguel Obligado** merecen realmente el nombre de *poesías*. Pues sus versos, no sólo son correctos en la forma, en el ritmo y en la rima, sino que están llenos de ideas sumamente poéticas. Sus libros son como un jardín rico de flores delicadas y preciosas. Es, pues, uno de nuestros mejores poetas líricos.

LOS MÁS BELLOS PAISAJES DEL MUNDO

HACIA EL SUR...

DURANTE el viaje efectuado por la familia del señor Juan, mucho se ha visto y mucho se ha conversado de las bellezas del Norte.

Y bien está que por allí se comience a conocer el país. Primero porque, como lo dijo la señorita Carmen, esto ayudará a una comprensión más clara de nuestra Historia. Y segundo, porque de este modo lo mejor nos queda para el postre. Pues las más extraordinarias bellezas argentinas se hallan, sin duda ninguna, al Sur de la República.

¡Buen salto tendremos que dar para conocerlas! ¡Buen salto, desde la Quebrada de Humahuaca hasta los Canales Fueguinos!

En mitad del camino nos hallaríamos: por un lado con el Litoral, de cuyos encantos el tío Eduardo ha hablado ya también a sus sobrinos; por el otro, con la región andina media, de la cual algo les dijeron, igualmente, las cartas que Sofía escribió desde Mendoza.

Pero, más abajo de Buenos Aires ¿qué hay? De esto no se ha hablado todavía...

Como, por el momento, no tienen los chicos de Villa Serena esperanzas de llegar hasta **Tierra del Fuego**, no han tenido más remedio que entregarse a la lectura, para saciar su curiosidad sobre lo que aun ignoran.

Comienzan por meditar frente al mapamundi que, en «el cuarto de estudio», ocupa un lugar de preferencia. Les intriga como un enigma toda esa parte de la Argentina que, desde abajo de Buenos Aires, va afinándose hasta terminar en una punta toda recortada, como si se tratara de un calado hecho a tijera. A Luisito le cuesta admitir que pueda caminarsé por el laberinto de aquellas orillas, sin caerse alguna vez al agua.

Les impresiona, además, la soledad de nuestro territorio — de la mayor parte de él — en medio de las inmensas

aguas. ¿No se ve, en el globo terrestre, a la Argentina avanzar con gran atrevimiento, hacia el Polo Sur, sin que ninguna otra nación, casi sin que ninguna tierra explorada la acompañe?

Miran todos con especial curiosidad esa última puntita argentina que es el **Cabo de Horn**. Parece que antes de llegar a él, la tierra ya casi no puede luchar contra la inmensidad de las aguas que la estrujan y, penetrando por ella, la convierten en esa especie de filigrana.

Por medio de los libros, llegarán los chicos, sin riesgo — y sin oposición de la familia — no sólo hasta el cabo de Horn, sino que saltarán por sobre los mares de hielo, y gozarán de la vista de las **Orcadas** y de otras islas que también nos pertenecen... Y hasta acompañarán en sus peripecias, a algunos exploradores del Polo.

TIERRA DEL FUEGO

Es grandioso cuanto ve el viajero que navega por los Canales Fueguinos. Montañas, islas con bosques magníficos, rocas emergiendo de las aguas. ¡Y aquellos *glaciares* — aguas heladas que descienden de las cumbres — cuyo hielo tiene un tinte azul!

Desviándose hacia el Oeste, se muestra, en el Pacífico, algo impresionante: un sitio al que llaman «cementerio de barcos». Se ven allí, saliendo del agua, como brazos que aun pidieran socorro, los mástiles de los buques que naufragaron, encallando entre las rocas.

Y más allá, comienzan a verse, en el Océano Antártico, los *ice-bergs*, montañas de hielo flotante, extrañas construcciones naturales de deslumbrante blancura, entre las cuales avanza el navegante audaz.

— ¿Por qué — preguntan los chicos — se llama Tierra del Fuego, a una región de tanto hielo?

Alguien les explica que ese nombre se debe a los frecuentes y grandes incendios que allí siempre se observaron. Un tiempo se les creyó provocados por los indios;

mas luego se comprobó que no era así; y aun no ha podido averiguarse la verdadera causa.

Es, pues, aquélla, como lo imaginaron los chicos, una tierra de enigmas. Porque así como se ignora la causa del fuego, se ignora también el motivo del tinte azulado de los hielos.

LA LEYENDA BLANCA

(FRAGMENTO)

Pregunto a las olas
Errantes y solas,
Si han visto un esquife
Surcando la mar;
Las olas, huyendo
Responden gimiendo:
¡De míseros nautas dirá el huracán!

A tierras ignotas
Las blancas gaviotas
Retornan, buscando
La bruma glacial.
Las aves se alejan
Veloces, y dejan
Agudos graznidos de espanto al volar...

El grito lejano
Del ronco oceano
Funestos augurios
Parece entonar;
Sollozan los vientos
Con vagos lamentos:
¡Las naves que parten, no vuelven jamás!

Y nieblas y mares,
Evocan pesares,
Tristezas esconde
La espuma fugaz;
Extienden los cielos
Fatídicos velos,
¡Y viste la noche su manto espectral!

LA REGIÓN DE LOS LAGOS

Pocos son los que se aventuran por el mar Antártico. Mas, para ver maravillas, no es preciso llegar a aquellos extremos y adiciones de nuestra tierra. Bastante antes del Cabo de Horn, está la llamada **Región de los Lagos**, que es a la vez, una región andina.

A ella se llega por tierra con entera facilidad. ¡Y bien vale la pena de hacer este viaje! Lagos, islas, bosques y montañas nos ofrecen allí, según el testimonio de expertos viajeros, no sólo las más grandes bellezas argentinas, sino también las más grandes bellezas del mundo.

Son aquéllas, como todas las del Sur, regiones casi inexploradas, lo cual aumenta su grandiosidad. Reina allí la naturaleza con un esplendor inusitado, y sin que la mano del hombre haya modificado en nada los paisajes. Nada turba la inmensa, impresionante soledad.

El lago **Nahuel-Huapí** es como el corazón de aquellas magnificencias. Situado entre las Gobernaciones de Neuquén y Río Negro, este lago se halla en plena Cordillera, a más de 700 metros sobre el nivel del mar, y separado de Chile por el monte volcánico llamado el Tronador.

El Nahuel-Huapí es el lago más grande de la República, y pertenece a un grupo de lagos que, con él, forman un maravilloso conjunto. Más de veintiséis islas, cubiertas de espléndidos bosques, se hallan diseminadas sobre sus aguas. La principal y más bella es la isla Victoria, que surge del lago en forma de cerro.

EL CAMINO

A orillas del gran lago, se levanta la única ciudad de la región: **San Carlos de Bariloche**. A ella se dirigen los viajeros que, saliendo de Buenos Aires, llegan allí en dos días de ferrocarril.

En la última etapa del camino, antes de llegar a aquel pueblo, se ven, sobre el árido suelo, inmensas rocas de

formas fantásticas. Una de estas rocas es como la estatua de un indio gigante que apoya su mano en el hombro de un niño. Ambos parecen dispuestos a marchar. Y hay quien ve en ello una representación del indio huyendo de la invasión de los blancos.

Dentro de la Cordillera que se ve al fondo, llama también la atención el *Cerro Catedral*, por su perfecta semejanza con una iglesia *gótica*, de puntiagudas torres.

Y de repente, en el paisaje rocoso, se ve aparecer una superficie de plata, o de cielo azul, según la hora: es el lago Nahuel-Huapí. Y conforme nos vamos acercando a él, vamos viendo los inmensos bosques que lo rodean, cubriendo los cerros y los valles.

SAN CARLOS DE BARILOCHE

BARILOCHE parece un pueblito suizo. Como que, en gran parte, está habitado por suizos, los cuales encuentran en aquel clima frío y seco, y en aquellas bellezas — más grandiosas aquí, por cierto — algo de su país.

Está, pues, aquel pueblo, edificado sobre las orillas del Nahuel-Huapí, las cuales suben en forma de barrancas. En ellas se escalonan las graciosas casitas de madera y techo puntiagudo — para dejar resbalar la nieve que en invierno abunda — y parecen asomarse a mirar el fondo del lago. ¡Vano empeño!

El lago es tan profundo — de 300 a 600 metros, según el lugar — que, a pesar de la transparencia de las aguas, su fondo sólo se alcanza a ver en las orillas que se sumergen en pendiente.

En esas orillas, a través de un metro de agua, las piedras aparecen en las fotografías, como si ninguna agua las cubriera. Y en el fondo del río Limay, próximo al lago, se las ve brillar como piedras preciosas.

Sucede algo muy particular con algunos árboles de aquellas orillas del Nahuel-Huapí: más que mirar el lago como las casitas, parecen querer arrojarse en él. Se ven

inmensos *cohiues*, cuyos troncos, naciendo en la barranca, avanzan casi paralelos a la superficie del agua, sobre la cual su follaje forma una especie de techo. (Quiere, pues, decir, que crecen horizontalmente.)

Esta inclinación de los árboles, a la cual se deben originales glorietas naturales, proviene de los fuertísimos vientos que soplan en la Cordillera y que, poco a poco, van torciendo los cohiues, sin arrancarlos.

El efecto del viento es diferente en los *alerces* — que, con los cohiues, son los árboles que predominan en el lugar. — Éstos quedan erguidos, junto al lago; pero despojados de sus ramas del lado de la tierra, que es de donde viene el viento, y con todo el follaje extendido hacia las aguas.

Abundan también allí los *coligües*, caña flexible pero particularmente fuerte por no ser hueca, y que se utiliza para las lanzas del ejército.

Todos los lagos menores de este grupo se precipitan, en pequeños ríos, a través de la selva virgen, al Nahuel-Huapí. Son estaciones que van haciendo las aguas de los *ventisqueros* cordilleranos, al arrojarse desde las altas cumbres, para llegar al mar. El Nahuel-Huapí se vuelca en el río Limay, y éste en el Río Negro.

El maravilloso conjunto de lagos, bosques, montes y valles se domina muy bien desde el Cerro Campanario, a corta distancia de Bariloche, el cual tiene 300 metros de altura y es de fácil ascensión a caballo y aun a pie. Sobre él, se ha colocado un pequeño altar de piedra con una cruz.

Estas regiones *lacustres* han sido descubiertas y exploradas por sacerdotes misioneros. El lago Mascardi lleva el nombre de un misionero Jesuíta. Los Salesianos han sido los primeros en ocuparse de la instrucción y la beneficencia en Bariloche.

Hace pocos años un sacerdote atendía allí, él solo, la iglesia, la escuela, un taller de zapatería, otro de carpintería y el pequeño hospital, siendo él la única persona del lugar que algo entendiese en medicina. A los tres años de trabajo tan excesivo, este benemérito civilizador murió extenuado.

HACIA CHILE

EN tres horas de vapor se atraviesa el Nahuel-Huapí, cuyas olas son como de mar, y se llega a un punto de excursión llamado **El Correntoso**. Allí, desde un pequeño hotel, se mira el torrente de donde nace el río llamado igualmente Correntoso, lo mismo que el lago en que el río desemboca.

Este es un lago rodeado de montañas y selvas, donde sólo se oye el tumulto de las aguas que caen del torrente. Y si no hay allí ni pájaros, las montañas parecen, en cambio, deseosas de hablar: en uno de aquellos cerros se produce un eco extraordinario. Los viajeros gritan frases como: «¡Viva la República Argentina!» «¡Ave María Purísima!» Y el cerro las repite clarísimamente.

Cambiando de rumbo, hacia la frontera chilena, llégase a **Puerto Blest**.

Nuevos torrentes, nuevos lagos, nuevas selvas, nuevas maravillas, y se llega a la más grande maravilla: la **Laguna Frías**. Ésta se halla como hundida entre grandes montañas que caen a pique hasta sus aguas.

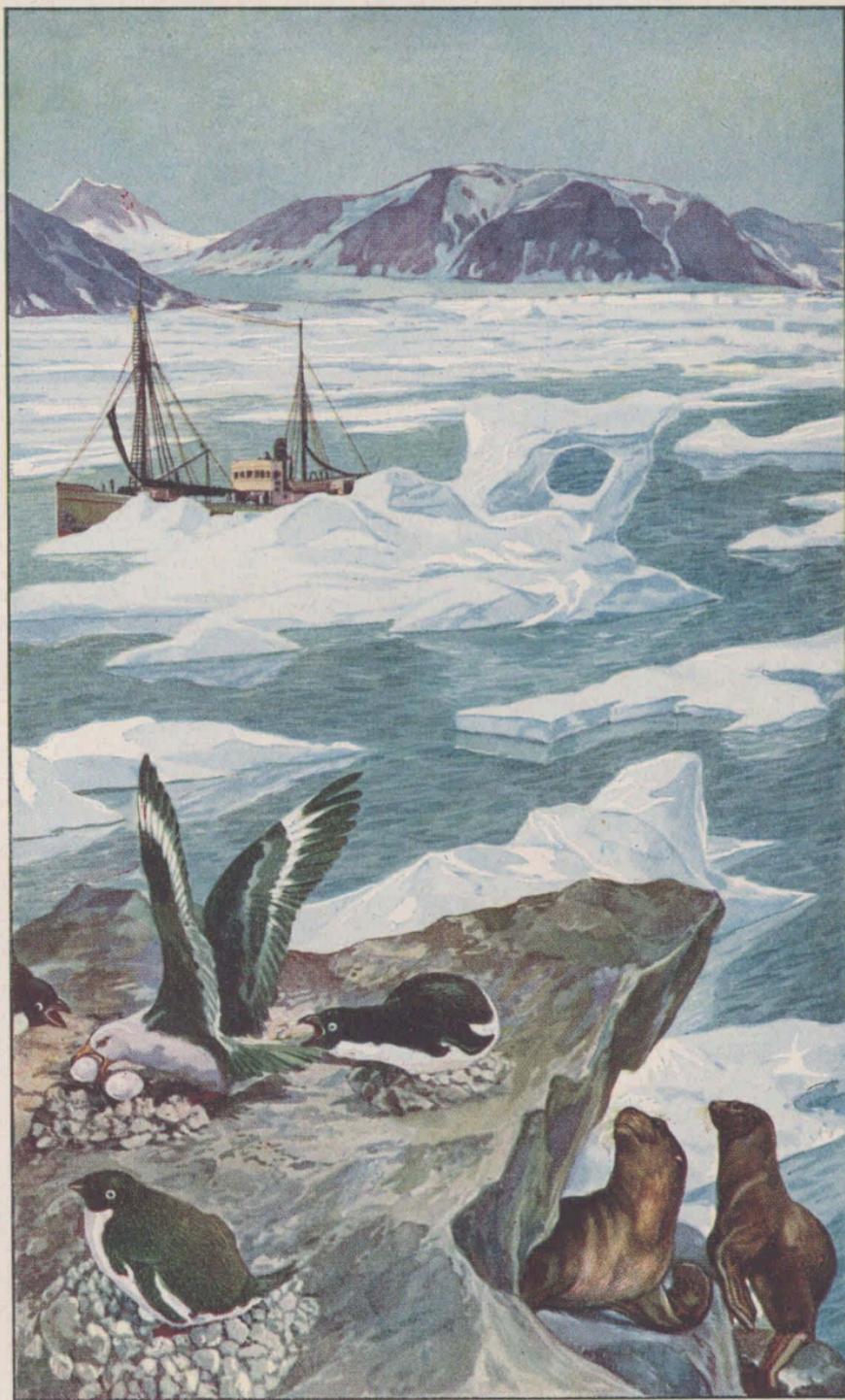
Estas aguas no son azules como en los demás lagos, sino de un verde lechoso y extraordinariamente frías. Su color y temperatura se deben, según dicen, a que contienen «nieve en suspensión»; pues esta laguna es como el primer descanso de muchos ventisqueros de los Andes.

Créese que la Laguna Frías tiene mil metros de profundidad, y que se comunica directamente con el Océano Atlántico, por debajo del Continente.

Atravesada la laguna, en quince minutos de lancha, se puede llegar a pie hasta Chile: son dos horas de marcha por entre las selvas. En este trayecto hay grandes extensiones de flores, tan bellas como las de los más afamados cultivos.

Estas regiones tiene algo de la selva brasileña, pero sin la parte desagradable del trópico que es la humedad, el calor, las alimañas.

EN EL SUR



Hielo, focas, aves y audaces exploradores.

EL MAPA ANIMADO

TANTO se había hablado, en la jira efectuada — y tanto había él leído por su cuenta — de todas las regiones argentinas, de sus diferentes valores y productos, que queriendo recordar las cosas con exactitud, Miguel Ángel extendió una tarde, sobre la mesa, el gran mapa de la República, y se puso a analizarlo:

— Aquí vi unas salinas; aquí comencé a ver el tronco hinchado del *palo borracho*; aquí...

Mientras todo lo repasaba en su memoria, el cuarto iba obscureciéndose y una gran somnolencia le invadía. Su cabeza cayó, por fin, pesadamente, sobre el mapa, y no hubiera podido decir el tiempo que así pasó, hasta que comenzó a ver algo extraordinario.

Cada provincia, cada gobernación parecía animarse... Y tomando la figura de una persona viviente, envuelta en una túnica del

color con que en el mapa hallábase pintada, salíase de él...

— ¿Hay nada comparable a mí? — dijo Córdoba con voz cantante, mientras extendía, a los atónitos ojos de Miguel Ángel, el gran panorama de sus sierras y le hacía oír el fragor de sus cascadas. En medio de un precioso marco de montañas azules, mostrábase una ciudad en la que



floreían, con profusión, los campanarios: — Fuí un tiempo más importante que Buenos Aires y hube de ser la capital del país — continuó. — Guardo, valiosos monumentos de mayor antigüedad que los de la gran ciudad porteña. Y aparte de la belleza de mis sierras y la bondad de mi clima, cultivo en mis campos...

— ¡Espera! — interrumpiéronle las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos y la gobernación de La Pampa, — ¿por qué dices *mis campos*? Di *nuestros campos*... — Y tomando a Córdoba de la mano, formaron una rueda diciendo: — ¡Juntas entonemos la canción del trigo, del maíz y de todos los cereales!

Mientras la rueda cantaba, Miguel Ángel veíala dilatarse convertida en un océano de espigas. Y las voces continuaban: «Juntas formamos, en esta región central del país, uno de los mayores graneros del mundo. Así, nuestra canción se oirá en el mundo entero, pues en parte lo alimentamos...»

— Y lo alimentan también nuestros ganados — afirmó La Pampa trocando el panorama de espigas por el de incabables tropillas de animales bien cuidados.

— Las provincias del litoral — dijo Buenos Aires — cultivamos además el lino, del que se saca aceite y con el que pueden fabricarse finísimas telas.

— Como mi nombre lo dice — murmuró Entre Ríos, con el acento de sus aguas — puedo estar orgullosa de los hermosos ríos que me cruzan y me enlazan...

— Participo de ellos yo — dijo Santa Fe. — Tengo dos puertos de ultramar, y una ciudad importantísima y moderna, con medio millón de habitantes, aparte mi vieja capital, también modernizada.

— Ustedes representan el agua y el pan — dijeron entonces a la vez San Juan, La Rioja y Mendoza. — Nuestra región andina ofrece el nobilísimo producto del vino.

— Yo sola — dijo Mendoza, adornada de bellísimos pámpanos — poseo 60.000 hectáreas de viña admirablemente cultivada.

— ¿Y dónde dejan mis naranjas, tan buenas como las paraguayas? — canturreó Corrientes, llenando el aire con

un intenso perfume de azahar. — Son como bolas de oro que a millones echo a rodar por el mundo.

Miguel Ángel sonrió al imaginar a Corrientes como un chico jugando a las bolitas con sus naranjas.

— ¡Naranjas y limones? También yo los tengo; pero no tienen la importancia del azúcar, en cuya producción me ayudas con el resto de nuestra zona *subtropical* — replicó Tucumán.

— ¡Nosotras te ayudamos! — exclamaron alegremente Santiago del Estero, Salta, Jujuy y Catamarca.

— Sí — reafirmó la reina del azúcar, mostrando su interminable ejército de cañas más altas que los hombres. — ¡Entre todas tenemos cómo endulzar el mundo! ¡500.000 toneladas de azúcar por año! Y podrían ser más, si no se limitara la producción, para evitar la baja de los precios.

Los Andes, Formosa y el Chaco dijeron:

— Nosotros ofrecemos idénticos productos a los vuestros. ¿Y cómo no mencionar el tabaco, el arroz?

— ¿Y mi algodón? ¿Y el algodón de Formosa y de Misiones? — concluyó el Chaco. — Pero aun más importante es la abundancia de mis quebrachales...

Miguel Ángel creyó perderse entre impenetrables bosques donde zumbaban los insectos y silbaban las víboras, mientras oía las voces de Santiago y de Misiones exclamando: «¡Ah nuestros bosques! Pregúntese por nuestras maderas...»

Misiones, dejando el tono solemne, añadió luego:

— ¿Y quién no conoce el recurso de mi yerba mate, tan argentina?

— Nosotras, las provincias del Norte — continuaron las que antes hablaban, — sustentamos toda clase de ganado: *vacuno, yeguarizo, asnal, cabrío, porcino...*

— ¿Y no me dejarán estas charlatanas — interrumpió Corrientes — decir que yo sola crío más de seis millones de vacas?

— La charlatana eres tú — le replicaron las otras... — Nos interrumpiste cuando íbamos a hablar de nuestra especialidad en pieles y en materias *textiles*; de nuestras apreciadísimas vicuñas, guanacos, alpacas y llamas.

Desde la región patagónica, en el extremo opuesto del país, llegaron entonces, a los oídos de Miguel Ángel, los ecos del balido de innumerables rebaños de ovejas que, traducidos, decían: «¿Quién habla de materias textiles, sin acordarse de las lanas de Chubut y Santa Cruz? Ellas hacen, del nuestro, uno de los países *laneros* más importantes del mundo.»

Pero poca atención les prestó el muchacho, pues sus ojos hallábanse atraídos por la provincia de Catamarca, cuyo suelo se cubría de variadísimos dibujos y de vivos colores. Iba ya a preguntarse: ¿qué especie de flores planas produce esta tierra? cuando la misma Catamarca, llevando en sus manos un telar que hizo pensar a Miguel Ángel en un arpa, le explicó:

— Estas son flores fabricadas por mano de mis hijos. ¿Cuánto tiempo hace que ellos tejen bellos tapices y mantas, de vicuña, de lana y del excelente algodón que produce también mi suelo? Los indios eran ya artistas en la materia. No hay casa en que falte un telar. En sus cuerdas cántase aquí la canción del trabajo.

— A pesar de tan buenos abrigos, en invierno suelen las gentes buscar calor — dijo Salta. — Y lo hallan en mi Rosario de la Frontera, junto con las fuentes termales que tantas enfermedades curan...

— También se busca la salud en mis termas de Cacheuta — dijo Mendoza.

— Y en las aguas medicinales de Carhué — añadió Buenos Aires.

— ¿Y dónde, sino en mis sierras, buscan aire puro y seco, los enfermos de las vías respiratorias? — preguntó Córdoba.

— Al oír a ustedes — intervino San Luis — se creería que el hombre sólo piensa en comer, en vestirse y en cuidar su salud. Nadie se acuerda del concurso que al arte prestan mis mármoles veteados y mis verdes ónix transparentes...

— En tal sentido, la mejor riqueza es la mía — dijo con indolencia un campesino con los pies descalzos, cubierto con un pobre poncho y llevando de la brida a un burrito.

— ¡Qué risa! — dijeron las demás provincias. — ¡La Rioja va a hablarnos de riquezas!

— Soy como el pobre que tiene bajo tierra escondido su tesoro — repuso el riojano. — ¿No oyeron hablar de «mis montañas», como las nombró Joaquín González? ¿Ni de mi Famatina con sus minas de níquel, de plata y de oro?

En eso sintió Miguel Ángel cómo, desde el Chubut se esparcía por sobre el mapa un olor desagradable, mientras oía una voz cavernosa, diciendo: «Mi producto no es bello; no es oro, ni es ónix, ni es plata; pero es capaz de producir una luz que brilla como el oro, y mil otros efectos maravillosos. Hablo desde el fondo de mis profundos pozos de petróleo, en Comodoro Rivadavia. Gracias a ellos, que suministran la nafta de los automóviles, pueden admirarse las bellezas de la República...»

— ¡Las bellezas de la República somos nosotros! — exclamaron en trío los Canales Fueguinos, Río Negro y el Neuquén.

— ¡Y mis cascadas? — exclamó Misiones atronando los aires. — ¡Ni la del Niágara es tan imponente y bella como mis Cataratas del Iguazú!

Aturdido aún con los fragores del agua, Miguel Ángel volvió sus ojos a los encantadores lagos de Río Negro, poblados de cisnes, hacia sus bosques y sus magníficos perales y manzanos.

Pero nada le extasió como el Neuquén, todo vestido de lagos, de montañas maravillosas y de nieves. Nunca imaginó poder admirar tanta belleza.

— Viajeros que todo lo han visto, aseguran que no hay en la tierra bellezas como las nuestras — decían aquellas regiones casi inexploradas. Y no era difícil creerles. — En cuanto a nuestras riquezas — añadieron — ¡ya se verán cuando aquí se trabaje!»

La provincia de Buenos Aires había ya hablado de sus preciosos pueblitos costaneros; de las barrancas de San Isidro y los riachos del Tigre; de sus opulentas estancias; de su ciudad de La Plata y del histórico Luján.

Y se presentó, por último, la ciudad de Buenos Aires. El aire se llenaba de los colores de mil banderas agitadas,

de aviones trepidantes, de sonidos de sirenas, a los que mezclaban su canción las olas del Plata. Sobre estas olas mecíanse vapores de todas las naciones. Y la gran Capital del Sur, tuvo un clamor de triunfo:

»Estoy orgullosa — dijo — de este bello país del que soy cabeza y en el que nada falta. Las variadas regiones de la República — todas de producción mixta — son aptas para las crías y los cultivos propios de la zona *subtropical* del mundo, lo mismo que para los de las zonas *antárticas*.

»Todos sus productos pasan por mis manos y yo los reparto por el mundo. Igualmente reparto a mis poblaciones toda clase de productos extranjeros; les procuro los adelantos de todas las naciones. ¡Todo, pues, lo recibo yo en mi Puerto!

»Tengo grandes extensiones de tierra que, con generosidad, ofrezco al trabajo de propios y de extraños. La *inmigración* encuentra en mi suelo una acogida tan cordial, que le da la ilusión de una verdadera patria.»

Todas las provincias y gobernaciones clamaron entonces a una: «¡Viva la República Argentina!» Y tan fuerte fué su grito, que Miguel Ángel se despertó sobresaltado, mientras los chicos, entrando, encendían la luz.

— ¡Cómo le divierte a Miguel Ángel la Geografía! — dijo Cecilia, con sorna. — ¡Se ha quedado dormido sobre el mapa!

— Les aseguro — respondió Miguel Ángel, desperezándose — que nunca tuve una hora de estudio más interesante.



A U T O

Por el camino llano,
alegre de canciones iba el auto veloz.
¡Alegría de músculos estirados y conciencia tranquila!
¡Alegría del mundo! ¡Alegría de Dios!

En el camino llano
se ha detenido el Ford.

Todos mis compañeros se han arrojado al suelo,
quién revisa las ruedas, quién revisa el motor,
éste aprieta un tornillo, aquél toca un resorte,
todos se preocupan de algo... menos yo.

Sobre el inútil coche comprobé una vez más,
lo flaco de mis manos para cualquier acción.
Veinte veces se ha roto una rueda en mi senda
¡nunca supe qué hacerme con la tal rueda yo!
Me tiñó la vergüenza de rojo las mejillas,
y me apeloné del auto en un rincón.

Pero luego pensé que era tal vez el único,
que, en mitad de los campos, tenía la visión
completa de la patria, de su mucha grandeza,
de su heroico pasado, del futuro esplendor;
que era tal vez el único que sediento bebía,
con la boca entreabierta, con el ojo avizor,
patria, en trigos nacientes; patria, en glaucas avenas;
patria, en aire aromado; patria, en cielo con sol..

Se me fué el vergonzoso rosicler de la cara,
y un insensato orgullo hinchóme el corazón.

FERNÁNDEZ MORENO.

APRENDAMOS A VER

HA terminado el año escolar. Comienza a hacer calor. ¡Qué temporada agradable, ésta que precede de cerca al verano! Buenos Aires se embellece. Por todas partes florecen los jardines y las plazas. Y no sólo de flores... sino también de caras infantiles. Pues a todas horas se ve a los niños jugando al aire libre.

Todo invita, pues, a la alegría. ¡Y cómo disfruta de ella el colegial que, habiendo trabajado empeñosamente durante el año, salió triunfante de las pruebas finales! Para él florece con mayor esplendor la primavera.

Miguel Ángel, Marcos y Luisito son del número de estos niños cuyo corazón parece florecer también. Pues, a pesar de haber interrumpido sus estudios por el viaje efectuado, ellos se aplicaron tanto en los dos últimos meses, que han podido rendir satisfactoriamente sus exámenes. Por cierto que no les fué tampoco inútil lo que aprendieron en su jira por las provincias.

Ahora reciben, a su vez, a Manolo y a Julita, a quienes como premio de haber dado, por su parte, exámenes brillantes, se les ha concedido el venir a pasar unos días en Buenos Aires, pagando así a sus primos la visita.

Miguel Ángel, Cecilia, Marcos y hasta Luisito se prometen deslumbrar a sus primos tucumanos, con las grandezas de la ciudad:

— ¡Ya verán el puerto! ¡Es el más lindo del mundo!

— ¡Y la Avenida Costanera, y Palermo!

— ¡Y la extensión de la ciudad por las anchas calles del Sur, y el Parque Patricios!

— ¡Y el barrio de Flores, y este de Belgrano?

— ¿Es decir, que se moverán como las *veletas*, de Norte a Sur, de Este a Oeste? — interviene el señor Juan. — Si se apresuran a querer verlo todo de una vez, no verán nada, ni de nada gozarán. Tienen que preparar, y en esto les ayudaré, un programa razonable para cada día. Hay que *aprender a ver...*

— ¡Aprender a ver! — exclama Luisito. — No me parece tan difícil... Basta con abrir bien los ojos.

— De eso sí que no hemos dado examen ¿eh? — dice riendo Julita.

— ¡Son un poco más difíciles las materias del colegio! — bromea Marcos.

— ¡Quién sabe! — responde el señor Juan. — No estaría de más el examinarlos sobre esta *ciencia de ver*, que es de gran utilidad... Y hasta me temo que no salieran tan bien librados como en la escuela... Una vez, en una numerosa reunión, se preguntó cómo eran los billetes de un peso moneda nacional; y hubo sólo una persona que respondiera acertadamente.

¡Tan a menudo miramos sin ver! Las cosas que más cerca tenemos son, a veces, las que menos conocemos; porque no nos fijamos en ellas. Y así, no es raro que un viajero que va a un pueblo, por un día, dispuesto a observarlo todo, vea allí más que sus habituales moradores.

Para apreciar debidamente las cosas, conviene mirarlas primero en su conjunto, luego en detalle, o viceversa. Y ayudarse, al mismo tiempo, de un libro que nos dé sobre ellas, algunas referencias.

Miguel Ángel, Cecilia, Marcos y el mismo Luisito, han aprendido en su viaje pasado, a fijarse en todo, y a recordarlo luego. Pero ¿habrán sabido mirar tan bien los lugares a que están acostumbrados, como aquellos que les eran una novedad? En todo caso, si ya *saben ver*, tienen que aprender ahora otro arte, y es el de *mostrar*.

Y he aquí que, a medida que van mostrando a sus primos la ciudad en que nacieron y en que viven, la van descubriendo ellos mismos. En el deseo de que sus visitantes admiren las cosas notables de la Capital, las observan de otro modo... ¡Les parece verlas, y apreciarlas del todo, por primera vez!

Bien dice el refrán que «enseñar es aprender dos veces». Y así el mostrar, es mirar de nuevo y mejor. ¡Aprendamos, pues, a mirar! Porque, para los que no saben ver, las cosas interesantes y bellas son como si no existieran.

AL PIE DE UN MONUMENTO

MIGUEL Ángel, Cecilia, Manolo y Julita se han detenido en los jardines de la Recoleta, al pie de la pequeña barranca, sobre la cual se levanta el monumento.

Quieren mirarlo primero desde abajo; pues siguiendo las indicaciones del señor Juan, han aprendido a mirar. Ahora lo abarcan en su conjunto. Su belleza y significación mantienen a los chicos en un respetuoso silencio.

Sobre un pedestal de granito rosado, adornado de grandes figuras de mármol blanco, un caballo de oscuro bronce avanza un pie en el aire, con ansias de movimiento. Y cabalgándolo, una noble figura, también de bronce, se recorta sobre un fondo de cielo azul.

Es el General **Don Bartolomé Mitre**, en traje militar. Con una mano empuña las riendas, blandiendo en la otra el bicornio emplumado, como en un caballeresco saludo a la ciudad.

— ¡Es un bello monumento! — declara Manolo.

— ¡Don Bartolo se lo merece! — responde Miguel Ángel. Y, en el tono de su voz, transparéntase su amor a lo porteño, que lo hace simpatizar más particularmente con aquella gran figura.

La pequeña eminencia — cosa excepcional en Buenos Aires — en la que está situado, las arboledas que lo rodean y los céspedes tendidos a sus pies, prestan al grupo escultórico cierta grandeza.

— El caballo parece querer lanzarse a través de las avenidas, para que el General admire los adelantos de la ciudad que tanto amó — dice Cecilia.

— ¡Y qué bien está, colocado allí! — dice de nuevo Miguel Ángel. — En una prominencia, pero no excesiva, porque Mitre era modesto. Y porque amaba al pueblo... y quiere verlo de cerca.

Los chicos subieron la barranquita de césped y dieron una vuelta alrededor del monumento, observando, una a

una, las figuras de mármol. Entre ellas, al guerrero armado de espada y a un grupo de diversos personajes inclinados sobre un libro.

¡El libro y la espada! Símbolos de la vida de Mitre.

— Cuando pienso — prosiguió Miguel Ángel — en todo lo que Mitre ha hecho, me cuesta creer que se trate de un solo hombre.

En efecto; no abundan en el mundo personalidades tan completas, tan nobles y de tan diversas capacidades como la de este argentino ilustre.

Militar, venció en Pavón y dirigió la primera parte de la guerra contra el Paraguay.

Orador, inflamaba al pueblo con sus arengas.

Historiador y escritor, escribió las historias de San Martín y Belgrano, compuso versos y dramas. Realizó estudios sobre el guaraní y otros idiomas de América.

Don Bartolomé Mitre fundó, además, el diario *La Nación*, que ha llegado a ser uno de los más importantes del mundo.

Y, finalmente, fué Presidente de la República y uno de los principales organizadores del país. Pues, siendo la encarnación del espíritu porteño, Mitre supo también sentir la unidad de la nación argentina.

Su entierro, en el año 1906, constituyó, en Buenos Aires, una grandiosa manifestación de simpatía.

Los chicos, que habían querido dedicar todo aquel día al gran patricio, habían visitado, más temprano, la casa donde Mitre vivió, convertida ahora en Museo.

En este Museo Mitre, habían visto la biblioteca, compuesta de millares de volúmenes. Entre ellos, los libros americanos que él mismo ordenó. Habían visto allí algunos trajes militares, muchas placas de bronce y homenajes de extranjeros, y una abundante *iconografía* de Mitre; es decir, bustos y retratos.

Ahora, Miguel Ángel, que llevaba un libro en la mano, invitó a sus compañeros a sentarse en las gradas del monumento. Y allí, en la tranquilidad de la tarde de verano, les leyó unos versos dedicados al General Mitre, por una de sus bisnietas: **Margarita Abella Caprile**. Esta

joven, que hizo sus primeras publicaciones a los quince años, debe ser colocada entre nuestros mejores poetas. He aquí su *soneto*:

MITRE

*Cerebro poderoso de claridades lleno
Que hiciste de lo bello la luz de tu existencia,
La norma inquebrantable se afirmó en tu conciencia
Y siendo sabio y grande fuiste ante todo bueno.*

*¡Oh Mitre, digna ráfaga de pensamiento heleno,
Yo proclamo entusiasta tu límpida excelencia,
Tu severa constancia, tu virtud y tu ciencia
Y la amplia perspectiva de tu mirar sereno!*

*La nobleza es el nimbo de tu cabeza augusta;
Tu vida inmaculada, tu lucha sin fatiga
Son el orgullo santo del alma nacional.*

*Huiste de la gloria, pero celosa y justa
— No queriendo ser menos que la bala enemiga —
La gloria hirió tu frente con su dardo inmortal.*

Terminada esta lectura, los chicos siguieron conversando sobre todas estas cosas. Y cuando el sol se ponía, dispusieron a volver.

A alguna distancia, detuviéronse de nuevo a mirar la estatua ecuestre. Los reflejos dorados del ocaso parecían aureolar la noble cabeza descubierta.



PASEOS POR BUENOS AIRES

AVENIDA COSTANERA

Los chicos venidos de Tucumán, acompañados siempre por sus primos, a veces también por sus tíos, han visto ya todo lo más notable de esta extensa ciudad.

Vieron primeramente cuanto Cecilia describió en sus cartas a Sofía. Y para ellos, como para todos los habitantes de tierra adentro, y aun para los mismos porteños, lo más extraordinario fué el Puerto con sus grandes barcos.

Admiraron igualmente la Avenida Costanera, que va festoneando la ciudad y que es como un balcón para mirar el río. ¡Este gran río nuestro, tan ilimitado, a nuestra vista, como el mar! Mirándolo, parece que la inmensidad y la frescura nos entran por los ojos, nos descansan, nos renuevan.

En algunos días de viento, hubieran los chicos pasado las horas oyendo cómo golpeaban las olas contra el grueso murallón... Parecíanles enojadas de encontrar aquel obstáculo en su camino.

Fué para ellos un gran placer el patinar, con patines de ruedas, sobre aquella interminable pista, y subir en alguno de los aparatos recreativos que allí funcionan.

Pero no gozaron menos, bajando las escaleras y corriendo por la arena, cuando el agua, retirándose, la ofrecía a los juegos de los niños. ¡No hay suelo más agradable a los pies descalzos, en un día de calor! Sobre aquella arena fresca y mojada, parece que se adquiere una nueva ligereza.

PALERMO

EN Palermo, los chicos han alquilado bicicletas para recorrer el Parque. Han remado en los lagos; y han hecho también navegar en él, un precioso barco de vela en miniatura, del cual Luisito es el feliz propietario.

No han olvidado, por cierto, el dar de comer, en su mano, a las mansísimas palomas, y a los patos que formaban, tras ellos, un bello regimiento.

— Paso redoblado... ¡mar! — decía Luisito, atrayéndolos en su seguimiento, gracias al cartucho de granos que llevaba consigo.

— Los soldados de Luisito cojean de los dos pies — decía Manolo.

— ¡Pero llevan lindos uniformes blancos y bien lustradas botas coloradas! — respondía Julita.



EL ROSEDAL

EL rosedal, ¡qué maravilla! Está en plena floración. — ¡Nunca imaginamos que existieran tantas clases de rosas! — dicen los chicos.

— La verdad es que no han existido siempre — responde la señora Angélica. — Los hombres multiplican sus variedades. Por medio de *injertos*, obtienen rosas nuevas, antes nunca vistas.

— ¡Inventor de flores! ¿No es un lindo título, Manolo? ¿No te gustaría tenerlo? — pregunta Cecilia.

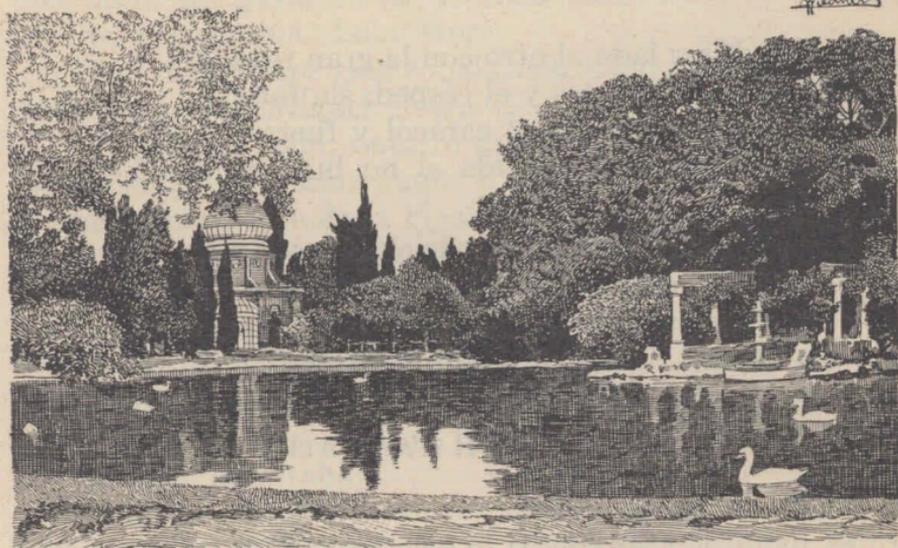
— Sería como ser... doctor en jardinería — contesta Manolo. — ¡Y no estaría mal!

— Ya ven cómo no hay oficio en que no se pueda sobresalir. Los jardineros pueden, sí, ser inventores y artistas — dice la señora Angélica.

— ¡Un precioso arte! — apoya Cecilia. — No habrá pintor que produzca nada semejante.

Allí están los rosales de enredadera, formando glorietas o guirnaldas. Los hay que parecen jugar a la ronda, tomados de la mano. Hay rosas pequeñas y rosas grandes; rosas de muchos pétalos y de pétalos escasos; rosas blancas, amarillas, rosáceas y rojas. De seda y de terciopelo. Y no se sabe cuáles son las más bonitas. ¡Qué frescura! ¡Y qué aire puro y perfumado, en torno de ellas!

Para descansar a la sombra, están, junto a los rosales, las *pérgolas* también florecidas. Y están los pequeños puentes para mirar en los espejos del agua. Parece aquello un jardín encantado. Y en realidad, ha pasado por ahí un Hada y se ha producido un encantamiento. Es el Hada de la Primavera que ha golpeado la tierra con aquella «varita de virtudes» que son sus rayos de sol.



Junto al rosedal, las pérgolas, el lago, los cisnes.

A UN HORTICULTOR

Admiro, algo envidioso, tu paciente y serena
labor, y tus amores por la horticultura.
Gozas, al recorrer los senderos de arena,
contemplando tus plantas, tus flores, la verdura.

Como un rey absoluto vas con tus podaderas
de un árbol a otro, repasando las copas.
Te seduce ese ruido seco de las tijeras
y te ríes si un pincho te desgarrá las ropas.

Haces buenos injertos, cultivas tus rosales
y formas colecciones con amor paternal.
Tiemblas ante las pestes, pensando en tus frutales
que hace tres años fueron víctimas de ese mal.

Andas de un lado al otro con la gran regadera
rociando los arriates y el césped, sin fatiga.
A puntapiés apartas el caracol y fuera
tu existencia más plácida si no hubiese una hormiga.

Yo admiro, lo repito, tu paciente y serena
labor, y tus amores por la horticultura.
Eres un buen filósofo. Y tu alma está llena
de fragancia, de sol, de cielo, de frescura.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

El autor de estos versos es uno de nuestros mejores poetas argentinos, contemporáneos. Su obra poética se distingue por una gran delicadeza.

OTROS MONUMENTOS

UN ESCULTOR ARGENTINO

DESPUÉS de aquel día en que estudiaron el de Mitre, los chicos se han aficionado a los monumentos y los miran con detención.

Encuentran que la estatua ecuestre del General Alvear, tanto por sí misma como por su situación en la Avenida de su nombre, es la más bella de Buenos Aires. Ésta y la de Sarmiento que miraron en Palermo, se deben a escultores franceses.

— ¿Acaso no hay escultores argentinos? — pregunta Manolo.

— Sí que los hay — contesta su tío. — Aquella fuente que tanto les gustó en la Avenida Costanera, es de una escultora argentina: Lola Mora.

— Son muy lindos esos caballos saliendo del agua, llenos de bríos — dijo Miguel Ángel.

— Hay, ante todo, nuestro gran escultor, **Rogelio Irurtia** — prosiguió el señor Juan. Y llevó a los chicos a visitar el gran monumento de la Plaza del Once, donde se guardan las cenizas de Rivadavia.

Luego, en la plaza Dorrego, admiraron todos la obra titulada «Canto al trabajo».

Este bellísimo grupo escultórico impresiona, tanto por la idea que representa como por su realización. Muéstrase allí, con elocuencia y vigor, lo que es el esfuerzo humano y colectivo del trabajo.

Por último detuviéronse los chicos, emocionados, ante el monumento de Dorrego, en el centro de la ciudad, obra de Irurtia, como las otras dos.

Recordaron que en el Museo Histórico, visitado días antes, nada había impresionado a Julita como las cartas llenas de nobleza, escritas por este General a su mujer, momentos antes de ser fusilado.

LA GLORIA

LUISITO. — Yo voy a ser General; y General a caballo, para que me hagan una estatua...

Marcos. — Ecuestre...

Luisito. — Sí; como la de San Martín en su plaza, la de Alvear, la de Dorrego, la de Mitre...

Miguel Ángel. — No basta con ser General para que a un hombre se le levante una estatua. Tiene que haber realizado alguna obra grande, generosa... No todos los generales tienen estatua. Ni todos los que tienen estatuas son generales...

El papá. — Es cierto que, en nuestro país, dominan las glorias militares. Esto se debe a que, para formarse, le han sido necesarias las luchas de la Independencia, nada lejanas; y luego, las otras muchas que les siguieron. Pero, desde que el país está organizado vienen ya destacándose otras personalidades.

Manolo. — ¿No recuerdas, Luisito, la estatua de **Burmeister** que vimos en Palermo? Este no fué un militar sino un hombre de ciencia.

El papá. — Fué un naturalista, que hizo importantes descubrimientos, respecto a los animales que poblaban antiguamente estas tierras.

Miguel Ángel. — Y está también en Palermo el busto de **Julián Aguirre**, que fué un pianista, y notable compositor musical.

El papá. — Gracias a él ya no podrán caer en el olvido una gran colección de *aires criollos*, muy bellos, que él recogió y escribió en forma insuperable.

»Se ha hablado, además, de colocar el busto de uno de nuestros escritores: el prosista y poeta **Ángel de Estrada**, a orillas del lago, en el rosedal.»

Cecilia. — ¡Qué buen marco para sus versos! Yo conozco algunos; y me gustaría pasar toda una tarde allí, leyéndolos...

EN LA PAMPA

(VERSOS QUE LEÍA CECILIA)

Sobre la inmensa soledad dormida,
Salvando el mar, ondeante de verdura,
Va el centauro-pastor de la llanura
Como flecha de un arco desprendida.

Da a la tarde postrera despedida;
Parece la delicia y la amargura
De salvaje existencia de aventura
Arrebatat en su violenta huída.

Y cuando el sol el horizonte encierra,
Tras el linde lejano de la tierra,
En él, vertiginoso, es una sombra
Rauda volando cual visión de un mito
Que trascendiendo de la herbosa alfombra,
Fuese a seguir al astro en lo infinito...

Así le ve la mente lisonjera
Magnificado en su destino incierto,
Pues en la Pampa para siempre ha muerto
El gaucho con su poncho y su quimera.

Pero aun en ranchos el trovar venera
Su tradición, y al cultivarle un huerto,
Cree que es cruz de su tumba en el desierto
La cruz del Sur de la nocturna esfera.

ÁNGEL DE ESTRADA.

Centauro. — Ser imaginario, mitad hombre, mitad caballo.

Mito. — Fábula antigua.

Quimera. — Sueño irrealizable.

EL JARDÍN ZOOLOGICO,

DENTRO del trencito en miniatura, han cruzado los chicos el Jardín Zoológico. Y han cruzado también, puede decirse, un mundo en miniatura. Pues se hallan allí animales de las regiones más diversas y de las más remotas. Y están alojados en pabellones muy pintorescos, que imitan la arquitectura de los diversos países a que pertenecen.

Por ejemplo, los grandes monos africanos, *gorilas* y *chimpancés*, habitan un templete egipcio. Y el *zebú*, toro de la India, parece orgulloso del palacio de estilo hindú que han edificado para él.

Los chicos conversan delante de la espaciosa casa de los osos:

— Los osos blancos parece que se hubieran venido cargados con la nieve del Polo Norte.

— Tienen un aspecto tan pacífico y ojos tan dulces que dan ganas de pasarles la mano sobre la magnífica piel...

— No te fíes del aire pacífico...

— Y de los ositos negros ¿nos podríamos fiar?

— Juegan entre sí, como chicos, con sus manotones; pero, aunque me invitaran, no jugaría yo con ellos...



Lo más imponente es el pabellón de las bestias feroces, que ellas parecen no apreciar mucho, a juzgar por el perpetuo mal humor en que se encuentran.

Como que a sus huéspedes debe parecerles bien poca cosa el palacete y sus comodidades... ¡Comparadas con las suntuosidades de la selva!

Y casi no se sabe qué es más terrible en los leones, leopardos, hienas y jaguares: si las manifestaciones de



su mal humor, o las de su satisfacción. Pues los rugidos que en el Jardín Zoológico se oyen, mientras se reparte a las fieras la comida, hacen palidecer y estremecerse a quien se halle allí desprevenido... y aun prevenido, si lo oye por primera vez. Es un espectáculo y un concierto tan aterrador el que se ofrece

detrás de aquellas rejas, que en tales momentos, se teme que «los músicos» no estén bastante encerrados. Y no hay rejas que a los oyentes les parezcan bastante fuertes...

Los chicos continúan su conversación.

— ¡Y pensar que en una granja, en Norte América, tienen trescientos leones domesticados! Los han reunido y mantienen ahí para los usos del cinematógrafo.

— ¡Un *rebaño* de leones! ¡Cómo queda de rara esa palabra aplicada a los que hasta ayer fueron «los reyes de la selva»!

— ¡Las cosas que hacen los hombres! Han convertido a las fieras en corderos...

— Y en cambio, nada pueden, a veces, contra los animales más chiquitos...

— ¿Contra los mosquitos?

— ¿Contra las langostas?

— Hay otros contra los cuales solemos ser aun más impotentes...

— ¡Ya sé! Son los *microbios*... ¡Pero ellos tendrán un formidable enemigo y vencedor en el futuro famoso médico que serás tú, Miguel Ángel!

— ¡Y se necesita ser Miguel Ángel, el futuro médico, para poder pensar en los *microbios*, delante de las fieras!

Hay, por cierto, escenas más amables que la de «la comida de las fieras» en este Jardín. Mucho se han reído los chicos ante las gracias desplegadas por los «micos» brasileños. Han tratado de despertar a las dormidas focas; y han admirado la esbeltez de las blancas garzas y de otras aves sueltas.



Pero nada les ha deslumbrado como la magnificencia, el oro, la púrpura, con que están vestidos los faisanes.

Ningún animal inspiró más compasión a los visitantes que los cóndores encerrados.

— ¡Tener semejantes alas, y no poder cruzar el cielo! — exclama Cecilia.

— ¡Lo has dicho con un tono...! Se diría que las alas fueran tuyas — le contesta Julita.

— ¿Quién no siente *la nostalgia* de las alturas, como el cóndor? — dice de nuevo Cecilia.

— ¡Y la envidia que les dará a estos pobres bichos cuando, por sobre sus jaulas, vean pasar volando a los aviones! — concluyó Manolo.



EL JARDÍN BOTÁNICO

QUIEN sea aficionado a las plantas, que vaya al Jardín Botánico de Buenos Aires. Y que, con doble motivo, vaya quien no es aficionado. Pues ¿quién no aprenderá allí a admirar la belleza y la infinita variedad de formas y colores que las plantas nos ofrecen?

En el espacio relativamente pequeño de aquel jardín, hállese concentrado todo lo más característico de *la flora* de la tierra entera. ¡Qué maravilla el haber podido *aclimatar* así las plantas de los países más fríos, y las de los más calientes!

Plantas de Noruega y plantas del África. Plantas de la India, y palmeras del Sahara. Las que necesitan sol, aire seco, y las perpetuamente sedientas y necesitadas de agua. Las que precisan nieve, las de la montaña y las de los oasis del desierto. Todas están allí.

Los chicos han dedicado una tarde al examen de las plantas más *exóticas*, las de los países más lejanos. Y otras a mirar las de nuestro propio país. Las hay de toda su extensión; desde las plantas originarias de la Tierra del Fuego, hasta las de las altiplanicies de Jujuy. Los árboles de las selvas argentinas, cultivados de a uno, en este jardín, resultan hermosísimos.

Hay muchas plantas, tan friolentas y sensibles, que es preciso tenerlas en las casas de vidrio que son los *invernáculos*. Allí vieron los chicos preciosas colecciones de helechos y de flores delicadas, como las orquídeas.

Cecilia pidió después permiso, a uno de los guardianes del jardín, para cortar una hoja de las plantas que le parecieron más curiosas. Se proponía enriquecer con ellas su *herbario*. Quiso luego copiar en un papel el nombre de esas plantas, pues cada una lo llevaba escrito en su rótulo correspondiente.

— ¡Qué lástima! — dijo. — La fe de bautismo de estos personajes está en latín.

— ¡Pues a aprender latín, si te gusta la botánica!

— ¡Y no sólo latín! ¡Cecilia tendrá que aprender también griego! ¿No recuerdan la cantidad de palabras griegas que hay en esa ciencia? *Mono-pétala, poli...*

— Si es así, renuncio a la botánica. Y mientras Miguel Ángel y Manolo aprenden griego y latín, como a mí me lo aconsejan, les propongo esto: dirigirnos al señor Intendente Municipal pidiéndole que, al lado de la palabra en latín, se ponga el nombre de la planta «en argentino».

Todos aprobaron «la moción» de Cecilia, añadiendo que la palabra en español debía ser «el nombre de pila» y la latina «el apellido del sujeto»... vegetal.

LA PLANTA DEL IRUPÉ

DE todo el Jardín Botánico, lo que más encantó a los chicos fué la planta acuática llamada **Victoria Regia**. Y en verdad que merecía su nombre. Ella era una real victoria, un triunfo de belleza dentro del reino vegetal.

Sus hojas, redondas como platos y con un borde levantado, flotaban serenamente sobre la superficie del agua; y su flor, de pétalos blancos, abiertos en rededor de un capullo color rosa, era un adorno precioso del estanque.

— ¡Me gustaría ser Almendrita para navegar en esa balsa! — suspiró Julita.

— ¿Quién es Almendrita? — preguntó Marcos.

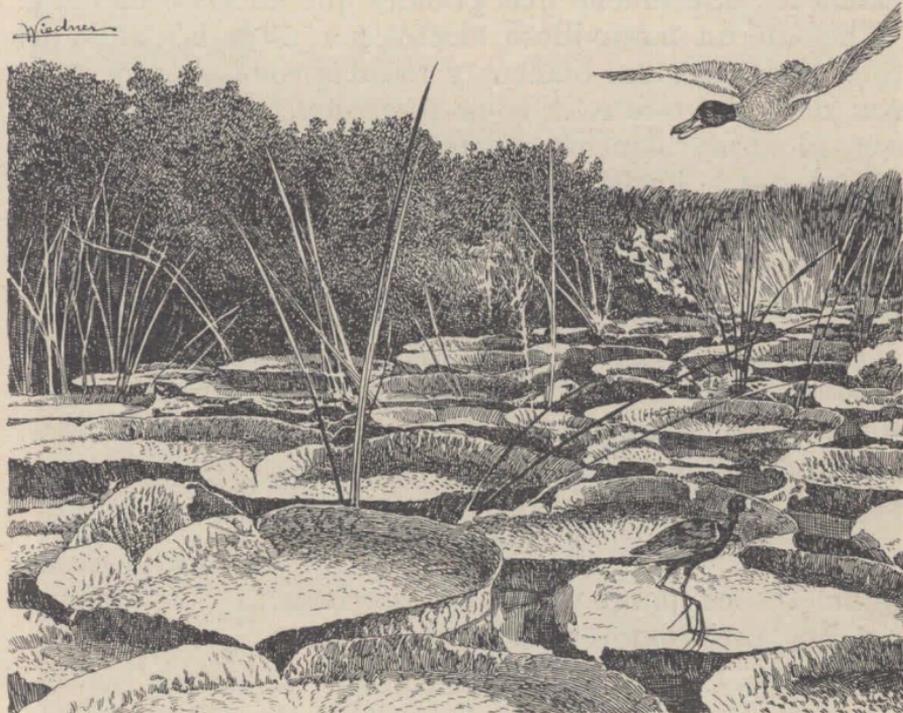
— ¿Qué? — dijo Cecilia — ¿no te acuerdas de la que llaman también Chiquirritica, del cuento de Andersen? Era una niñita, tan diminuta, que realizaba sus viajes *fluviales* en una hoja semejante a ésta. ¿Y sabes quién hacía de vela, de motor y de timón?

— Sí; ya me acuerdo — respondió Marcos. — Una mariposa que Almendrita ató a su *trasatlántico*... con un cable del grueso de un cabello, como me imagino sería su cinturón.

Miguel Ángel. — Para embarcarte en este ejemplar de *victoria regia*, tendrías, sí, que volverte del tamaño de Chiquirritica. Pero te aseguro, Julita, que, sin cambiar de estatura, cabrías muy bien, dentro de una hoja de esta

misma planta, tal cual es en Corrientes. ¿Te acuerdas, Cecilia, de lo que nos contó tío Eduardo, sobre las que él vió, a orillas del río Miriñay?

Cecilia. — ¿En aquellos parajes donde vió también el isondú y las huellas del yaguareté? (*)



En Corrientes... Una garza, a bordo de una hoja de irupé.

Manolo. — ¡Miriñay, isondú, yaguareté! ¿Están hablando en guaraní? Si hablas guaraní, Cecilia, bien puedes hablar griego.

Miguel Ángel. — Casi no se puede emplear otro idioma que el guaraní, al hablar de las cosas correntinas...

Cecilia. — Y eso que no hemos mencionado a los yacarés, que sin duda dormitan en aquellas orillas...

Miguel Ángel. — Iba a decir, que tío Eduardo vió allí, ocupando una gran superficie sobre el agua, una especie

(*) *Yaguareté*, león americano.

de ejército de plantas de *victoria regia*, cuyas hojas medían dos metros de diámetro ¿se dan cuenta? Las midieron con un largo remo. Y los bordes de la hoja eran de más de veinte centímetros de alto...

Cecilia. — Las flores, según también nos dijo tío Eduardo, eran mucho más grandes que un plato de mesa. Y hacían un maravilloso efecto, por estar las unas del todo blancas, otras blancas y rosadas como ésta, y algunas, del todo color rosa, como rosas inmensas. Y es porque son, al abrir, blancas; y luego se van poniendo poco a poco rosadas, hasta que se marchitan.

Julita. — Sería todo muy lindo... Pero yo no me aventuraría a embarcarme en aquellas bandejas, por grandes que fueran...

Manolo. — Y harías bien... Hay que desconfiar de los grandes *camalotes*. Pues podríamos encontrarnos en ellos, compañeros menos simpáticos que Almendrita. Víboras, por ejemplo...

Julita. — ¿Sin mariposa que amablemente las lleve?

Miguel Ángel. — ¿Para qué? Cuando viajan los grandes *camalotes* es porque una fuerte corriente los impulsa. No hay mejor motor, ni mejores remos...

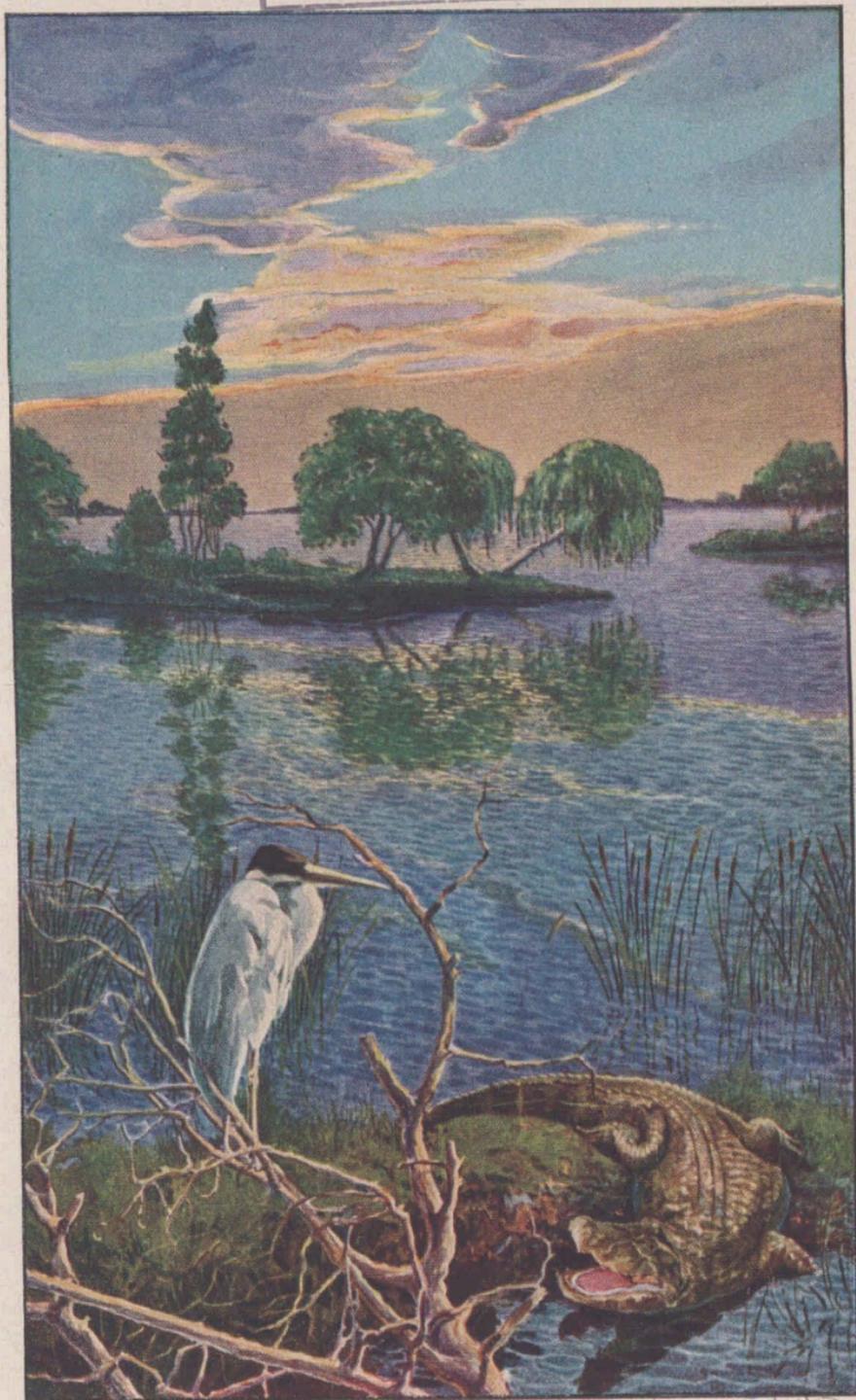
Cecilia. — Yo no puedo imaginar «a bordo» de una *victoria regia*, otro tripulante que un lindo pájaro. Alguna de esas garzas zancudas que tío Eduardo vió, paradas en una sola pata, sobre sus hojas.

Marcos. — Podrán navegar así, tranquilamente, mientras no se despierten los yacarés...

Manolo. — ¡Lástima que difícilmente iremos hasta el río Miriñay! Yo no me vendría de allí sin el cuero de un yacaré, una garza viva, y una muestra de *victoria regia*...

Cecilia. — En Corrientes se la llama *maíz del agua*, a causa de un grano comestible que produce su raíz en forma de piña. Pero, si Manolo me lo permite, yo prefiero seguir hablando guaraní, y dar a esta planta el nombre de *irupé*. ¡La flor del irupé! ¡Qué bien suena! ¿Verdad?

LA LAGUNA IBERA
DE MAESTROS



Díálogo dramático a orillas de la laguna Iberá.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

OTROS PASEOS POR BUENOS AIRES

EL CEMENTERIO

UNA tarde entera dedicaron los chicos al **Cementerio del Norte**, en la Recoleta. Recorrieron sus caminos en todas direcciones, deteniéndose ante los monumentos más importantes.

Los había sumamente variados, y algunos resultaban imponentes. Templetos, columnas, sepulcros de mármol blanco y negro, adornados de estatuas de mármol o de bronce, de bajorrelieves.

Los más modernos eran de granito lustrado. Se prepara a veces el granito en tal forma que queda exactamente como mármol negro; y a más de ser muy adecuado para las construcciones funerarias, resulta sumamente bello.

Los chicos iban leyendo con respeto las diversas inscripciones. Gran parte de nuestro pasado estaba allí, en los nombres ilustres de gobernantes y de generales.

Allí estaban, desde la tumba del almirante Brown, de la que se levanta una columna ostentando en su cúspide un pequeño barco de bronce, de hinchadas velas; la de Cornelio Saavedra, miembro de la Primera Junta, hasta el reciente monumento dedicado «a los caídos el 6 de Septiembre de 1930».

Este último, que guarda también los restos del general José Félix Uriburu, es un severo y sobrio mausoleo de granito sin lustrar, con sólo dos grandes figuras de mujeres envueltas en mantos, también de granito, que personifican elocuentemente el Dolor.

Guárdanse, asimismo, en este cementerio, las cenizas de muchos otros personajes de nuestra Historia. A la entrada, bajo una lápida sin inscripción ninguna, las de Facundo Quiroga. Sobre un pedestal, una figura de mujer, de mármol blanco, que llamaron «la Dolorosa», parece llorar, más que al hombre allí sepultado, a sus numerosas víctimas.

Por cierto que no dejaron de advertir los visitantes, a

veces junto a las tumbas de grandes personajes, otras más humildes y conmovedoras dedicadas a algún niño.

Un paseo por el Cementerio renueva nuestros piadosos recuerdos y está siempre lleno de preciosas lecciones. No dejarán los chicos de visitar el de **La Chacarita**, donde las tumbas están dentro de una hermosa arboleda.

EL LLANTO DE LOS MUERTOS

¿Qué habrá sido del llanto de los seres que han muerto?
¿Se hallará en los arroyos que lloran las montañas?
¿En las fuentes brillantes cual los ojos del huerto?
¿O en el agua que oculta la tierra en sus entrañas?

¿Qué habrá sido del llanto de los que ya no lloran?
Como los sabios dicen que nada se destruye,
las lágrimas caídas, en algún sitio moran,
y llanto de los muertos, así, no se concluye.

Acaso se transforma con el tiempo, y florece;
y cuanto más amargo, son las flores más bellas;
o salpica los cielos, y por eso parece
como si algo llorase dentro de las estrellas...

¡Quién sabe!... Cuando el viento sacude los jazmines,
se deshace en un llanto la fragante alegría;
y cuando viene el alba, se ve que los jardines
han llorado en las sombras, y no se conocía...

¡Dios sabe si la angustia no se torna belleza;
y como una azucena que la noche rocía,
la luna vierte en luz la diáfana tristeza
del llanto de los muertos, que lloran todavía!...

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

Cecilia. — ¿Qué les parecen estos versos?

Manolo. — Yo los encuentro preciosos. Pero se entiende que lo que en ellos se dice es tan sólo una *ficción poética*.

LAS BANDERAS

UNA de las peregrinaciones de toda la familia, consistió en visitar, en la Catedral, el mausoleo de San Martín. Toda una capilla, en cuyo centro se levanta el imponente sarcófago de bronce, le está dedicada.

Allí se guardan algunas banderas tomadas a los españoles, cuando combatíamos por nuestra libertad.

— Las banderas tomadas a los ingleses cuando las invasiones — explicó Miguel Ángel, — están en la iglesia de Santo Domingo, centro también de recuerdos históricos que visitaremos luego.

— ¡Y cómo me gustaría obtener que nos las mostraran! Porque sé que hay algunas muy curiosas; una, por ejemplo, negra, con una calavera blanca pintada en el centro — dijo Cecilia.

— En cambio — dijo el señor Juan, — las banderas paraguayas que poseíamos, fueron, hace poco, generosamente devueltas al Paraguay.

— Me enorgullece recordar que nuestra bandera, que «la bandera blanca y celeste, Dios sea loado, no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra» — exclamó Manolo recitando la frase consagrada.

— ¡Esperemos que sea siempre así! — respondió el señor Juan. — Y ya que tienes tan buena memoria, Manolo, ¿podrías repetirnos alguna otra frase sobre la bandera?

— Hay una que tengo bien grabada, tío Juan — contestó su sobrino. — Es así: «Que flamee por siempre como símbolo de la libertad, objeto y fin de nuestra vida; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa.»

— «¡Que el honor sea su aliento, la justicia su empresa!» — repitió el señor Juan. — He ahí palabras que todo argentino debe llevar grabadas, no sólo en la memoria, sino también en el corazón.

LAS IGLESIAS

Los chicos visitaron varias iglesias más. La Capilla de **Santa Felicitas**, de forma octógona, que es una verdadera joya, obra del arquitecto argentino Ernesto Bunge, situada en Barracas. (*)

La de **La Piedad**, muy bella, de construcción reciente, lo mismo que la magnífica iglesia del **Santísimo Sacramento**.

En esta última, cautivados por su belleza, los visitantes detuviéronse largamente. No se cansaban de admirar los preciosos vitrales, las grandes columnas de mármol rosa y gris, las pequeñas columnas de mármol azul, y todo el decorado de los mármoles más finos y variados, lo mismo que las figuras formadas de mosaicos. Les encantó sobre todo el altar mayor, todo de mármol y bronce — blanco y dorado — siempre adornado de cirios encendidos y de flores naturales.

La iglesia más grandiosa del país, por sus proporciones, será, sin duda, la de **Nuestra Señora de Buenos Aires**, gran templo gótico no terminado aún y que la familia del señor Juan con sus huéspedes fueron a ver en la calle Gaona.

EL CORREO

Por último, los turistas tucumanos fueron llevados por su tío y sus primos al suntuoso edificio del Correo, cuyas dependencias recorrieron. Lo que más interesó a Miguel Ángel y a Manolo fué el Hall de los Extranjeros, que pone de manifiesto la cordialidad y generosidad con que los hijos de otros países son recibidos aquí.

Sobre largas mesas, veíanse un sinnúmero de diarios y periódicos en todas las lenguas, por donde no había quien no pudiera tener noticias de su país.

(*) *Ernesto Bunge* fué el primer argentino que obtuvo el título de arquitecto. A él se deben algunas obras importantes de nuestra Capital; en primer lugar, la Penitenciaría.

Y para informar a los recién llegados, se alineaban, a lo largo del hall, grandes vitrinas con los productos vegetales, minerales e industriales de cada región argentina. También se veían, entre las vitrinas, los bustos de las principales personalidades de cada lugar.

Por cierto que Julita y Manolo se apresuraron a buscar lo referente a Tucumán.

Pero más aún que el Hall de los Extranjeros, interesó a las dos chicas y a Marcos, el Museo del Correo, el cual tuvo también la virtud de entusiasmar a Luisito.

Veíase allí todo lo que había servido al correo en nuestro país, desde sus primeros tiempos. De buena gana se hubiera llevado Luisito a su casa, las carretas en miniatura, los pequeños buzones, y los muñecos representando los antiguos correos a caballo, y los modernos carteros a pie. Por lo menos tendrá ahora un nuevo juego con que divertirse, cuando se reúna con otros chicos de su edad: Jugarán «al correo de antes», y al «correo de ahora». ¿Cuál será más divertido?

CÍVICOS

I

¡Vibre el clamor del verbo ciudadano
en las tribunas y en los parlamentos!
Como las notas de un clarín ufano
vibre el clamor del verbo ciudadano.
Hable de libertad y de un humano
anhelo de justicia en sus acentos.
¡Vibre el clamor del verbo ciudadano
en las tribunas y en los parlamentos!

II

La noble imagen de la patria vieja
nos habla de deber y de civismo.
Y es más grande a medida que se aleja
la noble imagen de la patria vieja.

Su recuerdo en el ánimo nos deja
un deseo de gloria y de heroísmo.
La noble imagen de la patria vieja
nos habla de deber y de civismo.

III

Enseña azul que vienes de la historia
santificada por los holocaustos,
eres compendio de la patria gloria
enseña azul que vienes de la historia.
¡Flota sobre la tierra promisoria
en la abundosa paz de días faustos,
enseña azul que vienes de la historia
santificada por los holocaustos!

IV

¿Quién cantará tu gloria en el futuro,
Patria, cuando en los siglos te levantes
como un hogar hospitalario y puro,
quién cantará tu gloria en el futuro?
Surgir entonces del misterio oscuro
quisiera, por vivir unos instantes...
¿Quién cantará tu gloria en el futuro,
Patria, cuando en los siglos te levantes?

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR.

Poeta y crítico argentino contemporáneo, de estilo elegante y puro, llegando a veces a la perfección de la forma, como se ha visto en esta composición, y en la estrofa leída anteriormente, en la pág. 197.

LA BOCA — LA ISLA MACIEL

EL señor Juan opina que el verdadero patriotismo no consiste en enorgullecerse de las magnificencias de la gran ciudad, cerrando los ojos a todo lo demás. Dice que es necesario y útil conocer las pobreza y necesidades de nuestros pueblos.

Para que no imaginen que todo es como Palermo y la Avenida Costanera; para que aprecien otros aspectos de Buenos Aires, el señor Juan ha llevado un día a sus hijos y sobrinos a efectuar un largo recorrido. Han visitado la Dársena Sur, la Boca, parte de las orillas del Riachuelo, algunos barrios de Avellaneda, la Isla Maciel.

— ¿Por qué se llama esto la Boca? — pregunta Marcos.

— Porque es la Boca del Riachuelo; es decir, el lugar donde el Riachuelo *desemboca* en el Río de la Plata — explica el señor Juan.

— ¿Y le dicen Riachuelo, porque es un río muy chico? — interroga, a su vez, Luisito.

— Claro que junto al Río de la Plata, en cuyos brazos se echa, es éste un mocosuelo de río — le responde su papá. — Pero no es, en sí, tan insignificante. El Riachuelo es como una sucursal de nuestro gran Puerto. En él entran barcos bastante grandes, como ya lo verán. Y se puede navegar en este río por espacio de dos o tres horas.

Después de ver la Dársena Sur, con su infinidad de barcos de carga, llegaron los exploradores de su propia tierra al lugar en que se juntan el Riachuelo y el río de la Plata. Tenían que atravesar las aguas del afluente para entrar en la Isla Maciel.

Este pasaje se hace por medio del *transbordador*, el cual es, como quien dice, un puente que navega. Una vez en la otra orilla, los chicos se volvieron para mirar aquel curioso puente andante que los había *transbordado*. Y vieron las gigantescas armazones de hierro, de donde el puente cuelga, y donde residen los mecanismos que lo mueven.

La isla Maciel es como otra ciudad, apretada, bien distinta, por cierto, de todo lo que los chicos conocen. No es desagradable el aspecto de sus casas de cinc acanalado, casi todas de dos pisos, pintadas de azul, de verde, de gris.

A pesar de la pobreza que esta clase de construcción revela, las casitas tienen un aspecto próspero. Con la particularidad de que todas lucen bonitos balcones de hierro forjado. Y en la mayoría de estos balcones, hay plantas y flores. Este lujo de los balcones se debe, sin duda, a los muchos que se van quitando de las casas viejas de la capital.

Lástima que las cualidades de prolijidad que estas viviendas manifiestan en sus moradores, no sean secundadas por las condiciones del terreno en que se levantan. Debe ser éste, desgraciadamente, muy malsano, por la facilidad con que se inunda y los pantanos que allí se ven, en todo tiempo. Y lo triste es que también existe, en los baldíos, la plaga de los basurales.

Cuando pueda llevarse allí un poco más de asistencia municipal, un poco más de limpieza, aquellos barrios podrán resultar agradables y pintorescos, gracias a la proximidad del río y a la originalidad de las casitas con sus balcones.

— Si algún día llego a ser Presidente, yo me ocuparé de mejorar estas calles — exclama Marcos compadecido.

— ¡Puedes hacerlo desde ya! — le dice Miguel Ángel. — Con traerte un trapo de piso y un balde... Al fin, tienes bastante cerca el río, para vaciar los baldes de agua que recojas en las calles...

— ¿Te ríes de mí? Sin embargo, si me decido por ser ingeniero, en lugar de arquitecto, bien puedo ocuparme del nivel y del desagüe de las calles.

— Precisamente; eso es lo que me propongo trayéndolos aquí — dice el señor Juan. — Que aprendan a interesarse por las necesidades de nuestros barrios *suburbanos*; para que, si algún día les llega la ocasión, traten de remediar sus pobreza...

Son los de Avellaneda y la Boca barrios trabajadores, de población compacta, que merecen por tal causa espe-

cial protección. En Avellaneda están los *Frigoríficos*, centro de la original industria argentina de carnes congeladas para la exportación.

UN ARTISTA ARGENTINO

PERO no son sólo carnes congeladas las que salen de estos lugares — dijo el señor Juan. — También salen de la Boca músicas y cuadros.

En efecto, la Boca ha sido cuna e inspiración de algunos artistas.

Un día paseábase por estas orillas un pintor. En eso, se fijó en un chicuelo que trazaba, sobre la tosca madera de un cajón, una infinidad de líneas entrecruzadas. Examinó el pintor con curiosidad aquellos trazos, y se dió cuenta de que el muchacho copiaba, con un trozo de carbón, lo que tenía delante: los mástiles y el complicado enredo de líneas que formaba el conjunto de los barcos, en sus posiciones más o menos inclinadas, hacia opuestas direcciones.

El pintor descubrió en este chico — que trabajaba con los obreros encargados de suministrar el carbón a los barcos — excepcionales condiciones de dibujante. Y lo mismo que en los cuentos, pero esta vez en la realidad, aquel pintor se ocupó de la educación artística del carbonerillo.

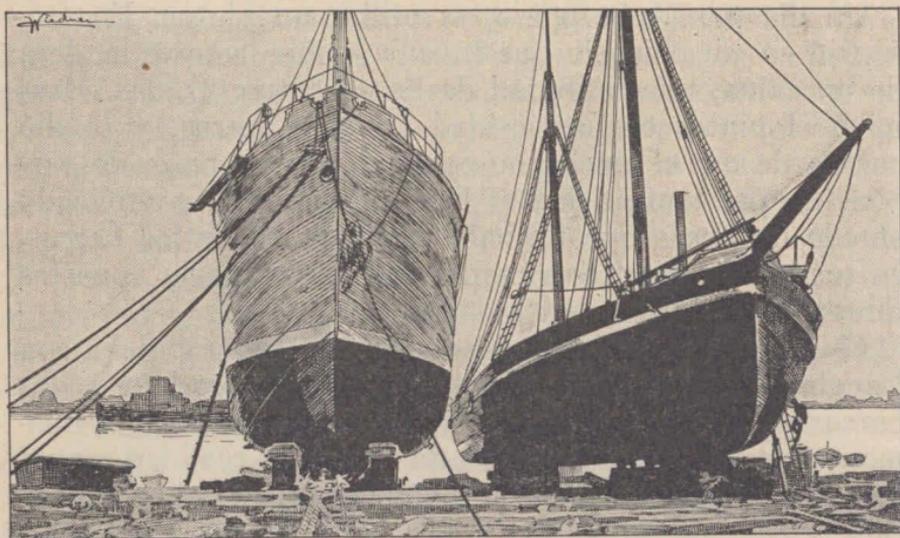
El chico que así dibujaba con carbón, es hoy uno de nuestros mejores pintores: se llama **Quinquela Martín**. Sus cuadros — siempre aquella maraña de mástiles, a través de los cuales se ve incendiarse el ocaso o despuntar el alba — han obtenido un gran éxito, y, no sólo en nuestro país, sino también en el extranjero. Justamente en uno de los países donde más aceptación tienen nuestras carnes congeladas: en Londres.

A pesar de la celebridad adquirida, el pintor Quinquela Martín no ha abandonado aquellos barrios, los cuales siguen siendo su fuente de inspiración. Y tiene su estudio instalado en una de aquellas pintorescas y humildes casi-

tas, frente a los barcos, en el recodo que forma el Riachuelo y que se denomina *La vuelta de Rocha*.

Después de haberles contado estas cosas, el señor Juan concluye:

— Ya ven que la pobreza, y el residir lejos de las grandes ciudades, no son obstáculos a la realización del arte, ni al triunfo... en cualquier carrera que se emprenda.



Los barcos que, desde niño, copiaba Quinquela Martín.

CAMINOS DIVERSOS E IDÉNTICO FIN

EN honor a los visitantes tucumanos, los chicos de Villa Serena han invitado a algunos de sus amigos a tomar el té. Hállanse, pues, reunidos con los de la casa y sus huéspedes, Sofía y los primos mendocinos que, como lo anunció Federico, han venido también a Buenos Aires. Y, además de Ignacio, está Carlos, condiscípulo de Marcos.

Entre todos ellos se ha trabado una animadísima conversación sobre sus proyectos para el futuro.

Cecilia. — Ya sabemos que Ignacio va a estudiar **Agro-
nomía**, para trabajar en el campo con su papá.

Ignacio. — Tengo la ambición de introducir mejoras en *Los Paraísos...* y de embellecer aquello con un parque. El verano pasado Miguel Ángel estuvo también a punto de entusiasmarse con los trabajos del campo; pero creo que de eso no resultará más que... una oda a los pajaritos.

Miguel Ángel. — Quizá resulte algo más... Quizá resulte todo un libro del cual tú, con tu escopeta y tu guitarra, seas el protagonista...

Cecilia. — Manolo comparte con mi hermano mayor la afición a la pluma...

Manolo. — Sí; pero mientras tanto, voy a algo más seguro. Seguiré la carrera del **Derecho**.

Sofía. — Como tienes tanta facilidad de palabra, vencerás en cualquier cosa que defiendas...

Manolo. — Yo no defenderé sino las buenas causas. Me gustaría ser «defensor de menores»... Así estaré seguro de ayudar a quien lo necesita.

Luisito. — ¿A los menores de la familia, como yo, por ejemplo?

Julita. — No, querido; se trata de los «menores de edad»; es decir, de los chicos, en general.

Marcos. — ¡Lástima que no seas ya eso, Manolo; para que nos defiendas contra los profesores y nos hagas poner a todos buenas notas!...

Manolo. — Eso no sería defenderlos, sino ayudarlos a ser toda su vida unos ignorantes.

Marcos. — Por lo menos..., podrías defendernos contra la gramática, torturadora de menores...

Manolo. — ¿Yo, que voy a ser escritor? Al contrario, impondría condenas a todo el que no hable o escriba en verdadero castellano. Que diga Miguel Ángel si no es de mi opinión...

Miguel Ángel. — Claro; Manolo será el abogado del idioma, y yo su médico, cuando lo vea maltratado por ustedes. ¿Qué les parece la carrera que he elegido?

Susana. — ¿La **Medicina**? Es lindísima. ¡Se presta de tal modo a hacer caridad! ¡A ejercer el amor al prójimo!

Cecilia. — Sin duda; debe ser un gran consuelo llevar la tranquilidad a una familia afligida... Porque la sola presencia del médico tranquiliza.

Carlos. — ¡Y poder volver a la vida y a la salud a chicos y jóvenes! ¡Aliviar los dolores de personas de toda edad! Es una misión magnífica.

Miguel Ángel. — Sí; pero en cambio ¡qué responsabilidades! ¡Y qué pena en los casos en que nada se puede! Además de la idea de hacer el bien, créanme que a mí me interesa la ciencia, el conocer el organismo humano, tan admirable y tan complicado... Y a ver, estas chicas... ¿piensa alguna seguir también una carrera?

Sofía. — ¿Saben lo que yo voy a ser? Nadie lo adivinará...

Miguel Ángel. — A juzgar por el entusiasmo que te entró por San Martín, en Mendoza, pensarás hacerte...

Sofía. — ¿Cantintera? Nada de eso. Si en mis cartas a Cecilia le hablé del Libertador, le hablé también de otras cosas menos heroicas...

Susana. — De legumbres... Cuando menos, Sofía va a ser verdulera.

Sofía. — Algo parecido... Voy a ser **granjera**.

Marcos. — ¿Vas a cuidar cerdos y conejos?

Sofía. — ¿Y por qué no? En *Los Nogales* comencé a interesarme por las industrias de las quintas. Voy a dirigir la chacra de mamá. Pero con ciencia; estudiando bien las cosas. Pienso especializarme en la cría de gallinas. Las tendré como para exposición. Pondré *incubadoras*...

Federico. — Yo he oído que el negocio de pollos y de huevos produce más ganancias que las minas de diamantes.

Miguel Ángel. — Como que los diamantes son objeto de lujo; mientras que todo el mundo come huevos y pollos.

Cecilia. — Hay que acordarse de las disposiciones para las matemáticas que Sofía demostraba en el colegio... Sacará muy bien sus cuentas; será, pues, una buena negociante...

Sofía. — Pero no me lleva únicamente el interés... Los pollitos recién salidos del cascarón me encantan más que los diamantes; son deliciosos.

Luisito. — Entonces ¿por qué no te casas con Ignacio que tiene gustos parecidos?

Todos se rieron de la ocurrencia del chiquillo.

Cecilia. — También podrías casarte con Federico, que forzosamente continuará con los viñedos de su padre.

Federico. — ¿Sofía? No hizo en Mendoza sino burlarse de mí... Y a mí, más que la finca, me interesa la bodega. Quiero decir que, más que agricultor o chacarero, seré un **industrial**.

Sofía. — (*Riéndose.*) Entre estancieros, chacareros o vinicultores no me ha de faltar en qué elegir... ¿Y tú, Julita? ¿Piensas siempre en estudiar para **maestra normal**?

Julita. — Sí; me encanta enseñar. Si tú quieres tener una incubadora, yo querría tener a mi cargo un *Jardín de infantes*. Como a ti los pollitos, me gustan a mí los chicuelos... en montón.

Cecilia. — Y los chicos te lo pagan. Para Luisito no hay nadie como su prima.

Luisito. — ¿Por qué no te haces maestra pronto, Julita, para ser maestra mía?

Julita. — ¿Y qué quieres que te enseñe? ¿Qué quieres tú llegar a ser?

Marcos. — Luisito ha querido, por turno, ser confitero y general.

Luisito. — ¡Eso fué cuando era chico! Ahora quiero ser maestro como Julita..., pero de perritos. He visto que hay una escuela para pichichos. ¡Debe ser muy divertido! ¿Tendrán que ponerse guardapolvo?

Julita. — Tú podrás ordenar a tus discípulos de cuatro patas que se lo pongan. Guardapolvos blancos, bien planchados; y el que lo ensucie... ¡a hacer renglones!

Cecilia. — ¿Amaestrar perros...? Es un oficio como cualquier otro...

Luisito. — Y además quiero ser capitán de barco, y electricista. Marcos me está enseñando...

Cecilia. — Me parece muy bien. Conforme nosotros sabemos tejer o cocinar, cada uno de ustedes debía también tener una habilidad *manual*. Ahora, lo mismo que se precisa quien componga la ropa, vendría muy bien, en cada casa, alguno que entendiera de electricidad: que un remiendo a un cordón, que la plancha, que el calentador...

Miguel Ángel. — Teniéndolo por maestro a Marcos, ya podemos contar con Luisito... para descomponerlo todo. ¿Y ustedes qué piensan sobre la preferencia de Marcos por la **Arquitectura**?... Yo sospecho que es un pretexto para pasearse por los andamios, cuando inspeccione sus obras...

Marcos. — ¡Bueno! Me haré, de paso, equilibrista. Pero a mí me gusta esa carrera porque las obras del arquitecto *se ven*. No es como cuando se cura a un enfermo, que no se sabe si es o no el médico quien lo curó... Una casa es una casa. Se ve...

Manolo. — Y se habita. Y si está mal construída, se le cae a uno encima...

Federico. — Aunque no esté situada en Mendoza ni haya terremoto.

Marcos. — Y al cazador de mala puntería, se le viene encima la fiera... ¿Te acuerdas, Carlos, de cuando querías ser **explorador**?

Carlos. — Soñaba, es cierto, con cazar rinocerontes en el centro del África.

Ignacio. — ¿Por qué irse tan lejos? Aquí hay campo sobrado para un explorador. Tienes, a un paso, en Corrientes, la laguna Iberá, llena de alimañas y de cosas raras. Según me ha contado papá, aquello te está esperando... Nadie se ha atrevido a explorar del todo sus aguas, ni sus orillas, ni su maleza flotante. Nadan allí, si no es fábula lo que he oído, unos osos marinos... que pueden muy bien reemplazar a tus rinocerontes, Carlitos.

Carlos. — Ya no deseo relacionarme ni con rinocerontes, ni con osos marinos. Mis aficiones de explorador se han convertido en la verdadera vocación que ahora siento para **misionero**.

Todos a la vez. — ¡Misionero!

Carlos. — Si antes pensé en domesticar fieras, ahora pienso en domesticar salvajes. Me da tanta lástima saber que hay en el mundo hombres que no conocen la moral cristiana; que están aún comiéndose unos a otros...

Manolo. — Para encontrar hombres así, tampoco precisas ir muy lejos...

Susana. — ¿Qué dices, Manolo? ¿Hay también *antropófagos*...? ¿Y dónde?

Manolo. — Casi, casi, los hay en los países más civilizados. Pues en ellos, si los hombres no se devoran, por lo menos se destrozan entre sí. Y buena falta haría quien les predicara la fraternidad cristiana, el horror a la guerra, el amor a la paz.

Carlos. — Los hombres civilizados, si no son buenos y pacíficos es porque no quieren serlo. A mí me dan más lástima los salvajes... que son salvajes por ignorancia. Quiero ir a enseñarles a amarse los unos a los otros. Quisiera llevarles la gran noticia de que no sufren en vano; que pueden esperar en la Justicia y en la Bondad de Dios.

Susana. — ¡De buen grado haría yo otro tanto! Pero, en verdad, yo no siento aún ninguna vocación especial...

Cecilia. — Susana es la modestia personificada. Todos sabemos lo hacendosa que es; lo útil que es en su casa... ¡Además de que toca tan bien el piano!

Susana. — Si no ayudara a mamá, la pobre tendría demasiada tarea, con una casa tan grande, tantos hermanos como somos, y con los huéspedes y visitas que jamás nos faltan...

Sofía. — Susana se ocupa además muchísimo de los jornaleros, quienes recurren a ella en todas sus dificultades.

Susana. — Cualquiera, en mi caso, haría lo mismo. Se está en *Los Nogales* tan en contacto con los que trabajan en nuestra finca, que me sería imposible desentenderme de ellos.

Cecilia. — Pero no todos lo harían con igual bondad...

Susana. — Si tantas cosas dicen de mí, me harán poner colorada. ¿Por qué no hablamos más bien de nuestra futura gran **artista** Cecilia?

Manolo. — Cecilia debe dedicarse seriamente a la pintura. Según su maestro, tiene dotes poco comunes...

Cecilia. — Pero no olviden que también me precio de ser bastante cocinera... Como dice abuelita, nunca se deben descuidar del todo los trabajos manuales. Especialmente cuando somos casi chicas todavía... y no sabemos lo que nos tocará en la vida.

Marcos. — ¡Son cómodas las mujeres! Ellas no tienen que estudiarse toda una carrera como nosotros...

Cecilia. — Hay muchas que la estudian... Pero una mujer no necesita seguir «una carrera» para ser útil.

Susana. — Por supuesto. Toda mujer tiene, por ejemplo, disposiciones para cuidar chicos, para cuidar enfermos, cosas siempre imprescindibles.

Ignacio. — Sí; pero por lo general, no trabajan como los hombres...

Cecilia. — Si tú llamas *trabajo* únicamente al asalariado, tienes razón. Pero ¿te parece liviana la tarea de una

madre de familia que cuida de los hijos y de la casa? Los empleos de los hombres suelen no ocuparlos sino unas horas; mientras que una madre tiene, a veces, para todo el día... y quizá también para la noche.

Manolo. — Voy a decirles de memoria una frase que leí hace poco: «Es tal vez una de las mayores glorias el educar hijos que resulten hombres de honor, útiles a sus semejantes, útiles a la patria.»

Sofía. — Gloria que se debe principalmente a las mujeres... Recuérdalo, Ignacio.

Susana. — Tengo casualmente, en la revista mendocina, una nueva composición de aquel pariente nuestro que en ella escribe. Hace una evocación de la madre de Sarmiento, que viene muy al caso. Voy a mandársela a Cecilia, para que todos la lean.

Miguel Ángel. — Y en resumidas cuentas, si nuestros caminos son diversos, todos nos proponemos un idéntico fin...

Julita. — ¿Cuál, Miguel Ángel?

Miguel Ángel. — El de *servir para algo*. ¿No es así? Cada uno según su capacidad. O, para decirlo con palabras más nobles, repetiré las de Manolo: nuestro fin es llegar a ser «útiles a nuestros semejantes»... y a nosotros mismos. Pues ya se sabe: «la caridad empieza por casa».

Susana. — Ese fin debió tener la madre de Sarmiento. Y me parece que lo alcanzó...



UNA MUJER FUERTE

(ENVÍO DE SUSANA A CECILIA)

Es en un rincón de la provincia de San Juan. Un sano olor de hierbas, de flores y de huerto alegra el corazón. Cantán las aves, el cielo se colorea poquito a poco... Y todo ello, con tal frescura, como sólo sucede cuando seres y cosas saludan a la aurora.

Debajo de una higuera, una mujer de alguna edad une al canto de los pajarillos, el de los *husos*, *pedales* y *lanzaderas* de su activa *rueca*. La dulzura del amanecer invade su corazón y suspendiendo su labor por un instante, mira hacia la casa, que, a pocos pasos de ella, está aún sumida en el silencio. Y recuerda...

Recuerda otras mañanas como ésta — ¡ahora tan lejanas! — en que adelantándose como siempre al sol, hilaba con aquellos mismos husos, bajo aquella misma higuera...

Era joven y se halló sola en el mundo. La casa no existía. Sólo la higuera levantaba su ramaje verde obscuro en el solar despoblado, única herencia de una antigua familia empobrecida.

Pero el ánimo de la huérfana era fuerte y sus manos ágiles y dispuestas para el trabajo. Y así, con el precio de las varas de tela que salían de su telar incansable, se levantaron las paredes de la casa donde formaría su hogar.

Sólo disponía, en un principio, de dos esclavos prestados para la obra. Con ellos y con los primeros ahorros, se pusieron los cimientos.

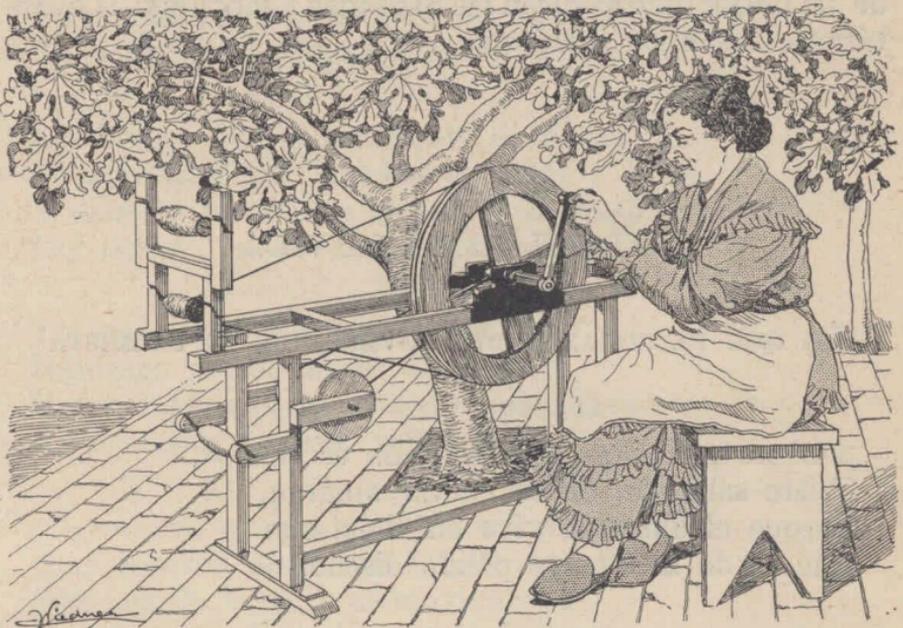
¡Cuán útiles le fueron entonces y siempre las mil industrias caseras aprendidas desde su edad más tierna! Poseía a la perfección el arte de teñir las telas. Hilaba sin cesar el *lienzo crudo* y el *anascote* que vestían los religiosos.

¡Y eran de ver aquellos pañuelos, corbatas y ponchos suavísimos, tejidos con lana de vicuña, obra de sus manos!

Cada día, desde el telar, bajo la higuera, sin abandonar su tarea, la joven asistía y animaba a los obreros. Y cada Sábado, vendida la tela tejida en la semana, ¡con qué

legítima satisfacción pagaba a los peones y maestros que edificaban ya la casita!

La tejedora que ha envejecido algo, mira ahora con cariño hacia la casa, fruto de su labor. Allí duermen en este instante sus hijos el sueño confiado de quienes ven en su madre a **la imagen viva de la Providencia.**(*)



Debajo de una higuera...

¡Trabaja y sueña, noble mujer! Si te fuera dado leer en el porvenir como lees en el pasado, tu corazón, dulcemente conmovido en este amanecer, se estremecería de un gozo más intenso.

Verías engrandecido el resultado de tu trabajo. Sabrías que tu hijo que ahora, pobre y desconocido, duerme mientras tú hilas, sería algún día honra de su patria.

Sabrías que ese hijo veneraría y haría perdurable el recuerdo de tu higuera y de tu rueca. Que él reconocería ante el mundo que al mismo tiempo que urdías la tela,

(*) Así llama Sarmiento a su madre, en *Recuerdos de Provincia*.

tu rara fortaleza, tu paciencia y tu inteligencia clara, que supieron hacer frente a todas las dificultades de la vida, formaron también lo mejor que hubo en su alma.

Sabrías, por fin, que ese hijo, Domingo Faustino Sarmiento, escribiría de ti en su libro titulado: «Recuerdos de provincia», estas palabras: «¡Bienaventurados los pobres que tal madre tienen!», cumpliéndose de este modo lo que de «la mujer fuerte» dicen las Sagradas Escrituras: «Levántáronse sus hijos y loáronla».

EL SALMO DE LA VIDA

LO QUE EL CORAZÓN DEL JOVEN DICE AL SALMISTA

¡Oh! no me digas que la «vida es sueño»,
Triste salmista, en tu cantar amargo,
Porque el alma no vive en el letargo
Que es de la muerte pálido diseño.

La vida es real y su destino es serio,
Y no es su fin en el sepulcro hundirse;
Que «ser polvo y en polvo convertirse»
No es del alma el divino ministerio.

Ni es del hombre la senda o el destino
El reposo, el dolor, ni la alegría,
Sino la acción para que cada día
Avance una jornada en su camino.

Que la ciencia es muy larga, el tiempo estrecho,
Y el corazón más varonil y fuerte
Bate el fúnebre paso de la muerte
Cual velado tambor dentro del pecho.

¡En el vivac del mundo alza tu escudo!
¡En el campo de acción arma tu diestra!
¡Sé un héroe de la vida en la palestra,
Y no el rebaño que se arrea mudo!

Del porvenir los pasos son inciertos:
¡Vive y obra sin tregua en el presente,
Tu corazón en ti, Dios en tu mente!
¡Deja al pasado sepultar sus muertos!

Los héroes que en tu mente divinizas
Te muestran que la vida es noble y bella,
Y ellos te enseñan a estampar la huella
Del tiempo en las arenas movedizas.

Tal vez algún hermano fatigado,
Náufrago de los mares de la vida,
Recobre aliento en su alma dolorida
Al encontrar tu paso señalado.

¡De pie, en acción, con varonil pujanza,
Y el corazón dispuesto a todo evento,
Sigamos de la vida el movimiento
Guiados por el Trabajo y la Esperanza.

BARTOLOMÉ MITRE.

(Imitación de *Longfellow*, poeta norteamericano.)



BUENOS AIRES EN TIEMPO DE NAVIDAD

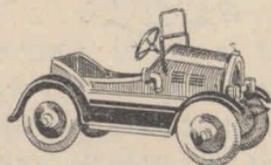
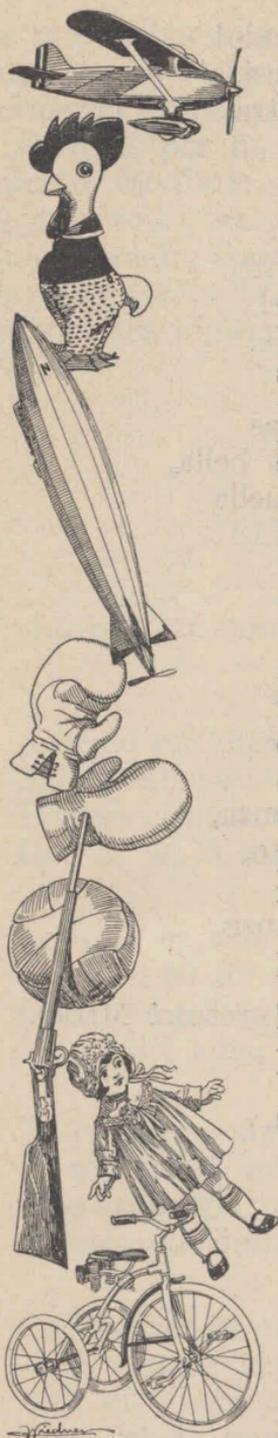
CALLES Y VIDRIERAS

ACERCÁBANSE las fiestas de Navidad, Año Nuevo y día de Reyes. El comercio, que sabía llegada su mejor hora, desplegaba en la ciudad todas sus galas. Y así, el solo andar por las calles era, para los chicos de Villa Serena y para sus primos, una diversión.

En efecto ¡había en las calles mucho que ver!

Era el momento de proveerse de los artículos necesarios en la estación veraniega. Y para gran número de personas, el de los preparativos de la partida al campo. Y añádase a esto, la costumbre de los aguinaldos, que era preciso elegir, para obsequiar, en aquellas fiestas, a la familia o a los amigos.

La necesidad de las compras, o el calor, o el simple deseo de pasear, coincidiendo con la entrada en vacaciones, de los estudiantes, volcaba en las calles un tropel de gente, de toda edad y condición. Y desde los pueblos vecinos, acu-



dían también los compradores o los paseantes a los barrios centrales de la capital.

A los chicos les gustaba transitar por esas calles, a pie. Pues, especialmente al llegar la noche, era variadísimo el espectáculo de los escaparates brillantemente iluminados.

¿Qué no se exhibía en las grandes tiendas? Todos los adelantos de la ciencia y de la industria se ostentaban en productos de toda especie. Algunas vidrieras estaban arregladas con muchísimo arte. Platería, cristales, porcelanas, mármoles y bronce lucían allí de un modo especial.

Había vidrieras que representaban paisajes, donde muñecos, parados sobre césped artificial, lucían su indumentaria propia para diversos deportes, junto con los aparatos para los juegos de jardín y para toda clase de ejercicios físicos.

Era tentadora, en las horas de calor, la exhibición de los artículos de goma, invitando a los juegos en las playas y en el agua: fantásticos animales inflados de aire, para cabalgar en medio de las olas, grandes pelotas que rodarían y saltarían alegremente sobre la arena.

Otras vidrieras mostraban todo un aposento amueblado. La disposición de los objetos era muchas veces una lección de buen gusto. Mostrábanse también toda clase de vistosas telas; cretonas de vivos colores, con figuras de chicos, de pájaros y flores estampadas, que serían el mejor decorado para una casa campestre.

Pero, por sobre todas, atraían en estos días, a grandes y a chicos, las vidrieras en que se exhibían juguetes. ¡Los había tan ingeniosos y tan nuevos! Juguetes de cuerda, juguetes de armar; todo un mundo en miniatura. Las muñecas, vestidas de fantasía, constituían un verdadero arte, muy moderno.

¿Y quién podría pasar de largo, ante las vidrieras en que se veían moverse, sin necesidad de cuerda, pollitos, perritos y otros animalitos encantadores? Alguna vez entraron los chicos a esos pequeños jardines zoológicos de animales domésticos, que se ofrecían a la venta. Admiraron a los gatos y conejos finos, de espesa piel, y... salieron aturdidos por la gritería de los loros y otros pajarillos.

Vieron también, en algunas tiendas, árboles de Navidad resplandecientes. Y en las Santerías, algún precioso «pesebre», representando, con elocuentes figurillas de molde, los acontecimientos de la gruta de Belén.

Hay que confesar que no carecían tampoco de atractivo las vidrieras de las confiterías donde se amontonaban las tortas de Navidad y otras golosinas.

LOS REGALOS

HABÍA llegado el día de la partida de Julita y Manolo. Aunque se hallaban éstos muy contentos y divertidos en Buenos Aires, volvíanse gustosos a Tucumán, para acompañar a sus padres y a sus abuelos en las próximas fiestas.

Ya que no era posible reunir a todos los tíos y primos, no estarían ellos ausentes, por lo menos, de su casa en aquellos días que debían pasarse en familia.

Esta última mañana que les quedaba querían los viajeros emplearla en buscar, para los que les esperaban en la casa paterna, algún recuerdo de su estadía en Buenos Aires. También los chicos de Villa Serena deseaban enviar algo a los abuelos comunes, junto con sus buenos deseos para el nuevo año. Por pequeño que su regalo fuese, sería recibido con cariño.

Y se hallaban perplejos ante la elección. Pues ¿qué había que no pudiese servir de regalo? Bien lo sabían los comerciantes, al hacer aquel despliegue de objetos de toda índole: desde los más modestos hasta los más lujosos. Tal variedad y abundancia, sumía en un mar de cavilaciones a los compradores.

Los chicos disponían, por cierto, de muy pequeñas sumas. Pero sabían, hasta por experiencia propia, que no siempre son los de más precio, los regalos que causan mayor alegría. Hay objetos muy modestos que, por su oportunidad y por la solicitud que su elección revela, resultan de gran valor para el obsequiado.

«¿Qué les llevaremos?» «¿Y qué les mandaremos nosotros?» — preguntábanse los chicos. — «¿Un costurero para abuelita? ¿Una cigarrera para abuelito? ¿Una lámpara? ¿Un sujeta-libros? ¿Una caja de papel de carta?»

— A abuelito le gusta jugar al dominó; y su juego está muy gastado... — decía uno.

— Acuérdate — respondía otro — que a abuelito le gustan las cosas viejas; le gusta usar las que siempre usó; les tiene cariño.

— Es que cada cosa vieja es para él *un recuerdo* — explicaban los mayores.

— Por eso — sentenció Cecilia — debemos tratar de elegir cosas que puedan convertirse en agradables recuerdos nuestros.

— A abuelita le gustan los bombones de chocolate — insinuaba Marcos.

— ¿Por qué no le regalamos aquel libro tan bonito, con letras doradas? — proponía Luisito, parándose frente a una librería.

— No hay que juzgar a los libros por las tapas, Luisito — le respondía Manolo. — Puede un libro tener tapas lindísimas y no valer nada su contenido.

— Esos libros son como las chicas bonitas y caprichosas — concluía Julita. — ¿Y si les regaláramos un lindo álbum con vistas de Buenos Aires?

La elección fué, pues, larga y difícil. Cada cosa que veían les parecía más bonita o más útil que la anterior. Por último, se quedaron con las siguientes:

Una libretita cuyas hojas podían renovarse y un lápiz de metal, que Manolo y Julita eligieron para su papá (el cual apuntaba cada día lo que tenía que hacer, para no olvidar nada) y unas bonitas flores de nácar para la mamá.

Para la abuela, eligieron un velador eléctrico que daba una luz muy suave, y un abanico pintado. (Era cosa indispensable a la abuela, un abanico para los calores tucumanos.) Y para el abuelo, que era un fumador empedernido, se decidieron, además de un lindo cortapapel ya elegido, por un encendedor automático.

El señor Juan añadiría, por su parte, una enorme torta de Navidad para toda la familia, y la señora Angélica había tejido, para los viejitos, una bufanda de seda, y un chal de lana.

Manolo y Julita compraron, además, algunas chucherías para repartir entre sus mejores amigos de Tucumán, los cuales se alegrarían de haber sido recordados.

Cansados de tanto andar, los pequeños compradores se acercaron por fin a un quiosco, para refrescarse tomando unos helados. Allí vieron una alcancía en que se recolectaba dinero para comprar juguetes a los enfermitos del Hospital de niños. Reprochándose el no haber pensado antes en ello, dejaron en la alcancía lo poco que les quedaba.

— Otra vez seremos más caritativos y comenzaremos por esto — dijeron.

Y volvieron a Villa Serena. Era el 21 de diciembre; esa misma tarde partían los viajeros. Sus tíos y primos los acompañarían a la estación, donde ellos se reunirían con unos señores amigos que partían igualmente para Tucumán.

Hubo grandes abrazos y promesas de escribirse a menudo. Manolo y Julita llevaban, no sólo los regalitos mencionados, sino que iban tan abundantemente provistos de cosas que contar, que no acabarían de entretener con ellas, a sus padres y abuelos, durante todo el verano.



CANTO A MI CASA

(FRAGMENTO)

Yo tengo una casita solariega
lejos de la ciudad; bajo sus techos
tengo guardado mi gentil tesoro
de esperanzas, de penas y de ensueños.

.....

Este es el nido, el adorable nido
que tengo como el alma, siempre abierto,
para cualquier hermano lastimado,
para el reposo de cualquier viajero,
para todos los pobres que anhelaran
pasar la cruda noche junto al fuego,
para el refugio de cualquier bandido
que huye cargado del remordimiento,
¡pues también el bandido necesita
el cristiano reproche del consuelo!

¡Oh, mi humilde casita solitaria,
tú no puedes saber cuánto te quiero,
tú no puedes saber cuánto te cuido,
y no puedes saber cuánto te anhele,
pues sólo ansío al encontrarme ausente
emprender lo más pronto mi regreso,
dejar esa ciudad que me acongoja
y volver a tu paz y a tu silencio!

ALFREDO R. BUFANO.

Poeta contemporáneo que comenzó ocupándose de temas de la casa y la familia y que, residiendo ahora en Mendoza, canta las cosas de aquella tierra.



LA FIESTA DE NAVIDAD

EL ARTE DE CECILIA

LUISITO. — ¡Falta la nieve, Cecilia! Aquí tienes pintura blanca. ¿Quieres que yo la ponga? Es bien fácil hacer nevar en un cuadro. Con echar manchones blancos en cualquier parte... Porque la nieve verdadera... ¿no se ha de fijar adónde cae?...

Cecilia. — Sin embargo, se fija muy bien de no caer en Buenos Aires. Lo que yo quiero es justamente que falte la nieve. Por eso estoy copiando esta lámina; para quitársela.

Marcos. — Pero ¿cuándo has visto un cuadro de Navidad sin nieve?

Cecilia. — Y tú ¿cuándo has visto una Navidad con nieve?

Marcos. — Claro que aquí, el 25 de Diciembre, no hay nieve; pero...

Cecilia. — Sí; ya sé que en Europa ese día cae en invierno y allí la nieve abunda. Pero ¿por qué se ha de pintar siempre la Navidad de Europa? ¡Como si la fiesta no fuera también para nosotros! Yo quiero pintar una Navidad *nuestra*.

Miguel Ángel. — En todo caso deberías pintar la Navidad verdadera...

Cecilia. — La verdadera tampoco tendría nieve... ¿Sabes, Luisito, qué significa la Navidad?

Miguel Ángel. — La palabra lo dice: **Navidad** es un abreviado de *Natividad*; es decir, *nacimiento*. Y éste es el de...

Marcos. — ¡Quién no lo sabe! Es el nacimiento de **Jesús**.

Cecilia. — Hay chicos que lo único que saben es que en ese día les reparten juguetes y golosinas...

Luisito. — Yo también lo sabía... La Navidad es el cumpleaños de Jesús...

Miguel Ángel. — ¡Y cumple la friolera de mil novecientos treinta y tres años!

Luisito. — Entonces, ¿nació el mismo día que el mundo?

Miguel Ángel. — No; Luisito; el mundo era ya viejo cuando Jesús nació.

Cecilia. — ¡Mira si habrá sido importante su nacimiento, para que desde ese día comenzáramos a contar los años de nuevo!

Miguel Ángel. — Por eso, a los años que vienen pasando desde que Jesucristo vino al mundo, les llamamos **Era cristiana**.

Marcos. — ¡Con razón es tan grande y tan universal la fiesta de Navidad!

Luisito. — ¿Por qué dijiste, Cecilia, que la Navidad verdadera era sin nieve? ¿Acaso, en aquel tiempo, no había nieve en el mundo?

Cecilia. — Nieve ha habido siempre; pero no la hay en el país donde Jesús nació.

Luisito. — ¡Yo sé! Jesús nació en **Belén**:

*Arre, borriquito,
vamos a Belén,
que mañana es fiesta
y pasado también.*

Cecilia. — ¡Luis se nos vuelve un *erudito*! Sí; Jesús nació en Belén, que es un pueblo de **Palestina**.

Marcos. — La cual está en Asia... Todos sabemos algo.

Cecilia. — Y porque Palestina es un país como el nuestro, de clima templado, digo que la Navidad verdadera es sin nieve...

Luisito. — ¡Qué suerte! La Navidad nuestra se parece más a la verdadera que la de Europa.

Cecilia. — Yo voy a hacer una serie de tarjetas para mandar a mis amigas, con estas palabras: *¡Feliz Navidad y Año Nuevo!* La que estoy pintando ahora representa el nacimiento de Jesús, en la Gruta de Belén...

Marcos. — ¿Por qué no lo pintas a Luisito que llega, montado en un burro y cantando: *Arre, borriquito?*

Miguel Ángel. — Sería algo difícil que Luisito llegara hasta allí en burro... Hay mucha agua de por medio.

Luisito. — ¡Qué lástima!

Cecilia. — Si se empeñan, Luisito me servirá de modelo para representar un chiquillo de aquellas tierras, cabalgando hacia Belén en un asnillo, claro está.

Luisito. — ¡No te olvides de poner la estrella arriba de la Gruta!

Cecilia. — No me olvidaré. Esta tarjeta es la más difícil, porque hay que representar la noche. En otra, pondré a los pastores que han bajado de la montaña con algunas

ovejitas, para ver al Niño. En la tercera, se verán los Reyes Magos con su comitiva.

Marcos. — En buenos apuros te verás para dibujar el terreno accidentado que es el lomo de los camellos...

Cecilia. — No tanto, desde que vi las montañas de Córdoba. Pero siempre me queda la duda de si debo cargar a esos animales con una montaña o con dos...

Miguel Ángel. — Los de dos jorobas son los dromedarios. Los camellos tienen una sola... como Montevideo.

Marcos. — Pero si quieres hacer una Navidad nuestra, tendrás que poner bueyes en lugar de camellos, que por aquí no se ven...

Cecilia. — ¡Qué ocurrencia! En todo caso pondría burritos, que los hay aquí y también en Palestina: *Arre, borriquito...* Pero al pintar el Nacimiento mismo, no pretendo cambiar las cosas de como fueron en realidad.

Luisito. — Entonces, ¿son tres las tarjetas que vas a pintar?

Cecilia. — No; voy a pintar otras tres más representando el modo como festejamos en Buenos Aires esta fiesta. Y entonces sí que no pondré más que cosas nuestras. Una tarjeta, de esta segunda serie, será «la cena» de «la noche buena», a la que deben asistir, en cada casa los abuelos, los hijos, los nietos...

Miguel Ángel. — Y en que se come un ganso relleno de ciruelas; y de postre un pastel de manzanas...

Cecilia. — ¿Por qué un ganso? Eso es también cosa de Europa. Nosotros comemos un pavo engordado con nueces.

Luisito. — Y de postre, dulce de leche.

Marcos. — En Palestina, ¿qué comerían?

Cecilia. — Me parece que un corderito. ¿No se acuerdan del «cordero pascual»? Y de postre higos y miel. También nosotros podríamos festejar la Navidad, en el campo, con un cordero al asador, con higos y con miel... ¿qué les parece? Sobre una mesa y unos asientos tapizados de felpa verde...

Marcos. — ¿Sobre el césped, quieres decir? Yo prefiero una mesa de madera... sin tapizar.

Cecilia. — Bueno; adornaré la mesa con guirnaldas de hiedra, en lugar del famoso muérdago. Y con rosas.

Marcos. — Otra tarjeta tiene que ser un «árbol de Navidad», con globitos y juguetes...

Cecilia. — Por cierto. Pero no sé qué árbol poner...

Marcos. — Pues... un árbol de Navidad; es decir, un pino.

Miguel Ángel. — Más nuestro sería un sauce. Pero, ¿cómo sujetar los juguetes en sus ramas flexibles?

Cecilia. — Las mismas ramas del sauce servirían de guirnaldas para adornar otro árbol...

Luisito. — Si se pudieran dorar o platear...

Marcos. — Lo mejor sería poner una palmera; ya que no sólo hay palmeras aquí, sino que las hay también en Palestina. Como los burritos y los corderos, los higos y la miel, que hay aquí y allá.

Cecilia. — ¡Qué risa! ¿Te das cuenta de cómo tendría que ser la escalera para bajar los juguetes de arriba de la palmera?

Miguel Ángel. — Por lo menos, sería un medio de que los chicos no pretendieran arrebatarse las cosas del árbol. Sólo que se les ocurriera trepar por su tronco, como por un palo jabonado...

Cecilia. — En todo caso, yo podría elegir un paraíso o un álamo. Pero, ya que, sin ser un árbol especialmente nuestro, tampoco nos faltan pinos en la Argentina, me quedo con el pino, que es el más adecuado.

Marcos. — ¿Pino sin nieve?

Cecilia. — Puedo blanquearlo con una lluvia de... «jazmines de lluvia», que son nuestra nieve de verano...

Marcos. — A mí me gusta más la Navidad con nieve, como la de los ingleses, los alemanes, los franceses...

Miguel Ángel. — Y sin ir tan lejos... Ya sabemos que al Sur de nuestro país hay pinos y hay nieve, hasta decir basta...

Cecilia. — Pero, lo que casi no hay, es quienes celebren allí «la noche buena»... En casi todos los «cuentos de Navidad» que uno lee, de autores europeos, hay alguien que se muere de frío... Más lindo es que esta gran fiesta sea en una noche de verano, como aquí. Así, la alegría es más general. Pues, si hay algunos que no tengan cómo festejarla, tendrán siquiera, para que su Navidad sea menos triste, todas las flores, todas las estrellas...

Luisito. — Cuando seas grande, Cecilia, ¿vas a ser una pintora de verdad?

Cecilia. — Quisiera ser una gran artista para pintar, no una tarjeta, sino un verdadero cuadro de Jesús.

Luisito. — ¿De Jesús bebito?

Cecilia. — De Jesús hombre, pero con un chiquito en los brazos. ¿Sabes por qué?

Miguel Ángel. — Porque Jesús dijo: «Dejad a los niños que vengan a mí».

Cecilia. — Los hombres muy sabios, y especialmente si están preparando, o diciendo discursos para gente grande, no quieren que los chicos se les acerquen. Si son muy chiquitos, porque se les suben a las rodillas, les tiran de la barba, si la tienen, o cosas así. Y si son más grandecitos porque son muy preguntones...

Miguel Ángel. — Se comprende. ¡Eso de tener que convertirse en Diccionario, para contestar a todo, es bastante fastidioso!

Marcos. — ¿Y si los chicos son como nosotros, Cecilia?

Cecilia. — Peor todavía. Pues no les hacemos gracia como los chiquitos, ni nos encuentran todavía bastante interesantes.

Miguel Ángel. — Jesús predicó cuando tenía la edad de Marcos, y los Doctores le escucharon...

Marcos. — A nosotros los Doctores no nos escucharían, puedes estar seguro...

Cecilia. — Al decir Jesús: «Dejad a los niños...» comprendió ciertamente a niños de todas las edades. Nos com-

prendió también a nosotros; aunque Miguel Ángel y yo comenzamos a dejar de ser niños...

Miguel Ángel. — ¡Hace ya rato!

Cecilia. — No te apures tanto, Miguel Ángel; porque Jesús alabó mucho a los niños, y dijo a los mayores que era bueno ser como los niños.

Luisito. — ¿Ser como yo, Cecilia?

Cecilia. — Ser como tú... cuando te portas bien. Iba diciendo que, cuando un grupo de chicuelos rodeó a Jesús, sus discípulos, creyendo sin duda que el Maestro era como los otros hombres, quisieron apartar a la chambuchina. Les dirían: «Chicos, no incomoden; no sean *chinchés*...»

Luisito. — Como ustedes suelen decirme a mí, cuando me echan, dándose aires de señores...

Cecilia. — Jesús no sólo no echó a los chicos, sino que los tomó en sus brazos y los abrazó tiernamente. Eso quisiera pintar: a Jesús alzando a un chiquillo y al chiquillo echándole los brazos al cuello.

Miguel Ángel. — Con razón en la fiesta de Navidad se trata tan bien a los chicos y se les regalan juguetes, ¿eh?

Luisito. — ¡Qué bueno debía ser Jesús! ¡Me gustaría haberlo conocido!



CANCIÓN DE NAVIDAD

(VILLANCICO CANTADO EN VILLA SERENA)

— ¿A quién tus ovejas
conduces, pastor?

— Al niño divino
del Cielo Señor.

— ¿En cuna de oro
le viste, quizá?

— Le vi en un pesebre;
sobre el heno está.

Transido de frío,
sin ropas le vi;
mas el buey y el asno
le alientan allí.

La Virgen María
le canta, y José
gozoso a sus plantas
postrado se ve.

— ¿A quién, linda estrella,
anuncia tu luz?

— Mis rayos te llevan
al niño Jesús.

— ¿Por qué en sus camellos
los Magos se ven?
Cruzando desiertos
¿qué buscan?, ¿a quién?

¿A quién lleva incienso
el rey Baltasar?
¿A quién oro y mirra
Melchor y Gaspar?

— Al Niño divino
que el astro anunció;
sus rayos dijeron
que en Belén nació.

— ¿Por qué de los cielos
se hace oír la voz?

— Es porque a la tierra
bajó el mismo Dios.

Los ángeles cantan;
escucha y oirás:
«¡Gloria en las alturas
y en la tierra paz!»

— ¿Qué buscan Herodes
y el monstruo infernal?

— Buscamos al Niño
para hacerle mal.

— ¡Atrás, cruel Herodes!
Tú no le verás;

buscarás al Niño
mas no le hallarás.

— ¿Y quién verá al Niño
que nació en Belén?

— Aquel que le busca
por amor al Bien.

A Jesús encuentra
quien le sabe amar.
Reyes y pastores
le van a adorar.

CARTA EPÍLOGO

DEL DOCTOR ERNESTO E. PADILLA

Buenos Aires, Agosto 26 de 1933.

Señora Delfina Bunge de Gálvez

Buenos Aires.

Distinguida Señora:

Por haberme acercado alguna vez a la tarea educacional, me siento vinculado a la escuela pública. La atracción me ha hecho franquear sus puertas e interesarme por lo que le atañe. Así, me es muy grato confundirme en el esfuerzo anónimo que concita las energías sociales para definir y tonificar la función que realiza.

Con ese solo título, procurando conocer sus necesidades y problemas, no me substraigo a las preocupaciones por cuanto interese a los que reciben la enseñanza y a los que la dan, al par que por los medios de suministrarla con eficacia.

Y, aunque lo conceptúo supletorio y de muy escaso valimiento, al haber conocido el libro "HOGAR Y PATRIA" que usted ha preparado como texto de lectura, por encargo de la Editorial H. M. E., no quiero dejar de invocarlo, para justificar la libertad que me tomo al decirle la muy grata impresión que me deja.

Por cierto que no la determina el rico léxico, la atrayente elocución, ya que la excelencia de la forma literaria en usted equivale a un atributo propio que la ha consagrado en primera fila de los escritores argentinos. Pero, en el caso, la siempre destacable cualidad debe supeditarse al objetivo que busca llevar a los que lo lean, algo más, mucho más, que el efecto externo de las frases.

En "HOGAR Y PATRIA" las buenas letras vienen a decorar su sentido profundo de la educación popular y su dominio pleno de los recursos de la docencia.

Puede comprobarse que para el ejercicio de lectura en las aulas, es de uso muy corriente que se brinden trozos escogidos de diferentes autores, correspondiendo a temas tratados sin enfocar ese destino escolar, con el resultado de disipar la atención del alumno con impresiones fragmentarias, que a veces serían contradictorias, exponiendo a confundirlo o perturbarlo en lo que debe ser una clara iniciación espiritual.

En cambio, en su libro domina un pensamiento sustantivo, mantenido con unión inseparable de la sinceridad profesional que se manifiesta coordinada y metódicamente en todas sus páginas.

No será leído uno de sus tópicos sin que se recoja una noción, el concepto definido y precisado, susceptible de inmediata comprensión, o se desentrañe la observación fina a través de una intención velada con gracia y donaire, se asimile el ejemplo escogido o despierto y golpee alguna aleccionadora sugestión de las muchas que han desgranado sobre todos ellos, con experimentado pulso de sembradora.

He de subrayar cómo aparece logrado el manifiesto propósito de atraer hacia el suelo nativo la preferencia de la inclinación sentimental e intelectual, proyectando animación o interés en todo lo que, dentro de sus ámbitos, dicen la tradición, la historia, la geografía, los elementos de su riqueza presente y futura, para que sedimenten y se fijen las características que señalan y enaltecen el acervo común, con el que deseamos que se realice la unidad de la raza y del temperamento argentino.

Vivamente aplaudo esta acertada orientación, que encuentro oportuna, porque he podido observar que por alguna filtración de los métodos didácticos en boga, rigurosamente aplicados, no alcanzan a dar a los alumnos una información panorámica sobre nuestra República: la flojedad se acentúa en el conocimiento de la historia patria.

En la Capital como en nuestras ciudades importantes, suele ser débil la percepción extensa de la realidad nacional. Me parece que se impone ampliar la información estimulando la curiosidad que lleva a forjar el latido solidario que, enriquecido por las corrientes del pasado y actuales, determinan desde la adolescencia como muy honrosa la sensación de argentinidad.

Encuentro que responde sagazmente a ese tan útil fin el texto que ha preparado, que usted misma ha clasificado bien al decir en el primer capítulo que "si no es la historia argentina, es una historia muy argentina".

El alumno de Buenos Aires tendrá en él un primer atisbo de lo que es la múltiple vida que se desparrama a su rededor y en todo el territorio. Y las referencias apenas esbozadas en su mente ante el mapa, fugazmente consultado, cobrarán fuerzas y hasta sentirá que lo animan como brotes de vigoroso nacionalismo cuando advierta las isothermas, los lazos que desde lejos lo ligan con la Mesopotamia, el Centro, el Norte o Cuyo, deparando la unidad del destino de todas las regiones.

Demasiado nos atrae el movimiento mundial con las absorbentes noticias de la prensa, como obligándonos a vivir pendientes de lo que pasa en lejanos países, para no cuidar de estrechar y animar el contacto con el que nos es propio.

Y en la escuela debe abrirse cauce a la enseñanza que coherentemente lo suscite y consiga, evitando el contrasentido de que nuestros niños aprendan más a conocer los nombres de localidades de la República en las épocas electorales por lo que suministra la apasionada información política, como lugares donde funcionan los comicios, quedando en ignorancia de la significación que la tradición y la geografía les asigna en la formación social que alcanzamos.

Con singular maestría su libro sirve este propósito que he querido destacar dentro del bien madurado programa con que ha sido escrito, porque corresponde a lo que mi modesta observación señala como una falla en el mecanismo escolar, por cierto que susceptible de corrección con procedimientos como el que ofrece, respondiendo a la invitación de la Editorial H. M. E.

Deseo que lleguen a realizarse las esperanzas que han inspirado el meritorio afán con el que, una vez más, usted se pone al servicio de la educación de nuestra juventud.

Quiera aceptar con mi felicitación, mi respetuoso saludo.

ERNESTO E. PADILLA.



COLECCIÓN F. T. D.

ARITMÉTICA Y GEOMETRÍA

- * Aritmética, tercer grado (Comercial).
- * Geometría práctica. — Libro primero.
- * Geometría y Agrimensura. — Libro 2º.

GEOGRAFÍA

- Geografía y Atlas. — Libro primero.
Geografía y Atlas. — Libro cuarto.

CIENCIAS

- Nociones de Ciencias Físico-Naturales.
- * Elementos de Física.
 - * Elementos de Química.

PEDAGOGÍA

- Psicología Pedagógica.
Pedagogía General.
Guía del Maestro.





LENGUAJE

- * Gramática Castellana. — Libro primero.
- * » » — Libro segundo.
- * » » — Libro tercero.

- * Lengua Francesa. — Curso preparatorio.
- * » » — Libro primero.
- * » » — Libro segundo.
- * » » — Libro tercero.

Método de Inglés. — Primeras lecciones.

- * » » » — Libro primero.
- * » » » — Libro segundo.
- * » » » — Libro tercero.
- * » » » — Libro cuarto.

CALIGRAFÍA

Método de Caligrafía. — La colección consta de 10 cuadernos.

Láminas de Caligrafía.

CARTILLAS

Para la enseñanza de la Gramática, Aritmética, Geometría, Geografía, Higiene, Urbanidad, etc. — Son muy recomendadas a los maestros de los grados primero y segundo. Resultan interesantísimas por las muchas ilustraciones en colores que contienen.



